



MARIA FERRER PAYERAS

#TAS

JEG VIL ALLTID ELSKE DEG
(TE AMARÉ SIEMPRE)

MARIA FERRER PAYERAS

#TAS

JEG VIL ALLTID ELSKE DEG
(TE AMARÉ SIEMPRE)

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: #TAS. JEG VIL ALLTID ELSKE DEG (TE AMARÉ SIEMPRE).

©Maria Ferrer Payeras, 2020.

Corrección: Érika Gael.

Portada y maquetación: Marien F. Sabariego (Adyma Design).

Imagen de portada: Adobe Stock.

*Para los adolescentes que fuimos y
siguen viviendo en nosotros.*

Índice

[Prolog](#)

[Én \(1\)](#)

[To \(2\)](#)

[Tre \(3\)](#)

[Fire \(4\)](#)

[Fem \(5\)](#)

[Seks \(6\)](#)

[Sju \(7\)](#)

[Átte \(8\)](#)

[Ni \(9\)](#)

[Ti \(10\)](#)

[Elleve \(11\)](#)

[Tolv \(12\)](#)

[Tretten \(13\)](#)

[Fjorten \(14\)](#)

[Femten \(15\)](#)

[Seksten \(16\)](#)

[Sytten \(17\)](#)

[Atten \(18\)](#)

[Nitten \(19\)](#)

[Tjue \(20\)](#)

[Tjueén \(21\)](#)

[Tjueto \(22\)](#)

[Tjuetre \(23\)](#)

[Tjuefire \(24\)](#)

[Tjuefem \(25\)](#)

[Tjueseks \(26\)](#)

[Tjuesju \(27\)](#)

[Tjueátte \(28\)](#)

[Tjueni \(29\)](#)

[Tretti \(30\)](#)

[Trettien \(31\)](#)

[Trettito \(32\)](#)
[Trettitre \(33\)](#)
[Trettifire \(34\)](#)
[Trettifem \(35\)](#)
[Trettiseks \(36\)](#)
[Trettisju \(37\)](#)
[Trettiåtte \(38\)](#)
[Trettini \(39\)](#)
[Førti \(40\)](#)
[Førtien \(41\)](#)
[Førtito \(42\)](#)
[Førtitre \(43\)](#)
[Førtifire \(44\)](#)
[Førtifem \(45\)](#)
[Førtiseks \(46\)](#)
[Førtisju \(47\)](#)
[Førtiåtte \(48\)](#)
[Førtini \(49\)](#)
[Femti \(50\)](#)
[Femtién \(51\)](#)
[Epilog](#)
[Agradecimientos](#)

PROLOG

De: gin-atomic@mymail.com

Para: a.star.id@mymail.com

Asunto: ¡¡¡¡¡¡!!!!!!

¡No me lo puedo creer, Astrid, salgo para Stavanger!

Te escribo este correo porque estoy tan nerviosa que no sé qué otra cosa puedo hacer para que el tiempo pase más deprisa. Decir que estoy atacada de los nervios es poco.

Mis padres acaban de dejarme en el aeropuerto, falta menos de una hora para que salga el avión y no puedo estarme quieta. Como ya sabes, hasta ultimísima hora no he tenido todos los documentos en regla: ha sido una carrera a contrarreloj en la que todos hemos perdido parte de nuestra cordura.

No sé quién debe de ser el ángel que sigue trabajando en el Ministerio de Cultura a principios de agosto, pero me ha salvado la vida. Te juro que ya me veía en Mallorca cursando segundo de bachiller. Creo que hubiese llorado todo el primer trimestre, en plan: ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?

Desde que comentamos por primera vez esta locura de terminar juntas el bachillerato en Stavanger no he podido pensar en otra cosa; ¡me muero de ganas! Aun siendo española, creía que no me pondrían tantas trabas, ya sabes, por el hecho de haber nacido en Noruega y tal, pero ha sido toda una odisea.

Sin embargo, ya está: no tengo que preocuparme más por eso. ¡Podré ir al instituto contigo! Doy saltitos de alegría mientras tecleo y la gente

empieza a mirarme raro. Ja, ja, ja, ja, no puedo parar, en serio.

Además, tengo otras buenas noticias que darte: me han convalidado casi todas las asignaturas, así que podré estar en tercero de bachillerato contigo, aunque me obligan a matricularme en algunas asignaturas de segundo (por eso de que vosotros hacéis tres cursos y nosotros solo dos, ¿sabes? Me faltaban unos cuantos créditos para quedar al mismo nivel). Pero no hay por qué preocuparse: salvo los de Historia de Noruega, los demás pueden ser de libre elección, así que elegiré gimnasia y español. Ja, ja, ja, estará chupadísimo, ya lo verás, y nos quedará un montón de tiempo para estar juntas.

No puedo esperar para volver a verte, el viaje se me hará larguísimo. La última vez que fui a Stavanger fue hace ¿seis años? Sí, yo tenía once, y no me pareció que tardásemos casi cuatro horas en llegar, pero claro, supongo que pasé la mayor parte del tiempo durmiendo. No sé yo si hoy tendré tanta suerte.

Tendrás que enseñarme la ciudad; hace tanto que no voy que no me acuerdo de casi nada. Lo hablaba con mis padres cuando veníamos de camino hacia aquí: ¿cómo hemos podido pasar tantos años sin visitar el lugar que me vio nacer?

Lo peor de todo ha sido despedirme de Manu. ¡Lo voy a echar tanto de menos! He pasado todas las tardes de esta semana con él. Sé que se alegra mucho por mí y que, aunque a partir de ahora no nos veamos tan a menudo, en el fondo está feliz, porque me quiere un montón, igual que yo a él.

Fue una mierda como un piano que tuvieras que marcharte tan pronto de Mallorca este verano, casi ni tuvimos tiempo para estar juntas, pero ahora nos vamos a resarcir. Te vas a hartar de pasearme

como si fuera un llavero, igual que hacíamos con tu hermano cuando todavía se dignaba a pasar los veranos en Betlem.

No puedo parar de reír; hasta mi madre me ha preguntado si me había vuelto loca. No entiende que quiera escribirte este correo cuando no hace ni una hora que hemos hablado por teléfono y nos mandamos wasaps cada dos por tres, pero creo que no lo hago por ti, sino por mí. Supongo que cuando esté de bajón podré releer este testamento y así acordarme de por qué me he embarcado en esta aventura, de las ganas que tenía de estar en Noruega. Para cuando me entre la morriña, que mi prima Alexa, la que se fue de Erasmus, me ha dicho que me entrará, seguro. Pero, según ella, solo me durará hasta Navidad; después será distinto.

¿Por qué nos costará tanto a los mallorquines dejar la Roqueta? Bueno, supongo que no sucede de la misma forma en todos; algunos incluso deben de alegrarse de salir y poder desplazarse con mayor facilidad. Lo diré de otra manera: ¿por qué a la gente de mi familia siempre le ha costado tanto estar lejos de Mallorca? Yo nunca he sentido añoranza cuando no he estado en casa, así que voy a ponerme en plan positivo total y voy a predecir que ahora tampoco me va a pasar.

¡Uy! Están llamando a los pasajeros de mi vuelo para embarcar. ¿Te he dicho ya que me muero de ganas de estar ahí? ¡Qué bien, qué guay! ¡Noruega, allá vamos!

Gina



ÉN (1)

Estoy muy cansada. Pasar desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde de aeropuerto en aeropuerto es agotador. Menos mal que, por lo menos, no he cambiado de huso horario.

Aunque, por otro lado, soy tremendamente feliz: al fin he llegado a Stavanger. Para nada recordaba que el viaje hasta aquí fuera tan largo. Aunque también es cierto que es la primera vez que lo hago sola; antes siempre había venido con mis padres o con mis abuelos.

Cuando cumplí once años, dejamos de venir en navidades porque a la abuela (la madre de mamá, no la de papá) le diagnosticaron la maldita enfermedad esa del Alzheimer y mi madre no quería alejarse mucho de casa por si el abuelo la necesitaba.

Mi relación con Noruega es un tanto peculiar. Ni mis padres ni mis abuelos —ni nadie de mi familia, vamos— son noruegos. Son todos españoles, mallorquines, para más información. Pero resulta que mis abuelos compraron un chalet en Betlem (un sitio idílico en la costa norte de Mallorca, por cierto) a principios de los setenta, cuando la zona residencial empezaba a ponerse de moda entre los norteamericanos y los turistas nórdicos. Los Spillum, que son noruegos de pura cepa, compraron la casa contigua, y las dos parejas se hicieron tan amigas que desde entonces son como una sola familia.

A raíz de esa amistad, yo, que en teoría debería ser más mallorquina que las ensaimadas, me vi naciendo en Stavanger, Noruega, conocida mundialmente por el petróleo y por el Preikestolen, una roca maciza desde

la cual puede uno asomarse de forma temeraria a contemplar el fiordo de Lyse. Evidentemente, no es mi caso: tengo tanto vértigo que incluso ver las fotos que los turistas se sacan justo en el borde del acantilado me revuelve el estómago. ¿Es que no se dan cuenta de que desde ahí hay una caída de más de seiscientos metros? La gente está loca.

Recojo de la cinta transportadora los dos maletones que han viajado conmigo, y que son casi tan altos como yo, lo cual no es muy difícil, ya que mido uno sesenta (si me pongo de puntillas), y que, por supuesto, cuadruplican mi peso. Soy una chica friolera, he tenido que traer mucha ropa de abrigo.

Entusiasmada, me encamino hacia las puertas de llegadas. Cuando se abren para dejar paso a la familia que va delante de mí, Astrid me localiza desde el otro lado y se pone a saludar y a gritar mi nombre como la loca que es. Tía Ingrid ríe; ya tiene el teléfono preparado para hacer las fotos de rigor, y tío Magnus nos mira con cara circunspecta. Siempre ha dicho que a él no se le ha pegado el carácter español como a su hija y a su mujer, y que prefiere no dar espectáculo. ¡Si hasta han venido los abuelos Jacob y Mette! Menuda recepción, no me puedo quejar de nada.

En cuanto logro dejar las maletas, con la seguridad de que nadie las robará sin que nos demos cuenta, corro hacia Astrid y la abrazo. Nos ponemos a dar saltitos como si fuéramos niñas de guardería: este es nuestro ritual de reencuentro, llevamos celebrándolo diecisiete años, no vamos a interrumpirlo ahora.

Astrid es mi mejor amiga; a pesar de que vive a más de dos mil cien kilómetros de distancia, es como mi hermana. Casi no tengo recuerdos de cuando yo vivía en Noruega con mis padres, pero una de mis imágenes preferidas, y que conservo en el corazón, es de Astrid y yo en la guardería, cogidas de la mano y riéndonos como locas.

Siempre ha sido así con ella: somos felices juntas. Tía Ingrid suele decir que somos almas gemelas porque el nacimiento de una inspiró la concepción de la otra. Sí, a pesar de haber nacido el mismo año, nos llevamos once meses: ella ya tiene dieciocho y yo no los cumpliré hasta diciembre. Aunque a mí me da que nuestra amistad no se debe a lo que dice su madre, sino a que pensamos lo mismo acerca de todo, o de casi todo, y a que, encima, mis padres y los suyos también son muy amigos; de hecho, fue mi madre quien presentó a tía Ingrid y tío Magnus.

—¿Cómo estás, cielo? —me pregunta mi tío cuando su hija y yo nos separamos al fin—. ¿Han ido bien los vuelos?

—¡Oh, sí! Han ido genial. Incluso he tenido tiempo de leer un libro de principio a fin, pero como me ha encantado...

—¿Qué libro? —pregunta Astrid. Le gusta leer tanto como a mí.

—¡Si me lo recomendaste tú! *Te daría el mundo*, de Jandy Nelson.

—¡Ostras, es verdad! ¿A que está genial? A mí también me fascinó. Me alegra que te haya gustado.

La abuela Mette se acerca y me estrecha entre sus brazos.

—Cuánto me alegro de que estés aquí, cariño. Tu abuela me ha pedido que cuide mucho de ti, así que tendrás que venir a vernos para que pueda llamarla y decirle lo bien que estás, ¿de acuerdo?

—¡Qué pesadas sois Georgina y tú, Mette! La chica ha venido a divertirse y a estudiar, ¿crees que va a perder el tiempo con unos viejos como nosotros? —El abuelo Jacob también me abraza. Cuando me suelta, me guiña un ojo—. Con que llames de vez en cuando estará bien. Ni se os ocurra dejar de hacer cosas de jóvenes para visitarnos.

—Chicos —tía Ingrid nos llama la atención a mi tío, a Astrid y a mí—, creo que deberíamos tomar ejemplo de los abuelos y dejar de hablar entre nosotros en español. Será mucho mejor que Gina empiece a practicar nuestro idioma o le va a costar acostumbrarse al ritmo del instituto, al menos al principio.

—Sí, mamá tiene razón. Además, ya sabes el trato: en España, en español y en Noruega, en noruego.

—Ya, pero si lo hubiésemos hecho así, yo no recordaría ni una sola palabra de vuestro idioma. Menos mal que mis padres han practicado conmigo estos últimos meses, que si no...

—¿Se han quedado muy hechos polvo?

—Sí, estaban tristes; es normal, ¿no? Me hubiese ofendido mucho de haber sido de otra manera. Pero no estoy preocupada: Toni los trae de cabeza, así que no se van a aburrir nada de nada.

Tengo un hermano al que saco diez años y que es de lo más inquieto. Hasta que cumplió cuatro, creo que estaba convencido de que su nombre era «Bajatedeahí». Ahora ya no se encarama a todo lo que ve, pero aun así no para un solo instante, y vuelve locos a mis padres. Sí, estarán bien entretenidos aunque no me tengan a mí en casa.

Astrid me agarra del brazo y tira de mí hacia el aparcamiento. Tío Magnus se hace cargo de las maletas, que parecen dos simples cajitas en sus manos, y tía Ingrid no para de hacer fotos para inmortalizar el momento.

—¡Qué pena que Sondre no esté aquí para recibirte! —dice tras la enésima instantánea.

Astrid y yo nos miramos y arrugamos la nariz.

Sondre es el hermano de Astrid, y cuando éramos pequeñas siempre nos tocaba hacernos cargo de él. No nos hacía ninguna gracia, pero no nos quedaba más remedio que llevarlo con nosotras a todas partes porque nunca fue capaz de hacer amigos en Betlem. En un momento dado, les dijo a sus padres que prefería quedarse en algún campamento de verano en Stavanger antes que veranear en Mallorca y mis tíos accedieron, aunque oí decir a mis padres que les parecía demasiado pequeño para quedarse en Noruega solo. También es cierto que el chalet de los abuelos Jacob y Mette empezaba a estar hasta los topes, con mis otros tíos, sus mujeres y tal, así que hace un porrón de años que no lo veo. Tampoco es que me importe demasiado: nunca fuimos amigos. Era un chico hosco y bastante huraño que se dedicaba a gastarnos bromas pesadas a su hermana y a mí.

—Cuanto más tiempo pase hasta que tengas que verlo, mejor para ti —me susurra Astrid para que su madre no la oiga.

Ella y Sondre no se hablan desde que, hace unos años, tuvieron una pelea de órdago. Astrid siente verdadera animadversión hacia él. Yo intento recordarle de tanto en tanto que eso sucedió hace mucho tiempo y que debería olvidarlo, pero la pobre lo pasó tan mal y se ofendió tanto que prefiere pensar que no tiene hermano. A mí me da mucha pena, porque al fin y al cabo, un hermano es un hermano. Aunque, en parte, la entiendo. Si a mí me hubiesen hecho lo mismo que a ella, también estaría resentida.

—¿Dónde está? —No me importa que no haya venido a recogerme con el resto de la familia, pero soy cotilla por naturaleza.

—Se ha ido a casa de un amigo suyo a Jaeren; no está lejos, y se quedará en la playa hasta el primer día de instituto. Por suerte, no lo veremos hasta que empiecen las clases. Su última locura es pretender aprender a surfear. Él, que en teoría odia meterse en el mar.

—Bueno, yo siempre pensé que eso de que no le gustaba bañarse lo decía para jodernos. ¿Qué lo ha hecho cambiar de opinión?

—Seguramente alguna tía buena a la que quiere impresionar.

—Ya, y ¿cómo ha justificado ese cambio de actitud?

—Ya sabes que tiene excusas para todo. Ahora dice que en Betlem no se quería bañar porque el mar estaba demasiado caliente.

—Gilipollas —decimos las dos a la vez en español.

Nos echamos a reír y tía Ingrid meneaba la cabeza. Estoy segura de que no nos ha oído, ya que, si lo hubiera hecho, ya nos estaría regañando. Tiene tendencia a defender a Sondre, por eso de que es el pequeño y siempre se mete en líos. Pero ya no es ningún crío como para que su madre tenga que sacarle las castañas del fuego continuamente. ¿Cuántos años tendrá? No me acuerdo de los que le llevamos su hermana y yo, pero creo que eran dos o tres.

Antes de llegar a donde han dejado aparcado el coche, los abuelos se despiden de nosotros; la abuela Mette insiste en que vaya a verlos, y el abuelo, a sus espaldas, me hace señas de que me olvide de eso. Los vuelvo a abrazar y les doy un beso a cada uno. Lo más probable es que sí que arrastre a Astrid hasta su apartamento más de una vez, aunque eso ya lo iremos decidiendo sobre la marcha, no hace falta poner fecha.

—Venga, chicas, la última pose antes de subir al coche —anuncia tía Ingrid—. ¡Oh, habéis quedado preciosas! Esta tengo que mandársela a tu madre ahora mismo.

En menos de dos segundos, yo también recibo una copia de la foto en mi móvil. Es cierto que Astrid y yo salimos muy guapas. Se nos ve felices y muy sonrientes, como si posáramos para un anuncio de dentífrico.

En los dientes que enseñamos es en lo único que nos parecemos. Somos tan diferentes físicamente como lo son dos copos de nieve vistos al microscopio: ella es alta, rubia, esbelta y guapísima. Tiene los ojos de un maravilloso color azul, como el mar de invierno, y las mejillas sonrosadas; es una verdadera descendiente de los vikingos. En cambio, yo soy morena de piel, de ojos y de cabello; bajita y muy menuda: *typical spanish*, ¡para qué nos vamos a engañar! Solo espero que sus amigas no sean todas unos pinos, como ella, porque, de lo contrario, voy a destacar como una mierda en una caja de bombones.



TO (2)

La última vez que pisé Stavanger, mis tíos estaban pensando en comprarse una casa a las afueras de la ciudad, así que solo había visto el casoplón al que me conducen en fotos, y lo cierto es que estas no le hacen justicia.

Es una casa de madera enorme, con un gran patio trasero cubierto de césped y una cama elástica. Anda que no les gusta saltar a estos noruegos: hace tres o cuatro años compraron una, un poco más grande que la que veo, para la casa de los abuelos Jacob y Mette en Betlem. Se pasa todo el verano ocupada, no la dejan libre ni un segundo, y me refiero a adultos y niños por igual. A mí, al cabo de un rato, saltar me aburre; como practiqué gimnasia deportiva hasta hace unos años, estoy acostumbrada a los ejercicios de suelo, y dar volteretas ahí me parece demasiado fácil.

Astrid sonrío de una manera que me hace pensar que me tiene reservadas todavía más sorpresas.

—Ven, que te enseñe tu habitación. —Me empuja hacia las escaleras—. ¡Cierra los ojos! —me pide, excitada, cuando llegamos al primer rellano—. ¡Tachán!

Miro alrededor y me quedo alucinada: es una habitación inmensa, con una cama de matrimonio justo en el centro. Hay una mesa de estudio y estanterías que llegan del suelo al techo. En uno de los laterales, un espejo de cuerpo entero, con el marco gris plata, preside la pared.

—Esto no es lo mejor —dice mi amiga, arrastrándome hacia la pared de la derecha, donde hay una puerta. Entramos en un baño amplísimo, como

todo en esta casa—. ¡Es exclusivo para nosotras dos! —exclama, y empieza a dar saltitos.

Me río con ella. Está tan feliz de tenerme aquí como yo de estarlo.

—He conseguido que instalen a Sondre en la buhardilla. No te preocupes, su habitación ha quedado genial —asegura en cuanto se percata de que no me ha gustado que hayan desterrado a su hermano de su propio cuarto—. Está aún mejor que la tuya; después te la enseño y lo compruebas por ti misma. Si incluso tiene un baño para él solo allí arriba. Aunque se quejara al principio, creo que está contento con el cambio, y yo mucho más, porque estaba harta de tener que compartir el baño con él.

Tío Magnus ya ha llegado con los maletones y los deja en mi habitación.

—Venga, Astrid, deja que Gina coma algo; debe de estar muerta de hambre.

—No creas, tío, me he zampado un sándwich cuando esperaba en el aeropuerto de Oslo y estoy bien. Puedo esperar a la hora de cenar. Ahora mismo estoy más nerviosa que hambrienta.

Astrid me ayuda a deshacer las maletas y a colocar todo en el armario.

—¿Por qué has traído ropa tan gruesa? No te la vas a poner, te vas a morir de calor cuando entres en cualquier sitio.

—Estoy segura de que no me va a sobrar nada. Siempre tengo frío, y he estado comprobando las temperaturas medias de diciembre del año pasado y son mucho más bajas que en Mallorca. No quiero pasar el día congelada.

—No es el mismo tipo de frío, te lo he dicho un millón de veces.

—Da igual, prefiero quitarme lo que me sobre que estar tiritando. ¿Has visto qué jersey más bonito? Lo encontré en una tienda de segunda mano en la que mi madre se negaba a entrar. Me alegro de haberla convencido, porque me hice con un montón de tesoros.

—¡Oh! —exclama al sacar una falda de pana, de un color borgoña que me chifla—. ¿Me prestarás esta?

La miro con la cabeza ladeada.

—Ni siquiera te va a tapar el culo, Astrid. Más que una falda, parecerá que lleves un cinturón.

—Qué tonta eres. No eres tan bajita.

—¡Que no, dice! —me sale en español, y Astrid se ríe—. Dime que tienes alguna amiga tan baja como yo o me voy a morir del complejo.

Mi amiga tuerce la boca. Sé que lo que va a decir no me va a gustar nada.

—No, creo que todas te pasan al menos por media cabeza.

—Voy a parecer vuestra mascota —me lamento, llevándome las manos a la cara—. Ya sabía yo que tenía que haber pedido que me alargaran los fémures antes de venir a Noruega.

—Idiota. —Me lanza una almohada que me da de lleno en la cara. Estamos de rodillas en el suelo, así que caigo hacia atrás de forma teatral. Astrid ríe y se tumba a mi lado.

—Me ha costado un poco hacer amigas en este instituto, pero estoy segura de que van a caerte superbién, ya lo verás. ¿Te acuerdas de Eva? Al cambiar de barrio, dejé a ella y a las demás compañeras de primaria en el centro. Las veo a veces, pero ya no es lo mismo que antes.

—Te entiendo, a mí me pasó lo mismo cuando mis padres me trasladaron a ese dichoso colegio privado. Me sentó fatal. En tres años casi no he hecho amigas, y las que tenía del cole han cambiado; menos mal que Manu vivía junto a mi casa y quedábamos muchas tardes. Pobrecito, a él y a Toni los voy a añorar mogollón. —Me encojo de hombros—. Supongo que es lo que hay. Por eso me ilusioné tanto cuando surgió la idea de venir a Noruega. Sabía que, como mínimo, te tendría a ti, y eso me molaba un montón.

—¿Cómo está Manu?

—Sin novedad —respondo escueta. Todavía me cuesta hablar de él. Astrid lo sabe y por eso cambia inmediatamente de tema.

—Vamos a pasar un año estupendo, ya lo verás. Prepárate para asistir a fiestas y enrollarte con chicos, porque yo no pienso hacer otra cosa.

Me encojo sobre mí misma de la risa que me entra.

—Tendremos que estudiar un poco, ¿no? La excusa para que me dejaran venir a terminar el bachiller aquí era que me sería más fácil acceder a la Universidad de Tromsø para estudiar Biología Marina, pero necesitamos buenas notas para que nos admitan.

—Las tendremos, una cosa no quita la otra, pero también quiero salir. Si tú crees que aquí hace frío, espera a que nos instalemos el año que viene en Tromsø. Eso está dentro del Círculo Polar Ártico. Seguro que allí tienes que pasearte con una quitanieves para salir a la calle.

Oímos unos leves golpes en la puerta.

—¡Adelante! —grita una eufórica Astrid.

—Chicas, lleváis aquí encerradas más de una hora. ¿No le piensas enseñar el resto de la casa a nuestra invitada?

—Mamá, solo tenemos un día para ponernos al corriente de todo antes de que empiece el instituto.

—Pero si os habéis pasado el verano juntas en Betlem.

—Este año solo fueron dos semanas, tía Ingrid. Eso no basta para ponernos al día.

Mi tía niega con la cabeza, pero sonrío.

—Mañana tengo turno de mañana en el hospital, así que saldré temprano de casa. No os paséis todo el día en la cama, ¿vale? Creo que lo mejor sería que le enseñaras el barrio a Gina para que conozca el camino al instituto y pueda ir y volver sola. No vais a tener las mismas clases, ¿verdad?

—No, me temo que yo tendré algunas más que Astrid —contesto.

—Bueno, no pasa nada. Eres una buena estudiante, seguro que no tienes problema con eso. Además, Astrid y Sondre seguramente podrán echarte una mano en lo que necesites.

—¿Sondre? —preguntamos mi amiga y yo a la vez.

—Sí. Aunque no le des ni un voto de confianza, estoy segura de que estará dispuesto a echar una mano a Gina, al menos con la lengua.

—¡Qué más quisiera el gusano ese que poder enseñarle algo a Gina!

—Astrid, un día se va a hartar de que lo llares así, después no me vengas llorando.

—Él sabe por qué lo hago y tiene mucho más que lamentar que yo si se enfada.

Ayer nos tiramos hablando hasta las tres de la mañana, y teniendo en cuenta lo poco que les gusta poner cortinas en las ventanas a esta gente y que el sol ha salido a las cinco, estoy que me caigo de sueño.

Nos levantamos temprano porque yo tengo una reunión con el orientador del instituto, en teoría para que me ayude a elegir las asignaturas que más me convienen, pero como yo ya lo he planeado todo con anterioridad, no tardamos ni media hora. Al final cursaré todas las asignaturas de tercero más Educación Física, Historia de Noruega y Español, que son de segundo. El orientador no pone pegas, incluso se ríe de

la incongruencia que supone para mí tener que asistir a clase de español. Pero bueno, ¿qué le vamos a hacer?

Después de eso, Astrid y yo nos dirigimos al centro y tomamos un segundo desayuno, en una cafetería muy chula, a base de tarta de zanahoria y café. Casi me muero del gusto, qué buena está la tarta. De alguna manera, Manu comparte cada bocado, porque este pastel era el que más le gustaba y no puedo dejar de pensar en él y en lo mucho que lo hubiese disfrutado. Mi madre dice que mi añoranza por Manu irá disminuyendo a medida que pasen los meses, que ahora me siento fatal porque estoy en fase de duelo, que es todo muy reciente y bla, bla, bla, pero no veas cómo duele.

Sacudo la cabeza para intentar pensar en el aquí y el ahora y no enrocarme en el pasado, como me sugirió el psicólogo.

Para venir al centro hemos tenido que coger el coche. Lo de vivir en el extrarradio está genial para algunas cosas, pero entiendo que Astrid no se vea con sus compañeras de primaria con la misma frecuencia. De todas formas, hemos quedado con Julia y Leah, sus amigas del instituto, para comer y que me las presente.

Nos reunimos en la Ovre Holmegate, que, para mi gusto, está un poco petada de turistas, pero que es una pasada, con sus casas de madera de distintos colores y las tiendas con todo tipo de chucherías y recuerdos. Por lo que me ha dicho Astrid, no comeremos por esta zona, porque los precios son desorbitados. Iremos a una hamburguesería que descubrieron hace poco y que está aquí cerca.

Dos chicas guapísimas, rubias, por supuesto, y altas se aproximan sonriendo a nosotras. Es cierto que ninguna de las dos es tan alta como Astrid; aun así, se me cae el alma a los pies al verlas. Lo dicho: voy a parecer su peluche.

—¡Hola, chicas! —Astrid saluda agitando la mano.

Ellas le devuelven el saludo y, cuando están a nuestra altura, dicen «hola» en español. Me encanta su acento, y no puedo más que sonreírles a ambas. Sé que van a caerme genial, porque no puede ser de otra forma si son amigas de Astrid.

Julia lleva el pelo más corto, por encima de los hombros, y su tono rubio es casi platino. En cambio, a Leah le llega la melena a la mitad de la espalda, y su color es más parecido al trigo. Ambas tienen los ojos azules, pero también de distintos tonos. Los de Julia son mucho más claros, casi se podrían considerar celestes. Manu ya estaría babeando por ellas, como si lo

viera. Joder, no puedo dejar de pensar en él. Mi madre dice que superar un duelo cuesta una media de dos años, pero es tanto lo que se está perdiendo el pobre...

Me quedo un poco parada, no sé si darles dos besos o no. Se lo iba a preguntar a Astrid, pero me olvidé, así que me acerco a ellas antes de que Julia tome la iniciativa y me bese ella a mí.

—Astrid nos había dicho que eras mucho más guapa en persona que en las fotos, pero no me podía imaginar cuánto —dice Leah, y me deja completamente descolocada.

—¿Perdona?

—No me negarás que no eres nada fotogénica, Gina. Ganas muchísimo al natural.

—Tienes razón, suelo quedar fatal en las fotos, pero en directo tampoco es que sea una beldad.

—Pues deberías verte con mis ojos. —Leah parece la más parlanchina de las dos—. Eres guapísima. Ojalá yo tuviera ese bronceado tan bonito.

Me miro los brazos, que es lo único que llevo descubierto, y los veo del mismo color grisáceo que de costumbre.

—Está así todo el año, no es que se haya puesto morena este verano —les aclara Astrid—. Y ni siquiera lo aprecia. No hay derecho.

—En serio, chicas, estáis incomodando a la pobre Gina. —Julia enlaza su brazo con el mío y me conduce hacia una de las bocacalles de la plaza—. ¿Qué os parece si cogemos las hamburguesas y nos las comemos sentadas al sol en Breivatnet? Habrá que aprovechar que hoy no llueve.



TRE (3)

Ayer pasé una tarde fantástica con las chicas. Las tres nos reímos un montón, así que me despierto mucho más ilusionada de lo que ya me sentía por empezar en el Edvard Munch Videregaende Skole.

Astrid y yo coincidimos en el baño antes de bajar a desayunar.

—No pensarás ir con esa cara al instituto, ¿no?

—¿Qué le pasa a mi cara? —pregunto mientras me toco las mejillas con las manos.

—No es que le pase nada, pero te verías mucho mejor con un poco de maquillaje.

—Tengo gimnasia a primera hora. No pienso pintarme ahora para ducharme después y volver a maquillarme. Además, para eso tendría que haberme levantado media hora antes.

—Anda que no eres exagerada. Ven, ya te maquillo yo. Necesitas al menos un poco de corrector. No hemos dormido mucho estos últimos dos días; mi madre nos va a matar como sigamos así.

—Yo creo que ya se lo veía venir. Tampoco es que sea nada nuevo.

Después de permanecer inmóvil más de diez minutos, Astrid deja que me mire al espejo.

—Dios, parezco una puerta. ¡Te he dicho que tengo Educación Física! Vaya desperdicio de trabajo. Si Manu pudiera verme, se partiría de la risa.

—No te mojes la cabeza después y listo. Y a Manu se le pondría aquella cara de tonto que solía poner ante cualquier chica guapa.

Resoplo. Mi amiga es de lo más obstinado que hay, no es fácil hacer que cambie de opinión o que admita que se ha equivocado, así que prefiero luchar otras batallas y dejar pasar esta.

Tía Ingrid nos ha preparado un desayuno de campeones, incluso hay *bacon* y huevos revueltos. No estoy acostumbrada a tomar más que un café por las mañanas, así que espero que no me hagan dar muchos saltos en Educación Física o voy a devolver todo, desde la primera papilla.

—No creas que será así a diario —me comenta Astrid cuando estamos de camino al instituto—. Siempre nos prepara algo especial para el primer día de clase.

—Espero que no, madre mía. Voy a ponerme como una bota si sigo comiendo a este ritmo.

Hemos llegado al colegio casi al mismo tiempo que Julia y Leah, que nos aguardan en uno de los bancos del exterior. Percibo que alguien observa, así que levanto la cabeza. El Edvard Munch es un instituto pequeño, de modo que ya esperaba que mi llegada se hiciese notar, pero parece que me está observando todo el mundo. ¡Dios mío, qué vergüenza!

De repente, se hace imperiosa en mí la necesidad de mirar hacia la izquierda. Un chico alto, altísimo, pasa por detrás de nuestro grupo; solo yo lo veo. Clava sus ojos en los míos y no puedo dejar de hacer lo mismo. Nuestras miradas se quedan trabadas durante unos instantes, hasta que logro bajar la cabeza y romper el contacto visual. Noto un leve aleteo en el corazón. Vaya, esa conexión ha sido de las buenas. Suspiro con fuerza y agito la cabeza para volver en mí.

Las chicas se ofrecen a acompañarme hasta el gimnasio, así que nos encaminamos las cuatro hacia una de las puertas laterales del edificio. Nos adentramos por un pasillo prácticamente desierto. Cuando se despiden de mí, siento de nuevo que he llamado la atención y, aunque lucho conmigo misma, no puedo evitar echar un vistazo alrededor. El chico altísimo de antes se acerca en mi dirección por el corredor y fija los ojos en mí sin ningún disimulo. Levanto la barbilla y le devuelvo la mirada. ¡Qué pena que sea tan alto! Porque está como un queso. Se parece a algún actor, su cara me resulta conocida, aunque no logro ubicarlo.

Tiene el pelo de color caramelo, lacio y con un mechón que le cae sobre los ojos, marrones, algo extraño aquí, y con forma almendrada; le dan un aire muy exótico. También tiene un pequeño bultito en la parte alta de la nariz, como si se la hubiera roto y no se le hubiera soldado bien del todo.

Los labios son apetecibles, carnosos y de aspecto adorable; en la comisura de la parte derecha, una gloriosa peca, que dice a gritos «cómeme», destaca sobre el conjunto. Es guapísimo, y desprende un aire peligroso de esos que invitan a una chica a caer rendida a sus pies.

No puedo quitarle la vista de encima, y él me devuelve la mirada. Entonces eleva las cejas con un golpe seco. ¿Qué será lo que quiere? Levanta una mano y yo doy un respingo.

—El vestuario de las chicas está por ahí. —Señala en dirección contraria a la mía, y me sonrojo al ver que he sido tan petarda de quedarme mirándolo y no darme cuenta de que le estaba impidiendo el paso.

—Lo si... siento —consigo articular antes de darme la vuelta y dirigirme hacia donde me ha indicado, más avergonzada que si me hubiera pillado espiándolo en la ducha.

Me cambio a toda prisa y me pongo la ropa de deporte; ya son las nueve y tres minutos y en el vestuario no hay nadie más que yo.

Entro en el gimnasio al mismo tiempo que el chico alto.

—Vosotros dos, los tardones —dice el profesor—, poneos juntos. Vamos a realizar un ejercicio por parejas, como ya sabrías si hubieseis llegado a vuestra hora.

El chico inspira con fuerza y se adelanta un poco para escuchar las explicaciones. Espero que en ese ejercicio no importe nuestra diferencia de estatura, porque cada vez me parece más grande. Lleva una camiseta de básquet y los brazos le quedan al descubierto; se nota que hace ejercicio, tiene unos músculos bastante bien torneados, aunque no tan voluminosos como para parecer feos. Trato de no mirar hacia arriba, pero para verle la cara tengo que echar la cabeza atrás. ¿Habrá crecido mientras estábamos en el vestuario?

Resulta que el ejercicio en cuestión es para comprobar nuestro estado físico después del verano. No creo que para eso este buen hombre necesitara ponernos por parejas, pero bueno, él sabrá, que para eso es el profe. Es muy fácil: mientras uno ejecuta los ejercicios, el otro sujeta una mancuerna en cada mano. Debemos hacer veinticinco sentadillas, veinticinco flexiones y veinticinco abdominales; la pareja que complete más rondas, gana. ¡Vaya, y yo que creía que en los países nórdicos se promovía el buen rollo entre los estudiantes! Nadie me había hablado de esta competitividad tan agresiva.

El chico, cuyo nombre aún no he averiguado, me mira de forma arrogante, como si por mi estatura y mi complexión pudiera inferir que soy una tirilla que no soporta un poco de ejercicio duro. ¡Te vas a cagar, chaval! Vas a saber cómo nos las gastamos las gimnastas; aunque haga unos años que no piso el tatami, sigo en forma. Estoy segura que yo he hecho más sentadillas en una sola tarde de entrenamiento que tú en toda tu vida.

—Empiezo yo —me dice. Yo me encojo de hombros y, en cuanto el profesor toca el silbato, me hago con las pesas.

El «chico guapo» se pone a hacer las sentadillas a tope de energía, y la verdad es que su estilo no es malo, pero tendría que bajar un poco más el culo para que se considerara un ejercicio bien hecho. Por lo visto, el profesor piensa lo mismo que yo, porque se acerca y le explica la forma correcta de doblar las rodillas y bajar. Mientras, yo sigo sujetando las pesas; creo que en nada podré rascarme las rodillas sin necesidad de agacharme, de lo mucho que me van a crecer los brazos con este peso.

En cuanto termina, le paso las mancuernas y le digo flojito:

—Podrías haber escogido unas más ligeras. Con estas se nos van a cansar un montón los brazos.

—Ponte a hacer las sentadillas, que ya hay al menos tres parejas que nos sacan ventaja.

—No es culpa mía que tú no supieras hacerlas bien.

—Quiero ver cómo las haces tú; me extrañaría que hubieras oído hablar de ellas antes de hoy. ¿Quién va a clase de gimnasia con tanta pintura en la cara? —La mueca de su rostro me ofende casi tanto como sus palabras.

La que inspira con fuerza ahora soy yo. ¿Qué se ha creído el prepotente este? Si no me conoce de nada, ¿qué le da derecho a juzgar si voy muy maquillada o no? ¡Será machista!

Comienzo a hacer sentadillas con una técnica perfecta y casi al doble de velocidad que él. Bueno, vale, el doble quizás es mucho, pero más rápido sí que las hago. ¿Qué es eso que distingo en sus ojos, sorpresa? ¿Qué creías, idiota, que era una muñequita delicada? Esta competición la vamos a ganar y será gracias a mí, ¡que lo sepas!

Sonrío satisfecha al ver la admiración en su mirada cuando empiezo a hacer flexiones. Lo cierto es que me parece más duro sujetar las pesas que la tabla de ejercicios en sí; en cuanto mi compañero me las cede decido echar un vistazo alrededor. El profesor se va deteniendo ante cada una de las parejas y les explica lo que hacen mal. Algunos han empezado a tope,

pero han ralentizado bastante sus movimientos. No creo que sea difícil que nos pongamos en primera posición.

Todavía estoy pendiente del resto de la clase cuando el chico vuelve a coger las mancuernas de mis manos. Nuestros dedos se rozan y los aparta deprisa. Nos miramos a los ojos; en los de él leo una rabia que no sé a qué se debe. A lo mejor le recuerdo a alguien que no le cae bien, porque creo que no he hecho nada para que me mire de esa manera tan hostil y, al mismo tiempo, tan intensa.

Reanudo las sentadillas y le echo un vistazo con más calma. Me lo pone fácil, ya que se ha girado para observar a la clase, como hice yo antes.

«Lo cierto es que tampoco es tan alto. A lo mejor es que antes me ha impresionado, pero creo que si me coloco a su lado, no sería mucho más bajita que la Pataky al lado de Thor; si me calzo unos tacones de diez centímetros como los que usa ella normalmente, claro».

A la hora de la comida, me reúno con Astrid, Julia y Leah, que me esperan en la cafetería. Mi amiga ha comprado un sándwich enorme para compartirlo conmigo.

—¿Cómo te ha ido el primer día? —me preguntan casi al unísono.

—Bastante bien. Lo peor es que aún no me oriento del todo y me cuesta dar con las aulas, aunque supongo que en unos días lo tendré solucionado. Por cierto, Astrid, acabo de darme cuenta de que termino tardísimo. Hoy también tengo clase de Español y, a última hora, de Historia. Joder, las tres de segundo el mismo día, qué rollo. Acabo a las cuatro y media.

—¡Uf! ¿Tan tarde? Pues creo que yo me iré a casa a las dos y media, cuando termine, y después vendré a recogerte. ¿Tienes este horario muchos días?

—No, creo que solo hoy. En cuanto a lo de recogerme, no te preocupes, iré a pie; me servirá para despejarme. En Palma, el día que más tarde terminaba las clases lo hacía a las tres. Nunca he estado tantas horas en el instituto.

—Te acostumbrarás —comenta Julia, y me pone una mano en el hombro—. Yo también salgo muy tarde uno de los días, aunque tengo tres horas libres entre medias. No iré a comer a casa, porque si no, después no tendré la suficiente fuerza de voluntad para volver.

—Mira, ahí están Marlon y Storm. Joder, ¿qué les ha pasado durante el verano? ¿Soy yo quien los ve diferentes o ellos han cambiado? —Astrid señala a dos chicos que parecen modelos. ¿Qué pasa? ¿No hay nadie feo en este instituto?

—Dios, casi no los había reconocido. Están tremendos. ¿Con cuál os quedáis vosotras? El otro, me lo pido para mí sola. —Julia no sabe disimular y a mí me entra la risa tonta.

—Con Marlon, creo. Storm está bien, pero Marlon se ha puesto... —Astrid se muerde el labio inferior y hace un ruidito muy sugerente.

Los chicos se acercan a nuestra mesa con sus bandejas de comida.

—Hola, chicas. ¿Podemos sentarnos con vosotras?

—Por supuesto —responden mis amigas, coquetas.

Los dos se quedan mirando a Astrid. Ella al principio les devuelve la mirada sin entender qué quieren, hasta que uno me señala de forma sutil con la cabeza.

—¡Ah! Perdón, esta es Gina —me presenta—, una amiga mía de Mallorca; este año estudiará con nosotros. Estos son Marlon y Storm.

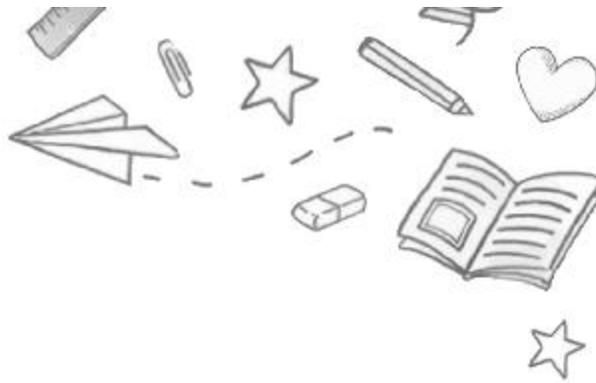
—Creo que estás en mi clase de Matemáticas —dice Storm mientras me sonrío.

—Puede ser. Esta mañana he visto a tanta gente desconocida que me ha parecido una locura.

De repente, tengo de nuevo esa sensación: la de una mirada que me taladra. Levanto la cabeza. El corazón me da un ligero vuelco en el pecho: es el chico de la clase de gimnasia. Me observa con intensidad, como si no pudiera dejar de buscar mis ojos, y al mismo tiempo, con esa especie de ira hacia mí que no sé de dónde habrá sacado.

Me pican los dedos por las ganas de escribir un mensaje a Manu o a Astrid, pero claro, mandárselo a mi amiga, con la que comparto mesa ahora mismo, quedaría un poco raro, y ni te cuento si tratara de enviárselo a él.

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies, aunque no puedo decir si es porque me gusta que ese chico me mire o porque me da un poco de miedo que lo haga. Fijo los ojos en mi plato y decido que en la próxima clase de gimnasia le preguntaré qué coño tiene en mi contra.



FIRE (4)

Después del fiasco de la mañana, no me planteo la posibilidad de retrasarme siquiera dos minutos en ninguna otra clase, así que dejo a las chicas sentadas terminando de comer y sigo sus instrucciones para llegar al aula de Español.

Soy la primera en entrar, por lo que puedo darme el lujo de decidir dónde quiero sentarme. Las mesas del fondo me atraen con fuerza, así que me dirijo hacia ellas mientras empieza a llegar el resto de mis compañeros.

La profesora, la señora Landvik, deposita los libros sobre su escritorio y de inmediato levanta la cabeza, como si estuviera buscando algo; en cuanto me localiza (se ve que ese algo era yo), me dedica una sonrisa radiante.

La mayoría de alumnos se ha sentado ya. La profe llama al orden e inicia su discurso:

—Chicos, espero que hayáis pasado un espléndido verano. —Su castellano es perfecto, sin apenas acento—. Este año tenemos la suerte de contar en nuestra aula con una española auténtica —dice mientras me señala, y yo quiero morirme de la vergüenza. Todo el mundo se vuelve para mirarme y, por supuesto, me pongo roja hasta el tuétano.

En ese momento se abre la puerta del aula y entra un chico que, para no variar, está buenísimo. En serio, necesito toparme con alguien feo para comprobar que esa especie existe en Noruega.

—Erik, bienvenido. Esperaba librarme de ti este año, pero veo que eso no va a ser posible —lo saluda la profe con una gran sonrisa.

Mis compañeros se ríen con complicidad; él se adentra en la clase como si en lugar de haberle lanzado una pulla envenenada la profe lo hubiera recibido de la forma más amistosa.

—Señorita Ripoll, ¿sería usted tan amable de echarme una mano con este zoquete? Va a sentarse a su lado, a ver si así aprende alguna palabra en su lengua materna.

Las risas vuelven a ser generalizadas. Me siento fatal por el pobre chico, que sonríe sin haberse enterado de que se acaban de meter con él, otra vez.

La señora Landvik le señala a Erik un pupitre junto al mío, y el chico se encamina hacia mí sin perder la sonrisa.

—¿Se ha ensañado mucho conmigo? —me pregunta en cuanto se sienta. Sigue sonriendo; parece feliz de estar aquí, a pesar de que, por lo visto, sabe que a la maestra no le ha hecho ni pizca de gracia verlo.

—¿Quieres la verdad o una mentira piadosa?

De nuevo la puerta se abre y la profesora chasquea la lengua. Solo pasan cinco minutos de la hora, pero todos parecen muy irritados por la interrupción. El que entra es el chico de la clase de gimnasia. ¡No me jorobes que también vamos a esta asignatura juntos! Pues mejor, así tendré oportunidad de hablar con él y que me explique a qué se debe la cara de asco que pone cuando me mira.

—Sondre, qué feliz me hace que te dignes a agasajarnos con tu presencia.

La clase vuelve a reír.

Un momento, ¿ha dicho Sondre? La profesora lo ha llamado Sondre. Espero que sea un nombre muy común en Noruega, porque el hermano de Astrid es mucho más joven que nosotras, ¿no? Si los cálculos no me fallan, este debe de ser su primer año en el instituto, ¿verdad?

—Siéntate ahí, al lado de Amelie, así podrás echarle una mano si lo necesita. Qué alegría me da tener tantos ayudantes dispuestos a hacerme el trabajo mucho más fácil este año.

El chico se ubica donde le ha indicado la profesora, no sin antes atravesarme con la mirada de esa forma que ya empieza a resultarme conocida. Cuando nuestros ojos entran en contacto, experimento una sensación tan intensa que no me deja indiferente; aunque a veces parece que me odia, otras la conexión es tan fuerte que necesito coger aire con urgencia para sosegarme.

Su sitio está delante y algo a la izquierda del mío, así que puedo observarlo con atención. Después de mirarlo durante un rato, corroboro que no hay nada en él que me recuerde al pequeño Sondre al que yo conocía, y al que seguramente veré esta noche en su casa. Respiro con algo parecido al alivio.

Debe de haberse dado cuenta de que lo estoy examinando de arriba abajo, porque gira todo el cuerpo en la silla y me mira con el ceño fruncido. Bajo la cabeza rápidamente e intento pasar lo más desapercibida posible. Por favor, que no se dé cuenta de lo roja que me he puesto.

—Vaya, ¿qué le has hecho a Sondre Spillum? —En el momento en que Erik pronuncia ese apellido, a mí se me para el corazón. Así que es él: es el chiquillo delgado y larguirucho al que Astrid y yo teníamos que arrastrar, obligadas por nuestros padres, por todo Betlem. Me doy cuenta de que he estado una hora entera con él y no lo he reconocido; normal que me mire con cara de asco. Un leve sentimiento de culpa me invade: la última vez que estuvimos juntos tampoco fui muy educada con él—. Parece que te odia tanto o más que a mí. Ya sabía que esto de matricularme en Español era una buena idea. Lo que nos vamos a divertir.

En cuanto acaba la clase, Sondre se levanta y sale sin prestarme atención. Me dirijo hacia la puerta lo más rápido que puedo para pillarlo y pedirle explicaciones, pero, cuando ya casi la estoy atravesando, la señora Landvik me reclama.

—Gina, me encanta que estés en esta clase. Ya sé que te has matriculado solo para obtener los créditos que te faltan, pero de verdad que me haría mucha ilusión que pudiéramos colaborar. Me gustaría preparar algunos ejercicios en los que Sondre y tú podáis ayudarme con la pronunciación.

Me estremezco al oír su nombre.

—Por supuesto. No quiero ser un estorbo, y aunque haya elegido esta asignatura solo para cumplir con el expediente, haré lo posible para adaptarme. Ayer el orientador me dejó claro que las clases son de asistencia obligatoria, que no basta con que apruebe los exámenes.

—Sí, eso es cierto, pero no te preocupes si algún día no puedes venir. Eso ya lo arreglaremos.

—Muchas gracias, profesora. Estaré encantada de poder serle de ayuda.
—Me encamino hacia la puerta, sin ninguna esperanza ya de alcanzar a Sondre; seguro que habrá desaparecido por los pasillos.

Mi torpeza a la hora de reconocerlo me ha hecho sentir avergonzada al principio, aunque él también habría podido decirme algo y no comportarse como un auténtico cretino. Quizás él tampoco se acordaba de mi cara y estoy siendo demasiado dura. Al fin y al cabo, ¿hace cuánto que no nos vemos? ¿Seis años? Ambos hemos cambiado desde entonces; la última vez que coincidimos éramos unos críos. Aunque, en cuestión de estatura, yo no he crecido demasiado que digamos: de pequeña era una especie de espárrago sin forma, y desde entonces me han salido pechos y caderas (además de algunos granitos). Sin embargo, mi cara es prácticamente la misma. «¡Claro que sabía quién eras desde el principio! Eres la única española del instituto —me recuerdo, enfadada—. Si no te ha comentado nada es porque no le ha dado la real gana. Cuando lo vea, se va a enterar».

A última hora, me dirijo a clase de Historia agarrando los libros con fuerza, más cabreada de lo que me he sentido en mucho tiempo. Estoy cansada después de tantas horas de clase, y las gilipolleces de Sondre siempre me han sacado de mis casillas; desde que éramos niños se ha dedicado a molestarnos a Astrid y a mí por sistema, y, por supuesto, hoy no ha sido menos.

No he podido dejar de pensar en él y en su comportamiento de mierda para conmigo durante la clase de Biología, de la que acabo de salir. Por su culpa, no me he enterado de la mitad de lo que ha explicado el profe. Además, está el tema de las miradas intensas; jolín, me pone cardiaca un chico que podría ser mi primo. Tengo que olvidarme a la de ya de esa supuesta conexión entre nosotros.

Sondre solo es un año menor que nosotras. ¿Por qué yo pensaba que Astrid le sacaba dos o tres?, me repito en bucle.

Entro en el aula con la cabeza baja, sin dejar de dar vueltas al asunto. Cuando alzo la vista para escoger un pupitre, me topo de nuevo con su mirada furiosa.

¡No me lo puedo creer! En las únicas tres clases que he cogido de segundo tiene que estar él también. Si lo hago a propósito, no me sale, estoy segura.

Lo veo negar con la cabeza y me acerco a donde está sentado.

—¿Por qué no me has dicho esta mañana quién eras? —le pregunto en castellano. Lo habla bastante bien; no tanto como Astrid, pero lo suficiente para poder mantener una conversación. Paso de que todos entiendan lo que tengo que decirle.

—Por la misma razón por la que no me lo has dicho tú a mí, supongo.

—Yo no te he reconocido —contesto con los dientes apretados.

—¿Qué te hace suponer que yo a ti sí?

—La cara de odio con la que me has estado mirando todo el día, por ejemplo.

—¿Qué cara de odio? —Al ver que su respuesta no me satisface, continúa—: No tienes ni idea de cómo te miraría si te odiara.

—Admite que me has reconocido y que no te ha gustado que estuviera en la misma clase que tú, y que por eso no me has dicho nada.

—Pues claro que no me hace ninguna gracia que compartamos la mitad de las clases, y encima he tenido que escuchar comentarios todo el día sobre la *fucking hot spanish student*^[1]. Lo que me faltaba, vamos.

Ese comentario me deja noqueada, sobre todo por la manera en que lo ha pronunciado. Me he quedado sin palabras, y no suele ser algo común.

—Por favor, tomen asiento de una vez. Va a empezar la clase.

Mientras discutía con Sondre, el aula se ha ido llenando, ha llegado el profesor y yo ni me he enterado. Echo un vistazo alrededor y me doy cuenta de que el único sitio que queda libre es el que está al lado de Sondre. Lo miro para que me deje pasar. Me señala la parte trasera de la clase con un movimiento de cabeza; puedo rodear todas las mesas para acabar sentada igualmente a su lado, pero sería mucho más fácil si él se levantara un momento para cederme el paso. Leo en sus labios apretados que no tiene ninguna intención de ayudarme con eso, así que doy un rodeo y me siento en el mismo pupitre que él (en esta aula son dobles, para mi desgracia), lo más lejos que puedo.

—Muy bien, chicos, este primer trimestre vamos a probar algo diferente: vais a trabajar de forma cooperativa. Yo os proporcionaré un tema y vosotros tendréis que desarrollarlo por parejas para presentarlo al resto de compañeros. —Un murmullo se eleva por toda la clase y el profesor pone orden con unas palmadas. Todo el mundo ha empezado a barruntar con quién formará dúo—. Cada uno trabajará con la persona con la que comparta pupitre hoy. —El rumor esta vez es mucho más fuerte, algunos compañeros se quejan indignados, pero por encima de ese ruido puedo escuchar con claridad un:

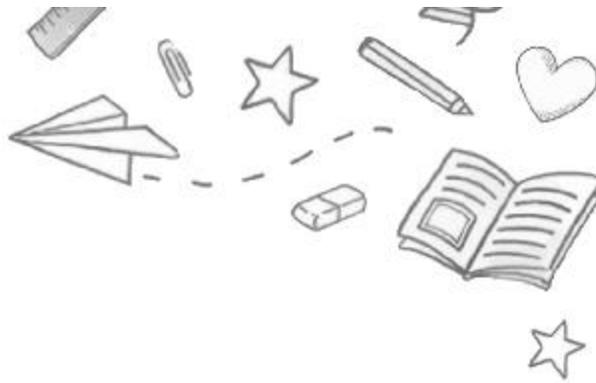
—*What the fuck?* —Me vuelvo hacia Sondre con los ojos entrecerrados: él y su comportamiento están empezando a joderme de verdad—. No hace falta que me mires con esa cara, lo único que necesitaba para que el día de

hoy fuera completito era que me tocara hacer un trabajo de Historia precisamente contigo. Voy a tener que currármelo todo yo, joder.

Me niego a decir lo que tengo en la punta de la lengua. Sondre no va a conseguir que monte un espectáculo, aunque no me faltan ganas de gritarle que no es más que un gilipollas engréido. No tiene derecho a estar enfadado conmigo: yo tampoco he decidido trabajar con él, ha sido el profesor. Me vuelvo hacia el frente y cruzo los brazos.

El profesor está repartiendo los dossieres con las instrucciones para nuestra tarea. Cuando llega a nuestra altura, mira a Sondre y sonrío.

—Les deseo buena suerte —nos dice—. Sé que esto puede parecerles complicado ahora, pero estoy seguro de que lo harán lo mejor posible y que obtendremos muy buenos resultados con ello.



FEM (5)

Al ser el primer día, la clase termina un poco antes de lo que esperaba. Sondre y yo no hemos vuelto a dirigirnos la palabra desde que me he enfadado por su comentario. Recojo mis cosas sin mirarlo y salgo hacia su casa. Vaya maldita locura: me he pasado todos estos años defendiéndolo, a mi manera, ante su hermana, y ¿ahora me trata así? Lo peor es que no solo tendré que verlo a diario, sino que además tengo que realizar un trabajo con él de una asignatura que no sé ni por dónde coger. ¡Qué mierda!

En cuanto salgo del edificio, le mando un mensaje a Astrid.

Yo: Ya estoy en la calle, pero no vengas a buscarme, que necesito dar un paseo. Por cierto, tu hermano, si llega a ser un poco más gilipollas, no nace.

Su respuesta no se hace esperar:

Astrid: I told it to you^[2]. En serio que no me cuesta nada ir a recogerte, ¿estás segura de que sabrás llegar? Si te pierdes, mi madre me mata. Se suponía que tenía que enseñarte bien la ruta.

Yo: No te preocupes, aunque dé un rodeo me sentará bien: tengo dolor de cabeza de haber

pasado tanto tiempo metida ahí dentro. Empiezo a odiar los lunes, y este solo ha sido el primero.

Astrid: Como quieras. Te espero y después vamos a tomarnos una cerveza por ahí. ¿Hace?

Yo: Vale, pero hoy tendríamos que ir a dormir pronto, que me estoy muriendo del cansancio.

Astrid: No problem. Por cierto, ¿dónde has visto a mi hermano?

Yo: Después te lo cuento, ahora no quiero pensar ni un minuto más en él.

Si eres una persona que le da un millón de vueltas a todo, como es mi caso, tu cerebro nunca para de bullir. No te concede un descanso ni cuando más lo necesitas, por el contrario: vuelve sobre el mismo tema una vez y otra sin que seas capaz de hallar una solución medio convincente al problema. A veces, parece incluso que estoy metida en una centrifugadora emocional, y cuando mi mente empieza a saturarse, la ansiedad se traspasa al resto de órganos vitales, que también se activan y no de forma agradable, que digamos.

Caminar me ayuda a rebajar esa sensación de ahogo, y por eso le he pedido a Astrid que no viniera a recogerme.

Respiro de forma pausada con una técnica que me enseñó la psicóloga. Se trata de un método muy sencillo que puedo aplicar mientras camino: tomo aire mientras cuento hasta veinte, lo retengo el mismo periodo de tiempo, exhalo durante el mismo lapso y, por último, cuento otra vez hasta veinte antes de volver a inspirar. Puedo imaginar esos movimientos como si dibujara un cuadrado en el que cada lado corresponde con una fase de la respiración. Normalmente consigue calmarme, pero hoy no lo logro.

El tema de Sondre me está matando: vivo en su casa, sus padres son lo más parecido que tengo a unos tíos, y aunque sé que ellos no me lo recriminarán, no me parece correcto hacer como Astrid y no dirigirle la palabra. Pero es que se ha portado como un imbécil, y no me apetece llegar a casa y reírle las gracias como si nada hubiera pasado.

Sé por mi madre que el mutismo entre Astrid y Sondre, que se extiende ya desde hace tres años, lleva a sus padres de cabeza. Yo, en parte, lo entiendo: recuerdo perfectamente a Sondre molestándonos todo el tiempo. Siempre quería hacer lo mismo que nosotras. Cuando éramos pequeños no

nos daba tanto la lata, pero cuando nos hicimos mayores, era un rollo llevarlo auestas. Si queríamos hablar de chicos, allí estaba él para reírse de nosotras o criticar a quien fuera que recibiera nuestra atención en esos momentos.

Cuando decidió que no quería venir más a Betlem, Astrid y yo nos sentimos libres de verdad. No teníamos que hacernos cargo de él, nadie se metía con nosotras y tampoco nadie se enfadaba cuando quedábamos con otras pandillas de la urbanización.

Lo que más me rechina de la situación es que yo estuviera convencida de que era dos o tres años menor que su hermana y que yo. Resulta que solo le llevamos un año, ¡alucina! Si era un tirillas que no nos llegaba ni al mentón... La última vez que lo vi fue cuando nos caímos con la bici, y yo juraría que le sacaba una cabeza. ¿Será porque Astrid y yo siempre lo hemos llamado crío, o renacuajo, o gusano? ¿Por eso seguía imaginándolo como a un niño pequeño? Lo cierto es que nunca había pensado en él como un chico, joder, como un tío. Como un tío que, además, está más bueno que el chocolate.

Llevo un buen rato deambulando por las calles cercanas a la escuela, creo que ya es hora de poner rumbo a casa; no quiero llegar tan tarde que no nos dé tiempo a nada. A mí también me apetece tomar algo con las chicas. Saco el móvil y pongo en marcha el Google Maps. «Vaya, no me había dado cuenta de que me estuviera alejando de casa, pensaba que iba caminando en esa dirección», me digo.

Por el rabillo del ojo veo que alguien dobla la esquina; le pediré indicaciones, porque con los mapas no me aclaro. Levanto la cabeza, pero en la calle no hay nadie más que yo. Juraría que había una persona ahí no hace ni diez segundos. Me habré confundido. He salido de la zona más transitada y me encuentro en una calle flanqueada por casas de madera, todas muy similares. Quizás tendría que mandar un mensaje a Astrid y enviarle mi ubicación para que venga a buscarme. Se está haciendo tarde, aunque no va a ponerse el sol hasta dentro de cinco horas, al menos.

Al girar en la siguiente calle, vuelvo a ver la sombra de antes, pero al voltear la cabeza ha desaparecido de nuevo. Me estoy acojonando; sé que en Noruega apenas se producen crímenes, así que sería toda una ironía que yo fuera una de las personas que engrosan las estadísticas anuales de

homicidios. Aprieto el paso y vuelvo a girar a la derecha, como indica el GPS del móvil. Me doy de bruces contra una mole enorme, reboto contra ella y hago el intento más patético del mundo de salir corriendo. Tengo un grito atravesado en la garganta que pugna por salir, pero no lo dejo escapar hasta que el hombre (porque alguien de este tamaño solo puede ser un hombre) me agarra por la mochila y me retiene.

—¿Puede saberse por qué coño gritas? —La voz de Sondre a mi espalda hace que pase del acojone al cabreo en menos de cero coma un segundo.

Me vuelvo hacia él. Creo que no me había sentido tan indignada en mucho tiempo, antes de que aprendiera a controlar mínimamente mis emociones allá por los trece o catorce años.

—¿Que por qué grito? ¡Porque me has dado un susto de muerte! No eres más que un puto crío gilipollas —le espeto en castellano. Estoy tan encendida que no creo que me pueda concentrar lo suficiente como para hablar en noruego—. ¿Por qué me seguías? Esa debería ser la pregunta, y no por qué grito. Que por qué grito, dice el imbécil este.

Sondre me mira estupefacto. Ha soltado mi mochila como si quemara y su semblante se torna más hostil a cada segundo que pasa.

El corazón me va a doscientos por hora, y empiezo a notar cierto entumecimiento en las manos. Estoy respirando demasiado deprisa; tengo que calmarme o esto va a acabar muy mal.

—No te estaba siguiendo; iba a casa de mi amigo Adrian. Vive en esa calle. —Pronuncia las palabras con dureza mientras señala la esquina que yo acabo de doblar.

—He visto una sombra que me seguía y apostaría algo a que eras tú. —Ya no grito, aunque tampoco hablo a mi volumen normal.

—Que tú sufras alucinaciones no es mi problema. —Se vuelve para alejarse, pero antes de echar a caminar, añade, sin mirarme siquiera—: Yo en tu lugar llamaría a mi hermana para que venga a buscarte. Si pretendes llegar a casa, lo llevas crudo: has tomado la dirección contraria. —Y desaparece tras la esquina.

Lo veo alejarse con una mezcla de indignación y enfado que me provoca unas ganas enormes de despotricar contra él toda la tarde.

Al final no me queda más remedio que admitir que me he perdido y llamar a Astrid.

—¿Necesitas pasar por casa o crees que podemos ir directamente a tomar algo?

—Como tú quieras, me da igual, pero ven a buscarme.

—Vale, no te muevas. En menos de cinco minutos estoy ahí.

No he colgado el teléfono cuando Sondre vuelve a aparecer.

—¿No ibas a casa de tu amigo?

—Sí, pero no está.

Lo miro con los ojos entornados. Por qué será que no me creo el cuento de que tenga un amigo viviendo justo aquí.

—¿Ya le has dicho a mi hermana que te recoja?

—Sí, llegará enseguida. Hemos quedado con las chicas para ir a tomar una Coca-Cola.

—¿Coca-Cola? ¿Con las amigas de mi hermana? Estás equivocada si crees que esas beben refrescos. Me voy; paso de estar aquí cuando llegue la histérica de Astrid. —Se introduce unos cascos en los oídos y se aleja sin esperar a que le responda. No ha caminado ni diez pasos cuando tira de la capucha de la sudadera y se la coloca sobre la cabeza.

En cuanto llega Astrid, me meto en el coche y resoplo con fuerza.

—¿Cómo has llegado tan lejos? Estás en la otra punta; te hubieses dado una buena pateada para llegar a casa. —Se mete por la calle del presunto amigo de Sondre—. Creo que por aquí vive Adrian, otro imbécil que se pasea todo el día con mi querido hermano.

Arqueo las cejas al escucharla; resulta que el chico no mentía. Bueno, da igual, lo importante es que en vez de ayudarme me ha dado un susto de muerte. Lo dicho: más tonto y no nace.

—¿Sabes que está en todas mis clases de segundo?

—¿Quién?, ¿Sondre? ¿En serio?

Asiento con la cabeza sin perder de vista la carretera.

—Encima tengo que hacer un trabajo con él de Historia de Noruega.

—¡No! —Se ríe de mí sin compasión.

—Sí. A él le hace tan poca gracia como a mí, puedes estar segura. Pero es lo que hay, se tendrá que aguantar igual que yo.

—Pasa de él. En casa no será difícil, ya que está todo el día metido en su habitación escuchando música, o simplemente ni viene porque se queda en la de Adrian. En el instituto, bueno, trata de evitarlo y listo, yo lo hago continuamente.

—¿Aún no lo has perdonado por lo de Lukas?

—No pienso perdonarlo.

—Ya, fue un asco. Sondre no tenía que haber permitido que te tomaran el pelo de esa manera.

—Todavía espero una disculpa por su parte. ¿Te lo puedes creer? Es mi hermano y nunca me ha pedido perdón.

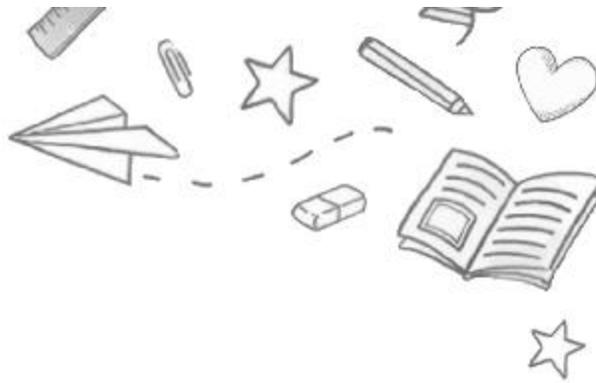
—Putos críos.

—Sí. —Se queda un momento en silencio—. Paso de hablar de todo aquello, vamos a charlar de cualquier otra cosa, ¿quieres?

—Hay algo que me tiene muy intrigada, tía.

—¿Qué es?

—¿En esta ciudad no hay chicos feos? Es que creo que he visto más tíos buenos hoy que en todo el conjunto de los días de mi vida entera.



SEKS (6)

Astrid me lleva a un bar que tiene un aspecto genial, de estilo retro; de esos que Manu decía que empezaba a odiar porque estaban poniéndose demasiado de moda. Su casa está situada en una zona residencial y parece que, al menos aquí, se diferencia la parte de bares y tiendas de la de las viviendas.

Julia y Leah ya han llegado y están tomando cerveza de una marca que no había visto en mi vida. En la etiqueta se lee claramente que es eco.

—Creía que en Noruega no se servía cerveza a los menores de edad — digo en cuanto ocupo un sitio en la mesa.

—¿Quién no tiene los dieciocho aún? —pregunta Marlon, uno de los chicos a los que he conocido esta mañana en la cafetería del instituto, y que acaba de sentarse con nosotras sin que me haya dado tiempo a registrar el movimiento. Storm viene tras él y se acomoda junto a Julia. Empezamos a estar un poco apiñados, sería mejor acercar otra mesa. ¿O aquí no tienen esa costumbre?

Astrid me señala con el pulgar.

—Aquí la amiga no los cumple hasta diciembre.

—Bueno, no pasa nada, estás con adultos, podemos «autorizarte» nosotros. —Leah me guiña un ojo—. O comprar las cervezas y largarnos a tomárnoslas a otro sitio.

—Bueno, lo cierto es que no suelo beber alcohol los días que tengo clase, y los fines de semana tampoco. Me basta poquísimo para pillar unas cogorzas de escándalo.

—No te preocupes, aquí vas a coger práctica. —Julia me aprieta una mano para infundirme ánimos, pero aun así, cuando viene el camarero, pido una Coca-Cola—. Astrid nos contó que habías nacido en Noruega. ¿Tienes la nacionalidad, o cómo va eso?

—No, no la tengo, aunque tampoco es un problema. A pesar de que Noruega no pertenece a la Unión Europea, hay acuerdos que permiten la libre circulación de ciudadanos y cosas así.

—Sí, eso lo dimos en clase de Economía el año pasado. Me suena haberlo estudiado.

—Yo no cursé Economía, Leah; debería haberme matriculado este año. No voy a saber administrar mi fortuna cuando la gane —contesta Julia. Todos se ríen de ella sin disimulo.

—No, en serio —interviene Storm—: ¿dónde has aprendido a hablar tan bien nuestra lengua?

—He tenido una muy buena profesora. —Señalo a Astrid con la cabeza.

—¿Tú le has enseñado? Pero si lo hablas fatal.

Leah le ríe la gracia a Julia mientras Astrid niega con la cabeza.

—Lo cierto es que lo aprendí aquí. Mis padres y yo no abandonamos Noruega hasta que yo cumplí los tres años, y solo porque ellos añoraban mucho la isla. Siempre dicen que las condiciones de vida aquí eran, para ellos, mucho mejores. Pero los mallorquines no pueden vivir lejos del sol, por lo que se ve.

—No os podéis imaginar la cantidad de ropa superabrigada que ha traído. Le he dicho que es una exagerada, que aquí no hace tanto frío. Estamos a la orilla del mar.

—Sí, del mar del Norte. Estoy helada, y solo estamos en agosto.

—Ahora no hace frío —se apresura a decir Leah—. ¿Tenéis frío, queréis que pasemos dentro?

Los demás negamos con la cabeza, pero yo lo hago solo para que no me vuelvan a llamar exagerada. Lo cierto es que no tengo nada de calor.

—Entiendo que tus padres se volvieran a Mallorca, es un paraíso. Yo estuve de viaje de estudios y lo pasamos de puta madre. —Marlon se acerca la cerveza a la boca para darle un trago.

—¿Cuántos días estuvisteis?

—Una semana.

—Pero no salieron del hotel, por lo que sé —señala Storm—. No tiene recuerdos, solo una nebulosa de alcohol y sexo, por eso le pareció tan

alucinante.

—Típico de los viajes de estudios —contesta Leah con suficiencia.

—¿Insinúas que Mallorca no es el paraíso? —Finjo enfado cuando le pregunto a Storm. Enseguida se da cuenta de lo que ha dicho e intenta rectificar.

—No... No digo... Es que... Lo que pretendía decir es que no creo que viera nada de...

—Déjalo, te estaba tomando el pelo. Todo el mundo sabe en qué consisten los viajes de estudios a Mallorca —le digo entre risas. Él se relaja y me dedica una sonrisa de disculpa.

—¿Entonces tus padres vinieron a trabajar aquí y conocieron a los de Astrid, o cómo fue? —pregunta Marlon, que se ha ido acercando disimuladamente a mi amiga. Solo falta medio centímetro para que sus muslos entren en contacto.

Echo un vistazo a Astrid, quien parece muy satisfecha: me mira, se muerde el labio inferior y abre mucho los ojos. Para que yo la entienda ni siquiera hace falta que tengamos un código privado, en todos los idiomas significa lo mismo: «Es monísimo, ¿no te parece?». Asiento con disimulo mientras doy un trago a la Coca-Cola.

—No, mis padres vinieron a Noruega de recién casados, pero fue porque el abuelo de Astrid le había encontrado un trabajo a mi padre en la compañía petrolera en la que él trabajaba.

—¿Vuestros abuelos eran amigos? ¿Se conocieron en la guerra? —pregunta Storm.

—¿Qué guerra? —Astrid arruga la nariz.

—Yo qué sé. Mi abuelo siempre habla de un amigo suyo, español, al que conoció cuando estuvo de voluntario en la guerra de España.

—¿Cuántos años tiene tu abuelo? Porque el mío ni siquiera había nacido durante la guerra civil —le contesto. Alucino con que alguien de esa edad pueda seguir vivo.

—Cumplió cien el mes pasado. Bueno, en realidad es mi bisabuelo.

Eso me cuadra mucho más, aunque debía de ser muy joven cuando se desplazó a España para luchar con las Brigadas Internacionales.

—Me lo podrías presentar algún día.

—¿No se hospeda en la misma residencia donde mis abuelos tienen el apartamento? —pregunta Astrid.

—Sí, ahora que lo dices, creo que hemos coincidido ahí alguna vez.

—Pues entonces tal vez podamos organizar una excursión y así aprendemos algo de la Historia de España. ¿Te apetece, Gina?

—Sí. Además, si no visito a tu abuela, se va a enfadar.

Acordamos que iremos un día de la próxima semana, cuando Storm haya tenido tiempo de avisar a su abuelo para que nos espere.

Astrid, que no ha olvidado la pregunta que nos hicieron en primer lugar, pasa a relatar a los chicos cómo se conocieron nuestros abuelos, y yo la escucho con una sonrisa en los labios. Nuestra «historia familiar» es algo de lo que me siento muy orgullosa. Aunque yo no haya contribuido a su desarrollo más que en su última fase, me parece extraordinaria.

—Después, su madre empezó a trabajar en el hospital; es enfermera, como la mía. Ellas sí se conocieron allí.

Me mira para que tome el relevo. Le encanta que sea yo quien cuente esa parte porque, en su opinión, mi madre lo hace mucho mejor que la suya, y eso implica que yo también.

—Por lo visto, una noche mi madre invitó a tía Ingrid a cenar y se dio la «casualidad» —entrecomillo de forma exagerada— de que mi padre había invitado también a tío Magnus.

Leah y Julia parecen mucho más interesadas, aunque Marlon y Storm también escuchan con una sonrisa en los labios.

—Fue un flechazo —digo, imprimiéndole la misma intriga que le pone mi madre.

—Bueno, por lo que sabemos, el flechazo lo tuvo mi padre, porque mi madre pasó un poquito de él. O se hizo la difícil, que también la veo capaz.

—Nuestras madres —continúo— trabajaban en urgencias, y tío Magnus se puso enfermo la friolera de siete veces en quince días, hasta que ella, harta de verlo acudir al médico con dolencias de lo más peregrinas (llegó a clavarse un anzuelo en un dedo para que se lo tuviera que sacar su madre) —señalo con la cabeza a Astrid—, accedió a salir con él.

—¡Eso tiene que doler un huevo!

—Tenía a mi madre de compinche, y le puso anestesia antes de que se atravesara el dedo con él.

Los cuatro nos miran alucinados. Si mis tíos se enteran un día de que vamos contando esa historia a todo aquel que quiera escucharla, nos asesinan lentamente. Como si lo viera.

Se está haciendo tarde y me entra un hambre feroz; desde la mitad del sándwich del mediodía no he comido nada. Además, estoy muy cansada y tengo ganas de darme una ducha.

—Creo que me voy a casa, no os importa ¿verdad? —digo poniéndome en pie. Astrid, que cuchichea algo con Marlon, eleva la cabeza de golpe y me mira abriendo mucho los ojos—. Iré a pie, no te molestes.

—¿Seguro? ¿Sabrás llegar?

Mi cara debe de ser un poema, porque Leah se levanta de prisa de su asiento y me coge del brazo.

—Yo la acompaño. Quedaos un ratito más si queréis.

Me da un golpecito con la cadera y veo que no soy la única que se ha dado cuenta de lo que se cuece entre Marlon y Astrid.

La casa no queda muy lejos, y como todavía hay mucha claridad, el paseo con Leah me resulta muy agradable. Es una chica dulce y me río un montón con sus ocurrencias. Lo que más temía era no llevarme bien con las amigas de Astrid, que me tomaran como a una intrusa o algo así, pero no parece que sean de ese tipo de personas. Me siento feliz. Cada vez estoy más convencida de que he hecho bien en viajar tan lejos para terminar el bachillerato y tomar cierta distancia de lo que pasó con Manu, a pesar de que no hago más que acordarme de él. Si lo echo tanto de menos cuando solo hace dos días que lo he visto, ¿qué pasará dentro de un mes?

Entro en casa y está todo a oscuras, en silencio. Mis tíos deben de haber salido, porque creo que no trabajan hasta tan tarde. Me voy directa a la cocina; tengo que comer aunque sea un yogur o me desmayaré.

Nada más traspasar la puerta, me paro en seco. La nevera está abierta y Sondre tiene la cabeza en ella. No creo que lo haga por el calor, sino que lo más probable es que esté tan hambriento como yo.

—¿Algo interesante que llevarnos a la boca? —pregunto. He decidido que lo mejor será tender puentes con él. No podemos estar peleados, no sería justo para mis tíos.

Da un respingo al oír mi voz y se yergue en toda su estatura. ¿Por qué será que a veces me parece un gigante, como ahora, y otras no me intimida tanto? ¿Será la perspectiva?

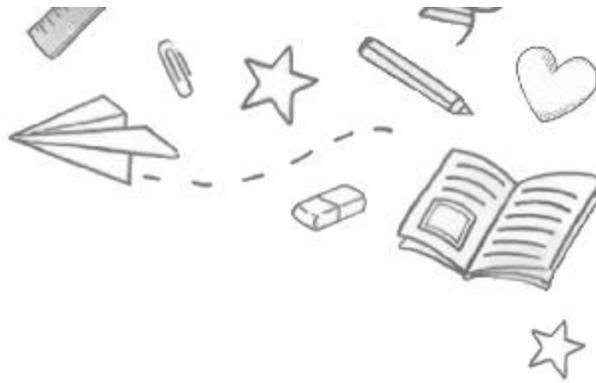
—Mis padres se han ido al cine, pero han dejado lasaña preparada. Iba a calentarme un plato.

—Ah, vale, pues... te dejo que cenes tranquilo. Voy a darme una ducha y después ya comeré algo.

Sondre asiente y vuelve a esconder la cabeza en la nevera. Mientras, yo me dirijo a mi habitación pensando que soy gilipollas: estoy hambrienta y, por mi cabezonería, va a pasar media hora más hasta que pueda comer algo.

—Gina —me llama, y me vuelvo para averiguar qué quiere. Una manzana se desplaza por el aire en mi dirección y la cojo al vuelo; soy buena parando lanzamientos—. Para que vayas abriendo boca —me dice sin apenas echarme un vistazo.

—Gracias —contesto, pero ya no me está prestando atención.



SJU (7)

Entro en clase de Español y me doy cuenta de que Sondre ya ha ocupado su lugar. Me saluda levemente con la cabeza. Está visto que el chico es más bien contenido; no es que vaya a desnucarse ni nada por el estilo por inclinarla un poco más, digo yo.

Erik está sentado a la mesa que compartimos y me espera con una sonrisa reluciente. «Mira, alguien que se alegra de verme». Le correspondo gustosamente. Al sentarme, miro en dirección a Sondre por el rabillo del ojo y veo que nos observa con su habitual cara de asco.

—*Hola, signorina* —me saluda mi compañero. Tiene un acento tan pésimo que me hace reír.

—Eso es italiano, lo sabes, ¿no?

—¿Italiano? ¿En serio? Ahora entiendo que la profe no me quiera en esta clase. Pero bueno, yo seguiré viniendo. Landvik es sarcástica y saca las uñas de vez en cuando, pero a final de curso siempre aprueba todo el mundo.

Pongo los ojos en blanco.

—Alguien tendría que explicarle que eso es contraproducente para su salud mental.

—¿Por qué?

—Pues porque se ve obligada a soportar a «zoquetes» —digo la palabra en castellano, muy despacio— como tú en su clase.

Erik se ríe y se acerca más a mí.

—También me apunté porque me parece que cualquier cosa dicha en español suena más sexi, mucho más cuando la dices tú. —Baja la voz, mirándome directamente a los ojos.

—Chicos, silencio.

Erik se endereza en su asiento y yo respiro aliviada. No sé en qué estaba pensando, pero no lo he visto venir. Habrá que ir con cuidadito: si el tío no se ha cortado ni un pelo en clase, más me vale no quedarme con él a solas. Es cierto que es muy guapo, pero tiene algo que me da repelús.

La señora Landvik comienza a explicar la forma correcta de conjugar el pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo, y mis cejas se elevan de forma inconsciente. Jolín, eso es difícil hasta para mí.

—*Yo hubiera abrido* —dice la chica que está sentada al lado de Sondre cuando le toca el turno.

La profesora chasquea la lengua.

—¡Chicos! ¿Estáis despiertos? Esto ya lo dimos el año pasado. «Abrir» es un verbo irregular. Sondre, ¿quieres decirle por favor a tu compañera cuál es la respuesta correcta?

—Es un verbo difícil, señorita. —Remarca el «señorita», como si supiera que a Landvik no le gusta que se lo digan.

Y debe de ser así, porque la profe pone una cara de manzana agria que tira de espaldas.

—Si no sabes cómo hacerlo, podemos preguntarle a Gina. Ella seguro que nos podrá decir cómo es.

—*Yo hubiera abierto* —digo, algo pagada de mí misma. Advierto que Sondre aprieta las mandíbulas. ¿Qué he hecho yo ahora?

—Muy bien, Gina. Aunque tengas poco mérito, lo has hecho muy bien.

Mis compañeros de clase se ríen y yo me quedo descolocada por completo. Miro a Erik, que me guiña un ojo.

—¿Se ha metido contigo? —me susurra cuando la Landvik ya no está pendiente de mí.

—Podría decirse que sí. ¿Esta tía de qué va?

—No lo sé, pero el modo en que trata a la gente es muy divertido.

—No lo dirás en serio, si tú ni siquiera la entiendes.

—Ya, pero como se mete con todos, no me siento tan mal cuando lo hace conmigo. Además, ya te he dicho que es una asignatura aprobada de antemano. ¿Tú no te apuntaste por eso?

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza. ¿Este chico es tonto o qué le pasa?

Después de una clase que podría compararse con el camarote de los hermanos Marx, tengo un rato libre para comer. En la cafetería me encuentro con Leah, y poco después aparecen Astrid y Marlon.

—Acabo de salir de la clase de español y vengo encendida. ¿Qué problema tiene la señora Landvik? —pregunto cuando estamos todos frente a nuestros respectivos platos.

Los tres resoplan.

—¿Te ha tocado la loca esa?

—Sí. Esa precisamente.

—No pasa nada, aprobarás seguro —dice Marlon con convicción absoluta.

—Si no aprueba Gina, ¿quién va a hacerlo? —Astrid intercede por mí, aunque lo mira a él con una sonrisa boba en la cara.

¡Uy, que me da que esta tiene muchas cosas que contarme! Cuando llegué ayer a casa, ya hacía un rato que yo había caído desmayada en la cama y, aunque intentó despertarme, ni siquiera abrí un ojo, no fuera a desvelarme. Esta mañana tampoco he tenido oportunidad de interrogarla porque la cocina estaba llena de gente; además, ella no tenía clase a primera hora ni tampoco ninguna prisa por salir de casa, así que he venido a pie, sola.

Inclino la cabeza hacia un lado, interrogante. Astrid me guiña un ojo y sonrío.

—¿A qué hora acabas hoy?

Gimo levemente cuando me doy cuenta de que volverá a ser tarde. Hoy también hay clase de Historia de Noruega. Por Dios, creo que tendré que leer el correo que le mandé a Astrid desde el aeropuerto mucho antes de lo que me imaginaba. Empiezo a preguntarme qué se me ha perdido a mí en Stavanger, y eso que solo llevo dos días en el instituto.

El aula de Historia está vacía cuando me siento en el pupitre. Saco el libro e intento concentrarme en leer el tema que nos ha tocado desarrollar a Sondre y a mí. Tiene que ver con el sabotaje de una planta de energía hidroeléctrica durante el periodo de ocupación nazi en la Segunda Guerra Mundial. Lo busco en Google; por lo visto, hasta se rodó una película sobre

ello en los años sesenta. Lo cierto es que el título me suena un montón: *Los héroes del Telemark*; tendré que preguntarle al abuelo, a ver qué me cuenta.

Oigo un ruido en la puerta y despego la vista del móvil. Sondre está de pie en el umbral; parece indeciso, como si no quisiera entrar y tener que enfrentarse a estar sentado a mi lado durante una hora entera. Pero es que no podría importarme menos. El tío es más raro que un perro verde: lo mismo se hace el amable (entre comillas, claro, como anoche cuando me lanzó la manzana) que se queda parado en la puerta para evitar estar a solas conmigo. En serio, quien lo entienda que lo compre.

Empiezan a llegar nuestros compañeros y le piden que se aparte. Él resopla y se acerca a la mesa que compartimos; se sienta con desgana y vuelve a soplar. Destilo rabia por cada uno de mis poros. Quiero hacerle saber lo ofendida que estoy, pero en vez de eso le brindo una amplia y falsa sonrisa.

—Muy bien, compañero, ¿dispuesto a trabajar un rato mientras yo echo un vistazo a las redes de mis amigos para saber qué han publicado? —Es un farol como una casa, yo nunca haría algo así. Estoy segura de que Manu se partirá la caja cuando se lo cuente... Joder, tengo que dejar de pensar en él de ese modo o me voy a volver loca.

Me fulmina con una mirada torva y a mí me entra la risa tonta.

—Que tengáis que trabajar en parejas no significa que esto sea una juerga, Gina. —La voz del profesor resuena cerca de nosotros.

Me pongo roja como un tomate, y en la comisura de la boca de Sondre, la de la peca, para más escarnio, se dibuja una sonrisa maliciosa. Inspiro con fuerza y le doy una patada por debajo de la mesa. Coge aire a través de los dientes; estoy segura de que le he dado en la tibia, y eso, señores, duele que te cagas si no te lo esperas. La que sonrío con malicia ahora soy yo.

Sondre me encara:

—Mira, Gina, no me gusta nada que el profesor te haya puesto conmigo para hacer el trabajo, y me importa una mierda si él piensa que juntos podemos trabajar bien. Lo único que sé es que quiero sacar buena nota en esta asignatura. Es una de las que se me dan bien, y si tener que cargar contigo va a suponer un problema, estoy dispuesto a suplicarle que me deje cambiar de compañero.

—Ya oíste lo que dijo ayer, que no permitiría cambios.

—Me da igual. Si no paras de hacer tonterías, se lo digo. El «no» ya lo tengo.

—Yo no estoy haciendo tonterías, el único que se está comportando como un crío eres tú. —Agacha la cabeza y me mira como diciendo: «¿En serio?»—. Está bien —contesto. Él ha ganado esta partida, pero seguro que no será la última; ya me resarciré—. A mí también me interesa sacar buena nota. La media para entrar en Tromsø...

—Vaya, mi hermanita y tú lo tenéis todo planeado, por lo que veo.

Su tono ha cambiado: ahora es sarcástico, como si se riera de nuestras aspiraciones.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, solo que necesitaréis unas notas muy buenas si queréis aspirar a Tromsø.

—Es que ni siquiera escuchas, te lo estaba diciendo antes de que me interrumpieras...

—No tengo ningún interés por lo que Astrid y tú penséis hacer el año que viene, lo único que me importa es aprobar esta asignatura, y con buena nota, así que haz el favor de colaborar un poco. Te aseguro que Anja —señala a una chica que está sentada dos pupitres por delante de nosotros— estará encantada de cambiar de pareja, y si es ella la que habla con el profesor, verás que no nos pone ningún impedimento. Y te juro que si te toca a ti trabajar con Reiner, no vas a aprobar ni de coña.

Lo miro fijamente. Ya no estoy enfadada. Una pena enorme se ha apoderado de mí.

—Sondre, en serio, no sé qué te he hecho para que me detestes. Creo que nunca me porté mal contigo. —Muchas de las pullas que le tiré cuando éramos solo unos críos estallan en mi cabeza como un recordatorio de que nunca lo soporté.

Aprieta las mandíbulas; se ve que es un gesto que hace con frecuencia cuando está cabreado.

—No es que te portaras muy bien, tampoco.

—Vale —admito—, entonces éramos unos niños. ¿No te parece que deberíamos enterrar el hacha de guerra?

—Según tú, yo sigo siéndolo. No has parado de echármelo en cara desde que has llegado.

Inspiro con fuerza. No quiero pelearme con él, pero se me está acabando la paciencia.

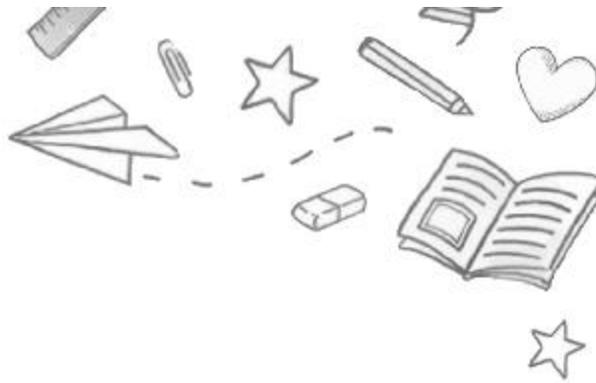
—Te recuerdo que has sido tú quien me ha pedido que colaboremos, y también has sido tú quien me ha amenazado con cambiar de pareja para el

trabajo. Te juro que no sé qué cojones quieres.

—Gina, es la segunda vez que tengo que pedirte que bajes la voz. Tus compañeros están hablando a un volumen mucho más bajo, ¿puedes, por favor, hacer lo mismo? —El profesor se ha acercado a nuestra mesa y me ha regañado en susurros, pero eso no ha impedido que las mesas cercanas lo hayan escuchado.

Odio que los demás me miren como a un bicho raro, pero es que, encima, no creo que yo sea la única que ha elevado el tono. Dios, no estoy acostumbrada a esto: en Mallorca yo era la alumna modélica. Es injusto que aquí piensen lo contrario de mí sin apenas conocerme.

Asiento con la cabeza e inspiro hondo. En los labios de Sondre se dibuja de nuevo esa sonrisa maliciosa. Juro que cuando lo pille en casa se va a enterar. Lo pienso poner a caldo.



ÁTTE (8)

Astrid me espera a la salida y, cuando ve mi cara de cabreo, se le tuerce el gesto.

—¿Mi hermano otra vez?

—Prefiero callarme antes que soltar alguna barbaridad del quince.

—Pues sí que estás mosqueada: estás hablando en español.

Me doy cuenta de que en clase de Historia ya lo estaba haciendo: lo único que me faltaba es que el profesor lo hubiese advertido y que también me hubiese llamado la atención por ello.

Intento tranquilizarme, así que hago varias inhalaciones profundas. A lo mejor tendría que buscarme un centro de yoga; si sigo por este camino, dentro de nada estaré agarrotadísima.

Astrid me coge de la mano y, de repente, recuerdo que tiene novedades interesantes que contarme. Se me pasa el enfado de un plumazo.

—Por cierto, ¿dónde está Marlon? —le pregunto a bocajarro.

La sonrisa de Astrid es tan amplia que se le iluminan hasta las pestañas.

—Ha ido a jugar al fútbol con un grupo de chicos de tercero. Hemos quedado en que iríamos a verlos cuando tú salieras. Leah y Julia ya han ido para allá, nos están esperando.

Niego con la cabeza.

—Creía que seguías coladita por ese tal Sven.

—Sven está en la universidad y no he sabido nada de él desde finales de junio, cuando me fui a Mallorca.

—Ya lo sé. Yo estaba presente cuando no hacías más que quejarte, ¿recuerdas?

—Ni siquiera he pensado en él durante estos últimos días. Marlon se ha encargado de ello maravillosamente, como sabrías si anoche no te hubieras hecho la dormida cuando llegué a casa —me dice, sacándome la lengua.

—Estaba muerta, llevaba dos días durmiendo poquísimo. No me lo tengas en cuenta, ¿vale? Además, no me hacía la dormida, solo intentaba no desvelarme.

Astrid chasquea la lengua y enlaza su brazo con el mío.

—¿Vamos a pie?

—Sí, el parque está muy cerca.

—Me gustaría dejar la mochila y coger algo de fruta para merendar. Ayer creía que no iba a llegar a casa del hambre que me entró.

—¡Qué exagerada eres, hija mía! —me dice en castellano y riéndose como la loca feliz que es ahora mismo.

—Seguro que tienes prisa por llegar junto a Marlon —me mofa—, pero el rodeo hasta casa te dará más tiempo para contarme eso que te hizo tan bien anoche.

—¡Cállate! No puedo reírme más o me voy a mear encima.

—Por Dios, eres más basta que un arado. ¿Quieres parar de reír ya?

Por el rabillo del ojo veo a un chico que cruza la calle y se pone la capucha de la sudadera sobre la cabeza; juraría que se trata de Sondre. Lo observo durante unos segundos, el tiempo suficiente para que se vuelva y clave sus ojos en los míos. Nos sostenemos la mirada más rato del necesario. Un escalofrío me recorre de arriba abajo y me deja tiritando.

—Creo que también cogeré una chaqueta; me parece que está refrescando.

—Lo vas a pasar de pena en enero. Valdría más que te fueras acostumbrando.

Astrid se ha colgado por Marlon, no me cabe la menor duda cuando me dice por tercera vez:

—¡Es tan tierno! Anoche me confesó que yo le gustaba desde primero. ¿Te lo puedes creer? Y soy tan tonta que ni siquiera me había dado cuenta. Aunque ha cambiado un montón: hace dos años no estaba tan bueno como ahora, ni de coña.

—A lo mejor no te habías fijado...

—¡Que no! —Me da un golpecito en el brazo mientras ríe, no puede parar de hacerlo—. Te juro que si hubiese estado así de potable el año pasado, yo también me habría fijado en él. Además, sus amigos se traían un rollo muy raro, eran unos frikis y muy pesados, debo añadir. Habrán madurado durante el verano, ¡yo qué sé! Solo puedo decirte que vale la pena, Gina. Me encanta.

—¿Julia y Storm también se liaron?

Astrid frunce el ceño.

—No, creo que no, ¿qué te hace pensar eso?

Me encojo de hombros.

—No sé, os quedasteis los cuatro solos...

—¿Te gusta Storm?

Me detengo en seco y Astrid, que va agarrada de mi brazo, también.

—¿Storm? No es mi tipo, para nada. Demasiado perfecto.

—Ningún chico es demasiado guapo, Gina.

—Lo que tú digas, pero no me gusta. —Enseguida pienso en la nariz rota de Sondre. Ese único rasgo me resulta mucho más atractivo que toda la beldad sin mácula de Storm. Sacudo la cabeza para ahuyentar esos pensamientos de mi mente.

Me he puesto una chaqueta, pero sigo teniendo frío, parece que se me ha metido en el cuerpo. Ojeo la temperatura en el teléfono: joder, estamos a doce grados, ¿cómo no voy a estar helada?

Cuando llegamos al parque, el partido ya ha terminado. Los chicos han traído unas cervezas y todos beben. Lo que yo diga: estos son descendientes directos de los vikingos, si no, ¿cómo se explica que aguanten estas temperaturas y que beban sin parar? O quizás beben para no tener frío. Sí, lo más probable es que sea eso, al menos así todo encaja.

Storm se acerca y me ofrece una lata, que yo rechazo.

—Entre semana, no —le recuerdo—. Además, tenemos deberes de Matemáticas para entregar mañana, bastantes, por no decir muchos. —Coincido con él en esa asignatura.

—¡Aguafiestas! Lo había olvidado.

—¿Sí, tan pronto? No me extraña. Cada lata de cerveza se lleva por delante un montón de neuronas.

—Creía que en España os iba más la fiesta.

—Seguramente haya a quien le va más que a mí, no te lo voy a negar.

—¿Ese no es tu hermano, Astrid? —Una voz que no conozco resuena en mis oídos.

Me vuelvo a tiempo para ver llegar y pasar a dos o tres chicos en monopatín. Uno de ellos es Sondre, o al menos a mí también me lo parece. Distingo la mirada preocupada de Astrid, aunque enseguida la disimula con ese velo de indiferencia que parece sentir hacia su hermano pequeño.

—Deben de ir al *skatepark* —dice Julia.

—Vamos a verlos —propone el chico que ha hablado antes—. Me han dicho que son buenos, que dan unos espectáculos memorables.

—¡No! —exclama Astrid—. ¿Qué se nos ha perdido allí?

—¿Te preocupa liarla parda si tu hermanito se hace daño?

Miro a mi amiga y noto como palidece; solo un poco, pero lo hace.

—Si son tan buenos, no van a hacerse daño —lo defiende Julia—. A mí me da pereza ir hasta el *skatepark*.

—Pues quedaos aquí; nosotros vamos a echar un vistazo —concluye otro mientras un grupo echa a andar en pos de los *skaters*.

Hay algo en todo el asunto que no me gusta nada. Hubiera jurado que Astrid no se preocupaba por lo que le pasaba a su hermano desde el lío de Lukas, así que no entiendo ese rastro de intranquilidad en su cara ni que se aferre a la cazadora de Marlon. La miro y le hago un leve gesto con la cabeza para que me dé explicaciones.

—Siempre acaban magullados cuando van al *skatepark*. Se la tienen jurada a otro grupo que hace piruetas ahí y llegan a ponerse bastante agresivos —contesta Leah en su lugar.

Me levanto de un salto.

—Vamos —digo mirando a Astrid—, será mejor que supervisemos lo que hace el tonto de tu hermano antes de que le abra la cabeza alguien que no seamos ni tú ni yo. —Intento gastar una broma, pero una ansiedad que no presagia nada bueno se va instalando en mi estómago.

El parque de patinaje parece el escenario de una distopía. No hay árboles, el cemento recubre las superficies onduladas y los grafitis adornan las paredes, tanto internas como externas. En eso no difiere demasiado de los del resto del mundo. O, al menos, de los que yo he podido visitar.

Distingo a Sondre al otro lado de la pista, al borde del abismo: su postura indica que está a punto de dejarse ir. Siento un pellizco en el estómago, justo donde se instalaron mis nervios hace un rato. «Me da

vértigo pensar que tiene que tirarse, nada más», me justifico, aunque no logro convencerme.

Lleva la capucha puesta, aun así, o quizás por eso mismo, su aspecto es imponente, casi fiero, podría decir. De repente, levanta la vista y me sorprende con los ojos clavados en él. Para no variar, nuestras miradas se quedan trabadas; la cabeza me advierte de que debería dejar de contemplarlo así, pero el corazón palpita con más ahínco cada vez que lo hago. Sin dejar de mirarme, Sondre se desliza por la pendiente, de forma tan brusca que el estómago me sube a la garganta.

Todos nos inclinamos hacia delante a tiempo de ver cómo sube por otra pared igual de inclinada. Cuando llega arriba, se aferra al borde con una mano mientras sus piernas salen disparadas mucho más allá del extremo del muro. Da una vuelta en el aire, sin que la tabla abandone sus pies, y se lanza de nuevo al vacío. Hace el mismo movimiento tres o cuatro veces, hasta que otro chico se lanza de forma tan temeraria como él y se cruza en su camino.

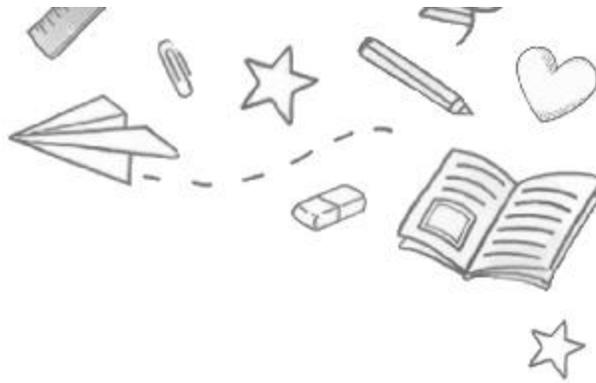
Una interjección desagradable abandona la boca de la mayoría de los miembros de mi grupo: el otro ha estado a punto de hacerlo caer, y los que están conmigo y conocen a Sondre parecen indignados. La misma escena se repite varias veces, aunque no siempre son los del otro bando los que cortan el paso a Sondre y sus amigos, se trata más de un *quid pro quo*. Me recuerdan a los machos alfa de algún documental que he visto en la tele, cuando se tantean para comparar quién los tiene más cuadrados. Una sensación desagradable anida en la boca de mi estómago cuando la imagen de Manu se dibuja nítida en mi cabeza. Supongo que será por la agresividad que destilan todos esos *skaters*: odio la violencia en todas sus formas, y esto no tiene pinta de acabar bien. Se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en él.

Soy gilipollas por ponerme ansiosa de esta manera. No puedo imaginar por qué razón alguien buscaría pelea, pero parece que es lo que hacen tanto unos como otros. Menudo fantasma es Sondre: si no me considerara una pacifista pura, pensaría que merece que le den una lección.

—Vámonos, ya he visto suficiente —dice Astrid al cabo de un rato. Está blanca como la pared. Marlon la pega a su pecho y le pasa la mano por la espalda con cariño. Ella sonrío levemente, pero la veo sufrir.

Cuando nos marchamos, noto la mirada de Sondre en mi espalda; ya empiezo a distinguirla entre todas las demás. «No voy a volverme, no voy a

volverme», me ordeno. Cuando lo hago, sus ojos destilan un brillo del todo desconocido, y me echo a temblar de la cabeza a los pies.



NI (9)

Astrid también tiene deberes de clase, así que nos vamos a casa después del incidente del *skatepark*. Estamos las dos sentadas en el suelo de mi habitación con los libros sobre la cama, que apenas se eleva treinta y cinco centímetros del suelo.

Hemos permanecido en silencio durante un buen rato, pero a mí algo me ronda la cabeza y no puedo callarme.

—¿Estás bien? —le pregunto para introducir el tema. Con el tiempo he aprendido a controlar un poco la ansiedad que me producen las peleas, no mucho, pero voy mejorando.

Asiente con la cabeza. La tristeza no la ha abandonado desde que hemos vuelto a casa.

—Se trata de tu hermano. Lo que no sería normal es que no te afectara.

—Quiero pasar de él, quiero apartarlo de mí cuanto pueda, pero cada vez se me hace más difícil. Era un buen chico hasta que empezó a salir con Lukas y su panda, ahí fue cuando lo perdí.

—Pero dijiste que ya no son amigos, ¿no?

—No lo son, pero Sondre no ha vuelto a ser el que era. Fumaban mucha hierba, y creo que de vez en cuando sigue haciéndolo; algo se torció en su cabeza. ¿Has visto el odio que destilaba hoy?

—Sí, tenía una mirada muy extraña. Parecía buscar pelea. —De tener el tema controlado, nada: acabo de entrar en bucle. En mi cabeza solo resuena su nombre una y otra vez: Manu, Manu, Manu.

—Eso era lo que solía hacer con Lukas y sus amigos, siempre se metían en líos. Desde que se junta con Adrian, parece más tranquilo, pero hoy... —Trago saliva, intentando deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta—. No te lo conté entonces porque yo creía que no tenía tanta importancia, y después sucedió lo de Manu y decidí no preocuparte con ello.

Estoy tan triste que me cuesta contestar.

—Tranquila, lo entiendo. Además, apenas hemos hablado de tu hermano desde lo de Lukas.

—Espero que no haya montado ningún *show*. Mis padres le advirtieron que si volvía a pelearse con alguien, tendría que asumir las consecuencias.

—¿Eran peleas muy fuertes? —Intento parecer serena, aunque por dentro me esté desmoronando.

—Pues sí, se molían a palos con quien fuera, sin apenas provocación de por medio. Lo hacían todos los fines de semana cuando iba con Lukas, por eso mis padres le prohibieron seguir viéndolo. Fue una suerte que cambiáramos de casa: en el Edvard Munch ha hecho nuevos amigos y se mantiene apartado de las peleas la mayor parte del tiempo.

—Lo que no entiendo es que a ti te gustase ese tío.

—Tiene mucho carisma, el problema es que no lo usa para nada bueno. *He is evil*^[3].

Sonrío. Aunque estoy acostumbrada a que Astrid riegue sus frases con palabras en inglés, me hace gracia escucharla. De repente, una luz se abre paso en el interior de mi cabeza.

—Por eso se rompió la nariz. —Puedo ver la cara ensangrentada de Sondre flotando ante mí, y me duele físicamente.

—No, eso fue en Betlem, ¿no te acuerdas?

Voy a contestar, pero no me da tiempo. En el piso de abajo oigo gritar a tía Ingrid y a tío Magnus; están fuera de sí, creo que nunca los había oído alzar la voz de esa manera.

Astrid y yo nos levantamos de un salto y salimos corriendo hacia la escalera. Me llevo las manos a la boca para contener un grito de horror. A mi lado, Astrid susurra:

—*Jesus Christ*.

Sondre está desmadejado en una de las butacas, tiene el labio partido y de una de sus cejas mana un chorro de sangre que le empapa toda la cara. El ojo tampoco ha salido muy bien parado y se va hinchando a pasos

agigantados. Y en mi mente resuena de nuevo la vieja canción: como Manu, como Manu, como Manu...

—No me mientas, Sondre —grita mi tía—. Esos golpes no son de haberte caído del monopatín. He trabajado muchos años en urgencias y sé distinguir unas heridas de otras, así que, por favor, no intentes reírte de mí.

Está frenética, no para de gritar y gesticular mientras se dirige a la cocina a por hielo. Vuelve a toda prisa y se lo coloca de cualquier manera sobre la cara. Sondre hace una mueca, pero no dice ni mu.

—Si eso no bastara para probar lo que digo, tienes los nudillos desollados; esas heridas no se producen por una caída. Di la verdad o el castigo será peor.

—¡Empezaron ellos! —intenta defenderse. Estoy a punto de huir a mi habitación. Lo que pasó hace unos meses vuelve a mi mente como un río desbordado.

—Me da igual quién haya empezado, te he dicho mil veces que dos no se pelean si uno no quiere. Así empiezan las guerras, joder. —Tío Magnus también está que se sube por las paredes.

—Levántate, nos vamos al hospital —resuelve mi tía tras observar detenidamente las heridas de su hijo—. Habrá que darte al menos media docena de puntos. Joder, Sondre, llevabas una temporada tan buena que creía que habíamos dejado todo esto en el pasado.

Él se levanta del sofá y se vuelve hacia la escalera; apostaría a que ha notado nuestra presencia. Sus ojos encuentran los míos y me parece leer arrepentimiento en ellos. Sea como sea, no puedo apartar la mirada de él. Estoy angustiada, y, además, no hace tanto que experimenté esta sensación en el pecho por última vez, como si algo se hubiera roto; habría dado lo que fuera por no volver a sentirlo jamás. Estoy a punto de echarme a llorar, así que me muerdo la cara interna de la mejilla para evitarlo.

Mis tíos también se han dado cuenta de que Astrid y yo somos testigos de todo el cuadro. Tía Ingrid menea la cabeza levemente y se lleva dos dedos al puente de la nariz.

—Lamento el alboroto, chicas. Vamos a tener que ir al hospital. ¿Podrías preparar la cena? No creo que tardemos demasiado en volver. — Me mira con una pena tremenda y sé exactamente lo que está pensando.

Astrid y yo cenamos solas: tío Magnus ha llamado para avisar de que los médicos han decidido hacerle un TAC a Sondre, ya que la mayoría de

los golpes se los ha llevado en la cabeza. Ninguna de las dos tiene ganas de meterse en su habitación, estamos pendientes de noticias, así que bajamos los libros al comedor y montamos nuestro centro de operaciones en él.

Guardamos silencio, pero nos resulta imposible concentrarnos en los libros que tenemos delante. Le cojo la mano a Astrid; está temblando.

—Estará bien, ya lo verás. Hablaba con coherencia, y mi madre me explicó que eso era lo primordial.

—No es eso; sé que mi hermano tiene la cabeza muy dura —intenta sonreír, pero el labio le tiembla—. Es que me da pena estar tan alejada de él.

—Eso tiene fácil arreglo, Astrid: lo único que debes hacer es dar el primer paso.

—Hace tanto tiempo que estoy peleada con él que ya no sé cómo hablarle; ambos hemos cambiado mucho en estos tres años.

—Yo no tengo hermanos, pero te diría que... —Astrid frunce la nariz—. Está bien, tardé tanto en conseguir uno que Toni es más mi niño que mi hermano. Ya te dije que era a uno de los que más echaría de menos. Pero no puedo mantener una conversación adulta con él; tú sí puedes tenerla con Sondre. No lo retrases más o te vas a arrepentir.

Es casi medianoche cuando la puerta de la calle se abre y entran mis tíos, seguidos por Sondre. Ellos parecen más calmados, en cambio, a él se lo ve derrotado. Lleva la cabeza gacha, la capucha puesta —como, empiezo a darme cuenta, es habitual en él— y las manos en los bolsillos.

—Hola, chicas. No teníais por qué esperar levantadas, es tardísimo.

Cuando Sondre escucha esas palabras, levanta la cabeza de golpe y nos mira entre sorprendido y avergonzado. Astrid y él se escrutan, hablando sin palabras. No es mucho, pero a mí me parece un primer paso.

A continuación desvía los ojos hacia mí; se me tensa la mandíbula cuando se funden con los míos. Estoy nerviosa a la par que aliviada, y es un sentimiento extraño, agri dulce. Soy la primera en bajar los párpados esta vez. He sentido que mi corazón podría implosionar si no lo hacía.

—¿A dónde crees que vas, muchachito? —Por lo visto mi tía solo está más tranquila en apariencia. Eleva la voz de nuevo; no grita, como hace unas horas, pero casi.

—Me duele todo, mamá, quiero meterme en la cama.

—De eso nada. Antes vas a comer algo.

Astrid y yo alternamos la mirada entre uno y otra como si estuvieran jugando un partido de tenis.

—No tengo hambre, en serio, tengo mucho más sueño.

—Me da igual. Tu independencia se ha acabado desde hoy hasta que tengas treinta años, al menos. Si yo digo que comas, comes. —Tío Magnus le da un leve apretón en el brazo a su esposa y le hace un gesto; ella inspira. Al cabo de unos segundos, dice—: Ya puedes dar las gracias a tu padre, que es mucho más blando que yo: vete a la cama. Mañana hablaremos de los términos de tu castigo.

Astrid y yo recogemos nuestros chismes a toda prisa, no vaya a ser que su madre nos utilice como válvula de escape. En cambio, mi tía se acerca a nosotras y nos da un beso a cada una.

—Por favor, chicas, intentad hablar con él. Yo no puedo pasar por todo esto de nuevo. Ahora es mucho más fuerte que entonces y las heridas han sido más graves que nunca. —Tiene los ojos llenos de lágrimas; yo asiento con vehemencia. Astrid dice que sí una sola vez, pero leo convicción en sus ojos—. Lamento mucho hacerte pasar por todo esto, Gina, me imagino lo mal que te sientes.

Asiento, pero no puedo emitir ni una sola palabra. Tiene razón. Miles de detalles que había olvidado vuelven a mi cabeza, y es duro recordar todo lo que pasó.

En cuanto llegamos al piso de arriba, Astrid me da sus libros y sube por la escalera hacia el desván. Se detiene delante de la puerta. Parece temer que el pomo arda, porque acerca la mano y no llega a rozarlo. Niega con la cabeza, toma impulso y toca antes de entrar en la habitación de su hermano.

Por la mañana todos estamos más relajados. Tía Ingrid ha vuelto a preparar un gran desayuno, pero, a las ocho y media, soy la única que está sentada a la mesa.

—Magnus ya se ha marchado a trabajar y esos dos no se han levantado de la cama todavía. Acabo de asomarme a la buhardilla y duermen como dos benditos.

—No escuché a Astrid anoche, pero no sabía que se había quedado en la habitación de Sondre. He supuesto que me dormí y no la oí volver. —Cuánto me alegro de que hayan hecho las paces. Sonríó para mí: me los imagino en la misma cama, como cuando éramos pequeños y Sondre

necesitaba agarrarle la oreja a Astrid para dormir, como si ella fuera su peluche. Ese recuerdo me entenece.

—Antes lo hacían a menudo, pero algo pasó entre ellos hace unos años. —Suspira y me mira con ojos brillantes—. A mí no me ha contado ninguno de los dos qué sucedió, aunque sospecho que tú sí lo sabes.

Me pongo roja como un tomate.

—Yo no soy quién para contártelo, tía Ingrid, eso son cosas de hermanos. —Me revuelvo intranquila en la silla esperando que no insista en el tema.

—No, no, no me malinterpretes. No te estoy pidiendo que lo hagas, solo estaba corroborando que al menos Astrid se había desahogado con alguien.

Asiento para agradecerle que no me presione.

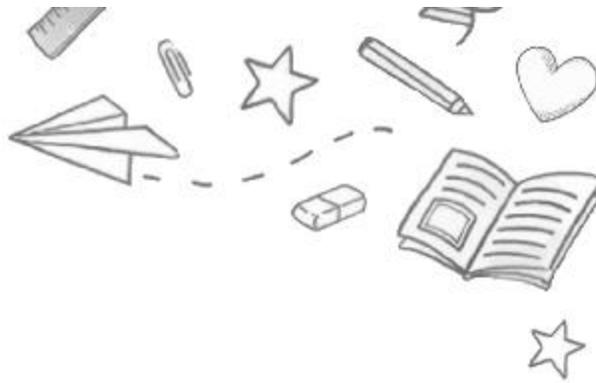
—Si arreglan la situación entre ellos, yo también lo celebraré, te lo puedo asegurar. —Pienso en la mala leche que destila Sondre hacia mí y que tal vez también desaparezca si él y Astrid se reconcilian.

—Me temo que no ha pasado lo mismo con Sondre; no tiene muchos amigos, ¿sabes? Cuando al fin nos decidimos a mudarnos aquí, lo hicimos, en parte, para huir de la influencia que ejercían sobre él algunos chicos con los que se juntaba. No puedo quejarme en absoluto, ya que ha sido un buen cambio en muchos aspectos, pero me aterra que vuelva a meterse en líos después de tanto tiempo, sobre todo después de lo que pasó con Manu. Sé que fue muy duro para ti.

—Lo fue y lo sigue siendo. Nada ha vuelto a ser igual desde entonces. —Trago saliva. No quiero llorar ahora, ya lo haré más tarde, cuando esté sola—. Ayer por la noche me asusté un montón cuando vi todas esas heridas. Me alegro tanto de que Sondre esté bien...

Tía Ingrid se sienta a mi lado y me coge una mano.

—Yo también, cariño, yo también.



TI (10)

El resto de semana transcurre muy deprisa; se ve que me voy adaptando a la vida en Noruega, aunque sea despacio. No tengo tantos deberes como en Mallorca, pero en contraposición voy más lenta en algunas asignaturas. Por muy bien que hable el noruego, solo hace ocho días que estoy aquí, y hay cosas que me cuesta entender a la primera.

En casa, la tensión entre Astrid y Sondre ha disminuido mucho. Todavía no hay una comunicación fluida entre ellos, y, como a él no lo dejan salir, se pasa la mayor parte del tiempo en la buhardilla, pero se nota que la otra noche hicieron las paces. No le he querido preguntar nada a Astrid. Sé que ella tiene mucho que asimilar, y ya me contará lo que quiera cuando le apetezca.

Es viernes; Sondre no ha venido a clase en toda la semana. Por lo visto, tiene una costilla crujida, además del mapa de la cara, claro, y el médico le recomendó reposo. Así que me he sentado sola en clase de Historia y he intentado reunir alguna información sobre el trabajo que tenemos que presentar. Espero que a él se le dé mejor que a mí, porque lo que yo he recopilado es penoso.

Por algún milagro del dios de las clases, termino temprano, y cuando salgo del aula, me encuentro a Astrid, Julia y Leah esperándome con la emoción pintada en sus caras.

—Este fin de semana nos vamos a la montaña. La familia de Marlon tiene una cabaña y sus padres nos la prestan —dice mi amiga de corrido, casi sin respirar—. Por lo visto está muy cerca del fiordo y podremos

bañarnos antes de que el tiempo se ponga peor. —Dan saltitos y palmas como si fueran niñas pequeñas.

—¿En serio? ¿Nadar? ¿Queréis bañaros con este frío? Yo os esperaré en la orilla, al lado de una fogata. —Las miro de hito en hito para que se den cuenta de que hablo en serio, y ellas se ríen de mí.

Están como cabras: nadar cuando la temperatura no supera los doce grados... Es como si yo dijera en Mallorca que voy a la playa a finales de febrero. Eso solo lo hacen los guiris y los que están muy locos. «Al fin y al cabo, aquí son todos guiris», me recuerdo, y me río sola de mi chiste malo.

Mientras bajamos las escaleras del instituto para salir a la calle, ellas no dejan de hacer planes. Solo recuerdo haber ido una vez a la cabaña de los Spillum, hace muchos años y lo cierto es que me lo pasé muy bien, así que se me pega algo de su entusiasmo. En Noruega, esto de las cabañas es como un deporte nacional: todo el mundo tiene una y se sienten muy orgullosos por ello. Algunas ni siquiera cuentan con agua corriente o luz; espero que no sea el caso de la de la familia de Marlon. «Vikingos, no olvides que son vikingos», me repito, tratando de infundirme ánimos.

—No sé qué meter en la mochila —me dice Astrid por la tarde mientras nos preparamos. La intención es salir bien temprano por la mañana—. Lo que me llevo seguro es ese conjunto de ropa interior que me compré. Estoy segura de que va a dejar a Marlon temblando.

Me entra la risa.

—No sé si te va a dar tiempo a tantas cosas: nadar, retozar, lucir modelitos —enumero con los dedos.

Astrid me saca la lengua

—¿Retozar? Por Dios, Gina, hablas como la abuela. —Ríe mientras se despeina al ritmo de *Physical*, de Dua Lipa, que no para de sonar en la radio. Mueve la cabeza y el cuerpo de forma sugerente mientras baila por toda la habitación.

—Creo que voy a tomarme un ibuprofeno antes de cenar. Me ha entrado un dolor de cabeza que no me gusta nada.

—Pídeselo a mi madre —dice después de rebuscar en los cajones del baño—. No me queda ni uno.

Bajo las escaleras y me encuentro a mis tíos riendo en la cocina, tomando una copa de vino y viendo fotos. Me recuerdan tanto a mis padres que el corazón me da una punzada y me reprocha que hoy aún no los he

llamado. También debería mandar un mensaje a la madre de Manu. Ya sé que no va a haber noticias, pero no puedo dejar de hacerlo.

—Siento interrumpir, pero a Astrid y a mí se nos han acabado los ibuprofenos y me ha entrado una jaqueca horrible.

Mi tía me mira y frunce el ceño.

—No tienes buen color, cariño. Acércate, voy a comprobar si tienes fiebre.

—¿Fiebre? —Me pongo la mano en la frente y la siento arder.

Tía Ingrid hace lo mismo antes de colocarme el termómetro. Por la expresión de su cara, adivino el resultado.

—Casi treinta y nueve —sentencia tras retirármelo de la axila—. Me temo, jovencita, que mañana no vas a ir a ningún sitio.

—¿Qué pasa? —pregunta una sonriente Astrid, que aún no se ha enterado del desastre, cuando vuelvo a la habitación—. ¿Por qué traes esa cara?

—Estoy cargada de fiebre. Tu madre me ha mandado a la cama y no me ha dejado explicarle que, normalmente, me sube mucho de primeras, pero que después se me pasa igual de rápido.

—No me jodas que no podemos ir a la cabaña.

—Tú sí, la que no puede ir soy yo.

—No te dejaré sola. Si tú no vas, yo tampoco.

La miro fijamente. Empiezo a tener la sensación de que mis ojos sobresalen de sus órbitas, como los de los pescados hervidos.

—No seas idiota. No tienes que quedarte conmigo, lo que tienes que hacer es ir y disfrutar del fin de semana. Sacar un millón de fotos y mandármelas para que me parezca que estoy con vosotras. —La cara de Astrid es la de la desolación misma—. Ni se te ocurra repetir esa tontería de que vas a quedarte aquí conmigo. ¿Me has oído? No me hagas sentir peor de lo que ya me siento —alego al chantaje emocional, a ver si por casualidad me funciona mejor que la persuasión.

Tía Ingrid entra en la habitación con un bol de caldo. Cuando se da cuenta de que aún no me he metido en la cama, eleva las cejas, acusadora.

—Astrid dice que si yo no voy a la cabaña, ella tampoco, ¿ves como tienes que dejarme ir? —Intento quemar todos los cartuchos, aunque ahora mismo me llame mucho más la cama.

—No vas a ir, Gina. Me parece bien que Astrid se quede a hacerte compañía, aunque no es necesario: Sondre estará en casa, no puede ir a

ningún sitio. No estará sola, si eso es lo que te preocupa, princesa —dice mirando a su hija.

Es cierto, tío Magnus y ella también se marchan a pasar el fin de semana a un *spa*. No querría por nada del mundo que ni una ni otros tuvieran que cancelar sus planes para cuidarme.

—¿Ves? —Miro a mi amiga—. No estaré sola. El castigo de Sondre servirá para algo, al fin y al cabo.

Astrid me observa con la cabeza ladeada, como si quisiera recordarme que su hermano y yo no hacemos muy buenas migas.

—Te lo diré de otra manera: si no vas, te quedarás para nada, porque no pienso dirigirte la palabra en todo el fin de semana. ¿Está claro?

Mi amiga busca ayuda en su madre, pero mi tía alza las palmas como diciendo: «A mí no me metas».

—Astrid, en serio, no te preocupes por mí. Lo más seguro es que mañana al mediodía ya no tenga fiebre. Le diré a Sondre que nos pongamos manos a la obra con el trabajo de Historia, ¿de acuerdo?

—¿No debería ir al médico? —pregunta ella a su madre, pasando de mí.

No me queda más remedio que resoplar. Me pone de los nervios su sentimiento de culpa.

—Prometo que podrás llevarme el lunes si sigo enferma, ¿vale? —Frunzo el ceño para parecer aún más vehemente—. Ahora me voy a meter en la cama. Siento que la cabeza me va a estallar.

No sé a qué hora ha entrado Astrid a despedirse. Aún me ha preguntado una vez más si prefería que se quedara conmigo y la he mandado a paseo. Al cabo de un rato ha entrado tía Ingrid, me ha dado un antitérmico y me ha recordado que Sondre estará todo el día en casa, que lo avise si no me encuentro bien, que ya le ha pedido que esté pendiente de mí.

Me levanto de la cama. Estoy muy mareada, quiero ir a la cocina para beber agua bien fría. Parece que tengo una bomba nuclear en la cabeza: todo me da vueltas y tengo la impresión de que va a explotar y dejar trocitos de mis sesos esparcidos por las paredes.

Abro la puerta de la habitación y salgo al pasillo, pero resulta que no es el pasillo, sino una escalera muy empinada, y me da la sensación de que voy a rodar por ella. Si me dejo ir, llegaré más deprisa abajo; creo que haré eso, porque cada paso que doy me retumba en la cabeza. Será mejor que baje las escaleras dando volteretas, así al menos no notaré el repiqueteo de

los pies. Sí, está claro que eso me ayudará a evitar este dolor de cabeza tan horrible. Cada vez estoy más convencida de que es la mejor idea que he tenido jamás. Me balanceo para tomar impulso, cuando una pinza enorme atrapa mi brazo. Me pellizca tan fuerte que tengo que abrir los ojos. ¿Cuándo los he cerrado? La pinza tira de mí hacia atrás y me rebelo, o al menos lo intento. Tengo que ir abajo, quiero agua helada, siento tanto calor que voy a estallar en llamas.

Abro un ojo: estoy en la cama. Habré soñado que me levantaba. Pongo un pie en el suelo y la pinza me obliga a tumbarme de nuevo; lanzo patadas y puñetazos, pero me tiene atrapada. Me levanta en el aire. Oigo ruido de resortes hidráulicos; alguien debe de estar manejando este engendro del demonio que es inmune a mis pataleos. Intento gritar, pero la voz no sale de mi boca.

De repente, una explosión de frescor me golpea, y me relajo. A lo mejor no es una pinza malvada, a lo mejor cuida de mí, porque siento tanto alivio que me entran ganas de reír.

¡Qué sueño tan tonto he tenido!

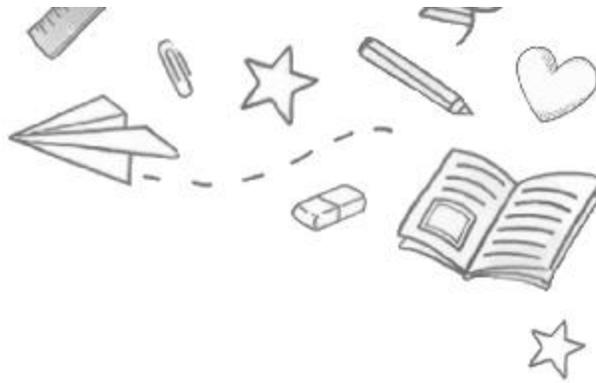
Levanto las manos y veo los pulpejos de mis dedos arrugados, como si llevara un buen rato en remojo. Miro alrededor: estoy en la bañera del cuarto de baño que comparto con Astrid y está llena de agua. Empiezo a tiritar de frío. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Una voz retumba a mi espalda.

—Parece que ha vuelto en sí, voy a ver cómo está. Te llamo enseguida.

Me vuelvo y ahí está Sondre. Los puntos de la ceja y del labio no han evitado que mane un poco de sangre de las heridas y esta se ha secado. Tiene un aspecto horrible.

—¿Qué hago en la bañera? Y con el pijama puesto —lo interrogo cuando me doy cuenta de por qué de repente siento un frío atroz.

—Estabas a tope de fiebre, el termómetro casi explota cuando te lo he puesto. Has tenido suerte de que hubiera bajado a la cocina y estuviera volviendo a mi habitación. Cuando te he visto, estabas al borde de la escalera, delirabas y decías no sé qué de sesos esparcidos por la pared. Me has dado un susto de muerte.



ELLEVE (11)

Son las siete de la tarde y Sondre se ha pasado el día cuidando de mí. Pobre, lo he visto sujetarse las costillas con una mano en un par de ocasiones, pero no me ha dejado que lo ayudara. ¡Vaya dos patas para un banco!

Por la mañana, me costó horrores salir de la bañera a causa del tembleque que me entró. Él me preparó toallas y un pijama seco y, mientras yo anegaba el baño, me las veía y me las deseaba para quitarme el pijama mojado, secarme y ponerme el otro, cambió las sábanas de mi cama, que por lo visto estaban empapadas de sudor.

A la hora de la comida me trajo una bandeja con un plato de macarrones, que apenas probé; una naranja, que disfruté, y una flor, que no reconocí, en un minijarrón.

He intentado peinarme un poco con las manos, porque me sentía tan débil que no me veía con fuerzas ni para ir al baño, pero de todas formas he tenido que levantarme para ir a hacer pis, así que Sondre me ha conducido del brazo hasta el aseo. Me he puesto más roja que nunca en mi vida, pero no había nadie más en la casa y a mí me seguía temblando todo, no de frío, sino de flojera, y no me ha quedado más remedio que aceptar su ayuda.

Ahora está medio tumbado en el suelo, apoyado en la cama, estudiando Biología. De vez en cuando me echa un vistazo. Aún no se ha dado cuenta de que estoy despierta, así que me entretengo en mirarlo. Es guapísimo a pesar de las cicatrices que, desde hace unos días, le afean la cara. Lo más probable es que apenas le dejen marca, en unos meses ni se notará que las

ha tenido. El bultito en la nariz me encanta, la hace única en el mundo; todo él lo es. Estoy segura de que tiene a todas las tías rendidas a sus pies. Me fijaré cuando estemos en el instituto, aunque lo más probable es que no paren de revolotear a su alrededor: con ese aspecto de malote, se las debe de llevar a todas de calle.

Se vuelve, por enésima vez, y me pilla de lleno observándolo. Una sonrisa se dibuja en su cara y el corazón casi se me para en el pecho. ¡Dios! ¿Qué ha sido eso? Ya pensaba que era un chico supertentador, pero esa sonrisa sería capaz de fundir un glaciar. ¿Dónde la ha tenido escondida esta semana, o toda la vida?

—No recuerdo haberte visto sonreír antes. —Las palabras salen de mi boca sin que sea capaz de detenerlas. Joder, espero que crea que estoy delirando de nuevo.

—Buenos días, dormilona, o quizás debería decir buenas tardes.

—Tienes que estar molido si te has pasado toda la tarde sentado ahí en el suelo.

—He ido cambiando de postura, aunque prefiero el dolor de costillas al susto de esta mañana. —Se levanta y coge el termómetro que reposa sobre la mesilla de noche—. Es hora de que sepamos cómo va esa fiebre.

Me lo pongo sin rechistar, pero sé que ya no tengo. Me siento fresca y con la cabeza mucho más despejada que en varios días.

—¿Qué he hecho para asustarte tanto? —Estoy avergonzada, pero necesito saber qué ha pasado—. Llevaba años sin delirar por la fiebre, pero me consta que no es la primera vez.

—Eso tenías que haberlo dicho antes, joder. —No está enfadado, ya que vuelve a sonreír, y transcurren unos segundos hasta que me doy cuenta de que he dejado de respirar.

—Ya, lo que pasa es que creía que sería como las últimas veces y se me pasaría en menos de veinticuatro horas.

—Y por lo que parece —dice, cogiendo el termómetro de mi axila en cuanto pita—, así ha sido, pero antes de que empezara a bajar ha subido hasta el techo.

Me ha pillado desprevenida y noto un escalofrío que nada tiene que ver con la fiebre. «Joder, esto ya es demasiado, no puedes seguir por ahí, Gina. Sondre no es un chico al que puedas mirar de esa manera. Es el hermano de tu mejor amiga, el hijo de tus tíos, el chico al que hasta hace nada detestabas. Sí, mejor céntrate en eso: lo odias».

Se sienta en el suelo y se desliza hasta dejar la cabeza apoyada en la cama, casi a mis pies, de manera que, cuando se vuelve, nuestros ojos quedan en contacto.

—Estabas en la escalera columpiándote, decías algo de que querías llegar rápido abajo, y te he agarrado un brazo por los pelos. Se te veía completamente decidida, y cuando te he preguntado qué hacías, me has mirado sin verme. Me ha dado mucho yuyu, en serio.

—Ah, entonces la pinza que no me dejaba moverme debías de ser tú. Creía que estaba soñando.

Sondre levanta las cejas.

—¿Pinza? A ti sí que se te ha ido la pinza.

—¿Cómo se te ha ocurrido meterme en la bañera con agua fría?

—He llamado a Astrid.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Por qué? La habrás asustado mogollón. Me extraña que no esté aquí ya.

—Por eso la he llamado a ella y no a mi madre.

Ahora también abro la boca. Qué mierda de imagen debo de dar.

—Le habré chafado el fin de semana, qué desastre —me lamento, frenética.

—No te estreses. Le he explicado que ya no tenías fiebre, que no decías tonterías y se ha tranquilizado bastante, aunque estaría bien que le mandes un mensaje para que se lo crea del todo.

En lugar de eso, la llamo de inmediato.

—Hola, Astrid.

—¿Te encuentras mejor? Tengo todo preparado para volver a casa si me necesitas, pero Sondre me ha amenazado, me ha dicho que ni se me ocurra ir, que ya se ocupa él de ti.

—Lo está haciendo genial. —Lo miro y le guiño un ojo. Aunque no puede oír a su hermana, está pendiente de lo que yo digo—. En serio, no te necesitamos.

—Menos mal, porque cuando me ha dicho que había tenido que cogerte en brazos me he preocupado por si se había lastimado de nuevo la costilla.

—Bueno, creo que no le ha hecho mucho bien, pero es un crío fuerte. — Sondre pone los ojos en blanco—. Envía las fotos que me prometiste, petarda, y pásatelo genial. Mañana tendrás que hacerme un informe completo.

—Y tú cuídate, por favor, que no puedes estar mala. Tenemos un montón de planes para la semana que viene y aquí te hemos echado mucho de menos. Storm no para de preguntar por ti.

La que pone los ojos en blanco ahora soy yo.

—Ya te dije que Storm no me gusta, así que no le des alas. —Miro a Sondre de reajo y parece concentrado de nuevo en el cuaderno de Biología.

—¡Vale, vale! Nos vemos mañana.

—Un beso. Hasta mañana.

Me quedo un rato con el móvil en la mano y después lo dejo sobre la mesilla de noche.

—¿Me has cogido en brazos?

Sondre me mira y tuerce la boca.

—Sí, no había manera de meterte en la bañera, así que te he levantado del suelo y te he zambullido en ella.

—Pero ¿y tus costillas?

—¡Ah! Ni me he enterado. Supongo que la adrenalina del momento ha obrado de anestesia, como cuando... —Se toca la zona de la cara que tiene más magullada. No acaba la frase, pero entiendo lo que insinúa.

Me quedo callada durante un rato, observándolo mientras él se concentra de nuevo en el cuaderno.

—¿Por qué no te caigo bien? —pregunto, y me arrepiento al instante.

—¿Crees que me habría preocupado tanto por alguien a quien no soporto? Me sobreestimas, esa no es mi manera de ser.

—No me lo creo, pero puedo cambiar la pregunta si eso te hace sentir mejor: ¿por qué no te caía bien?

Sonríe de medio lado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Ya te lo dije el otro día: la cara de asco con la que me miras a veces.

—Y ya sabes qué contesté yo. No es cara de asco, es mi cara, punto. — Ha dejado de sonreír. Se pone en pie y sale de la habitación.

Me deslizo en la cama hasta quedar tumbada. Pongo un brazo sobre mi cara. Sondre se ha portado tan bien conmigo durante todo el día y yo le pago así. Joder, soy lo peor. Pero me gustaría caerle bien, que me sonriera como hace un rato. He sentido un calambre por todo el cuerpo que no me importaría volver a experimentar una y mil veces.

¡Oh! Mierda, no. No puedo estar colándome por él. No puede gustarme precisamente «él». Esto es un despropósito. Tengo que dejar de pensar en

Sondre de esta manera o me buscaré un montón de líos. ¡Por Dios!

Los pensamientos aún bailan en mi mente cuando entra cargado con una bandeja llena de sándwiches.

—A ver si esto te apetece más que los macarrones. Tienes que comer algo o no te podrás poner en pie.

El corazón se me dispara. Creía que lo había ofendido y que no volvería. Dice que lo sobreestimo, pero creo que lo he estado subestimando todo este tiempo.

Me incorporo y susurro un «gracias». No puedo hacer otra cosa ahora mismo.

Me fuerzo a comer aunque no tenga hambre; no sería correcto después de todas las molestias que se está tomando Sondre por mí. Ya he metido la pata una vez y no quiero volver a hacerlo. El primer bocado me hace cerrar los ojos y gemir de placer. Oigo la risita de Sondre y los abro enseguida, roja como la bandera de la antigua Unión Soviética. Él también come, pero tal y como está sentado ahora, no puedo verle la cara.

—Está riquísimo —me justifico.

—Son años de probar mezclas hasta alcanzar la perfección. —Se gira y me sonrío. Yo también lo hago.

Me da la espalda otra vez y nos quedamos en silencio, disfrutando de la comida. Cuando acaba, se limpia los dedos, se tumba en el suelo y apoya la cabeza en el colchón. Se nota que la postura le resulta cómoda, pues antes ya estaba así. Me contempla mientras como, aunque no tarda demasiado en empezar a hablar:

—¿Sabes por qué dejé de ir a Betlem en verano?

—Porque te aburrías —afirmo, muy segura.

—Eso es lo que le conté a todo el mundo. Pero no es verdad.

Hago un movimiento con la cabeza que quiere ser interrogativo.

—Te odiaba. No te soportaba.

Inhalo, y creo que mis ojos reflejan terror, porque Sondre estira una mano en mi dirección para sosegar me.

—Eso era entonces, ¿vale? ¿Puedo seguir?

No estoy muy segura de querer escuchar lo que sea que tenga que decirme, no me ha gustado cómo ha comenzado esta conversación. Él continúa, a pesar de que todavía no he dicho que sí.

—Astrid y yo éramos inseparables durante once meses al año: ella era mi hermana y mi amiga, jugábamos juntos, nos reíamos juntos... La gente

solía decir que eso era raro, que los hermanos se peleaban, pero nosotros éramos diferentes. —Se queda pensativo un momento—. Pero en cuanto poníamos un pie en Mallorca, todo cambiaba. Para Astrid no existía nadie en el mundo que no fueras tú. Y yo me ponía muy celoso. Por eso estaba siempre de mal humor.

—Pero si te dejábamos jugar con nosotras —me quejo.

Sondre hace una mueca y, por si no lo he entendido, añade:

—¿En serio? Me llevabais con vosotras porque nuestros padres os obligaban. No pasa nada: dejé de ir a Betlem y me fue bien. Me gustaba ir de campamento, me encanta la montaña y, además, en Mallorca hace muchísimo calor. Aún no entiendo cómo soportan esas temperaturas mis padres, mis abuelos o mis tíos. Es achicharrante.

—¡Qué exagerado!

—Que no. —Sonríe de nuevo. Joder, lo que daría por verlo sonreír todo el tiempo—. Astrid y yo seguíamos siendo muy amigos durante el tiempo que pasábamos juntos y no tenía que soportarte a ti.

Suspiro, y me mira pidiendo una explicación.

—Me he pasado los últimos seis años pensando que no venías por culpa mía, pero ni por asomo pensaba que esa fuera la razón. Creía que si no pasabas los veranos en Betlem era por lo que te dije el día en que nos caímos con la bici.

—¡Ah, el accidente! No recuerdo qué dijiste, ni siquiera si llorabas o reías. Me dolía tanto la cara que no te prestaba atención, la verdad.

—¿La cara?

Se señala la nariz con el dedo.

—Recuerdo de Betlem. ¿Cómo pretendes que me guste Mallorca?

Niego con la cabeza.

—Pues menos mal que no te acuerdas de las barbaridades que llegué a decir. Mi madre me quería lavar la boca con jabón.

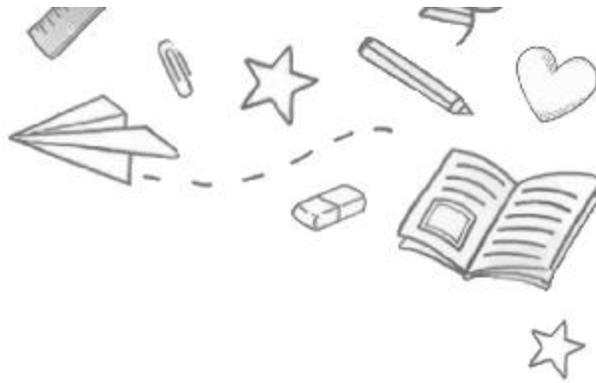
—¿Ves? Esa parte sí estaba guay: casi todas las palabras malsonantes que sé en español son gracias a ti. —Se ríe y tiene que sujetarse las costillas. Siento un pinchazo de culpa.

Permanecemos un rato en silencio.

—¿Ahora has cambiado de opinión? —pregunto, bajito y muy avergonzada.

Se muerde el labio inferior, asiente con la cabeza casi imperceptiblemente y después, de repente, fija sus ojos en los míos. Trago

con fuerza y espero a ver qué sucederá ahora.



TOLV (12)

Yo soy la primera en romper el contacto visual. Bajo la vista a mi regazo y me quedo así un rato, sin atreverme a alzarla de nuevo.

Sondre vuelve a hablar después de unos minutos:

—Durante tres años te he estado culpando de todo lo malo que me sucedía.

No puedo evitar hacer un ruido de asombro. Arrugo el entrecejo y le pido explicaciones ladeando la cabeza.

—Tú fuiste quien sugirió a Astrid que le confesara a Lukas que estaba loca por él.

Me enderezo en la cama.

—No me jorobes, Sondre. No puedes hablar en serio.

—No he hablado más en serio en mi vida.

—Pero eso... eso... eso no es justo, nada justo.

—No tenías que haberle dicho a mi hermana que, si se le declaraba, iba a triunfar. Cuando la convenciste de que debía sincerarse con él, en ese mensaje tan chorras que le mandaste, fue cuando empezaron los problemas.

—No fui yo quien leyó los mensajes de Astrid sin permiso, ni quien apoyó la idea de grabar un vídeo cuando hablara con Lukas. Ni la que después lo hizo viral en las redes mofándose de ella. Fuisteis tú y tus amigos, y nunca se te ocurrió pedirle perdón. Al contrario...

—Ya lo sé. Lo sé y me arrepiento de ello cada día. Pero no iba a ser más que una broma, solo que después se nos fue de las manos —alega cuando ve que frunzo el ceño para manifestar mi disconformidad—. Ella tampoco

tenía por qué tomárselo tan mal. De hecho, hasta que se fue a Betlem a pasar el verano, unos días después de que todo sucediera, no estaba tan enfadada.

—¿Que no estaba enfadada? ¿Eres idiota o es que la sangre no te llega al cerebro? —Estoy gritando. No me he dado cuenta de cómo iba subiendo la voz hasta que Sondre me lo ha hecho notar con una seña.

—No hace falta que te exaltes. Estoy tan avergonzado por lo que hice como puedas imaginar. Pero no me negarás que os pasasteis el verano analizando cada detalle, dando vueltas al mismo tema todo el tiempo, hasta que la pelota se hizo tan grande que, cuando Astrid volvió de Mallorca, había decidido dejar de hablarme.

—Joder, Sondre. ¿Ni siquiera ahora te das cuenta de la magnitud de lo que hicisteis?

—¿Crees que si tu hermana se tira tres años sin hablarte no basta para que te des cuenta de lo jodidamente mal que lo hiciste?

—Tú, que dices que la querías tanto, no solo debiste haber impedido que eso sucediera, sino que además tenías que haber salido en su defensa. ¿Tampoco se te ocurrió eso?

—Íbamos muy pedo y habíamos fumado mogollón de hierba. Yo... yo...

—Es una excusa de mierda. Además, ¿pedo? No teníais más que, ¿cuántos años?, ¿doce?

—¿Qué coño te pasa a ti con mi edad? Mi hermana me saca solo trece meses, y tú, por lo que sé, dos. No soy mucho más crío que tú, y odio que me lo restriegues.

—No cambies de tema —digo, aunque mi cabeza empieza a darle vueltas a la edad de Sondre. ¿Dos meses? Pero si siempre fue mucho más bajito y tirillas que yo, y mira que lo fácil era ser todo lo contrario. Me doy cuenta de que sigue hablando y que he dejado de escuchar.

—... por eso empecé a meterme en peleas, buscaba camorra con todo aquel que se pusiera a mi alcance. Me ocupé de que un buen número de chicos de Stavanger obtuvieran una nariz como la mía.

—¿Porque Astrid dejó de hablarte?

—Por eso y porque era lo que hacían los chicos con los que iba, Lukas y el resto de la pandilla. Tenía que asegurarme de que alguien me aceptaba.

No me puedo creer lo que escucho. No me apetece seguir hablando de esto. Cuando Sondre ha afirmado que yo ya no le caía mal, esperaba otro

tipo de confesiones. Odio que me culpe de todo este embrollo. Sí, es cierto que Astrid y yo pensamos que lo de declararse a aquel niño era una idea estupenda. Creímos que Lukas iba a fundirse y enloquecer por sus huesos con todas las cosas bonitas que ella le diría. En mi defensa alegaré que teníamos quince años y que ahora ni se me ocurriría sugerirle que lo hiciera, o al menos no de esa manera. De hecho, hasta me da vergüenza ajena pensar en ello.

—¿En estos tres años no se te ha ocurrido pensar que tú también tenías parte de responsabilidad? Me jode mucho que te limites a echar toda la mierda sobre mi cabeza y te quedes tan ancho. Además, ¿peleas? —Mi mente vuela junto a Manu—. Sabes lo que le pasó a mi amigo, ¿no?

—Sí, mi madre me lo contó, supongo que para que tomara ejemplo, pero...

—No lo has hecho, por lo que veo.

—No.

—Pues deberías hacerlo. ¿Sabes por qué se quedó en coma?

Sondre me mira fijamente. No contesta a mi pregunta, supongo que consciente de que se lo voy a contar de todas formas, así que cojo aire y empiezo:

—Manu compartía instituto con la novia del jefecillo de una banda callejera. La chica le pidió que la ayudara con las matemáticas y él, que era un chico genial y encima sacaba muy buenas notas, lo hizo. Por lo visto, Gallito, el novio, se puso celoso de que ella pasara tanto tiempo con Manu, y un día él y los de su panda fueron a por mi amigo. En el juicio, algunos tíos de la pandilla confesaron que no habían pensado darle tan fuerte en la cabeza, pero Gallito aseguró que volvería a hacerlo porque nadie ponía las manos sobre sus «cosas». —Me cuesta mucho retener las lágrimas y las palabras casi no me salen. Sondre me coge la mano y me acaricia el dorso con el pulgar—. ¿Sabes qué es lo más triste?

—¿Qué?

—No soy capaz de recordar a Manu cuando estaba bien. Siempre que lo evoco lo veo postrado en esa cama. Yo le hablo y le cuento las cosas que me pasan, pero ni siquiera sé si me oye. Éramos muy amigos, y lo perdí de repente, por el capricho de un tío violento que no quería que estuviera cerca de su novia.

Sondre sigue con su mirada fija en la mía. Parece a punto de decir algo, pero después me suelta la mano y se tumba de nuevo con la cabeza apoyada

en el colchón.

—Entiendo que estés hecha polvo. Lo que le pasó es una putada.

—Sí, muy grande, y no solo le afectó a él: su madre lo lleva fatal, y no te quiero contar el resto de sus amigos, o yo misma, que no puedo dejar de pensar en él y en todas las cosas que se está perdiendo.

Tras una pausa, Sondre retoma la conversación donde la habíamos dejado.

—Cuando nos mudamos aquí y dejé de ver a Lukas y al resto de la panda, me quedé sin amigos, pero mi hermana seguía sin hablarme. En cambio, la oía charlar contigo por teléfono al menos una vez al día, si no os estabais mandando audios o mensajitos. ¡Qué asco me daba!

—Estabas celoso. Lo estabas cuando éramos unos críos y lo seguías estando a pesar de no haberme visto en años. —Me doy cuenta de que eso debía de ser muy obvio entonces, pero para mí ha supuesto una revelación repentina.

—Es lo que estaba tratando de que entendieras.

—Vale, ya lo pillo, no hace falta que me expliques nada más. Ahora, si puedes salir de mi habitación, me gustaría dormir un poco. Estoy cansada.

No puedo descifrar su expresión, por lo que me la tomo a las bravas.

—Ahora me dirás que esta no es mi habitación, que es la tuya y que hasta esto te he robado, ¿no?

Sondre suelta una pedorreta y después empieza a partirse la caja y a sujetarse al mismo tiempo las costillas.

—¿No ves que no puedo reírme?

Mis ojos se convierten en dos rendijas y le lanzo puñales envenenados a través de ellas, pero no lo afectan lo más mínimo mis maldiciones. Sigue riéndose, aunque flojito.

—Cuando dejé de meterme en líos, las cosas mejoraron —dice al poco rato—. No es que Astrid decidiera hablarme, ya sabes que eso no ocurrió, pero aun sin dirigirnos la palabra habíamos recuperado parte de la comunicación y la complicidad de antes. Parecía que lo de nuestro mutismo no era más que un juego.

—Eso no es lo que yo tenía entendido —digo con cautela.

—Claro que no. Ella no te lo contaba porque quería demostrarte que seguía cabreada conmigo.

Cada vez estoy más enfadada, así que me cruzo de brazos a ver si se da por enterado de una vez. ¡Verás cuando pille a Astrid mañana! Vaya par de

gilipollas, los dos me utilizaban como excusa para mantener el distanciamiento con el otro y, mientras, yo sin enterarme de nada.

—Entonces se empezó a comentar que tú vendrías a vivir a casa y la situación empeoró.

—Hasta que todo desembocó en la pelea del otro día. —Acabo de darme cuenta de qué significaba la mirada que me echó Sondre en el *skatepark*.

—Podría decirse así, sí.

—Y, cómo no, la culpa volvía a ser mía.

Sondre sacude la cabeza afirmativamente sin dejar de mirarme.

Frunzo los labios.

—En serio, estoy cansada y paso de que me cuentes que soy la mala de la peli.

—Venga, ya falta poco, ¿no quieres saber por qué te he perdonado?

—No sé si me importa ahora mismo. —Evito por todos los medios fijarme en su cara.

—¡Que sí! Lo veo en tus ojos: estás deseando saber a qué se debe el milagro. —Se está burlando de mí, pero es como un encantador de serpientes. En vez de mosquearme aún más, a mis labios asoma una sonrisa débil. Me recrimino por ello, pero no sirve de nada: tiene razón, quiero saber más.

—Me parece que has dejado de lado tu resentimiento muy deprisa. —Intento mantenerme en mi postura.

—Sí, ha sido de la noche a la mañana. ¿No estás ni un poquito intrigada por la razón? —Me habla como si yo fuera una niña pequeña con un berrinche, lo cual, por otra parte, debe de ser la imagen que ofrezco.

Suelto aire por la nariz sin descruzarme de brazos. En realidad me muero de ganas por saber qué ha pasado, pero no quiero darle coba.

—Da igual, te lo contaré igualmente. —Para un momento de hablar para que sus palabras surtan efecto en mi ánimo—. Fuiste tú la que le insistió a Astrid la otra noche para que viniera a hablar conmigo e hiciéramos las paces de una puñetera vez.

Trato de disimular mi asombro. Lo único que hice fue recordarle a Astrid que ella y Sondre eran hermanos; mi amiga ya tenía casi todo el camino recorrido de antemano. Se la veía muy preocupada por él, yo no tuve nada que ver en eso. Lo que yo le dije no bastó para que se reconciliaran. ¿O sí?

Sondre está vuelto hacia mí con una gran sonrisa en el rostro. Se moja los labios con la lengua y yo casi bizqueo. «Oh, no, no, no y no. Estoy enfadada, muy enfadada, no se me ocurrirá darle cancha. Si estos ya han solucionado sus problemas, bien por ellos, pero se han buscado unos nuevos conmigo... Bueno, en realidad, ya los tenían, solo que yo no me había enterado, lo que es aún peor...». Mi cabeza es un torbellino. Me preocupa que regrese la fiebre de tanto pensar. Mientras, Sondre sigue feliz como un niño en una feria. Yo los mato, a estos dos los mato y después bailo sobre sus cadáveres. ¡Hombre, ya!



TRETTEN (13)

He hablado con mis padres y con Toni hace un rato. Sondre, que sigue a mi lado, ha sonreído disimuladamente cuando les he contado que había tenido «un poco de fiebre» y que no había podido ir a la cabaña de Marlon con Astrid y los demás. Se cree que no me he dado cuenta, pero sí que lo he hecho.

Sigo enfadada, o querría estarlo, pero es tan tierno que continúe aquí, a los pies de mi cama, como si fuera un perro guardián.

—¿Te apetece ver una peli? —Hace un rato que ambos estamos ensimismados en nuestras cosas, por eso su voz me sobresalta.

—Tengo sueño, lo más probable es que me quede frita antes de que acabe, pero ¿por qué no? ¿Tienes algo en mente?

—Mientras no pretendas que veamos una de esas pelis cargadas de miel, me da igual.

—¿Te refieres al canal de cocina? —Lo miro como si de verdad no comprendiera sus palabras.

—¿Canal de cocina? No...

Estallo en carcajadas, hasta tal punto que me tengo que agarrar la tripa mientras me retuerzo en la cama. Ya sé que no es para tanto, pero su cara ha sido lo más gracioso que he visto en mucho tiempo.

Me lanza uno de los cojines que hay diseminados por el suelo y me da de lleno en la cara. Me obligo a tranquilizarme, pero no lo logro del todo: salvadas de risillas me sacuden, como las réplicas de un terremoto, cada vez que miro su cara enfurruñada.

—Es fácil tomarte el pelo, no pensaba que fueras tan inocente.

—Solo porque no sabía que eras la reina del sarcasmo. A partir de ahora te estaré esperando —dice en tono de amenaza, pero sonrío, así que no me lo tomo en serio.

Se pone en pie y sale de la habitación. Cuando desaparece de mi vista, siento un vacío abriéndose paso en mi estómago. Estoy nerviosa; no, más bien se podría decir que me embarga una emoción extraña. Como de abandono.

Me siento igual que si acabara de conocer a alguien nuevo, alguien que me gusta y me cae bien, aunque la realidad sea muy distinta. Sondre ha estado presente en mi vida desde que nací, si no de forma física, al menos como la figura ausente de alguien a quien conoces.

Al cabo de pocos minutos, regresa. Le ha dado tiempo a ponerse el pijama, preparar una fuente bestial de palomitas, coger de la nevera una Coca-Cola de dos litros y buscar el portátil, que lleva debajo del brazo.

—He decidido que vamos a disfrutar de un clásico. *Pulp Fiction*.

Arrugo la cara.

—¿*Pulp Fiction*?

—No me digas que no te gusta.

—Creo que no la he visto entera en mi vida.

—¡Venga ya! Es una obra maestra.

Encima tendré que verla en inglés, ya que aquí no existe esa costumbre tan nuestra de doblar las películas. Inspiro. «Ahora no lo vas a echar al pobre. De todas formas, ya le has advertido que probablemente te quedes dormida antes de que acabe». No es que me duela que vuelva a salir de la habitación mientras yo siga despierta. ¡Qué va!

Sondre se sienta a mi lado en la cama, no sin antes estirar la sábana y acomodar las almohadas; coloca el bol de palomitas y el ordenador entre los dos, apaga la luz y le da al *play*.

Cuando la película empieza, yo me acomodo para pillar una buena postura. El sueño no tardará en vencerme, y paso de que la cabeza me dé bandazos y se me caiga la baba. Contemplo la cara de Sondre desde abajo; mis ojos tienen más tendencia a dirigirse hacia él que hacia la pantalla, pero es que está tan concentrado... Hasta mueve los labios ligeramente, como si se supiese los diálogos de memoria. De repente inclina la mirada y me descubre observándolo. Aunque disimulo lo mejor que puedo, no me libro

de sentirme como una especie de acosadora. Me revuelvo, lo que provoca que casi vuelque el bol de palomitas y que me arda la cara. ¡Seré patosa!

—¿Tienes pulgas por ahí abajo? —me pregunta con socarronería.

—Ñe, ñe, ñe —contesto, picada—. Solo estoy buscando la posturita, pero no hay forma.

Sondre carraspea y tose como si se hubiera atragantado. Me pregunto qué habré dicho.

—Una palomita, que se me ha quedado atascada —me explica, antes de dar un sorbo gigante a la Coca-Cola.

Pienso que la luz del ordenador ya no incide de forma tan pronunciada en mi cara, así que elevo los ojos a la de Sondre para contemplarlo un poco más mientras permanece absorto en la película.

«Es guapísimo. Joder, cómo me gusta». Cuando me doy cuenta de lo que estoy pensando, tomo aire. Sondre me mira de reajo mientras se lleva las palomitas a la boca.

—Pensaba que ya dormías.

—No, qué va —baluceo—. Estoy disfrutando de estas conversaciones tan profundas acerca de cómo llaman al Big Mac en Ámsterdam o si los europeos somos unos asquerosos por comer las patatas fritas con mayonesa.

Sondre se inclina hacia mí. Pasan unos segundos antes de que el oxígeno vuelva a mis pulmones.

—Podemos poner cualquier otra peli, en serio.

La claridad de la pantalla me permite distinguir cada detalle de su cara: los puntos en la ceja y en el labio; tres pecas más pequeñas al lado de la que le cierra la boca; las largas pestañas, que enmarcan sus ojos de ensueño...

«Gina, basta, ¿estás loca?». Se me retuerce el estómago por los nervios. «No, deja de mirarlo así. Es Sondre; no es un chico, es Sondre».

—Tranquilo —consigo decir—, no me importa.

Coloco una mano bajo mi mejilla con la firme intención de dormirme y, antes de que John Travolta y Uma Thurman se pongan a bailar, ya he entrado en el primer e inquietante sueño de la noche.

Me despierto cuando la luz ya se cuele a raudales por la ventana. Abro los ojos de golpe porque tengo la extraña impresión de que algo sucede a mi alrededor. Lo primero que veo son las pupilas de Sondre clavadas en mí y, a continuación, cómo cierra los párpados rápidamente para que no me percate de que me estaba mirando. ¿Me estaba mirando?

Su pecho exhala una respiración profunda. Solo han sido imaginaciones mías. Está dormido; solo me he hecho ilusiones.

Me levanto de la cama haciendo el menor ruido posible y voy al lavabo. Mi vejiga estaba a punto de explotar, pero ya que estoy aquí, me peinaré y aprovecharé para lavarme los dientes. No es que piense en nada raro, pero no quiero echarle un aliento pestilente al pobre Sondre, que se ha portado tan bien conmigo.

Vuelvo a la habitación y ni siquiera se ha movido. Localizo el portátil y el bol de palomitas, ya vacío, en el suelo, a su lado. Me pregunto por qué no se iría a dormir a su habitación cuando terminó la peli. Se ha quedado toda la noche encima de la colcha; espero que no haya pasado frío.

Me siento en la cama, que se hunde bajo mi peso. Sondre abre los ojos. Parece no saber muy bien dónde se encuentra, pero tampoco se lo ve muy preocupado. Se despereza estirando los brazos y las piernas. «Este es capaz de seguir creciendo si todas las mañanas hace lo mismo», me digo, asombrada por la revelación. «¿Ves? Otra razón importante por la que no debes encapricharte con él: pareceríais la una y media», me recuerdo, y logro aplacar un poco mi corazón.

—Creo que yo también me quedé dormido sin terminar de ver la peli — dice por todo saludo—. ¿Qué hora es?

—Ni idea. Pero por los ruidos que emite mi estómago, me atrevería a decir que cerca de las diez.

—Dame un segundo y voy a prepararte el desayuno. —Me da la espalda para levantarse de la cama.

—Ni hablar, no lo consentiré. Estoy bien, puedo hacerlo yo misma.

—Le prometí a Astrid que te cuidaría. Ahora que estamos recuperando la confianza, ni se me ocurriría traicionarla.

Claro, es eso, lo hace por su hermana. ¿Qué pensabas? ¿Acaso creías que tenía el más mínimo interés en ti?

—¿Has dormido bien? —pregunto, algo turbada.

—Sí, espero que no te importe que me haya quedado aquí. Tenía tanto sueño que me dio pereza trasladarme a la buhardilla. Además, pensé que si volvía a subirte la fiebre, me daría cuenta antes si estaba cerca.

Carraspea con suavidad y se pasa las manos por el pantalón del pijama, todavía sentado en la cama, medio girado hacia mí, medio inclinado.

¡Ay, madre! Que debe de tener la tienda de campaña montada, ¿no les pasa eso a los tíos por la mañana? Y yo aquí, como un pasmarote y sin dejar

que vaya al baño.

Me pongo roja y empiezo a balbucear:

—Voy bajando. Prepararé unas tostadas francesas, ¿te apetecen? —le digo, ya desde el pasillo.

—Me parece genial. Si me descuido, antes de que mis padres me dejen salir de casa, habré cogido diez kilos. No puedo seguir comiendo de esta manera y sin hacer ejercicio.

Cocinar me tranquiliza. Tener que concentrarme para no liarla impide que mis pensamientos entren en bucle, así que, cuando Sondre baja, yo me siento mucho más serena.

—Esto está de muerte —me dice, pinchando un gran bocado de la tostada, a la que ha añadido mermelada de fresa.

—Me alegro de que te guste.

Terminamos de desayunar en silencio. No me atrevo a levantar mi vista del té. Me he propuesto firmemente no mirar a Sondre como lo hice anoche, pero mis ojos son traicioneros y se desvían hacia él sin que pueda evitarlo. Algunas veces lo pillo observándome, y entonces jugamos a ver quién aguanta más tiempo sosteniendo la mirada. Suelo llevar las de perder, porque me da vergüenza y no puedo más que bajar los párpados como una damisela de la regencia inglesa. ¡Qué idiota me siento!

Meto mi plato y mi taza en el lavavajillas y me dirijo a la escalera.

—Voy a ducharme. Después, si quieres, podemos trabajar un rato en la exposición de la clase de Historia.

—¡Ah, eso! Ya está prácticamente acabado, no te preocupes.

—Pero se suponía que teníamos que colaborar.

—La Historia me encanta. Además, he tenido mucho tiempo estos días en que no he ido a clase. —Parece avergonzado al señalarlo—. Tú puedes exponerlo; seguro que con ese acento tan divertido que tienes la gente te prestará más atención que a mí.

—¿Qué acento?

Sondre, que todavía está sentado a la mesa, echa la cabeza hacia atrás mientras ríe, y a mí me entra un calor tremendo cuando veo que su nuez se marca bajo la piel.

—Ninguno. —Aprieta los labios para no volver a reír—. Ninguno.

Camino en su dirección, decidida a pedirle explicaciones. Tengo intención de darle una colleja (eso no se considera violencia, ¿no?), pero él

es más rápido: se levanta y me sujeta ambas manos por encima de la cabeza. Joder, debo de parecer un conejo cogido por las orejas.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Suéltame.

—No.

Sus iris, más oscuros que de costumbre, se clavan en los míos y yo me derrito.

—¡Chicos! ¿A qué jugáis? —pregunta Astrid desde el umbral.

—¿Quieres creer que aquí la pequeñaja pretendía pegarme?

—Pues me parece que le ha salido el tiro por la culata.

No podría sentirme más ridícula aunque quisiera. Y ellos se mean de la risa a mi costa. Pero esto no quedará así.

—A partir de ahora, podéis dormir los dos con un ojo abierto, porque os juro que mi venganza será terrible —digo con toda la dignidad que puedo reunir al ser sostenida en esta postura tan denigrante—. Preparaos para mi furia.



FJORTEN (14)

Cuando consigo que Sondre me suelte, me dirijo a la ducha con la cabeza bien alta. Los dejo partiéndose la caja al pie de la escalera. Sondre volvía a tener la mano sobre las costillas; espero que le duelan un montón.

Mientras me enjabono el pelo, no paro de darle vueltas a mi venganza. Ahora mismo estoy ofuscada y no se me ocurre nada, pero estoy segura de que algo saldrá. Estos dos no saben quién soy yo. Más pronto que tarde, se enterarán, que no les quepa duda.

Unos golpecitos en la puerta del baño que da a la habitación de Astrid me avisan de su presencia.

—Pasa, traidora, más que traidora.

—Estabas supergraciosa, Gina, es la verdad. Qué lástima que con la risa no me haya acordado de sacar el móvil para hacerte fotos.

Termino de ducharme y la oigo suspirar, como si no pudiera respirar con normalidad de tanto reír.

—Ya puedes entrar a la ducha si quieres —le digo.

—Vale, pero no te vayas. Hazme compañía, que tengo un millón de cosas que contarte.

«Y yo también». Pero no tengo ni idea de cómo abordar el tema de que su hermano me pone cardiaca, de que tenerlo cerca me hace ver arcoíris, unicornios y despierta en mí ganas de comérmelo a besos.

Hace tan poco tiempo que vuelven a hablar que un paso en falso podría romper el débil hilo que los ha unido de nuevo, y no me atrevo a ser yo quien lo dé. Lo mejor será que ni siquiera le insinúe que me gusta. No, lo

que tengo que hacer es dejar de pensar en él, no fantasear con que yo también le gusto, no desear que sus labios se paseen por mi cuello... ¡Estoy fatal!

Abro a tope el grifo del agua fría y, cuando las gotas heladas tocan mi piel, cualquier imagen se borra de mi mente. Chillo y me pongo a dar vueltas a la espita como una loca. Astrid abre la mampara con cara de susto.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—He abierto el grifo del agua fría.

—¿Por qué?

—Para evitar que vuelva a subirme la fiebre —me invento sobre la marcha.

Mi amiga chasquea la lengua y tira de mí, que aún no he conseguido que la ducha pare, para situarme fuera del chorro. Cierra el paso del agua desde fuera mientras meneaba la cabeza.

—Sabía que estabas loca, pero no me imaginaba que fuera hasta estos niveles.

Me envuelvo en la toalla, tiritando casi tanto como ayer.

—Cuéntame cada detalle del fin de semana —exijo mientras mis dientes no paran de castañetear.

—Ha sido una pasada. —La ilusión por algo nuevo, que está empezando de la mejor manera posible, y la picardía se abren camino en sus grandes ojos azules—. Marlon es lo mejor que me ha pasado. Tan tierno, tan delicado y tan bestial en la cama. —Pone los ojos en blanco.

Me entra la risa tonta. No tengo ninguna experiencia en eso. Tampoco es que haya tenido más de uno o dos rollitos, siempre en verano y siempre instigada por ella, que se había liado con algún chico que pasaba el verano en Betlem y no quería que yo me quedara atrás. Y aunque eso de la primera y la segunda bases de las que tanto se habla en las series y en las pelis americanas no alcanzo a entenderlo, estoy segura de que en mi caso no me aparté del recogepelotas, para infortunio de mis pretendientes, claro.

—Cada vez que me acuerdo, mi sangre entra en ebullición, Gina. Me pregunto dónde habrá adquirido esa destreza. Te juro que el año pasado era un *nerd*, ni me habría dado cuenta de que estaba ahí si no lo conociese desde hace tiempo. ¿Sabes? Sus padres y él también se mudaron a este barrio desde el centro cuando teníamos que empezar el instituto.

—Creía que lo habías conocido en primero de bachiller; no me comentaste que lo conocieras desde secundaria.

—No exactamente, pero nos movíamos por los mismos sitios. No vivía lejos de nuestro apartamento. ¿Sabes lo que ha acabado de conquistarme de él este fin de semana? —No ha cerrado la mampara, pues de lo contrario apenas nos oiríamos, y está llenando todo de agua—. Se ha puesto frenético cuando se ha enterado de lo de Lukas.

—¿Cómo? ¿Se lo has contado? Me parece genial que empieces a abrirte respecto a ese asunto. —Lo digo en serio, ese tema le pesaba como una losa, y parece que al fin ha empezado a sacarlo de una vez de su vida.

—Lo más tierno es que me ha dicho que vio las publicaciones vergonzosas que circulaban en su momento y que lo asquearon. Me ha prometido que no dejará que nadie me haga sentir tan mal nunca más.

—¡Uo! ¿Nunca más? Es una promesa a muy largo plazo.

Astrid está agachada, porque se está envolviendo el pelo con una toalla, y cuando se endereza, me mira con los ojos llenos de chiribitas.

—¿No te parece que es lo más increíble que un chico te puede decir?

Asiento. La veo tan emocionada que no me atrevo a expresar en palabras lo contenta que estoy por ella, pero nos entendemos sin decir nada.

—Y Storm se ha preocupado un montón por ti este fin de semana.

—Siempre haces lo mismo. Pretendes liarme con el amigo de tu novio. Yo paso, ya te lo dije el otro día.

—Pero si también es monísimo, y seguro que igual de tierno.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Ya me cuesta bastante ponerme a vuestro nivel en clase como para que ande perdiendo el culo por un tío. Astrid, tengo que concentrarme al cien por cien en las clases si el año que viene quiero ir a Tromsø contigo.

—No seas tonta, seguro que te va bien el curso. No te preocupes por eso ahora, ¿vale? Aún no tenemos demasiado trabajo, podemos divertirnos un poco antes de entrar de lleno en el semestre.

—Ya veremos. De momento, deja de meterme a Storm por los ojos, no me interesa.

—Eso sí, beben como cosacos. —Cambia de tema—. Joder, qué manera de pimplar, tía. Leah quiso seguir su ritmo y se quedó noqueada en el sofá antes de la cuarta copa.

Me tapo la boca para no reír. No me imagino a Leah tumbada por el alcohol.

—¿Qué tal lo han pasado ellas? También estaban muy ilusionadas con la salida.

—Genial, se han divertido un montón. Ayer por la noche encendimos una hoguera y estuvimos asando malvaviscos, todo muy de serie de televisión de estudiantes —dice, juntando las palmas bajo la cara y pestañeando sin parar—. Y Julia se enrolló con uno de los amigos de Marlon: Arne. ¿Te acuerdas de él? Estaba en el parque el otro día, en el partido de fútbol.

—Me parece de muerte. A ver si así se te quitan las ganas de liarme a mí con Storm.

Ya nos hemos vestido y estamos sentadas sobre su cama. Astrid ha abierto la puerta de la habitación, en una invitación muda, aunque muy clara, a que Sondre se una a nosotras si le apetece. No me ha pedido permiso, pero sabe que no hace falta. Si eso es lo que necesita para afianzar los lazos con su hermano, yo la apoyaré.

—¿Storm Sorensen? —Ya estaba tardando en aparecer. Sondre me mira durante un segundo escaso, en el que me parece percibir cierta desaprobación, y después desvía la vista hacia su hermana, que es quien le contesta:

—Sí, ese mismo.

—Es un friki, como su amigo. ¿Cómo se llamaba?, ¿Marlon?

Astrid se tensa, envara la espalda y se le ensombrece el rostro. Sondre sonrío con picardía y le guiña un ojo, tras lo que ella se relaja enseguida.

—Pensaba que tenías mejor gusto, hermanita. ¿Marlon Ostberg?

—¿Cómo te has enterado?

—En el instituto no se habla de otra cosa. Astrid, tienes que aprender a ser un poco más discreta. —Sondre se tumba en la cama y la ocupa casi por completo; no me tira al suelo de milagro. Quiero mirarlo, pero no me atrevo, así que me distraigo con una pielecita junto a mi uña.

Mi amiga levanta la mano para darle un golpe a su hermano en el brazo, pero se frena en mitad del movimiento y, mirándome, le dice:

—Paso, no quiero que me pasees por la casa como si fuera un peluche.

—Ambos se echan a reír en alusión a mí.

—No sé si me va a gustar mucho eso de que os llevéis bien —digo en tono lastimero—. Si os vais a aliar en mi contra, tendré que buscarme otros amigos, y me parece muy fatigoso.

Los hermanos se miran, lo veo por el rabillo del ojo; se sonrían uno al otro y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, se lanzan sobre mí para hacerme cosquillas.

—Soltadme, soltadme —grito con desesperación.

Por la tarde, después de comer, Astrid y yo nos tumbamos a leer un rato en mi cama. Noto que no está concentrada en el libro que tiene abierto: su mente está en otro lugar.

—Una corona por tus pensamientos —le digo.

Me mira como si no me viera, como si por un momento se hubiese olvidado de que yo estoy aquí y le costara ubicarme.

—Creo que me he enamorado.

—No me digas —replico, sarcástica.

Coloca el libro sobre su pecho.

—Tengo miedo, Gina.

—¿Por qué? —Me pongo de lado en la cama para poder hablar mejor con ella.

—Acuérdate de lo mal que salió la última vez.

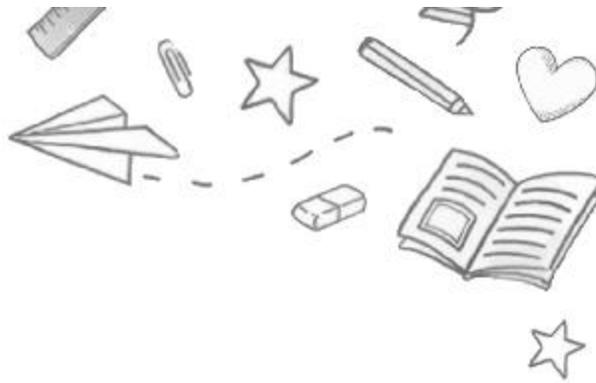
—Lukas era un crío y un gilipollas, la situación de entonces no tiene nada que ver con la de ahora. No compares, por favor. Además, ¿qué me dices de Sven? También te gustaba mucho. Estuviste hablando de él los quince días que pasaste en Betlem este verano.

—Sí, tienes razón, pero no era lo mismo. No sé cómo explicarlo: lo de Sven era muy... suave en comparación con esto. Ahora me siento como si me hubiera tragado un *gremlin* y estuviera intentando escapar de mi estómago. Lo tengo contraído, y la garganta también —dice, llevándose la mano al cuello—. A ratos hasta las mandíbulas me duelen, y ya no sé si es de sonreír o de los nervios.

Me río con delicadeza. Desde no hace mucho yo sufro esos mismos síntomas, sobre todo cuando Sondre y yo nos quedamos mirándonos. Algunas veces noto que algo nos une más allá de toda duda; otras, en cambio, pienso que solo soy yo la que se está formando una idea equivocada.

He tenido *crushes* otras veces; claro que me he sentido desfallecer por la mirada de algún chico durante los años de instituto, coño, no soy de piedra. Pero no era lo mismo, como bien dice Astrid: todas esas veces pensé que se trataba de historias imposibles y, aun así, la expectativa flotaba en el aire. Ahora sé que no hay ninguna esperanza para este encandilamiento. Sondre es de la familia. No te lías con tu primo por muy bueno que esté; no te enamoras del hijo de tus tíos sin que eso traiga consecuencias para el

resto. A pesar de todo, no puedo dejar de imaginarme hundiendo las manos en su pelo y comiéndomelo a besos, empezando por esa peca que me va a volver loca si no dejo de pensar en ella.



FEMTEN (15)

Las semanas pasan deprisa y, antes de que me dé cuenta, ya estamos a finales de septiembre, a las puertas de los primeros exámenes. Algunas de las asignaturas no me resultan difíciles, como por ejemplo la Biología, mientras que otras me tienen amargada, como las Matemáticas en noruego, que me parecen complicadísimas. Aunque, en general, creo que no lo estoy haciendo del todo mal y me siento satisfecha por ello, muy satisfecha.

Todavía no he ido a visitar a los abuelos Jacob y Mette; queríamos ir todos juntos y que el bisabuelo de Storm nos contase batallitas de la guerra civil, de cuando combatió allí con los brigadistas, por eso lo hemos retrasado tanto. Sin embargo, de esta semana no puede pasar que vaya a verlos; si a los demás no les viene bien, iré yo y asunto arreglado. No querría por nada del mundo que se enfadaran conmigo.

—Mañana por la tarde iré a la residencia —les anuncio a mis amigos cuando estamos comiendo.

Últimamente el grupo de la cafetería se está haciendo grande, incluso se nos suma Sondre algunos días. Esos son mis preferidos, porque suele buscar mi compañía y yo disfruto de tenerlo a mi lado. Ha sido todo un descubrimiento: se puede hablar con él casi de cualquier tema y sus opiniones son muy parecidas a las mías, lo cual no me extraña, ya que a ambos nos han criado personas con los mismos ideales y creencias. Lo que más me alucina es que siempre se muestra atento por si a alguien le falta algo o por si puede echar una mano. Parecen dos personas en una: por una parte este, al que adoro, y por otra el oscuro y peligroso, el que se mete en

peleas, que no me gusta nada, pero me atrae a un nivel muy básico y animal.

—Yo me apunto —dice Sondre—. Debe de hacer dos meses que no voy y, si no lo remedio pronto, la abuela me va a dar una colleja que voy a fliparlo.

Me mira y sonrío, y a mí se me pone cara de tonta. No sé cómo los que están sentados a la mesa no se dan cuenta de que estoy coladita por él, porque, a pesar de que lo intento con todas mis fuerzas, lo mío no es disimular.

—A mí también me va bien. —Storm se apunta de inmediato—. Me apetece un montón ir a ver a mi bisabuelo acompañado de una española tan bonita. Él sí que lo va a flipar. —Me guiña un ojo, lo que me pone un poco nerviosa.

Storm no ha parado de intentar acercarse a mí, y yo, que a veces soy mala persona, no le he parado los pies. Tampoco es que lo haya alentado, pero es que me parece una buena forma de desviar la atención de Astrid. No quiero ni que sospeche de que su hermano me gusta; estoy segura de que esto se me pasará. La pena es que no será Storm quien haga que me olvide del encaprichamiento que tengo por Sondre, porque debo reconocer que es muy majo.

Por el rabillo del ojo me parece ver que Sondre aprieta las mandíbulas. Seguro que solo son imaginaciones mías; mi cerebro quiere pensar que lo irrita que Storm nos acompañe porque eso significaría algo que ni siquiera me atrevo a creer.

—Nosotros no podemos. —Marlon coge la mano de Astrid. Que ella esté tan involucrada en su relación contribuye a mi causa. Si permaneciese atenta a mí al cien por cien, sería mucho más difícil engañarla.

Sí, al fin me he dejado de tonterías y he aceptado que lo que siento por Sondre es real: está ahí, como una sustancia palpable, ocupando parte de mí. Durante estas semanas he intentado sacármelo de la cabeza a la fuerza y no me ha funcionado, así que he decidido dejarlo fluir; con eso, espero que se vaya atenuando.

Los amores platónicos son así, se diluyen tras un tiempo para ser sustituidos por otros igual de platónicos, o al menos lo ha sido en mi caso. Esta vez no tendría que ser diferente, me repito. Por eso me dejo llevar y, cuando mis ojos se traban con los suyos, ya no experimento esa falta de aire y esas palpitaciones del principio, aunque no pueda evitar bajar los

párpados, avergonzada, después de los primeros segundos, para elevarlos de nuevo en busca de su mirada casi de inmediato.

Muy de manual de adolescentes todo, como diría mi abuela Georgina. Sonríe al pensar en ella. El otro día hablamos un buen rato: es muy moderna para tener casi setenta y seis años, pero es que estudió Filología en la universidad cuando la mayoría de los alumnos eran hombres, a finales de los sesenta. La pilló la revolución de mayo y, claro, eso marca sí o sí, por mucho que ella diga que el movimiento apenas llegó a Mallorca, que la juega la vivieron de verdad los que estaban en la Complutense y todo eso. No es como las abuelas de otras chicas a las que conozco: se declara agnóstica y es una defensora a ultranza de los derechos humanos. A veces dice que sus vecinos la llamaban «la *hippie*», pero ella explica que era demasiado burguesa para ser una verdadera transgresora y que en realidad lo que pasaba es que sus padres tenían dinero. «Es muy fácil ayudar a los demás cuando tienes todas tus necesidades básicas cubiertas; es una pena que en este país eso siempre haya tenido que ir unido a la iglesia y sus instituciones» es su frase favorita, y la repite de múltiples maneras distintas.

Seguramente sería a la única a quien me atrevería a confesarle lo que siento por Sondre, pero paso de hacerlo por teléfono. Si de aquí a las vacaciones de Navidad no se me ha pasado el cuelgue, igual me planteo hacerlo. ¡O no! Yo qué sé.

Llegamos a la zona residencial sobre las cuatro de la tarde. Storm nos ha traído en su coche. Sondre y yo aún no conducimos, ni siquiera tenemos edad para ello.

El sitio es genial; pensaba que sería más deprimente, pero no. Cuenta con un edificio general, donde se alojan las personas que necesitan más cuidados, con habitaciones individuales y apartamentos para las parejas. Los abuelos Mette y Jacob, que son independientes, viven en una casita de dos habitaciones que pertenece al mismo complejo; de esa manera se aseguran de que dispondrán de una plaza para la residencia propiamente dicha el día en que la necesiten, y además tienen todos los servicios mucho más cerca.

Es una mentalidad muy diferente a la mediterránea, eso ya lo sabía yo, pero la idea me parece fantástica. Ni que decir tiene que a mis abuelos no los habrían traído a un sitio así ni engañados, pero es que ni siquiera se lo han planteado nunca.

—Mis niños preciosos —saluda la abuela en castellano—. Qué alegría tan grande que hayáis venido a vernos. —Le da un beso a Sondre mientras el abuelo estrecha la mano de Storm y escucha las explicaciones sobre quién es su bisabuelo.

La abuela Mette me examina de arriba abajo; ella también mide una cabeza más que yo, así que elevo el rostro hacia el suyo y sonrío.

—Cada día estás más guapa, Gina. Serás una mujer espectacular, mucho más preciosa que tu abuela o que tu madre, y mira que eso es difícil. Ahora que la menciono, voy a llamar a Georgina y así puedes hablar con ella.

—Así que tu bisabuelo luchó en la guerra de España. ¿Le parecerá mal que os acompañe a conocerlo? Estoy seguro de que tiene cosas interesantísimas que contarnos.

—No creo que le moleste en absoluto, señor. Lo que más le gusta en el mundo es tener un público al que contar sus historias.

—Genial. Voy a cambiarme de ropa e iré con vosotros.

La abuela Mette viene hacia mí toqueteando su teléfono móvil. Cuando llega a mi lado, activa el manos libres y lo deja sobre la mesita.

Tras dos tonos, la voz de mi abuela se oye alta y clara; no en vano fue profesora durante más de treinta años.

—¡Oh, Mette! Qué alegría oírte.

—¿A que no sabes quién ha venido a verme, Georgina?

—¿Está mi nieta ahí? Hola, mi vida.

—Sí, y además ha obrado el milagro de traerse a Sondre con ella. ¿No te parece maravilloso?

La risa cristalina de mi abuela hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Ostras, no era consciente de que la echara tanto de menos.

—Hola, abuela.

Ella enseguida nota la emoción en mi voz.

—Ay, mi niña, no estarás triste, ¿verdad? Piensa que estás viviendo una experiencia maravillosa y que tienes que disfrutar cada momento. No quiero oír que no sonrías.

Me seco una lágrima que quiere escapar de mi párpado y me río. Soy mucho de eso: llorar y reír al mismo tiempo se me da bien.

—No estoy triste, abuela, es que no esperaba oírte y me he emocionado un poco. Nada más.

—Estoy listo —dice el abuelo Jacob al salir de una de las habitaciones. Va como un pincel, solo le falta la corbata.

—Hola, Jacob —lo saluda mi abuela.

—Hola, Georgina. Lo siento, pero ahora no puedo entretenerme contigo: tu nieta va a llevarme a conocer a un hombre que estuvo con los brigadistas españoles y no puedo perder el tiempo. —Después se vuelve hacia Storm y le pregunta—: ¿Vamos?

Sondre y yo nos reímos. Me despido de las abuelas hasta dentro de un rato y salgo tras los tres hombres en dirección a la residencia.

El abuelo Jacob bombardea a preguntas a Storm, quien parece agobiado y un tanto arrepentido de haber permitido que viniera con nosotros; no obstante, le contesta de forma educada.

Yo camino algo apartada, todavía con la cabeza puesta en esas pocas palabras que he intercambiado con la abuela Georgina. Sondre se sitúa a mi lado y me da un golpecito con el codo. Lo miro, pero no dice nada, solo levanta la barbilla para tantear cómo me encuentro.

—Estoy bien, no ha sido nada. Un poco de añoranza que me ha atacado a traición.

Pasa un brazo alrededor de mis hombros y me pega a él. La garganta se me cierra por la emoción, pero al cabo de unos segundos me doy cuenta de que ese gesto solo encierra cariño, cero pasión o anhelo por su parte. Ya estoy resignada a que así sea, por lo que le devuelvo el golpe con la cadera mientras sonrío agradecida. Sondre me mira a los ojos, tan fijamente que me cuesta poner un pie delante del otro. Se agacha para susurrarme:

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Te presto mi hombro para llorar si lo necesitas.

Asiento con la emoción de nuevo a flor de piel. Su aliento me ha rozado apenas la oreja, pero tengo el vello de la nuca erizado y una sensación en el estómago que no estoy segura de si es amor puro o tristeza porque no sea correspondido.



SEKSTEN (16)

La habitación del señor Sorensen está muy ordenada: tiene un montón de cuadros colgados en las paredes, una estantería abarrotada de libros y cientos de fotos. Él está sentado en una butaca, con una manta de croché sobre las piernas.

—Perdonad que no me levante —se excusa en cuanto entramos—. Estas piernas mías ya no me sostienen. Con lo que han sido y los sitios a los que me han llevado...

—Hola, Markku —saluda Storm, y se agacha para darle un beso.

—Storm, qué alegría verte. Cuando tu padre me llamó ayer para decirme que vendrías con una chica de España, no me lo podía creer. —Le coge una mano entre las suyas y le da pequeños golpecitos—. Se ve que es cosa de familia: los Sorensen volvemos locas a las españolas.

Storm se vuelve hacia mí y me dirige una sonrisa torcida y un guiño. Luego me pide que me acerque con la mano que le queda libre.

—Esta es Gina Ripoll; viene de Mallorca y estudia en mi instituto. Gina, este es mi abuelo Markku. —Hace las presentaciones con pompa, como si fuera un acontecimiento trascendente en su vida, y yo me siento cohibida y, de nuevo, mala persona por no haberle dejado claro que no estoy interesada en él.

—No hay en el mundo mujeres más bellas que las españolas, Storm, nunca lo olvides —dice mientras me agarra ambas manos y sus ojos pasean por mi cara—. Pero Gina es una de las más bonitas que he visto nunca, eso te lo puedo asegurar.

Oigo a Sondre agitar los pies y carraspear.

—Y estos son su abuelo y su primo. Ellos son noruegos; el señor Spillum vive en el complejo con su esposa, y le ha encantado la idea de acompañarnos y poder conocerte.

¿Sondre, mi primo? ¿De dónde se ha sacado eso Storm? No tiene importancia, me digo, ni la más mínima. A efectos prácticos, es como si lo fuéramos.

—Mi primera novia fue española —comenta el señor Sorensen—. La conocí en Madrid, en un descanso de quince días que nos concedieron después de la batalla del Jarama. Era morena, como tú, aunque un poquito más alta y con más carne. No sé qué os pasa a las chicas hoy en día que no os gusta comer.

Una risita brota de mi boca. Soy una chica sencillita, pero no me corto ante la comida, no tengo ningún remilgo. Mi madre afirma que mi metabolismo es un regalo, que aproveche mientras pueda, pero lo dice solo porque se la llevan los demonios de la envidia.

—Sentaos donde podáis —nos invita el abuelo de Storm—. Tengo muchos cachivaches, pero es que soy viejo y los recuerdos son importantes para mí.

El abuelo Jacob y Sondre toman asiento: uno, en la única silla que hay, y el otro, en la cama. Storm se sienta en el suelo, a los pies de su bisabuelo, y yo pretendo hacer lo mismo, aunque el hombre sigue sujetándome las manos y no puedo maniobrar bien.

—Gina, ¿puedes traer esa caja de madera que está en el segundo estante empezando por la izquierda?

—Claro, señor Sorensen.

—Uy, «señor Sorensen». No me llames así, hace que parezca un viejo, y hoy me siento como si tuviera dieciséis años de nuevo. Llámame Markku, ¿quieres? —Me guiña un ojo y me hace sonreír.

—Por supuesto, Markku. —Le devuelvo el guiño y me dirijo a la estantería. Me entretengo un momento mirando las fotografías que la pueblan. Él aparece en la mayoría, pasando por todas las edades, pero muy elegante siempre. En muchas de ellas, una mujer rubia y preciosa lo acompaña; me imagino que era su esposa, aunque no me atrevo a preguntárselo. Doy con la caja de madera que me ha pedido y se la acerco. Me siento en el suelo, al lado de Storm.

Markku abre la caja y saca de ella un trozo de tela cuidadosamente doblado: es una bandera republicana. Cuando la extiende, veo que tiene dibujado un símbolo de color rojo, como una estrella de solo tres puntas.

—Tenía dieciséis años cuando salí de Norvik con destino a España. Mi primo, tres años mayor que yo, militaba en el partido comunista y me convenció para que lo acompañara diciéndome que las españolas tenían la sangre más caliente que las noruegas y que, como íbamos a ayudar, tendríamos tantas novias que no sabríamos a cuál elegir. Bo era mucho más listo que yo y sabía qué teclas debía apretar para que lo siguiera como un corderito.

Un velo de tristeza se instala en sus ojos. Inspira hondo y me mira.

—¿Crees que los nombres de las personas son importantes? —pregunta sin retirar su mirada de la mía—. Yo, sí. No obstante, a mi primo y a mí nos pusieron los nombres equivocados.

Desvió la mirada hacia Sondre y veo que resopla flojito. Sé que su nombre no le gusta, o al menos no le gustaba cuando éramos pequeños. No entendí por qué hasta que comprendí la razón que había llevado a mis tíos a elegirlo.

Cuando se da cuenta de que lo estoy observando, niega con la cabeza y arruga la nariz.

—Eso no me lo habías contado nunca, Markku —interviene Storm, que parece preocupado porque su abuelo se haya alterado.

—¿Lo de los nombres o lo de mi primo?

—Ninguna de las dos cosas.

—Bo estaba convencido de que debíamos luchar en España para librar a Europa del fascismo; yo, en cambio, lo seguí porque quería vivir las aventuras que había leído en algunos libros, beberme la vida de un trago. Markku significa «rebelde», pero yo no lo era; me daba igual por qué se enfrentaban unos a otros en aquel país al que me llevaba mi primo. Bo significa «vida», la que él no tuvo, la que perdió tras una loma en un pueblo perdido de Teruel.

De la caja saca una fotografía en la que dos jóvenes posan con fusiles. En uno de ellos reconozco a Markku por las fotos que he visto hace un rato; el otro tiene el pelo tan rubio que parece blanco, como el de Marilyn Monroe en las fotos antiguas, las que aún no son en color. No me puedo creer que tengan mi edad. Por su pose parecen mucho mayores que yo, o que Sondre o Storm, pero no lo eran. Se fueron a luchar a un país extranjero

y uno de ellos jamás volvió. La saliva se me atraganta y, por unos segundos, no me deja respirar. Un nudo de emoción se instala detrás de mis ojos.

—Nos alistamos en Francia. Tuvimos que mentir y declarar que éramos mayores de edad, y después nos trasladaron en tren hasta los Pirineos. De allí nos llevaron a un pueblo de Albacete a realizar la instrucción. Conocí a muchos chicos como Bo en aquel lugar, y a muchos otros como yo o peores.

—¿Estuvo usted siempre en la zona de Madrid? —pregunta el abuelo Jacob.

—No, no siempre. Nos mandaban a donde se nos necesitaba, pero no éramos muy populares entre el resto del ejército. Tuvimos los días contados desde el momento en que pusimos un pie en España. Apenas había hombres con formación militar entre nosotros; de todas formas, a los anarquistas no les gustaban las órdenes ni las jerarquías.

—Eran ustedes muy jóvenes. Cuántas vidas perdidas —se lamenta el abuelo cuando la foto de los chicos con los fusiles llega a sus manos.

—Nos mandaron al frente con apenas quince días de instrucción, incluso menos en algunos casos. Estábamos tan mal organizados que ni siquiera disponíamos de uniformes. Pero el pueblo nos adoraba. La gente sabía que habíamos dejado a nuestras familias, nuestras casas, nuestros países... para acudir en ayuda de la república, de la libertad. En muchas aldeas se organizaban fiestas con música y podías bailar muy pegado a las chicas. —Me sonrío—. ¡Qué mujeres tan bonitas hay en España!

Rebusca entre los recuerdos que contiene la caja y extrae de ella un pañuelo blanco con unas iniciales bordadas.

—Este fue el regalo que me hizo una de las chicas con las que bailé en Barcelona la noche antes de partir de España. Al día siguiente nos despidieron viniendo a contemplar nuestro desfile. Parecíamos reyes, nos aclamaban como a verdaderos héroes; a Bo le hubiese encantado verlo. Estoy seguro.

Una hora más tarde, estamos de vuelta en el apartamento que ocupan los abuelos. Por increíble que pueda parecer, la abuela Mette sigue colgada al teléfono con la abuela Georgina.

—Todos los días igual —se queja el abuelo—. Me saldría más barato que nos compráramos una casa en Palma, al lado de la de tus abuelos, que tener que pagar las conversaciones que mantienen estas mujeres. ¿Qué

puñetas tendrán que contarse, si hablaron ayer? Y antes de ayer y el otro... —murmura mientras se dirige hacia su habitación.

—Ni caso —me dice la abuela Mette—. Estamos hablando por WhatsApp, así que tarifa plana, querida. No me he gastado ni una corona. ¿Quieres despedirte de tu abuela?

Cojo el teléfono, que está caliente; se nota que lleva un buen rato funcionando.

—Buenas noches, abuela. ¿Podrías mandarme un trocito de esa tortilla de patatas tan rica que preparas? Creo que la echo de menos más que a ti.

—¡Mira que eres grosera! —me dice en tono de guasa—. Puedes prepararla tú misma, te sale tan deliciosa como la mía o más.

—¡Sí, seguro! Un beso muy fuerte, y dale otro al abuelo, no te quedes los dos para ti.

Después de despedirnos de la abuela Mette, nos dirigimos al coche de Storm.

—Así que sabes preparar tortilla —me dice mientras me abre la puerta del copiloto. Sondre resopla al tiempo que ocupa su sitio en la parte trasera—. ¿Cuándo me invitarás a probarla?

—¿Te parece bien mañana para comer? —pregunto. Hago caso omiso a los ruidos de desaprobación de Sondre.

—Me encantaría. Yo me encargo de la bebida. Tú y yo tenemos una cita en las mesas exteriores mañana a la hora del almuerzo. ¿De acuerdo? —Retira la vista de la carretera y me mira durante un instante.

—Me parece genial —contesto, justo antes de notar la rodilla de Sondre en mis riñones.

—Pensaba que mañana iríamos a comer a casa para ver la película esa sobre el libro que tenemos que leer para la clase de Español —tercia, asomando la cabeza entre los asientos delanteros. Clava sus ojos en los míos y frunce el ceño.

Storm carraspea.

—Si tienes otros planes, no me importa esperar. Podemos comer juntos el jueves. De todas formas, después del descanso tenemos Matemáticas.

Asiento varias veces con los labios apretados.

Cuando llegamos a casa, Sondre baja del coche sin siquiera despedirse y mi enfado va escalando posiciones. Ahí está el que no me gusta, el que me altera de la cabeza a los pies.

—Muchas gracias por todo, Storm. Ha sido toda una experiencia conocer a tu abuelo y su historia.

—A veces cuenta batallitas más divertidas, hoy se ha puesto muy melancólico. —Se encoge de hombros—. Supongo que debe de ir en función de su humor.

—Hablando de mal humor: disculpa a Sondre. Creo que lo que nos ha contado tu abuelo le ha afectado.

—Sí, seguro que ha sido eso. —¿Es sarcasmo lo que percibo en su voz?—. Nos vemos mañana. —Se acerca para besarme y yo le ofrezco la mejilla.

—Hasta mañana, Storm, gracias de nuevo —digo en cuanto bajo del coche.

Entro en casa como una exhalación y enfilo directamente hacia la buhardilla. Abro la puerta después de dar un mínimo golpe con los nudillos. Espero que Sondre tenga claro que pienso entrar aunque se atreva a no darme permiso.

—¿Se puede saber qué te pasa? Storm ha sido muy amable llevándonos hasta la urbanización y presentándonos a Markku, y tú te portas de esa manera tan desagradable.

Mis ojos se clavan en su torso desnudo. Se ha quitado a la vez la sudadera y la camiseta que llevaba debajo y ambas están tiradas a sus pies, hechas una pelota. Tengo que tragar saliva ante la visión de sus músculos y, sin poder evitarlo, retrocedo un paso.

—¿Tortilla? Ese lo que quiere es otra cosa —me dice, tan alterado como yo.

—¿Qué te importa lo que quiera Storm? Quizás a mí me apetecía comer con él mañana.

Sondre respira deprisa, como si hubiese subido a la carrera o estuviese muy enfadado.

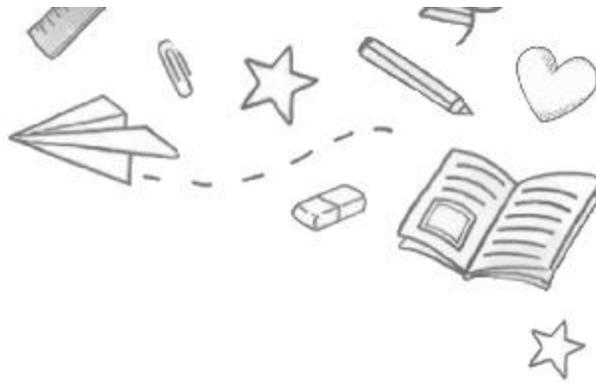
—Tienes razón —contesta—. Debería importarme una mierda con quién comas. Ahora, ¿puedes salir de mi habitación, por favor? Quiero ducharme.

Retrocedo y cierro de un portazo, pero no he bajado ni dos escalones cuando vuelvo a subirlos; esta vez abro sin tocar. Sondre sigue de pie, respirando agitadamente. Me da la espalda, pero puedo leer la tensión en cada uno de sus músculos.

Se vuelve con lentitud y me mira a los ojos. No sé cuánto tiempo pasamos así. Al cabo de un rato, sacude la cabeza y se encamina hacia el cuarto de baño sin dirigirme la palabra.

Me quedo de pie bajo el dintel. Juro que tenía una frase hiriente en la punta de la lengua cuando he abierto la puerta por segunda vez, pero se me ha olvidado. No sé a dónde ha ido a parar, lo más seguro es que se haya perdido, junto con mi esperanza.

Lo peor de estar enamorada de alguien que no lo está de ti es saber que en un momento u otro hará realidad tus fantasías, pero que será con otra.



SYTTEN (17)

Ha pasado una semana desde que el comportamiento incomprensible de Sondre hizo que nos distanciáramos de nuevo. Apenas lo he visto: se fue a pasar unos días a casa de Adrian, creo que con la excusa de ir a la playa a hacer surf. Es cierto que coincidimos en clase de Educación Física, pero no me ha dirigido ni una sola vez la palabra, ni yo a él.

No ha venido a clase de Historia desde el martes pasado, y se supone que hoy es la exposición del dichoso tema. Me he estudiado los apuntes que me pasó, pero no sé si podré hacerlo sola. Tendré que comerme mi desilusión y mi orgullo herido e intentar hablar con él en clase de Español.

Esa es otra: ya no me duele el desplante que le hizo a Storm, sino que me haya declarado la guerra y no saber por qué. Me fastidia haberme enamorado de él como una idiota y que pase de mí.

Le he dado vueltas al asunto, muchas, y la única conclusión a la que he podido llegar es que se ha dado cuenta de que estoy loca por él y eso lo ha exasperado. Sé de chicos y chicas a los que les pasa eso: cuando saben que alguien está por ellos y no le corresponden, reaccionan con rabia. ¡Malditas hormonas!

El jueves comí con Storm, como habíamos quedado, los dos solos, en una de las mesas del patio trasero del instituto. Astrid estaba que no cabía en sí de gozo, a pesar de que le he repetido mil veces que el chico es muy majo, pero que no me gusta. No sé si se ha percatado de que su hermano y yo no nos hablamos; si lo ha hecho, no me ha dicho nada. La relación entre ambos está cogida con pinzas, tampoco es que sean los mejores amigos

después de tres años de lejanía. Eso es lo que peor llevo de todo: no poder contarle cómo me siento respecto a Sondre, ni a ella ni a nadie. Es una mierda muy grande. Menos mal que, en parte, eso sí que lo solucioné el jueves.

Volviendo a la comida con Storm: es cierto que al principio la situación era un tanto forzada, aún flotaba en el aire lo mal que había quedado Sondre con él. Pero se nos pasó enseguida. La tortilla de patatas, aunque no esté bien decirlo, me salió de muerte.

—*Jesus Christ!* —dijo entre exclamaciones de gusto—. Esto es lo mejor que he probado en mi vida. Podría subsistir a tortilla desde hoy hasta el fin de mis días.

Tuve que reír.

—No seas exagerado. Está rica, y es una comida bastante equilibrada, pero de ahí a convertirlo en lo único que te llesves a la boca...

—Yo solo he hablado de comer; a la boca se pueden llevar muchas otras cosas. —Bajó mucho la voz y yo me puse como un tomate.

Me pareció que era hora de aclarar la situación con él, así que tomé aire para infundirme ánimos.

—Storm, me caes muy bien, pero a mí... a mí me gusta otra persona.

Cerró los ojos y elevó las cejas.

—Creo que eso es del todo evidente, ¿no?

—¿Evidente? —repetí, asustada.

—No olvides que he estado pendiente de todo lo que hacías, me he fijado en ti más de lo normal. Pero quizás no se ha dado cuenta nadie más, no te preocupes.

Me quedé un rato en silencio. Esa fue la primera ocasión en que me planteé la posibilidad de que Sondre me hubiera cogido tirria porque había visto lo que para Storm era tan obvio.

—Lo siento, en serio. Eres un chico estupendo, me caes genial, pero me temo que eso no basta.

—Ya. —Esperó un rato antes de continuar—: ¿Sabes? Lo mío por ti ha sido un poco culpa de Astrid. No paraba de decir lo coladita que estabas por mí, y yo... Necesitaba una excusa para dejar de pensar en otra persona y me vino de fábula.

—Es que la voy a matar; cuando la pille, me la cargo. Ya sabía yo que no me estaba metiendo baza solo a mí —dije, muy enfadada. Storm, que se había llevado la botella de agua a la boca, casi se atraganta.

Es increíble hasta dónde llega Astrid con tal de salirse con la suya. Se había estado dedicando a hablarle a Storm de mí, y a mí de él, para ver si conseguía liarnos. Menos mal que nos lo tomamos a risa.

—No hace falta que la mates, pero tendremos que hablar seriamente con ella. No puede hacerle eso a la gente.

—No, no puede. —Después de pensarlo un poco, le guiñé un ojo y dije —: ¡Qué alivio saber que no me quieres!

—¿Eso pretende ser un cumplido? Porque, la verdad, no suena muy bien.

—No, tonto. Me alegro porque ahora podemos ser amigos. De la otra forma, hubiese resultado un poco incómodo.

Permanecemos callados un rato, bastante agradable, debo decir.

—¿Por qué no se lo cuentas?

—¿A quién, a Sondre? No, ni loca. Creo que ya me desprecia, ¿qué haría si se lo confesara?

Storm me miró. Tenía un ojo cerrado porque le daba el sol en la cara, y pensé que era guapísimo y yo, una gilipollas por no poder enamorarme de él.

—No, digo a Astrid.

—Es complicado.

—¿Por qué?

—Porque para mí ella es más que una amiga, es mi hermana, como lo son mis padres y mis abuelos de los suyos. Sondre y ella han estado distanciados durante mucho tiempo y hace poco que se llevan bien de nuevo; no quiero meterme entre ellos. Sé cuánto significa para los dos este pequeño acercamiento. Por otra parte, no me apetece contárselo y que le parezca mal. Prefiero que no lo sepa. No me gustaría que no lo aprobara.

—Entiendo. Lo siento por ti.

—Es la primera vez que no le cuento algo en toda mi vida y me siento fatal por ello, no creas. Pero, de momento, me parece mejor así. Cuando se me pase la tontería, se lo podré explicar y nos reiremos juntas de ello.

—Espero que sea así, lo espero de veras. —Suspiró.

—Eres el único al que se lo he confesado. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Por supuesto. Soy genial guardando secretos. —Me guiñó un ojo, se metió otro trozo de tortilla en la boca y se puso a hacer ruidos obscenos de nuevo.

«Joder, qué pena que no me haya enamorado de él. Todo habría sido mucho más fácil», pensé, aunque en aquel momento todavía no sabía lo equivocada que estaba.

Entro en clase de Español decidida a hablar con Sondre, quiera él o no. Me parece una estupidez que no me dirija la palabra solo porque se ha enterado de que me gusta, aunque tampoco es que le vaya a sacar el tema, y mucho menos delante de toda la clase.

Me fijo en su pupitre: aún está vacío. Le he escrito una nota, que dejo bien visible sobre su silla, para que me espere cuando acabe la clase.

La profe, que —ya estoy segura— está como una cabra, nos ha mandado como lectura en castellano para este mes *Crónica del alba*, de Ramón J. Sender. Me creería si me dijeran que la mitad de la clase no ha podido pasar de la primera página, y que los que sí lo han hecho deben de pensar que Europa empieza en los Pirineos. Espero que sean capaces de situar la obra en el contexto de la época, si no... Hoy nos ha dado permiso para leer y preguntarle a ella lo que no entendamos.

Sondre llega cinco minutos tarde, y con ello se gana una amonestación de la señora Landvik. Se dirige enfurruñado a su sitio; «mal empezamos», me digo. En cuanto repara en la nota, ni siquiera la abre, se vuelve hacia mí y me clava una mirada acusadora. ¡Dios! ¿Cómo he podido pasar una semana entera sin atisbar el interior de esos ojos? Me quedo petrificada en la silla, no puedo hacer otra cosa más que sostenerle la mirada. «Gina, estás jodida. Yo no esperaba que se te pasara por ahora esta ‘tontería’, como tú la llamas».

Se sienta y mira hacia el frente. Al cabo de lo que me parece una eternidad, abre la nota, después hace una pelota con ella y se queda quieto.

—No me va a esperar —susurro, enfadada—. Como si lo viera.

—¿Quién? —pregunta Erik.

Entrecierro los ojos. Hubiera jurado que he hablado en español.

—¿Me has entendido?

Erik tiene la cara dura de reírse y negar con la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

—Vaya si lo sabes. Entiendes más de lo que aparentas. Yo que pensaba que no te enterabas de nada...

—Estoy aquí, ¿qué quieres? —La voz de Sondre, seria y seca, me sorprende y me hace dar un pequeño brinco en la silla. Ha intercambiado el

sitio con la chica que se sienta normalmente delante de mí y ha colocado un codo encima de mi mesa. No me encontraba tan cerca de él desde el día en que fuimos a la residencia.

La mirada que le lanzo es más torva de lo que pretendía. Erik me ha cabreado y no estoy de humor para gilipollices.

—Hoy es la exposición de Historia. —Dirijo la vista varias veces hacia mi compañero de pupitre, que pretende estar entretenido con el móvil, aunque estoy segura de que no pierde detalle de lo que hablamos Sondre y yo.

—Ya, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Tendremos que explicar lo que hemos aprendido entre los dos, ¿o tengo que hacerlo yo sola?

—Ya te dije que esa era tu parte, ¿no? —Me habla con una rabia que no entiendo y que empieza a irritarme.

Erik deja el teléfono sobre la mesa y mira a Sondre con muy mala leche.

—Mira, tío —le suelta—, no entiendo ni una palabra de lo que le estás diciendo a tu prima, pero el tono no me gusta nada. No me toques los cojones si no quieres que te dé dos hostias.

—Métete en tus asuntos, Dahl. Nadie te ha dado vela en este entierro —le contesta Sondre con los dientes apretados.

—Eso es lo que tú te crees. Gina es mi amiga y no consentiré que le hables así, por mucho que sea de tu familia. O igual por esa misma razón.

—Sí, ya me doy cuenta de que mi «prima» tiene muchos defensores.

—Ya está bien, idiotas. ¿Queréis que nos llamen la atención? —Estoy cabreadísima, tanto que la emprendería a collejas con los dos. Veríamos entonces quién es más gallito.

—La exposición de Historia no es hoy, pedí un aplazamiento al profesor —me dice antes de levantarse y regresar a su sitio. Sus pupilas se han vuelto de un color tan oscuro que me asusta. Tiene una mirada muy parecida a la del día del *skate*, y me asalta un escalofrío.

Hacía muchos días que no pensaba en Manu, y ahora su imagen acude a mi mente inundándolo todo. Lo que me faltaba: si ya me costaba respirar por la ansiedad que me han generado estos dos, que la imagen de Manu cruce por mi cabeza lo empeora todo.

Paso el resto de la clase lanzándole miradas furtivas a Sondre; está tan agarrotado que podría romperse algún músculo por la tensión. Definitivamente, la gilipollas aquí soy yo. ¿Por qué debería comerme la

cabeza por un tío como él? Además de temperamental, es maleducado, faltón y un chulo de mierda. ¿Qué coño me atrae de ese chico? «Que, cuando no se comporta como un capullo, es muy dulce», argumenta una vocecita en mi cabeza.

Suena el timbre para dar por finalizada la clase. No le he vuelto a dirigir la palabra a mi compañero de mesa, pero ahora que estoy un poco más calmada, siento que tengo que hablar con él.

—Lo tenía controlado, ¿por qué te metiste? —Vaya, quizás eso no era lo más apropiado.

—Tu primo es incontrolable, ya deberías saberlo.

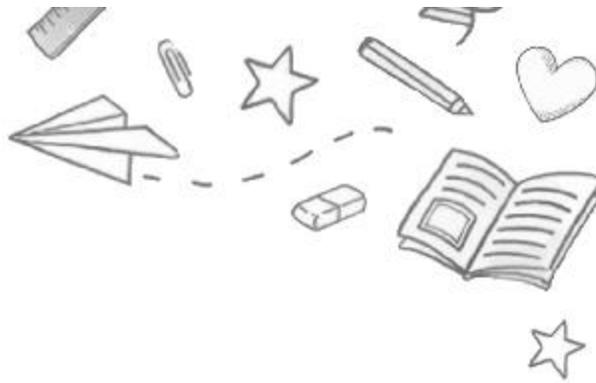
—Como él te ha dicho, eso es asunto mío.

Erik me mira con dulzura, acerca su mano a mi cara y, cuando creo que va a tocarme, coloca un mechón de pelo que se ha escapado de la coleta detrás de mi oreja.

—Aunque no lo creas, sí que es asunto mío, Gina. Cualquier cosa que te pase lo es.

Me quedo petrificada. ¿Qué les pasa en este instituto? Anda que no hay chicas guapas, ¿por qué los chicos tienen que encapricharse de mí?

Me vuelvo. Sondre nos observa; tiene las mandíbulas tan tensas que creo que puedo oír el rechinar de sus dientes desde aquí. Destila odio, y tengo que bajar la cabeza para que no me duela tanto.



ATTEN (18)

Astrid se ha refugiado conmigo en la cama; hace días que nos vemos muy poco y parece que se siente culpable.

—Desde que fuisteis a ver al abuelo de Storm, te veo triste, Gina. ¿Tan fuerte fue lo que os contó?

—No, qué va. —Dios, me temía que esta conversación podía llegar, pero no esperaba que fuese tan pronto.

—¿Pasó algo con Storm? ¿Algo que no me hayas contado?

No puedo decirle que sé que ha sido ella quien lo ha estado presionando para que se acercara a mí igual que ha hecho conmigo para que me interesara por él, así que me encojo de hombros y contesto:

—No pasó nada con él, ni tampoco cuando fuimos a comer. No me gusta, llevo diciéndotelo un montón de tiempo, pero tú no me escuchas. Aunque he reconocer que nos llevamos genial. Hemos quedado para comer otra vez el jueves. —La veo juntar las manos para dar palmaditas de júbilo y la detengo—. Somos amigos, solo amigos. Nosotros dos lo tenemos claro, ¿te importaría darte también por enterada?

Tengo la vista fija en el techo. Sé que Sondre está ahí encima, en algún lugar de la buhardilla. Me pone mala estar tan cerca de él y no poder adivinar qué pasa por esa cabecita suya.

—Entonces, ¿qué te pasa? Odio verte tan apagada. He pensado que quizás te molesta que pase tanto tiempo con Marlon y que por eso estás de mal humor conmigo...

—¡Serás boba! No podría estar más contenta por ti, ni aunque me lo propusiera. Es solo que... —Tengo que pensar rápido; Astrid no esperará toda la noche, querrá una respuesta ya.

—¿Qué?

—Echo de menos mi casa, a mis padres, a los abuelos... A Manu. — Aunque no es una mentira al cien por cien, soy muy consciente de que ellos no son la causa de mi tristeza.

—No me digas que te arrepientes de haber venido.

—No, no. —Me doy la vuelta en la cama y quedamos cara a cara—. Estoy feliz de estar aquí. No quiero que te sientas culpable: en ningún momento durante la planificación de esta aventura pensé que, cuando me mudase, pasarías todas las horas del día conmigo.

Astrid tuerce un poco la boca.

—Ni se te ocurra volver a disculparte. Hacemos un montón de cosas juntas y, si fuera yo quien tuviera un rollete con un tío, tampoco me gustaría que tú me recriminaras que paso demasiado tiempo con él. Aunque no tengo mucha experiencia, sé que al menos al principio no ves el momento de estar cerca de tu amor. He leído mucho, ¿sabes? Y he visto un montón de películas.

—¿Tu amor? —Mi amiga se muere de la risa.

—*Your love, yes!*

—¡Qué cursi eres, tontita!

Y qué mentirosa. Nunca le había ocultado nada a Astrid. Soy la peor persona del mundo. Debería contárselo y dejar que ella me consolara o me riñera, me da igual, pero no me atrevo.

—Por cierto, ¿cómo ves a mi hermano?

El corazón me da un vuelco en el pecho, literal: lo noto rodar sobre su eje y reubicarse con esfuerzo.

—¿A qué te refieres?

—Está en modo capullo, otra vez. No sé qué le pasa, solo temo que vuelva a meterse en peleas.

—No puedo ayudarte, apenas he hablado con Sondre estos últimos días.

—Lo que yo te diga. Tendré que ver si encuentro un momento, pero es que cada vez que intento enfrentarlo se escabulle. Prevé todos mis movimientos, ¡pedazo de cabrón!

Me entra la risa tonta, aunque tengo más ganas de llorar que de reír. Lo único que me consuela es saber que si Astrid le pregunta a Sondre qué le

pasa, tarde o temprano yo también me acabaré enterando.

Como le dije a Astrid, Storm y yo hemos quedado de nuevo para comer. Hoy no hay tortilla, sino un plato de ensaladilla rusa que tira de espaldas. La estuve preparando anoche con tía Ingrid, así que será también lo que cene. No me importa, es uno de mis platos favoritos y nos ha salido de rechupete.

Storm está muy callado hoy. Aunque los ruiditos de placer por la ensaladilla se le escapan de entre los labios de tanto en tanto, no está muy hablador.

Yo también como en silencio. Le agradezco que no me pregunte cómo llevo el tema de Sondre, porque no sabría qué responderle.

Se limpia las manos concienzudamente con la servilleta y abre la boca varias veces para hablar, pero no llega a emitir palabra.

—Suéltalo ya —lo apremio tras el cuarto intento infructuoso—. Me estás poniendo de los nervios.

—Si tuvieras un secreto muy secreto, ¿me lo contarías a mí? —dice después de pensárselo.

—Ya sabes mi secreto más secreto. Escúpelo ya.

—Creo... creo... creo que yo... que a mí... podrían gustarme los chicos —suelta a bocajarro, y de inmediato esconde la cara entre las manos.

—¿Quieres decir que eres bisexual? ¿Y eso qué tendría de malo?

—Bisexual no, gay. Creo que soy gay.

—¿Qué más dará el sexo de la persona por la que te sientas atraído?

Muy despacio, levanta la cabeza y me mira.

—¿No te sorprende? La semana pasada te estaba tirando los tejos y ahora te digo que podría ser gay, y tú, ¿no alucinas ni un poquito?

—Estamos en el siglo xxi, Storm, por Dios. Si eso me asusta, más vale que me lo haga mirar. ¿No crees?

Me brinda una sonrisa preciosa, con un punto de timidez que lo hace adorable.

—¿Hay un «él» que te gusta? —Me siento de cara a mi amigo para intentar transmitirle confianza.

—Sí. —Se ha puesto como un tomate, pero se lo ve alegre. Es una felicidad contagiosa, de las que te calientan el corazón.

—¿Recíproco?

—No lo sé. Lo he pillado mirándome algunas veces, pero no tengo muy claro que signifique algo. Solo que, después de que tú y yo habláramos la semana pasada, al fin me he dado permiso para pensar en todas las cosas que me gustaría hacer con él y que no me apetecía hacer contigo.

—¡Mira este! —me rio con ganas—. Depende de cómo te mire. Eso está claro. —Recuerdo las miradas cargadas de odio que me dedica Sondre y me entra un escalofrío—. Si lo hace como si quisiera besarte, está claro que significa algo.

—*What the fuck?* —Se encoge de hombros y gira las palmas hacia arriba, para demostrar que no comprende lo que digo—. Si entendiera sus miradas, no estaríamos hablando de ello.

—Cuéntame más —le propongo, emocionada.

Frunce la nariz y los labios.

—A mí me ha costado bastante aceptarlo; en cambio, tú llegas y te parece lo más normal del mundo. ¿No te resulta violento?

—¿Qué dices? ¡Es superemocionante! Quiero carnaza. —Me pongo de rodillas sobre el banco y lo agarro por las solapas de la sudadera. Él se ríe, pero a mí se me congela la alegría cuando veo que Sondre nos observa desde el otro lado del patio. Storm sigue mi mirada justo en el momento en que él abre la puerta del gimnasio con ímpetu y desaparece de nuestra vista.

—Opino que deberías hablar con él.

—No puedo, no me deja acercarme, me odia.

—No lo creo, Gina. Eres adorable, y yo creo que él...

—No hablemos más de Sondre, por favor, prefiero hacerlo sobre «tu chico». Me parece mucho menos dramático, y más seguro para mi estabilidad mental, ¿vale?

—Pero yo...

Alzo las cejas y cierro los labios. No quiero darle más vueltas: se me pasará el encaprichamiento, y cualquier cosa relacionada con Sondre dejará de afectarme de la manera en que ahora lo hace, lo sé. No sé por qué, pero lo sé.

Storm niega con la cabeza y se queda en silencio. Se muerde una pielecita del labio inferior; veo como su cerebro funciona a todo trapo. Sé que no me ha dicho todo lo que quería decirme, pero no me importa. No me siento con fuerzas para escuchar lo que ya sé. Paso.

—¿*Quién es él?* —canto en español para desviar el tema hacia donde me interesa—. ¿*En qué lugar se enamoró de ti? ¿A qué dedica el tiempo*

libre?

—¿Qué canción estás despedazando? —me pregunta, muerto de la risa.

—Una que le gusta mucho a mi abuela. ¿Has entendido la letra, que es lo importante?

Asiente mientras se le llenan los ojos de chiribitas.

—No sé si está enamorado de mí, Gina. Es cierto que hemos cruzado miradas que me han dejado tocado, en plan: no puedo parar de mirarte.

—¡Ah! Pero tiene que haberlo hecho de una manera muy especial para que te sientas atraído por él. Sobre todo, si no te había gustado ningún chico antes. —Vuelve a morder su labio—. ¡No hagas eso! Te vas a destrozar la boca.

—Es que no sé qué contestar. —Lo interrogo con un gesto—. No sé nada, Gina, me siento en la cuerda floja. ¿Y si se trata solo de suposiciones mías? ¿Y si resulta que ni siquiera me estaba mirando a mí? Tal vez ni siquiera es gay.

—No te agobies, ¿vale? Al fin y al cabo, yo no lo veo muy diferente a cuando a mí me gusta un tío. Tampoco sé si yo le gusto o si tiene otras tendencias sexuales: la emoción está en el riesgo.

—¿Sabes? —pregunta al rato, rozándome la cara—. Si hubieses estado enamorada de mí, como pretendía hacerme creer Astrid, ahora estaríamos saliendo juntos. Todo hubiese sido mucho más fácil.

—¿Tú crees? —Meneo la cabeza.

—No, seguramente se hubiese complicado un montón. Me estuve repitiendo a mí mismo que me gustabas durante un tiempo, pero en el fondo sabía que solo era para evitar pensar en Adrian cuando me metía en la cama por las noches.

—Con esta ya van dos, no sé si debo tomarme eso como un cumplido —le digo.

—Puedes hacerlo: lo es.

—Gracias. En cuanto a lo otro... creo que te entiendo. Yo también tendría que darle muchas vueltas al tema si de repente me sintiera atraída por una chica.

—Me ha costado un poco aceptar la realidad, nada más. Era algo que estaba ahí desde hacía tiempo, solo me faltaba darme permiso, salir del armario para mí mismo, primero. —Se queda pensativo durante unos instantes—. Oye, Gina, te diré lo que tú me dijiste a mí la semana pasada.

—¿Qué dije?

—Eres la única que lo sabe. No sé si estoy preparado todavía para lanzar las campanas al vuelo.

—No es a mí a quien le toca exponer tu vida ni tus sentimientos a nadie. Es cosa tuya; quiero decir que nadie más que tú sabe qué quiere contar y cuándo.

—Eres una chica estupenda, Gina. Es muy fácil quererte.

Niego con suavidad. De repente una idea se abre paso en mi cerebro.

—¿Adrian, el amigo de Sondre?

Storm asiente, enrojeciendo de nuevo hasta la raíz del pelo.

—¡Vaya dos! —Me echo a reír a carcajadas.

Storm deja que me calme antes de contarme sus planes.

—He pensado que podríamos celebrar una fiesta en mi casa este fin de semana. Mis padres se van a la cabaña. ¿Me ayudarás a organizarla?

—Por supuesto, me encantaría.

—A ver si conseguimos que «nuestros chicos» acudan. —Lo dice con un aire tan pícaro que me hace reír de nuevo.

—En mi caso, a lo mejor no es una buena idea.

—No me puedo creer que seas tan tonta, Gina, no lo puedo creer.



NITTEN (19)

Los Sorensen viven en una casa grande, con un sótano que cuenta con entrada propia; el paraíso de las fiestas, vamos. Lo hemos acondicionado en nada y menos, pero tampoco es que nos hayamos matado a trabajar. Es cierto que nos ha tocado esconder un televisor y las consolas de videojuegos, además de acercar el sofá a la pared; por lo demás, hemos cubierto la zona de la lavandería con unas telas y ¡listo!

La condición que han puesto los padres de Storm para poder celebrar la fiesta es que cuando ellos lleguen no se tiene que notar que haya entrado nadie en la casa, así que me imagino que el currazo nos lo tendremos que pegar mañana por la mañana para limpiar.

Ya que Storm ponía el sitio, los demás hemos hecho un bote común para comprar bebidas y algo para picar. De eso se han encargado Marlon y Arne, que han venido cargados de alcohol, claro, ¿qué menos?

En principio, no debería asistir mucha gente, pero ya se sabe que cuando alguien organiza una fiesta, corre la noticia como la pólvora y el espacio se llena hasta los topes.

Astrid y yo nos estamos arreglando. Yo quería ponerme un jersey y unos vaqueros, porque vivo instalada en el frío, pero ella se ha negado en redondo, así que he acabado con un vestido corto y sin mangas de color mostaza. No he transigido en cuanto a las medias: son negras y tupidas; además, me he calzado unas botas de estilo militar.

Ya son dos los temas que no puedo tratar con Astrid, uno es el de su hermano y el otro, el de Storm. Como le dije a él, su sexualidad no es un

tema que me concierna como para poder ventilarlo por ahí. Lo tiene que hacer él cuando le apetezca o le parezca oportuno, o no hacerlo. Para mí está muy claro que no tiene por qué justificar ante nadie sus elecciones o sus preferencias.

—Estás espectacular, no sé por qué no te pones vestidos más a menudo. Seguro que esta noche Storm se lanza al fin.

—Astrid, déjalo ya, por favor. Él y yo ya lo hemos hablado y eso no va a suceder. Además, ¿por qué tendría que esperar a que él me lo propusiera si me gustase? Me podría haber «lanzado» yo. —Frunzo el ceño—. ¿Por qué debería esperar a que diera el paso el chico? No soy muda. ¡Ah! Y no llevo vestidos todos los días porque no quiero morir por congelación.

—Eres una exagerada. Estamos a mediados de octubre, esto no es frío. Espera a Navidad.

—No me lo quiero ni imaginar.

La fiesta empieza a las nueve, pero los organizadores hemos quedado allí a las siete. Sé que Storm le pidió a Astrid que invitara a su hermano y sus amigos, con la excusa de que debían afianzar su recién recuperada relación, pero no tengo ni idea de si ella le habrá dicho nada a Sondre. Me he propuesto pasarlo bien y no pensar en él, pero me temo que se está convirtiendo en una obsesión: en vez de gustarme menos, cada vez me gusta más.

Me encanta la pandilla que se ha formado al unir a los amigos de Marlon con las amigas de Astrid. Intuyo que, aunque ellos cortaran (cosa muy poco probable por el momento), seguiríamos en contacto, porque no son la única pareja que se ha formado: Julia y Arne han estado saliendo desde aquel fin de semana en la cabaña de Marlon, y Storm y yo... No estamos liados, pero nuestras confesiones mutuas nos han unido más de lo que une la pasión a algunas parejas.

Storm no para quieto, parece que ha mutado en cinco personas, porque está en todos los sitios a la vez. Le he dicho en varias ocasiones que se calme, pero no hay manera. El no saber si Adrian vendrá lo está volviendo loco.

—Cálmate. Estás impresionante, eres el perfecto anfitrión, y si no le gustas a Adrian será porque a él le van las chicas. Es imposible verte y no caer rendido a tus pies esta noche. Te lo digo yo, que sé de qué hablo.

Mi amigo ríe y da otro sorbo a la cerveza que tiene en la mano.

—Tú tampoco te has quedado corta. ¿Por qué escondes todas esas curvas bajo capas de ropa en la escuela?

—Tú lo has dicho: es la escuela. Además, ¿pretendes que el castañeteo de mis dientes impida a los demás escuchar las explicaciones del profesor?

La gente va llegando por tandas y, para mi sorpresa, reconozco a más invitados de los que creía. Muchos se acercan a saludar o simplemente a entrechocar sus bebidas con la mía para brindar.

Poco a poco el sótano se va llenando y algunos se quedan en el jardín porque dentro empieza a hacer calor. Si me lo parece a mí, debe de ser casi insoportable para ellos.

Storm se me acerca como si hubiera visto un fantasma, blanco como la pared.

—¿Ha sucedido algo? —pregunto enseguida. Él traga saliva y señala con la cabeza. Por la puerta entran Sondre y Adrian; acaban de llegar y dejan las chaquetas en unas sillas que hemos habilitado para ello.

El corazón se me para en el pecho. Sondre se vuelve, como si buscara algo, y me ofrece una panorámica de su torso enfundado en una camiseta negra, manga corta, con un dibujo que no alcanzo a distinguir desde aquí. Tiemblo como una hoja cuando sus ojos se posan en los míos durante unos segundos, pero su mirada pasa de largo; ni siquiera me ha saludado. Una mano de hierro me estruja la garganta y la desilusión campa en mi pecho. Doy un trago largo a la cerveza; necesito serenarme, a ver si esto me ayuda.

Storm se aferra a mi brazo y yo le correspondo.

—Si me aprietas tan fuerte, me vas a hacer un morado.

—Lo mismo digo, princesa.

—Vete a darles la bienvenida.

—No lo he hecho con casi nadie. Va a cantar un montón si los saludo a ellos.

—No seas idiota, no quedarás mal. Sondre es el hermano de una de las organizadoras.

—Me estás poniendo de los nervios. No me ayudas nada, ¿lo sabes?

Mientras hablamos, nos vamos acercando cada vez más uno a otro para que nadie nos oiga. Yo no dejo de lanzar miradas furtivas a Sondre, pero él no ha vuelto a mirarme. Doy otro trago a la lata que tengo en la mano.

—Te digo que vayas.

—No me atrevo. Estoy cagado de miedo.

Le acaricio la cara, intentando infundirle ánimos.

—Es ahora, el momento es ahora. Te está mirando.

Noto que tiembla aún más que yo. Fijo mis ojos en los suyos y levanto las cejas.

—Hola. Buenas noches.

Doy un respingo al oír una voz tan cerca de nosotros. Estábamos tan metidos en el drama que ni nos hemos dado cuenta de que se había acercado. Levanto la vista y a nuestro lado encuentro a un Adrian tan sonriente que deslumbra. Justo detrás de él, a una distancia prudencial, está Sondre, que ni siquiera se ha dignado a mirar en nuestra dirección. Parece molesto, asqueado. ¿Tendrá razón Astrid y estará metiéndose en líos de nuevo? No, lo más seguro es que sea mi presencia lo que le disgusta.

Storm traga saliva disimuladamente, se vuelve hacia Adrian y le dedica una de sus sonrisas resplandecientes. Tengo que parpadear; creo que me ha cegado hasta a mí. Chocan las manos como si fueran viejos conocidos y percibo la ansiedad de Storm desde aquí, pero es de esa que te carga de energía.

—Gracias por la invitación, tío. Me apetecía ir a una fiesta que estuviese bien; hasta ahora todas han sido un auténtico coñazo. —Parece un poco achispado. Por lo que sé, muchos chicos quedan un rato antes para empezar a beber y llegar más contentos al evento. Lo llaman algo así como *prefiesta*, aunque no estoy segura de la traducción para eso.

No dejan de mirarse a los ojos, y una sonrisa estúpida se expande por mi cara. Noto el estómago en un puño y sé que es de alegría por ellos: las chispas que saltan entre los dos pueden verse desde Júpiter.

—Ven, te enseño dónde están las bebidas —dice Storm, y ambos se marchan sin reparar en mí.

Quedo cara a cara con Sondre. Me mira durante unos segundos en los que me quedo sin respiración. Está serio, y no saca las manos de los bolsillos. Hoy es uno de esos días en los que se me antoja altísimo, supongo que por lo inaccesible que lo veo. Parece tan enfadado como las últimas veces, pero al menos inclina la cabeza para saludarme. Después se va detrás de los otros en busca de las bebidas.

Tengo que sentarme porque las piernas no me sostienen. Querría marcharme a casa, pero no sé qué excusa podría darle a Astrid después de haber mostrado tanto interés en esta fiesta durante los dos últimos días.

Leah se acerca a mí con un vaso grande lleno hasta el borde.

—¿Qué bebes?

—Ron con cola.

—Eso me irá de coña. —Cojo el vaso de entre sus manos y me tomo la mitad de un solo trago.

—¡Gina! Me lo acababa de preparar; ni siquiera lo había probado todavía.

Le guiño un ojo.

—Anda, no seas así. Hay que compartir.

Mi amiga inspira por la nariz, pero después se ríe y se sienta a mi lado.

—¿Lo estás pasando bien?

Me encojo de hombros.

—Claro.

—Es que te he visto aquí sentada y he pensado que a lo mejor te sucedía algo. —Inclino la cabeza. El ron, después de aterrizar en mi estómago, lo está calentando de una manera un tanto desagradable, como ha hecho con mi garganta—. Y ahora vas y te bebes de un sorbo más alcohol del que te he visto consumir desde que te conozco. ¿Seguro que está todo bien?

Le sonrío para que no se preocupe. No, me gustaría decirle que nada está bien: el chico del que estoy enamorada me odia y ni siquiera se lo puedo contar a mis amigas porque me parece incorrecto sentir algo por él. Todo es una mierda.

—Está genial.

—¿Quieres que salgamos un rato fuera? Estás muy colorada.

—Sí, tengo mucho calor. Quizás es lo que necesito, que me dé el aire.



TJUE (20)

En el exterior hay casi más ambiente que en el interior. La gente se reúne en grupitos hablando y bebiendo. Un poco apartada del resto, una pareja se besa como si no hubiera un mañana.

En uno de los corros distingo a Erik, de la clase de Español. En cuanto se da cuenta de que lo he visto, eleva la copa para saludarme.

—*Skol* —pronuncio con los labios, sin que llegue a salir ningún sonido de ellos.

Se acerca a nosotras sonriendo de manera jactanciosa y con su andar fanfarrón.

—Hola, chicas; un gusto veros —nos dice, y nos escanea de arriba abajo de una manera que me hace estremecer, y no de emoción precisamente.

—Ya que tú te has apropiado de mi vaso, voy a por otro —anuncia Leah. No me da tiempo a evitar que se marche, así que me quedo sola.

—Vaya, tu amiga sí que sabe. Esa excusa es la más vieja que conozco.

—¿Qué excusa?

—Ha dicho que iba a por más bebida para poder dejarnos solos. ¿Se lo has pedido tú? —Me roza la cara con la punta de los dedos.

—¡No! De hecho, me voy con ella. No me gusta cómo se ha enrarecido el ambiente en solo un segundo.

Echo a caminar hacia el interior de la casa, pero Erik me agarra por la cintura y me aproxima a su cuerpo. Apoyo los brazos en su pecho e intento separarme de él, que busca mi boca a pesar de que opongo resistencia.

—No, Erik, déjame.

—Venga, gatita, te mueres de ganas por besarme.

—¡He dicho que me sueltes!

—Ya la has oído, Dahl. Te ha dicho que la dejes en paz. ¿O es que el alcohol te ha dejado sordo? —La voz de Sondre resuena por el jardín. Las conversaciones se detienen de golpe y todo el mundo mira en nuestra dirección.

Erik se encara con él sin soltarme, a pesar de que yo me revuelvo entre sus brazos.

—Y ¿qué pasa si no me da la gana, Spillum? ¿Me vas a pegar? Estoy deseando que lo intentes.

Sondre se acerca despacio. Un gesto oscuro le endurece la cara y luce una mirada turbia que no presagia nada bueno. Coge a Erik por las solapas y lo zarandea para que me suelte. No le cuesta mucho que lo haga, ya que le saca al menos media cabeza y su espalda es el doble de ancha.

—¿No ves que en realidad esta gatita quería decir «sí»?

Erik no ve venir el primer puñetazo que le impacta en plena cara. Un crac estruendoso me hace pensar que le acaba de romper la nariz.

—Para, Sondre, déjalo. No vale la pena —grito. No puedo evitarlo. Manu aparece en mi mente como un torbellino, borrando incluso la imagen que se desarrolla frente a mis ojos.

—¿Lo ves, Spillum? Me defiende. Me prefiere a mí.

El siguiente golpe de Sondre va directo a la ceja de Erik. Un torrente de sangre empieza a manar de la herida y mi cabeza no para de repetir: «Igual que Manu».

—¡Sondre, detente! ¡Que alguien me ayude a separarlos! —grito desesperada mientras me acerco a ellos.

Unas manos tiran con fuerza de mí hacia atrás: es Adrian, que me aparta de la pelea para evitar que alguno de los puñetazos recaiga sobre mí. Me deja en brazos de Astrid, que también grita, mientras va a ayudar a Storm y a Marlon a sujetar a los contendientes.

Por unos instantes lo veo todo a cámara lenta: los golpes, los tirones, los intentos infructuosos por separarlos, y me entran unas ganas acuciantes de vomitar. La sangre los salpica a todos. Si no se detienen, no tardará en llegar la policía; me extraña que aún no lo haya hecho. Y en lo único que puedo pensar es en Manu, una y otra vez.

Por fin consiguen alejar a Sondre de Erik, que es quien ha salido peor parado y está semitumbado en el suelo. Marlon y Adrian tienen que asirlo por los brazos para que no vuelva a la carga, porque parece que no le faltan ganas.

—¡Qué fácil ha sido, Spillum! —lo increpa Erik—. Te voy a denunciar y me darán la razón. Tengo un montón de testigos que han visto cómo me pegabas. Te vas a pasar una larga temporada prestando servicios a la comunidad; no eres más que escoria.

Sondre se revuelve entre los brazos de sus amigos.

—Dejadme, que aún no he acabado con él —les grita. Está fuera de sí.

—Ya te lo avisé el año pasado. —Erik sonrío maliciosamente mientras sus amigos lo ayudan a ponerse en pie. Alguien le ha prestado un pañuelo y lo aprieta contra la ceja para que deje de sangrar—. Llevo preparando esto desde principios de curso, pero ha valido la pena, Spillum. Has caído con todo el equipo, y cuando llegue la policía, te vas a cagar.

—Eres un puto niño patético, Dahl —vocifera Sondre.

De repente, la risa de Adrian retumba en mis oídos. Se está desternillando, tanto que tiene que sujetarse la barriga. Todos nos volvemos hacia él. Hasta Sondre, al que ha soltado para llevarse las manos al estómago, alucina. Observa a su amigo con los ojos desorbitados y deja de luchar contra Marlon, que apesaba su otro brazo.

—Erik, eres el gilipollas más grande que ha visto la Tierra —consigue decir Adrian entre espasmos. Algunos se han contagiado de sus carcajadas, pero no es mi caso. No puedo comprender qué le hace tanta gracia. Sigo entre los brazos de Astrid; bueno, ahora más bien nos sujetamos la una a la otra para no desestabilizarnos por la impresión.

—¿Has estado esperando vengarte desde que Sondre y tu novia se enrollaron el año pasado —más risas— y lo único que se te ocurre es que te dé una paliza? Tío, debes de tener un cociente intelectual de ciento sesenta, por lo menos.

Adrian no puede dejar de reír. Se ha tirado al suelo, las lágrimas ruedan por sus mejillas, pero lo que ha dicho nos ha dejado a todos impactados. Hasta Erik abre y cierra la boca, como si quisiera justificar su plan pero no supiera por dónde empezar.

Sondre mira a su amigo y después a Erik. También empieza a descojonarse cuando se da cuenta de lo que acaba de decir Adrian, así que

acaba de rodillas, a su lado. La cara de rabia e indignación de Erik es de magnitud ocho, como mínimo.

Astrid se separa de mí para acercarse a su hermano y lo empuja con fuerza.

—A mí no me hace la más mínima gracia. Para de reírte ya.

En ese momento llega un coche de policía y los mirones empiezan a retirarse con discreción; incluso algunos de los que estaban en el sótano se van sin dejarse notar demasiado.

Los policías son muy jóvenes, un hombre y una mujer. Se acercan sonriendo, como si quisieran expresar que no hace mucho eran ellos los que estaban montando follón en una fiesta que se había desmadrado. Sus caras se tornan serias en cuanto ven a Erik cubierto de sangre y sostenido por sus amigos.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta ella, sin dirigirse a nadie en especial.

—Me ha dado una paliza —chilla Erik mientras acusa con un dedo a Sondre, que sigue de rodillas en el suelo, pero ya no se ríe.

Entonces se desata el pandemónium: todo el mundo intenta hablar a la vez y el barullo que se crea impide que se entienda ni una sola palabra. Sondre vuelve la cabeza hacia mí y leo la súplica en sus ojos.

Levanto la mano para pedir la palabra, porque no sé qué otra cosa puedo hacer para atraer la atención de los oficiales. El hombre baja ligeramente la cabeza, lo más seguro es que para que no veamos su sonrisa, pero no me importa. Creo que lo que ha pasado es muy serio, aunque el objetivo de Erik solo fuera que Sondre se enfrentara a él. Eso es lo que dice ahora: cuando me estaba acosando a mí no parecía fingir, en absoluto.

—Será mejor que me acompañes al coche, creo que allí podremos charlar mejor —me dice el mismo que antes intentaba esconder su cachondeo—. Todos los demás, por favor, hablad en orden si no queréis que tengamos que llamar a los refuerzos y esta situación acabe mal para vosotros.

Cuando llegamos al coche patrulla, abre la puerta del copiloto y me anima a sentarme. Yo lo hago, más por comprobar si en el interior del vehículo no hace tanto frío como fuera. Lleva la mano a su bolsillo y saca un paquete de pañuelos de papel. Me los ofrece.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Estoy muy nerviosa, histérica; no puedo dejar de pensar en lo que sus padres le dirán a

Sondre y en lo que hubiera podido pasar si no llega a pararle los pies a Erik. Y por supuesto, en Manu, siempre en él.

—No te preocupes, desahógate. Me contarás lo que ha pasado cuando te veas con fuerzas, ¿vale?

Inspiro a pesar de los mocos que me taponan la nariz.

—Ha sido todo culpa mía —admito, todavía entre lágrimas—. Erik se me insinuó en un par de ocasiones en el instituto y a mí me pareció de mala educación sugerirle que simplemente me dejara en paz. Esta noche pretendía besarme, aunque yo le he dicho varias veces que no lo hiciera. Después ha aparecido Sondre y le ha exigido que me soltase, pero Erik lo ha encarado. Sondre es un poco temperamental, así que han empezado a pegarse hasta que han venido nuestros amigos y los han separado.

El policía asiente una sola vez con la cabeza, se agacha para quedar a mi altura y me habla de forma muy suave y correcta.

—Lo primero que deberías hacer es darte cuenta de que tú no tienes la culpa de nada. «No» significa ‘no’. Desde el primer momento en que le has dicho a ese chico que no te besara y él ha insistido, eso se ha convertido en una agresión. Es imposible que la víctima tenga la culpa, ¿lo entiendes?

Digo que sí despacio, sin esquivar su mirada.

—¡Esta bien! Creo que será mejor que vayamos al cuartel. Tendrás que poner una denuncia.



TJUEÉN (21)

Astrid me ha traído a la comisaría; con nosotras han venido Marlon y Sondre. Storm, Adrian, Julia, Arne y Leah nos seguían en el coche de Arne. La fiesta ha terminado de golpe, con casi la totalidad de los organizadores yendo a poner una denuncia.

Los agentes han sido muy amables y no han parado de repetirme que la víctima en esta situación era yo. Pero no soy capaz de verlo así: para mí, soy la causante de todo el alboroto y la culpable de que la fiesta haya terminado de forma tan abrupta.

Erik no ha hecho acto de presencia, así que nos imaginamos que se habrá rajado o bien que habrá acudido a otra comisaría a poner la denuncia contra Sondre.

Por cierto, aunque no hemos cruzado ni una sola palabra, este no se ha movido de mi lado desde que hemos salido de casa de Storm. Vigila cada uno de mis movimientos como si pensara que voy a derrumbarme de un momento a otro. Nuestras miradas se cruzan, pero no hay mensajes en ellas, y la hostilidad, tan presente en las suyas hasta hace unas horas, parece que se ha esfumado. Es como si los dos esperáramos a ver qué hará el otro. Sé que debería darle las gracias, pero no me atrevo a romper esta especie de tregua que se ha establecido entre nosotros. Además, desapruedo la violencia hasta un extremo que no creo que él pueda ni llegar a imaginar, por lo que, a pesar de todo, opino que no tenía que haberle pegado al capullo de Erik. Con que me lo quitara de encima hubiese sido suficiente.

Tío Magnus y tía Ingrid llegan sobre las doce de la noche. Le dije a Astrid que no hacía falta que los llamara, pero claro, soy menor, al menos hasta el mes que viene. Los ha telefoneado la policía para que vinieran a recogerme a pesar de tener un séquito de ocho personas a mi alrededor.

En cuanto los veo, me asedian de nuevo las ganas de llorar. Tía Ingrid se acerca a mí a toda prisa y me estrecha entre sus brazos.

—Ha sido todo culpa mía, tía, le tenía que haber parado los pies antes a Erik.

—No quiero que vuelvas a decir eso, nunca más. —Sondre me pone una mano sobre la cabeza y nos abraza a su madre y a mí al mismo tiempo. Me estremezco al sentir su cercanía.

—Sondre tiene razón, Gina. —Adrian se ha acercado, supongo que para defender a su amigo ante sus padres en caso necesario—. Además, ya has oído al capullo de Dahl: ha confesado abiertamente que no lo hacía por ti, sino para picar a Sondre y que le diera de hostias.

Sondre inhala con fuerza y pisa a su amigo para que se calle.

—Ya sabes, por eso que dicen en el instituto de que sois primos y tal.

—No intentes arreglarlo, Adrian, déjalo. Ya has metido la pata hasta el fondo. No me ayudes más, anda.

Tía Ingrid me separa un poco de ella y me interroga con la mirada.

—Erik intentaba besarme a pesar de que le grité que no lo hiciera, y Sondre se dio cuenta y le dio un escarmiento.

Mis tíos miran a su hijo con cara muy seria, los dos. Después, tío Magnus le pone una mano en el hombro a Sondre, que es tan alto como él o quizás unos centímetros más, y le dice:

—No aprobamos que uses la violencia, hijo, ya lo sabes. Pero si no había otra forma de que ese malnacido dejara de molestar a Gina, quizás podamos dejarlo pasar por esta vez. ¿Verdad, mamá?

Mi tía es la más renuente a ceder.

—Por supuesto que la violencia no es nunca una salida. Hay mil formas de solucionar un problema antes que llegar a las manos, lo sabes.

Sondre abre la boca para protestar, pero ella no le deja.

—Esta vez no habrá charla ni castigo, aunque no puedo decir que me sienta orgullosa de lo que has hecho.

Sondre me mira. ¿Espera que diga algo, que lo defienda?

—Erik ha dicho que, molestándome a mí, estaba buscando que Sondre le pegara, para vengarse de no sé qué tontería que sucedió entre ellos el año

pasado. Su intención es denunciarlo. Yo lo siento: aunque Sondre lo haya hecho por mí, no puedo ponerme a favor de la violencia. —Agacho la cabeza con pena. Nunca admitiré que Sondre ha actuado correctamente. Equivaldría a traicionarme a mí y a Manu, y no quiero ni puedo.

Los ojos de mí tía se abren como platos mientras mira a su hijo. Tío Magnus la agarra de un brazo para tranquilizarla. Ella inspira y dice:

—Bueno, venga, todo el mundo a su casa. Gina y tú podéis venir con tu padre y conmigo —nos dice a Sondre y a mí—. Si los demás tienen ganas de salir un rato más, todavía no es tan tarde, pero para vosotros dos ha terminado la juerga por hoy.

Me despido de mis amigos y les doy las gracias por su apoyo. Cuando le toca el turno a Storm, le guiño un ojo.

—Creo que aquí tienes la oportunidad que buscabas de quedarte a solas con él —le digo al oído después de darle un beso en la mejilla. Se ríe nervioso al tiempo que se pasa la mano por el pelo.

—No sé si tengo las agallas suficientes. —Lo miro abriendo mucho los ojos para que entienda que lo que ha dicho es una estupidez—. Bueno, veré que puedo hacer. No me presiones, que me pongo histérico.

Sonrío mientras muevo la cabeza de lado a lado y me acerco a Astrid.

—Dejo a estos en sus casas y voy enseguida para la nuestra, ¿vale? —Me señala a Marlon, Storm y Adrian. Asiento sin energía. Aunque odie ser una aguafiestas, creo que la necesito conmigo más que nunca. Me da un beso—. Media hora máximo, ¿vale?

Asiento con la cabeza de nuevo.

Tía Ingrid me da el beso número mil antes de mandarme a mi habitación. Tengo unas ganas locas de darme una ducha, así que ni me lo pienso: voy al baño y me quedo un buen rato bajo el chorro de agua caliente.

Vuelvo a mi cuarto envuelta en una toalla que me llega hasta casi los pies, y me tumbo en la cama sin pensar en la posibilidad de que las sábanas se humedezcan. Se oyen unos leves toquécitos en la puerta.

—Soy Sondre. ¿Puedo pasar?

—Un segundo. —Casi he chillado, pero es que me ha sorprendido tanto su visita que me he puesto nerviosa. Ni siquiera nos hemos despedido antes de que yo subiera.

Me pongo el pijama a toda prisa y me suelto el pelo, que me había recogido en un moño para no mojármelo en la ducha.

—Pasa —digo mientras me dirijo al baño para colgar la toalla y que se seque. Me miro en el espejo: ya me he desmaquillado, tengo la piel de ese color grisáceo que tanto odio, pero es lo que hay. Tampoco es como si no me hubiera visto antes hecha un adefesio.

Cuando regreso a la habitación, lo encuentro sentado en la cama, con las piernas cruzadas a lo indio. Me siento delante de él adoptando la misma postura, pero con la espalda bien recta para intentar proyectar una imagen de persona segura y, para qué negarlo, un poco más alta.

—Yo... yo... —Sondre parece no atinar con las palabras— siento haberme comportado como un capullo estas últimas semanas.

Antes de que tenga tiempo siquiera de pensar en una respuesta, llaman de nuevo a la puerta de mi habitación. Astrid asoma la cara antes de que llegue a darle permiso para entrar. Bueno, al menos ha tenido la decencia de tocar; no siempre lo hace.

—Me alegro de encontraros a ambos aquí —dice en cuanto cruza el umbral—, así me ahorro correr de una habitación a otra.

Sondre pone cara de fastidio, pero solo durante unas milésimas de segundo, ya que enseguida enmascara esa expresión con otra de resignación que me resulta muy graciosa. Me río, y él arquea las cejas. Me limito a negar con la cabeza.

—Voy a desmaquillarme y a ponerme el pijama —anuncia Astrid—. Hermanito, puedes empezar por explicarnos a qué ha venido ese despliegue de testosterona, *please*. No te preocupes, te escucho perfectamente si dejas la puerta del baño abierta. —Antes de que Sondre haya podido empezar a hablar, regresa con las toallitas desmaquillantes y empieza a limpiarse la cara desde el vano de la puerta—. Le he preguntado a Adrian, pero no sé qué le pasaba, tartamudeaba y no era capaz de hilar una frase entera. No he entendido ni una sola palabra de lo que me ha dicho.

—¿Adrian? ¿Tartamudeando? No lo he visto nunca hacerlo. ¿Lo has avasallado o qué?

—¡Qué va! Ni siquiera le he podido clavar mi famosa mirada interrogativa. Estaba sentado detrás, con Storm, y no les veía la cara a ninguno de los dos.

Sonrío, pero enseguida me muerdo los labios para disimular. Voy a escribir a Storm ahora mismo, quiero saber qué ha pasado. Al menos esa

emoción me distrae del lío monumental que llevo en la cabeza. ¿Por qué tiene que ser Astrid tan inoportuna? Sondre y yo íbamos por buen camino para hacer las paces, o al menos estaba a punto de decirme qué había hecho yo para cabrearlo tanto.

—Desde que alguien —Sondre me clava una mirada acusadora, aunque no destila odio, como en las últimas semanas— se dedicó a decirle a todo el mundo que Gina era nuestra prima, el capullo de Erik me ha estado buscando. Hace tiempo que intentaba averiguar la manera de cabrearme, ya has oído lo que ha dicho en casa de Storm. Habrá pensado que meterse con mi «prima» era la forma de hacerme estallar más rápido.

Frunzo la cara, extrañada.

—¿Quién habrá estado diciendo semejante tontería? —pregunto, sin esperar contestación.

—En realidad es como si lo fuerais. —Astrid se muestra algo arrepentida—. Tú llamas «tíos» a mis padres y nosotros a los tuyos. Nos hemos criado juntos y nos queremos como si fuéramos familia. Más que primas, tenía que haberle dicho a la peña que éramos hermanas, pero no hubiese colado.

—¡Astrid! No somos primos, solo somos buenos amigos. —Al menos a ratos, digo para mí.

—¡Qué más dará! Si lo que quería Erik era buscarle las cosquillas a mi hermano, le importaba una mierda qué grado de consanguinidad existe entre vosotros. Te hubiese podido utilizar igual solo con saber que sois amigos.

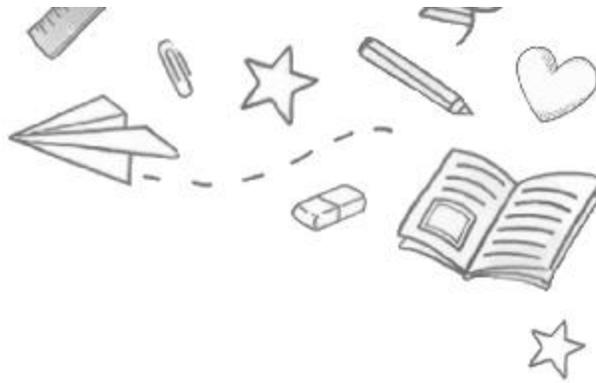
—No lo creo. —Sondre está serio—. Él buscaba que hubiera alguna unión lo suficiente fuerte como para hacerme saltar. De todas formas, no me arrepiento, es un capullo y se lo merecía. Si tengo que hacer servicios comunitarios, me importará muy poco. El gusto de darle de hostias ya me lo he llevado.

Lo miro con reproche y los ojos cargados de pena.

—¿Qué necesidad tienes de pegarte con nadie? ¿No ves que no es sano? Y no me refiero solo a la integridad física. Es una válvula de escape de mierda.

Sondre se lleva las manos a la cara para tapársela y resopla mientras se tumba de espaldas. Durante un rato no dice nada. A Astrid le da tiempo de ponerse el pijama y venir a sentarse en la cama con nosotros dos, aunque ahora su hermano ocupa la mayor parte.

—Vosotras no lo entendéis —dice, todavía con las manos cubriéndole la cara—. Me he metido en un lío muy chungo.



TJUETO (22)

—¿Qué clase de lío, Sondre? —Como no contesta, Astrid lo zarandea y le vuelve a preguntar—: ¿Qué coño has hecho?

—No seas tan dramática, no he hecho nada, todavía. —Me dirige una mirada furtiva. Al parecer, yo tendría que entender qué quiere decirme, pero estoy en blanco—. El lío lo tengo en la cabeza.

Astrid frunce el ceño. No está entendiendo nada, lo mismo que yo, aunque por una vez no me muestre tan expresiva como ella.

Sondre fija la vista en el techo.

—Durante algunos años, utilicé los puños para calmar la ansiedad que me desbordaba. Me peleaba con todo aquel que se prestara a ello solo para rebajar mi nivel de estrés.

Abro la boca para recordarle cómo se encuentra Manu gracias a que unos desgraciados piensan que resolver las cosas con palizas es la manera correcta de hacerlo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —lo interrumpe Astrid. Quizás dejaré mi sermón para más adelante. No creo que ponerse en plan pasivo-agresivo ahora sea conveniente, a lo mejor mi amiga debería bajar un poco el tono.

Sondre se vuelve hacia ella y le pide por favor con las cejas. Su hermana cierra la boca.

—Desde que dejé de verme con... con Lukas, he rehuido los enfrentamientos; además, en el Munch hice amigos mucho más tranquilos, que no fumaban tanta hierba —añade—, y parecía que me mantenía dentro de un relativo autodomínio. Como dijo mamá, pensaba que había dejado

atrás las peleas y todo junto me ayudaba a sentirme más seguro, más controlado. Pero entonces... sucedió algo.

Se queda en silencio. Me mira a los ojos; yo bajo los párpados de prisa, de forma instintiva.

—¿Tienes que mantener esa intriga? Dilo de una vez. No puede ser tan malo, joder.

—Sí que lo es. —Se pasa las manos por la cara y resopla—. Pero ya me da igual, a lo mejor lo que necesito es sacarlo todo a ver qué pasa.

—Estamos esperando —canturrea Astrid.

Sondre la mira y arruga el labio superior. Pone los ojos en blanco, como si le estuviera diciendo: «Pero qué pesada eres, joder».

—Imagina que me he enamorado de la hermana de Adrian.

—¿Todo esto es porque te has enamorado de una tía? —Astrid se levanta de la cama resollando y se dirige a su habitación. Parece ser que las palabras de su hermano le han hecho perder el interés por el tema de repente.

—La más inapropiada —susurra Sondre mientras clava sus ojos en los míos.

El corazón me da un triple salto mortal en el pecho y todos los órganos de mi abdomen empiezan a perrear al mismo tiempo, nada se mantiene en su sitio. El vértigo que se apodera de mí es de magnitud diez. ¿Podría ser...?

—No quieras empapelarme. Eso no es para tanto, Sondre, nos estás escondiendo algo. —Regresa de su habitación con el móvil en la mano. Es obvio que no ha oído la última frase de su hermano, la que ha vuelto mi mundo del revés en cero coma un segundo.

De repente, Astrid inspira profundo, mira a Sondre con los ojos muy abiertos y después a mí.

Joder, esto me da muy mala espina. ¿Se acaba de dar cuenta de lo que pasa aquí? Porque yo todavía no lo tengo claro; a lo mejor podría explicármelo, para que los nervios que aplastan mis entrañas se relajen un poco.

—¿Estás intentando decirnos que eres gay? —pregunta en un susurro.

—¿Gay? —Ahora sí que me acaba de matar. Mi hígado y mi estómago se han puesto a hacer *pressing catch*.

—¿Qué estás diciendo? ¿De dónde has sacado eso?

—No te pongas así, Sondre, no es nada malo.

—No me pongo de ninguna manera. Tengo amigos gais y no veo ningún problema en ello, pero esa no es mi opción.

—Pero has dicho que estabas enamorado de la hermana de Adrian, y Adrian solo tiene un hermano, que yo sepa. He pensado que quizás era tu forma de decir...

La palmada que se da Sondre en la frente resuena por toda la habitación y a mí me da por romper a reír como una loca. Espero que ninguno de los dos se percate de que se trata de una risa histérica derivada del alivio.

—¡Qué hermana más bruta tengo, por Dios!

—Pues haber elegido un ejemplo que no llevara a confusión, joder. La culpa es tuya.

La cara de Sondre es todo un poema. Se señala a sí mismo y dice:

—¿Mía? Vamos, no me jodas.

Una sonrisa, que después se convierte en risa, escapa de entre los labios de Astrid, y la cara de indignación de Sondre va en aumento junto con nuestras carcajadas.

—Te lo explicaré de otra manera para que lo entiendas mejor. —Se sienta en la cama y coge mi mano—. Imagina... imagina que me he enamorado como un gilipollas de Gina.

Ya está. Estoy soñando. Esto no puede ser real, no me puede estar pasando que el chico por quien suspiro se me esté declarando delante de su hermana. El tiempo pasa a cámara lenta; mi cerebro es como una máquina de *pinball*; las ideas rebotan desesperadas contra las paredes de mi cráneo y hacen «ping, ping» cada vez que colisionan con una superficie.

De entre todas, una empieza a tomar la forma definitiva. No está hablando de mí. Ha puesto un ejemplo para que lo entendamos. Nada más. La chica de la que está enamorado no soy yo. Intento soltar mi mano, pero me la aprieta con un poco más de fuerza. Me cuesta tragar saliva por la emoción y tengo ganas de llorar de pena, todo a una.

¡Joder! Soy muy inexperta en estos asuntos. Las señales contradictorias harán que mi cabeza explote. Una imagen de mi cerebro esparcido sobre la pared emerge en alguna parte de mi subconsciente. ¿Estoy teniendo un *déjà vu*? No, lo más seguro es que me esté volviendo loca, directamente. Así sin paños calientes.

—No puedes... no puedes. —La cara de Astrid empieza a traslucir enfado—. ¡Vale, ya lo entiendo! Es otro ejemplo.

Sondre la mira y no responde.

—Sí, esta vez el símil ha provocado el efecto que deseabas. —Se pellizca el puente de la nariz—. Entiendo que pienses que estás metido en un lío. No puedes salir con la hermana de un amigo tuyo. No solo cuenta lo enamorado que puedas estar ahora, o que ella te corresponda. Tienes que pensar también que si llegaras a salir con esa chica y la relación se estropeará, ¿dónde quedaría la amistad con tu amigo?

No me atrevo a abrir la boca. Podría dar varios argumentos al respecto, pero no estoy segura de que a ellos dos les gustara mi vehemencia.

—Eso es lo que me tenía tan nervioso hasta ahora. Bueno, y pensar que ella pudiera no corresponderme. De hecho, estaba convencido de que ella perdía el culo por otro.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunto, tan flojito que apenas se oye mi voz.

—No estoy seguro al cien por cien, pero creo que estaba equivocado. Ellos dos solo son amigos. Pienso que muy buenos amigos. —Me aprieta un poco la mano, que aún mantiene en la suya, pero no me mira.

—No lo sé, Sondre, me parece que te estás metiendo en un jardín. Como si valoraras más lo mucho que te gusta esa chica que la amistad con tu amigo. —Astrid se encoge de hombros.

—¿No piensas que ya somos mayorcitos para saber separar una cosa de la otra?

—No creo que se pueda separar. Mira lo que ha pasado esta noche cuando has sentido que Gina estaba siendo atacada. O ¿cómo crees que actuarías si no te gustase algo de lo que hiciera Marlon?, ¿seguirías siendo su amigo?

—¡Venga ya! Después dirás que mis ejemplos son una mierda. Ya sabía que podía pegarle al gilipollas de Dahl. Cuando la tenía atrapada, se veía a kilómetros de distancia que a Gina no le gustaba. En cuanto a Marlon, no es mi amigo. Me he relacionado con él porque sale contigo, pero no hay nada más que nos una. —Suspira y baja la vista a la cama—. De todas formas, yo no sé si soy muy buen ejemplo. Prioricé a mis amigos frente a ti cuando sucedió lo de Lukas...

Astrid cierra los párpados. No sé si ha sido muy buena idea por parte de Sondre sacar eso a relucir.

—Igualmente tuviste que hacer una elección —susurra—. Ahí lo tienes: no es buena idea que te lées con la hermana de tu amigo. Hay demasiados

sentimientos encontrados, demasiados frentes abiertos, mucho más que perder de lo que pensamos. ¿No te parece, Gina?

Si supiera alguno de los dos la cantidad de vueltas que le he dado a este asunto en concreto, iban a alucinar. Suelto la mano de Sondre, que esta vez no opone resistencia, y me muerdo una uña. Ya sé que es una costumbre muy fea, pero a Sondre le da por pegarse con la gente cuando está nervioso, así que imagino que lo mío es *peccata minuta*.

—Pienso que tu hermana tiene razón —digo, intentando disimular la pena que me embarga—. Una relación de ese tipo puede acabar muy mal. Está en lo cierto al decir que hay mucho que perder. —En los ojos de Sondre hay una desilusión tan honda que me lleva a pensar que le estoy haciendo daño de verdad, y tampoco quiero eso—. De todas formas, creo que deberíamos pensar en que la vida es ahora, y los desastres que están por venir pueden hacerse realidad, o no. Eso es lo divertido de vivir, supongo. Si te quedas en la orilla como un mero espectador, te arriesgas a perderte la diversión. Tienes como ejemplo la famosa frase esa —trato de sonar despreocupada. Para darle una vis más cómica a la situación, engolo la voz —: «Más vale haber amado y haber perdido que nunca haber amado».

—No estoy de acuerdo. —Astrid vuelve al ataque—. Porque esa frase no habla de los daños colaterales, y en la situación que nos está planteando Sondre creo que lo que tiene más peso es precisamente eso: él y la hermana de su amigo no serán los únicos que saldrán heridos de esa aventura. —Se pone en pie y se encamina hacia la puerta del baño que separa nuestras habitaciones—. Buenas noches, chicos. Sondre, tú también vete a la cama; son casi las dos y debemos de estar molestando a papá y a mamá con tanto parloteo. —Espera a que Sondre se levante de la cama y salga de la habitación antes de decirme—: No deberías animarlo. Él es el primero que se da cuenta de que esta situación es chunga, ya ves que eso ha bastado para meterlo de nuevo en problemas.

—Sí, supongo que tienes razón. —La uña no me basta, sigo arrancando toda la piel a su alrededor—. Buenas noches, Astrid. Hasta mañana.

Casi no duermo en toda la noche. No paro de pensar que mi amiga tiene razón: la perfecta unión que existía entre nosotras se ha resquebrajado un poco con lo que se ha dicho en mi habitación, y eso que solo estábamos hablando de situaciones hipotéticas. ¿Qué pasaría si se hicieran realidad?



TJUETRE (23)

Por la mañana temprano suena el teléfono y me saca de un sueño maravilloso. Maldigo en voz baja mientras deslizo el dedo por la pantalla para responder.

—Hija, ¿estás bien? Acaba de llamarme tía Ingrid y me ha contado lo que pasó anoche.

—Buenos días, mamá. Estoy perfectamente. No pasó nada. Sondre me quitó al gilipollas ese de encima antes incluso de que pudiera darme un beso.

—Gina, creo que estás en *shock*. Te noto demasiado calmada. —«Si tú supieras», digo para mis adentros—. He pensado en coger un avión hoy mismo y pasar la semana contigo, puedo arreglarme el turno. ¿Qué te parece?

—Mamá, no seas exagerada, en serio. Estoy bien. No estoy asustada ni me siento diferente, al menos en lo que respecta a Erik. —Suspiro.

—¿Por qué no vienes tú a pasar el fin de semana? Celebraremos el cumpleaños de Toni por adelantado y podrás ser su regalo sorpresa. Te echa tanto de menos... Estoy segura de que le haría mucha ilusión tenerte aquí para su fiesta. ¿Qué te parece?

—Me parece que hasta que no puedas comprobar con tus propios ojos que estoy bien no dejarás de darme la lata. —En cuanto he escuchado el nombre de mi hermano he sido mujer perdida; es lo que tiene que tu madre conozca tus mayores debilidades—. Puedo coger un avión el viernes por la mañana. Solo perderé unas cuantas clases, y una es la de Español, así que...

—Ya estoy atacando mis uñas de nuevo. Me las voy a dejar como muñones si no paro.

—Vale, pues ahora le diré a papá que se encargue de sacar los pasajes. ¿De verdad no quieres que lo hablemos?

—Es de lo que menos ganas tengo ahora mismo. No insistas. Si pienso mucho en ello, todo el asunto de Manu me machaca otra vez, y eso es mil veces peor.

—Ay, hija, eso también me preocupa.

—Lo llevo mucho mejor de lo que pensaba, mamá. Vamos a cambiar de tema, ¿quieres?

Cuelgo el teléfono media hora más tarde. No había manera de que mi madre se quedara tranquila, así que le he dado el gusto de hablar de todo un poco. Al final parecía mucho menos histérica.

Cuando miro el WhatsApp me doy cuenta de que tengo varios mensajes de Storm.

Storm: Buenas noches. No he podido quedarme con Adrian a solas. Astrid ni siquiera me dejó bajarme del coche para despedirme; tenía mucha prisa por volver contigo. Aunque antes del alboroto que se armó fuera hablamos un rato junto a la mesa de las bebidas...

Storm: Y tú, ¿qué tal? ¿Has podido aclarar algo con Sondre? Para mí lo de anoche fue una declaración de intenciones en toda regla.

Storm: Si ese chico no está coladito por ti, a mí que me lo expliquen.

Storm: Buenos días. Ya estoy despierto y esperando tus respuestas.

No me queda más remedio que reír.

Yo: ¿A qué hora hemos quedado para limpiar la casa? Iré un poco antes y te contaré todo lo que pasó aquí anoche. Es de locos.

Storm: ¿Te dijo que te quería?

Yo: No sé de dónde sacas que puede llegar a decirme algo así.

Yo: De todas formas, dijo algunas cosas que hicieron que mi corazón se pusiera a mil, aunque imagino que solo estaba escuchando lo que quería oír.

Storm: Ya puedes estar moviendo tu culo hacia mi casa; quiero saber qué palabras pronunció exactamente. Yo ya valoraré las intenciones ocultas que pudiera haber en ellas.

Me levanto de la cama y voy al baño. Después de lavarme los dientes, me asomo a la habitación de Astrid y veo que sigue profundamente dormida. Me visto y me dirijo a la cocina para tomar un café. No creo que mi estómago acepte nada más ahora mismo. Está completamente cerrado al público.

La luz del día y las palabras de Storm, que no sonaban acusadoras, como lo hicieron las de Astrid, me han puesto de buen humor, así que no me doy cuenta de que no estoy sola hasta que veo la puerta de la nevera abierta.

Sondre se yergue y clava sus ojos en los míos. ¡Oh, Dios! ¿Por qué cada vez que hace eso me quedo petrificada como una estatua de sal? Debo de parecer idiota. Carraspea y cierra el frigorífico.

—Iba a desayunar, ¿te apuntas?

—Acabo de hablar con Storm. —Le enseñé el teléfono para que sepa a qué me refiero—. Le he dicho que iría a su casa ya, para empezar a limpiar.

—Vale, voy contigo.

—No hace falta, en serio.

Sondre se encoge de hombros.

—Recogemos a Adrian por el camino. Se ve que hoy nadie ha podido dormir demasiado bien.

Sondre se sube a su bicicleta y me invita a montar en el portabultos.

—Después de la última experiencia contigo en bicicleta no sé si fiarme.

—¡Oh, vamos! Si conducías tú. Además, yo soy mucho mejor ciclista de lo que eras tú hace diez años.

—No ha pasado tanto tiempo, creo.

Me subo y la bicicleta se zarandea, así que en un acto reflejo me agarro a la cintura de Sondre, que queda justo a la altura de mis brazos.

Se vuelve y me mira de una manera que hace que me tiemblen hasta las pestañas.

—No dejaré que te hagas daño, no te preocupes. —Sonríe, y yo le devuelvo el gesto como una tonta.

No hablamos mientras nos dirigimos a casa de Adrian; me basta con tenerlo tan cerca. No retiro mis brazos de su cintura, y sé que puede oír mi corazón latiendo desbocado, pero no me importa. Algo ha hecho clic en mi cabeza y ya no me preocupa lo que pasará mañana o el mes que viene. Voy a seguir mi propio consejo y hacer mío el momento, disfrutarlo tanto como pueda. Mañana es tarde.

El viernes por la mañana, el avión sale muy temprano, así que Astrid se ofrece a acompañarme al aeropuerto antes de ir a clase. Esta vez solo me llevo una mochila, no voy a tener que embarcar las maletas, como cuando vine; en casa tengo ropa y, además, no necesito trasladar medio armario para un día y pico que voy estar en Mallorca.

Vamos con el tiempo un poco justo, y me estoy poniendo nerviosa. Ya nos hemos metido en el coche cuando Sondre aparece en la puerta de casa y nos pide que lo esperemos, que quiere venir con nosotras.

—Date prisa. Si Gina pierde el avión, tío Ignacio me mata. Tendríamos que haber salido de casa hace diez minutos —lo apremia su hermana.

Se sienta en la parte trasera y cierra de un portazo. Me ha parecido que escondía algo en una mano, pero no sé qué puede ser. No voy a decir nada; Astrid no se ha fijado, y si Sondre realmente está ocultando lo que sea, no quiero delatarlo.

—Arranca.

—¡Como te cargues mi coche...! —Astrid no termina la frase.

Esta semana ha sido muy rara. Si tuviera que explicar el remolino de emociones que he experimentado tendría para escribir un libro entero.

Sondre no se ha separado de mi lado durante la mayor parte del tiempo. Nos hemos reído un montón juntos, pero tampoco han faltado las miradas anhelantes, al menos las mías. No puedo quitarle los ojos de encima, y me siento avergonzada porque sé que tiene que haberse dado cuenta. No es que se haya pronunciado en contra, todo lo contrario: algunas veces me ha sonreído cuando nuestras miradas han quedado trabadas.

Astrid me da un golpe seco sobre la mano porque estoy devorando mis uñas de nuevo.

—Deja de hacer eso o tendrás que ir al psicólogo.

—¿Por morderme las uñas? Anda ya, tía, no seas exagerada.

—Es que no son solo las uñas, te has comido todos los pellejitos. Tienes los dedos en carne viva. El otro día en clase de Historia me fijé en que uno

de ellos te sangraba mientras tomabas apuntes.

Me vuelvo y le lanzo una mirada torva a Sondre para que se calle. Solo falta que le dé alas a su hermana, como si no bastara la caña que me da con el tema.

Llegamos al aeropuerto y le digo a Astrid que no se meta en el *parking*: basta con que me deje en la zona de descarga de pasajeros. No hay tiempo para una despedida larga. La abrazo y le prometo que la llamaré cuando aterrice en Oslo y cuando llegue a Mallorca.

—Nos vemos el domingo por la noche. No te pongas melodramática.

—¿Y si tus padres te convencen para que no vuelvas?

—Hombre, al menos tendré que regresar a por mis cosas. Esta mochila no es mágica. —Le tomo el pelo. Me mira con cara sombría, pero vuelve a abrazarme.

—Te echaré de menos.

—¡Qué va! Marlon se encargará de que pienses en otra cosa, como si lo viera.

—Te veo muy sarcástica esta mañana.

Río y me bajo del coche. Sondre también se ha apeado y estamos los dos de pie, uno frente al otro. Le doy un abrazo, que intento que sea lo más fraternal posible, y le digo adiós.

—Yo, como no tengo a Marlon para que me consuele, estaré peor que Astrid. Nuestra despedida debería ser más efusiva.

Me inclino un poco hacia atrás para mirarlo a la cara y no sé qué leo en sus ojos, pero el corazón se detiene en mi pecho. Se agacha y deposita un beso en mi mejilla, tan delicioso que me obliga a tragar saliva. Me giro hacia la entrada de la terminal y echo a correr sin mirar atrás.

Apoyo la mano en mi mejilla mientras las escaleras mecánicas me conducen al piso superior, donde atravesaré los arcos de seguridad. Me estoy planteando no lavarme la cara en todo el fin de semana cuando escucho que alguien grita mi nombre.

Sondre sube los escalones metálicos de dos en dos. Me alcanza cuando yo ya he accedido al primer piso.

—Has olvidado esto en el coche. —Me enseña una bufanda que recuerdo haber dejado a propósito en casa porque sería demasiado gruesa para usarla en Mallorca.

—No puede ser, ni siquiera la había cogido. —Frunzo el ceño y ladeo la cabeza.

—Pero Astrid no lo sabe, y yo necesitaba una excusa para quedarme unos segundos a solas contigo sin que ella nos viera.

Me doy cuenta de que eso era lo que llevaba Sondre en la mano cuando ha salido de casa. Un calor extraño me inunda el pecho.

Pasa la bufanda por detrás de mi cuello y tira de las puntas hacia él. Su manera de mirarme y entreabrir la boca desata huracanes en mi estómago. Se agacha, sin dejar de mirarme con esa intensidad que me está arrasando entera, y atrapa mi boca entre sus labios.

Me agarro a las solapas de su chaqueta porque mis piernas no me sostienen.

Él no profundiza el beso, y tampoco lo hago yo, pero después del primero vienen media docena más, pequeños, ardientes y tan asombrosos que los ojos se me llenan de lágrimas.

Apoya su frente en la mía y dice, con su boca pegada a mis labios:

—Me da igual lo que pase el mes que viene, me da igual lo que diga mi hermana, me da igual que mi madre ponga el grito en el cielo cuando se entere. No podía vivir ni un día más sin que supieras lo que siento por ti.

Mi boca recorre sola el camino hasta la suya. Estoy a punto de hiperventilar, sujetándome a él para no caerme y de puntillas, pero me siento más viva que nunca. Esta vez lo beso yo, y él me corresponde. Mi lengua se aventura a través de sus labios y escucho un gruñidito ascender por su garganta.

Me rodea con sus brazos, posando sus manos abiertas en mi espalda, y me besa de verdad, sin contención. No sé si estamos escandalizando a los pasajeros que circulan a nuestro lado, pero no me importa: ahora mismo solo estamos él y yo en el mundo.

Cuando nos separamos, no soy la única a la que le cuesta respirar. Inhalo tan fuerte como mis pulmones me permiten y le doy otro beso, esta vez más casto.

—No quiero irme, ahora no, no después de esto.

—Ya has oído a Astrid: si pierdes el avión, tío Ignacio nos mata.

—¿Cómo puedes bromear en estos momentos?

—Porque soy más feliz que en mucho tiempo. Además, sé que tienes al menos cuatro horas por delante para darle vueltas a lo que acaba de pasar, y eso me consuela.

—¿Te consuela?

—Claro, así no seré el único que se coma la cabeza.

—Tú no sabes...

No me deja terminar la frase. Me besa muy despacio antes de apartarse de mí y dirigirse a las escaleras mecánicas.

Me guiña un ojo mientras lo veo alejarse, y tengo que apoyarme en la barandilla para no perderlo de vista durante cada segundo que dura el descenso.

Camina hacia la salida de espaldas y sin dejar de mirarme hasta que está a punto de salir.

Voy a tener que correr mucho para no perder ese maldito avión.



TJUEFIRE (24)

He cogido el avión por los pelos, de hecho he sido la última en subir. Incluso un señor mayor ha hecho amago de aplaudirme; menos mal que su mujer lo ha frenado. Aun así, nada ha podido borrar la sonrisa tonta de mi cara.

Querría haber dormido un rato durante el vuelo, pero el corazón me palpitaba tan deprisa y tan fuerte que me ha resultado imposible.

Con los ojos cerrados me he dedicado a recordar cada instante de los cinco minutos escasos que Sondre y yo hemos pasado besándonos. Parecía que los labios me picaban solo con el recuerdo, pero quizás se debía a que estaba tan nerviosa que no respiraba de forma adecuada.

«No podía vivir ni un día más sin que supieras lo que siento por ti. No podía vivir ni un día más sin que supieras lo que siento por ti. No podía...». Sus palabras se repetían en bucle en mi cabeza. Aunque, por una vez, ha sido para bien. He evocado sus ojos devorándome un millón de veces, y el recuerdo de su boca entreabierta acercándose a la mía me ha hecho suspirar tan profundamente que mis vecinos de asiento me han mirado con sonrisitas en las comisuras de sus labios, pero no me ha importado. Sondre siente por mí lo mismo que yo por él, y ese pensamiento lo inunda todo y me hace completamente feliz.

En cuanto llego a Oslo y desactivo el modo avión de mi teléfono, me encuentro con tres mensajes; el primero es de Astrid.

Astrid: *Marlon y Storm están empeñados en que montemos nuestro propio russbus. Vamos con mucho retraso, no sé si conseguiremos algo bueno o tendremos que alquilar una simple furgoneta. ¿Nos apuntamos?*

Yo: *Por mí, sin problema. Aunque no creo que pueda seguir vuestro ritmo, es una experiencia que me gustaría vivir.*

El siguiente que abro es el de Storm.

Storm: *¡¡Russbus!! Di que sí.*

Yo: *Están locos estos noruegos. Pero yo me apunto a lo que sea.*

Se lo digo porque lo pienso: el tema del *russbus* es algo de lo que hemos estado hablando desde principios de curso. Consiste en que los alumnos de último año de bachillerato alquilan (o compran) un autobús viejo y lo tunean; a veces instalan hasta una discoteca en su interior en plan juerga total.

Desde la última semana de abril hasta el día siguiente a la fiesta nacional noruega, el 17 de mayo, que es su equivalente al día de la Constitución, se pasean en ese bus de un rincón a otro del país, celebran fiestas cada noche e incluso se visten todos igual, con unos monos de colores que varían según la carrera universitaria que piensan elegir. Lo peor de todo eso, para mí, es que el 18 de mayo empiezan los exámenes de ingreso a la universidad, así que cada vez que mis amigos se quejaban de que no habían sido capaces de unirse a ningún *russbus* yo no hacía ni el menor comentario, porque me parecía que tres semanas de fiesta desenfadada no iban a beneficiar a nuestras notas.

Abro el mensaje de Sondre en último lugar, aunque es el que más me apetecía leer. Quiero quedarme con el buen sabor de boca que sé que me dejará. Son solo tres palabras, pero me emociono tanto que sigo sin poder respirar con normalidad.

Sondre: *I miss you.*

Yo: *Yo más.*

Tres horas después de leerlo, sigo con cara de tonta. Cuando mi madre me recoge en el aeropuerto de Mallorca, me mira extrañada.

—Te veo muy feliz, mi vida. Pensaba que estarías peor.

—Ya te dije que estaba bien, mamá. Te preocupaste demasiado.

—Tú hubieras hecho lo mismo, cielo. Cuando cumplas cuarenta años, para mí, seguirás siendo mi hijita. Ya lo sabes.

Como estamos en el coche, le aprieto un muslo con cariño. Ya nos hemos abrazado durante más de cinco minutos en cuanto he atravesado las puertas de llegadas, pero lo cierto es que me entran ganas de volver a hacerlo. La quiero tanto. Aunque esté feliz en Noruega, acurrucarme entre sus brazos siempre es mucho más reconfortante que cualquier otra sensación en el mundo.

Llegamos a casa sobre las dos del mediodía. Está vacía: Toni está en el cole y papá no ha vuelto aún de trabajar. Mi madre ha comprado un montón de cosas para adornar el salón, y yo me afo en ello mientras ella termina de preparar la comida.

—He pensado que podías ir tú al colegio a buscar a Toni y así será aún más alucinante para él. Se enfadó un montón cuando le dijimos que no ibas a estar en su fiesta. Quería anularla.

—Me lo dijo. —Mi madre y yo nos reímos; es tan tierno...—. Pero lo convencí para hacer una conjunta cuando yo viniera en Navidad.

—Hablando de eso... Ahora que la abuela ha podido ingresar en la residencia, el abuelo no me va a necesitar tanto, y, ya que hace muchos años que no viajamos a ningún lugar, le he preguntado a tu padre si le apetecía que fuéramos nosotros a Stavanger para las vacaciones en vez de regresar tú a casa.

Estoy a punto de decirle que no, que a mí me apetece mucho más pasar la Navidad en Mallorca que en Noruega, pero mi mente se encarga de inmediato de recordar la boca de Sondre sobre la mía, así que me callo antes de haber dicho nada.

—Eso sería fantástico. Además, así Toni podrá ver lo que es la auténtica blanca Navidad. Seguro que con esa sola idea lo tienes sin dormir hasta entonces.

—Ni se te ocurra decirle nada; yo no pienso mencionárselo hasta que estemos dentro del avión. Imagínate que le aseguramos que verá nieve y

después en Stavanger hace buen tiempo o tenemos que irnos al quinto pino para encontrarla. No sería la primera vez.

—Pues iremos al quinto pino. De todas formas, estaremos de vacaciones; podemos hacer lo que nos dé la gana.

A las cinco en punto estoy en la puerta del colegio al que asiste mi hermano con una sonrisa que me ocupa toda la cara. Ya ha salido de clase, pero todavía no me ha visto: está jugando con un compañero y no se ha fijado en quién ha ido a recogerlo. De repente, levanta la cabeza y me mira; leo un poco de extrañeza en su rostro, como si viera en un cuadro un elemento que no debería estar ahí. Enseguida comienza a gritar mi nombre y sale disparado hacia mí.

La maestra, que es muy rápida, consigue asirlo por la mochila para que no se le escape antes de que un adulto acuda a por él, y Toni se revuelve y patatea diciendo:

—Es mi tata, es mi tata —mientras me señala.

En cuanto la profe me ve, me dedica una sonrisa y lo deja ir. El muy gamberro se acerca a mí a la velocidad del rayo y salta para que lo coja en brazos. Es tan alto que casi no puedo con él.

—Tata, tata, estás aquí —dice mientras me llena la cara de besos pegajosos. No me queda más remedio que reírme—. Cuando te he visto, pensaba que estaba soñando, pero estás aquí de verdad.

Pasar cuatro horas metida en aviones y casi cuarenta y ocho sin ver a Sondre valen la pena solo por este recibimiento.

—Claro que estoy aquí, peque, ¿creías que me iba a perder tu cumple?

—Pero cuando hablé contigo me dijiste...

—Yo sé guardar secretos —le digo en tono intrigante—. ¿Acaso no te ha gustado la sorpresa que acabo de darte?

—Me ha gustado más que cualquier regalo que me hagan mañana en la fiesta. —Me besa de nuevo y una lagrimilla asoma en la comisura de mis ojos—. Eres la mejor tata del mundo y la más guapa y la más lista...

—Cariño, has crecido un montón mientras yo no estaba, mis bracitos ya no te soportan.

Lo deposito en el suelo mientras sonrío orgulloso. Que le diga que está más alto es uno de los mayores halagos que puedo hacerle, si lo sabré yo.

La tarde con Toni es movidita, no puede ser de otra manera, y cuando conseguimos meterlo en la cama, son las nueve y media de la noche. Mi

madre parece agotada: ha preparado un montón de cosas para la fiesta, así que mi padre está haciendo la cena para nosotros tres. Yo estoy hambrienta y me dedico a picar cualquier cosa que se me ponga a tiro. Se ve que me he acostumbrado a cenar mucho más temprano.

Mi madre sale de la cocina un momento y nos quedamos a solas mi padre y yo.

—Me alegro tanto de que Sondre estuviera a tu lado y le diera de hostias al tío sobón ese —dice.

Mi corazón da un vuelco en cuanto oye el nombre de mi chico. «Mi chico», paladeo, emocionada, en mi cabeza.

Mi padre espera una respuesta por mi parte. Me repongo lo más rápido posible y le contesto con vehemencia:

—No necesitaba pegarle. Erik lo estaba provocando para que lo hiciera, quería una excusa para vengarse de Sondre por una tontería, y él se la sirvió en bandeja. Si lo ha denunciado, es fácil que lo manden a hacer trabajos comunitarios.

—Si tengo que ayudarlo, lo haré, al menos los días que estemos en Stavanger. —Me coge entre sus brazos—. Yo no me hubiese conformado con romperle la nariz.

—¡Ignacio! —La voz de mi madre resuena desde la puerta de la cocina. Levanta las cejas para hacerle notar que ese comentario, seguramente, no me habrá sentado bien.

—No pienso retirarlo. Estamos hablando de mi hijita; todo lo que le pase al malnacido ese es poco.

—No estoy de acuerdo, papá. Te repito que Erik no quería hacerme nada, solo pretendía hacer saltar a Sondre.

—Gina —me coge fuerte por los brazos y se agacha para que sus ojos queden a la altura de los míos—, eso Sondre no podía saberlo, así que me parece muy bien que te defendiera. No es que al chico le haya pasado lo que a Manu, no es lo mismo...

—No, Ignacio, la violencia nunca está justificada —interviene mi madre.

—Mamá tiene razón, papá. Así que ni se te ocurra darle las gracias cuando lo veas en Navidad, que te veo capaz.

Mi padre suspira.

—No sabéis las ganas que tengo de que Toni crezca para que se ponga de mi parte. Cuando os aliáis contra mí, sois horrosas, chicas.

Mi teléfono vibra justo en este momento y me apresuro a comprobar de quién es el mensaje que ha entrado.

Sondre: *¿Todavía falta mucho para el domingo?*

Ha estado mandándome mensajes de este tipo durante todo el día, así que por enésima vez me río yo sola y mis padres me miran como si estuviera loca, pero es que lo estoy. No sé si antes había experimentado este tipo de felicidad, una que te hace burbujear las entrañas y mantiene una sonrisa en tu boca.

—No es nada —digo, escondiendo el móvil de su vista rápidamente—. Un compañero de clase que me ha mandado un mensaje.

Mi madre sonrío cómplice. Mi padre, en cambio, me mira serio.

—Necesitaré que me des el número de móvil de Sondre. —Ay, Dios, ¿cómo se ha dado cuenta de que es él? Ahora sí que tengo el estómago revuelto—. Le pediré que vigile de cerca a esos chicos que van a clase contigo.

Siento un alivio tan inmenso que debe de reflejarse en mi cara. Una media sonrisa se dibuja en mis labios. «Si tú supieras», digo para mí.



TJUEFEM (25)

Es domingo por la tarde y ya estoy en el avión de regreso. El tiempo en la isla se me ha hecho cortísimo. Solo he podido pasar diez minutos con Manu esta mañana, y me he sentido fatal teniendo que marcharme casi inmediatamente después de llegar; no me ha dado tiempo ni de contarle lo de Sondre. Eso es lo que peor llevo.

Al menos ayer vi a los abuelos, que vinieron a la fiesta de Toni cargados de regalos, claro. La abuela Georgina me secuestró en la cocina durante un buen rato.

—Estamos pensando en ir con tus padres y el niño para navidades; les he dicho que alquilemos una casa para el tiempo que vamos a estar allí, pero tu abuelo y tu padre prefieren ir a un hotel. ¿A ti qué te parece?

—¡Uf! Ni idea, abuela. Depende de lo que queráis gastar y de lo que queráis trabajar. ¿Cuántos días vais a ir?

—Supongo que una semana, como mínimo.

—¿Has mirado si en Noruega alquilan casas para ese tiempo? No sé si será como aquí, con los alquileres vacacionales y tal.

Mi abuela hizo un gesto con los ojos, muy suyo, dándome la razón.

—Es cierto, tendré que buscarlo en internet. Pero yo creo que tú deberías ponerte de mi parte —sugirió en tono pícaro—. En el hotel tendrías que compartir habitación con Toni.

Es tremenda. Aunque eso ya lo sabía yo, no es que se comportara de manera diferente a la habitual en ella.

Desde Palma a Oslo, el viaje es relativamente tranquilo, pero en cuanto me monto en el avión que me conducirá hasta Stavanger la ansiedad se adueña de mí. Me duele la mandíbula de tenerla tan rígida, y eso que cada dos por tres me recuerdo que debo relajarla, pero ni así.

Cuando accedo al aeropuerto de Stavanger, parece que mis pies no tocan el suelo. No sé a quién me encontraré esperándome, pero sé quién me gustaría que estuviera. Sondre y yo hemos hablado estos días, pero no sobre eso; no me ha dado ni una pista de lo que pensaba hacer. Mi estómago se contrae de súbito: ¿cómo podré contenerme para no besarlo si están ahí mis tíos, o Astrid?

¡Dios! Quizás sea mejor que él no haya venido. Sin embargo, imaginar eso hace que la tristeza me invada de golpe.

Estoy a punto de cerrar los ojos al entrar en el vestíbulo del aeropuerto; tanto pesan mis sentimientos contradictorios que no me atrevo a mirar. Inhalo con fuerza mientras me planto ante las puertas correderas. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Sondre es al primero al que veo en cuanto las atravieso: está solo, esperándome. En una mano lleva el monopatín y bajo el otro brazo un paquete con un gran lazo. Una sonrisa maravillosa le cruza la cara, y a mí no se me ocurre más que salir corriendo hacia él y colgarme de su cuello.

Suelta las cosas que sostenía y me agarra de la cintura. Mis pies no tocan el suelo, literal y metafóricamente.

Me besa con intensidad mientras me hace dar vueltas en el aire. A la gente que está a nuestro alrededor solo le falta aplaudir mientras nos mira con caras beatíficas. Apostaría algo a que a más de uno le hemos despertado algún buen recuerdo.

Yo no puedo parar de besar a Sondre y sonreír, la cara me duele de hacerlo. Cuando me deja de nuevo en el suelo, me siento mareada, pero muy muy feliz.

—¿Has venido solo?

Asiente con cara de pillo.

—Me las he arreglado para deshacerme de todo el mundo. ¿Te parece bien?

Aprieto los labios para que no se escape toda mi felicidad a través de ellos y digo que sí con la cabeza.

—¿Nos vamos? —Sondre no deja de mirarme con esa sonrisa que me enloquece, y yo no puedo hacer sino corresponderle.

—¿Me vas a llevar en el monopatín?

Niega con la cabeza. Una mueca de alegría le ilumina el rostro; me pasa un brazo sobre los hombros y me pega cuanto puede a su cuerpo. Nunca me hubiese podido imaginar que encajara tan bien ahí. Lo miro y se me escapa una risita.

—¿De qué te ríes?

—No sé. —Me da mucha vergüenza admitirlo, así que mis párpados caen.

Sondre se para y me vuelve hacia él para que lo mire a la cara.

—No es verdad, sí que lo sabes. —Sigue con esa cara de pillo. Me elevo sobre las puntas de los pies para poder llegar a su boca, aun así, no le queda más remedio que agacharse.

De repente, interrumpe el beso, aunque continúa con esa cara de granuja que me derrite por dentro.

—Si no me lo dices, no hay besos.

Me encojo de hombros.

—Eres muy alto. —Es toda la explicación que pienso darle.

Sondre cierra un ojo y arruga la nariz; está claro que tendré que decirle algo más. Me doy ánimos; no me puedo creer que me haga confesar esto. Tiro de él para que siga caminando mientras hablo. Al menos, si no tiene sus ojos fijos en mi cara, no me resultará tan embarazoso.

—El primer día de clase, cuando te vi, antes de saber quién eras... pensé... pensé que me gustabas muchísimo, pero que no tenía nada que hacer contigo. Eres tan alto, y yo, en cambio, ¡no levanto un palmo del suelo! Pero ahora, cuando me has estrujado contra ti. Bueno... —Dios, ¿por qué no me echa una mano?—. Me ha parecido que encajábamos a la perfección. —He hablado tan deprisa que no sé ni en qué idioma lo he hecho, pero parece que me ha entendido, porque se detiene para mirarme con la pasión a la que ya empiezo a acostumbrarme y con esa sonrisa canalla que se ha instalado en su cara, por lo visto, para quedarse.

—¿Pensaste que yo te gustaba muchísimo? ¿La primera vez que me viste?

—¿Eso es todo lo que has entendido de lo que he dicho? —pregunto, intentando sonar ofendida. Le doy un golpe en el brazo y me muerdo los carrillos para que no se me escape otra sonrisa tonta.

No añade nada más, pero vuelve a apretarme contra sí, en ese hueco que parece hecho justo a mi medida.

—¿Estás muy cansada?

Vaya cambio de tema más abrupto.

—No, ¿por qué?

—No hace falta que lleguemos a casa hasta la hora de la cena, y había pensado que podríamos ir... Bueno, si te apetece —rectifica, un poco menos seguro de sí mismo que hace unos instantes—. Hay un parque cerca del mar al que me gusta mucho ir cuando quiero estar solo; la verdad es que nunca hay nadie. Pero solo si te apetece.

Esta vez la que se detiene a mirarlo soy yo.

—Me encantaría ir. ¿Pero cómo llegaremos hasta Stavanger?

Se encoge de hombros.

—Son solo quince minutos en bus.

El parque está desierto: somos los únicos que se han atrevido a venir y permanecer aquí a la intemperie. Nos sentamos en unas pequeñas gradas frente al mar. Sondre saca dos sándwiches de algún bolsillo interior de su chaqueta y me ofrece uno.

Una leve brisa alborota mi pelo y lo cruza por delante de mi cara todo el tiempo. Sondre hace aparecer un gorro y me lo encasqueta en la cabeza para que el cabello me quede recogido en la parte posterior y no me moleste.

—¿Cuántos bolsillos tiene ese anorak?

—Unos cuantos, ¿por qué?

—Parece el sombrero de un mago, no paras de sacar cosas de él.

Ha dejado el monopatín tras de sí, y también el paquete con el lazo. Hace un buen rato que me muero de ganas de preguntar qué contiene, pero me da corte. ¿Y si no es un regalo para mí?

Después de comer, Sondre tira de mí y me coloca entre sus piernas.

—Qué pena que no tengamos algo de postre —lamento con un suspiro.

Da un respingo y se estira para coger algo. En menos de dos segundos sostiene el paquete ante mi cara.

—Te he traído un regalo. —Parece que volvemos a eso de avergonzarnos.

Lo beso, roja como un tomate.

—Yo no te he traído nada. —Frunzo la nariz, todavía muy cerca de su cara.

—Ábrelo.

Tiro del lazo azul, entusiasmada. Dentro del paquete hay cuatro *skoleboller*, unos bollos típicos que venden en muchas pastelerías: dos rellenos de crema y otros dos, de confitura y frutos rojos.

—¿Cómo has sabido...? —Los ojos se me han llenado de lágrimas, pero son de alegría, por ver que se ha acordado, o que se ha preocupado por averiguar, que este dulce me encanta.

Él también está un poco rojo.

—Uno, que se fija en los ruidos que haces cuando comes algo que te gusta.

Ahora sí que me he puesto granate. Es cierto que cuando disfruto comiendo me da por suspirar; una costumbre muy fea, según mi madre.

Me como uno de cada, sintiéndome superculpable: seguro que todo ese azúcar se depositará de inmediato en mis caderas. No estoy haciendo nada de deporte desde que he llegado a Stavanger (las clases de Educación Física no cuentan). Al principio había pensado en buscar algún club en el que empezar a practicar gimnasia de nuevo, pero he estado tan ocupada durante estos meses que he dejado pasar el tema, me temo.

Me arrodillo junto a Sondre, que tiene la boca tan pingosa de azúcar como la mía, y cuando apoyo los labios en los suyos, me entra la risa tonta.

—¿Qué?

—¿Esto deben de ser los dulces besos?

Se le escapa una pedorreta. Me acerca tanto a él que ni siquiera le veo la cara con claridad. Sus besos me vuelven loca. Nos separamos al cabo de unos minutos con la respiración entrecortada. Me da la vuelta y apoya mi espalda contra su pecho; a continuación rodea mi cintura con los brazos.

Pasamos un rato mirando al mar e intentando que nuestra respiración se recomponga.

—Yo me volví completamente loco cuando te vi —empieza a susurrar en mi oreja; yo me estremezco entre sus brazos—. Quería odiarte, no quería que me cayeras bien, por eso fui tan borde contigo, pero cada vez que mis ojos se encontraban con los tuyos, el estómago me daba un brinco.

Me muevo en el hueco que forman sus brazos y sus piernas y me coloco de cara a él; envuelvo sus caderas con mis piernas para poder estar más cerca. Quizás me he pasado de atrevida, porque ambos damos un leve respingo cuando ciertas partes de nuestra anatomía entran en contacto. Me desplazo unos centímetros hacia atrás, sintiéndome un poco intimidada. Sondre apoya su frente en la mía y sigue hablando:

—Llegué a ponerme tan nervioso que incluso Adrian estaba asustado. Hasta que... hasta que cometí la tontería de buscar pelea en el *skatepark*.

—¿Insinúas que eso fue culpa mía?

—No, no, para nada. El que actuó como un gilipollas fui yo. —Calla durante unos instantes—. Me gustaría poder borrar ese episodio; en cambio lo de Erik lo repetiría las veces que hiciera falta. Lo juro.

—No me gusta oír eso. Odio que te pongas violento, no me gusta ese otro «tú» que sale a relucir. Sabes que estoy totalmente en contra de la violencia, sobre todo desde lo de Manu...

—Sí, Gina, pero no es lo mismo. Además, no todo fue malo. Después de la pelea, mi hermana y yo hicimos las paces.

—¿En serio? —digo con sorna. Se encoge de hombros—. No me quiero ni imaginar cómo sería pasar por algo parecido de nuevo. Prométeme que se han acabado las peleas. Si estás nervioso, puedes hablar conmigo, o con Astrid.

—Gina...

—Prométemelo.

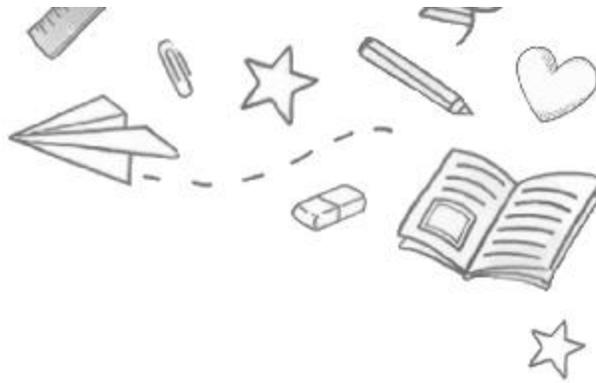
Sondre toma aire.

—Me cuesta mucho controlarme cuando me pongo tan nervioso.

—Coño, Sondre, que ya no eres un niño. Dentro de nada cumplirás dieciocho años. Los adultos no resuelven sus problemas con los puños.

Se queda callado durante tanto rato que llego a pensar que hemos acabado con esta conversación por hoy.

—Lo prometo. Se han acabado las peleas.



TJUESEKS (26)

Son las cuatro y media y comienza a oscurecer. Siento un poco de frío a pesar de la calidez de los besos de Sondre.

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —pregunta cuando me nota temblar entre sus brazos.

—Creo que será lo mejor.

Nos ponemos en pie y nos dirigimos hacia la salida del parque. De camino pasamos junto a una zona de columpios donde unos chicos, algo crecidos para estar ahí, fuman, beben y se ríen ruidosamente mientras escuchan música a toda pastilla. Tenemos que pasar muy cerca de ellos, así que Sondre me coloca a su izquierda para que quede lo más alejada posible; aunque no me lo dice, noto que quiere interponer su cuerpo entre ellos y yo, como si así pudiese protegerme mejor.

Lucen una estética muy parecida a los de la banda de Gallito: ropa militar, cabezas rapadas, botas; toda la parafernalia, vamos. Cada vez que me acuerdo de ese tío un trago de bilis me sube hasta la garganta. Ver a estos otros no me sienta nada bien.

—¿Sondre? ¿Sondre Spillum?

Mi chico se altera al oír su nombre; se pone tenso y me agarra con más fuerza. Pero se recompone de inmediato.

—¡Lukas!

La que se asusta ahora soy yo. Me pregunto si esos chicos son con los que solía andar Sondre antes de mudarse de casa y de cambiar de colegio,

los que tanto daño le hicieron a su hermana. Pero sobre todo me pregunto qué pasará ahora.

Sondre retira su brazo de mis hombros y me empuja detrás de sí mientras se dirige hacia ellos. Choca la mano con unos y con otros, riéndose, o al menos intentándolo. No parece muy contento de haberlos encontrado, o a lo mejor es lo que me gustaría creer a mí.

Se dan palmadas en la espalda mientras siguen riendo y hablando. Yo intento mantenerme al margen, mirando a todos lados sin fijar la vista en ninguno en concreto.

—¿Quién es ese bombón? —pregunta al fin Lukas, y la sonrisa en la cara de Sondre se vuelve rígida.

—Ella es Gina, mi novia. —A pesar de lo ansiosa que estoy por la situación, una alegría burbujeante se adueña de todo mi cuerpo. ¿Me ha presentado como su novia? Novia. No lo hemos hablado, pero me parece fantástico.

Le sonrío como señal de aceptación. Me siento tan feliz que por unos instantes olvido ante quiénes nos encontramos.

—Acércate, no mordemos —dice Lukas, y la carcajada de los demás me estremece y me borra de golpe la alegría.

Cuando estoy a su lado, Sondre me agarra de forma posesiva.

—Mírala, qué pequeñita; parece un llavero —comenta uno, y todos ríen de nuevo. Lo que me faltaba. Eso puedo decirlo yo, pero no me gusta nada que lo digan los demás.

—Y tú pareces un capullo —se escapa de entre mis labios, pero en voz lo suficientemente alta para que me escuche.

Durante unos segundos se impone el silencio, que enseguida se convierte en una carcajada ruidosa. Los chicos se cachondean de su amigo, incluso Sondre los acompaña; menos el que me ha llamado «llavero», ríen todos. Ese me mira con una rabia que me hace preguntarme por qué coño seré siempre tan rápida en contestar.

La agresividad que refleja su cara cuando se acerca a nosotros es de tal envergadura que casi me fundo con Sondre de tanto aproximarme a él. Al notarlo, me da un leve empujón y me coloca a su espalda, tal y como ha hecho hace menos de cinco minutos. Lo siento tensarse todavía más, incluso adquiere una pose tan agresiva como la de su antiguo amigo.

—Chicos, chicos. Me encantaría presenciar una pelea entre vosotros dos, pero no aquí, ni ahora. ¿Por qué no fijamos una fecha para organizarlo

todo de la forma correcta?

—No quiero pelearme con nadie, Lukas —dice Sondre—. Solo estoy intentando disuadir a Hove de que se acerque más.

—¿No quieres pelearte con nadie? —Un silbido agudo brota de la boca de Lukas—. Vaya, ¿te has convertido en un pacifista, o qué te pasa? ¿Tener novia te ha vuelto un puto maricón? —Las palabras de Lukas me revuelven el estómago—. ¿O es culpa de ese amiguito nuevo que te has echado? ¿Cómo se llama?

—Adrian —le chiva el tipo que hace solo unos segundos parecía dispuesto a matarnos, con un brillo asesino en la mirada.

—Sí, a ese me refiero. ¿Hacéis manitas cuando os quedáis solitos en su casa?

Las mandíbulas de Sondre entrechocan tan sonoramente que estoy segura de que el ruido se ha escuchado en Mallorca. Parece olvidarse de mí y echa a andar hacia Lukas, estirado cuan largo es y sacando pecho. Esto no puede acabar bien, nada bien.

—Sondre, por favor, me lo has prometido hace menos de una hora —imploro a su espalda, con lo que consigo que frene. Su respiración sigue agitada, pero al menos se ha detenido, no va directo a la pelea.

—Lo que yo decía, entre uno y otra han «domesticado» a nuestro Sondre. Qué pena que se haya convertido en un cobarde de mierda dominado por sus «chicas».

Le cojo una mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Vámonos —susurro en castellano—. Te está buscando, solo intenta que pelees con ellos.

—No me digas que tu novia también «ha venido del sur», como tú. ¡Qué tierno! —dice, arrugando la nariz y apretando los puños. Espera que Sondre salte, y estoy segura de que lo logrará si no consigo llevármelo de aquí ahora mismo. Lo cierto es que hasta yo le daría de hostias al gilipollas este.

Aprieto la mano de Sondre con más fuerza, toda la que tengo.

—Vámonos, por favor. —Lo intento de nuevo.

Sondre se da la vuelta y echa a andar hacia la salida del parque. De paso, recoge el monopatín que dejó olvidado cuando nos tropezamos con la panda de malnacidos estos. Yo troto detrás de él tratando de seguir su paso ágil.

—No te preocupes, habrá otras ocasiones. Haremos que las haya. —La voz de Lukas se escucha clara a mi espalda—. Por cierto, dale recuerdos a tu hermana. A lo mejor me paso a verla un día de estos.

Sondre se vuelve. Tiene la cara tan contraída por la rabia que da miedo. Me apoyo contra él.

—Por favor —suplico en voz baja.

—Déjame, Gina, no te metas.

—Son muchos, Sondre, te darán una paliza y, después, ¿qué pasará conmigo? ¿Te has parado a pensarlo?

Sacude la cabeza como si saliera de un trance y me abraza con fuerza. Les echa una última mirada a sus antiguos amigos y me coloca lo más cerca posible mientras seguimos rumbo a la salida. Una sonora carcajada estalla detrás de nosotros. Siento temblar a Sondre, pero le aprieto con fuerza la mano que aún sostengo para que recuerde que no está solo. Yo estoy con él. Podemos pasar esto juntos, sin necesidad de los puños.

Caminamos durante un buen rato sin hablar, aunque yo más bien troto al lado de Sondre. Ya ha oscurecido del todo y no tengo ni idea de dónde nos encontramos, pero he decidido que lo mejor que puedo hacer es dejar que se tranquilice. Las endorfinas que está generando con la caminata tampoco le irán nada mal.

—Tenías que haberme dejado que...

Tiro de su mano y lo obligo a que me mire.

—Puede ser que ahora pienses eso, pero en cuanto te hayas calmado verás lo absurdo de tu afirmación. Sé que después te hubieses arrepentido.

Se agacha y apoya su frente en la mía. Cierra los ojos, pero aun así puedo percibir la angustia que se cuele por sus poros.

Nos quedamos en esta posición durante un rato. Cuando siento que su respiración se ha tranquilizado lo suficiente, me muerdo el labio con ansiedad.

—Ya sé que ahora no es el mejor momento para sacar esto a relucir, pero ¿has pensado qué diremos en casa acerca de lo nuestro?

Se retira un poco y me mira a los ojos.

—Lo siento, la he vuelto a cagar. Quería que esta tarde fuera maravillosa y me he enfadado como un gilipollas...

—¡Shhhs! No quiero oír ni una disculpa más, tú no has hecho nada de nada. Aunque te murieses de ganas de pegarles a esos idiotas, te has controlado, y ese es un regalo casi tan bueno como los *skoleboller*.

Una sonrisa se expande por su cara. Niega con la cabeza, después coloca su gran mano en mi nuca y me atrae para besarme suave y largamente. Me gusta tanto que, si no tuviera los ojos cerrados, estaría bizqueando.

—Por mí podríamos decírselo hoy mismo. No me gusta la idea de tener que escondernos. —Se ha separado de mí con renuencia y ha empezado a hablar.

—¿Pero?

—No lo sé, es tan reciente. —Me abraza con fuerza—. Nunca he tenido una novia, hasta ahora siempre había sido sexo de una noche. Me apetece disfrutar de esto un poco más antes de anunciar en casa que estamos saliendo. ¿Qué te parece?

Al oír la palabra «sexo» me tenso. Dios, ¿cómo le voy a decir que soy virgen porque nunca antes he querido lo suficiente a alguien como para hacerlo? Me voy a morir de la vergüenza. Va a pensar que soy una mojigata.

—Le has dicho a Lukas que soy tu novia. —Con todo el jaleo que se ha montado después, había olvidado la felicidad burbujeante que esa declaración provocó en todo mi cuerpo.

—Sí, pero no creo que él se lo cuente a nadie.

Me entra la risa floja.

—No lo digo por eso, sino porque hasta entonces tampoco me había atrevido a ponerle nombre a esto que hay entre nosotros.

—¿No te parece bien?

—¿Qué dices? Me parece genial. Me encanta. —Me encaramo a las puntas de los pies para alcanzar su boca. Como siempre, tiene que echarme una mano—. Me sabe fatal guardar un secreto como este a Astrid. Si se entera por cualquier otra persona, se va a enfadar mucho.

—Tampoco le hará gracia aunque se lo contemos nosotros mismos. Ya oíste lo que dijo la otra noche.

—Lo sé, pero me siento fatal.

—Pues yo creo que si se lo anunciamos a ella y a mis padres ahora, cuando aún tenemos que averiguar nosotros mismos cómo nos sentimos, y después decidimos que no queremos seguir adelante, será peor.

—Veo que has pensado mucho en ello.

—Llevo desde agosto sin pensar en nada más, Gina. Ya te he dicho antes que me volviste loco desde el primer instante en que te vi.

No me atrevo a decirle que yo estoy tan loca por él que no creo que cambie nunca de opinión con respecto a lo que siento. Por mí podríamos anunciar al mundo lo mucho que lo quiero porque no pienso dejar de hacerlo nunca, pero quizás tiene razón y es demasiado pronto para hacérselo saber incluso a él. Me parece que me voy a guardar ese sentimiento para mí durante un tiempo prudencial, aunque no me creo capaz de aguantarme las ganas por muchos días.

—Ídem —me limito a decir, temiendo hablar de más.



TJUESJU (27)

Astrid y yo llegamos al instituto a segunda hora. Sondre no está con nosotras porque hoy ha entrado más temprano y ha venido en bici.

Sentado en uno de los bancos cercanos a la entrada principal, diviso a Erik. El corazón me da un vuelco, y no de alegría precisamente. Parece que espera a alguien, y por cómo me mira, ese alguien soy yo.

La semana pasada no se presentó ni un solo día al instituto, no sé si debido a que los golpes que recibió el sábado lo dejaron postrado en cama o porque no quería vernos ni a Sondre ni a mí. Lo cierto es que yo temía este momento, pero también sabía que iba a llegar.

Se pone en pie y se dirige hacia nosotras. Astrid se adelanta un poco, como si quisiera protegerme. ¿Qué les pasa a estos hermanos, se creen que soy de cristal o qué? Aun así, me entenece su gesto y, al mismo tiempo, hace que me sienta un poquito más culpable por ocultarle lo mío con Sondre.

La cara de Erik es un poema: lleva una tira blanca sobre la nariz y, debajo de los ojos, dos moratones tan negros que parecen pozos de petróleo. Se lo ve nervioso, no se distingue en él nada de su seguridad habitual. Mira a un lado y a otro como si temiera que le pudiera sobrevenir un ataque en el momento menos pensado.

—Hola, Gina. Me gustaría hablar contigo. A solas, si puede ser —me dice de corrido y sin mirarme a la cara.

—Di lo que tengas que decir, Erik, no pienso moverme de su lado —le espeta Astrid antes de que yo pueda opinar.

—Supongo que a ti te interesa tanto el tema como a ella. No me importa que te quedes si a Gina no le molesta.

—Me incomoda mucho más quedarme a solas contigo, como podrías suponer. La última vez que me atreví a hacerlo no fuiste demasiado agradable.

El bufido de Astrid ante mi eufemismo se ha oído por todo el patio.

—Está bien, como queráis —contesta él, ofendido—. Sé que pronto llegará a mi casa un requerimiento por la denuncia que pusiste contra mí.

—Espero que no tengas el valor de pedirle a Gina que la retire; te pasaste tres pueblos con ella...

—Déjame hablar, Spillum. Gina sabe que no le toqué ni un pelo, y supongo que sospecha que tampoco hubiera llegado más lejos. Yo solo pretendía que tu hermano saltase, y el muy capullo no tardó ni medio segundo en hacerlo. —Las palabras de Erik me molestan más por la rabia que destilan contra Sondre que por cualquier otra razón—. He venido a proponerte un trato.

—Sea lo que sea, Erik, olvídalos. Gina no retirará la denuncia, ya te lo he dicho.

—¡Astrid! —Hago callar a mi amiga. Me interesa lo que tenga que decir el imbécil este, sobre todo si tiene que ver con Sondre—. ¿Qué trato, Erik?

—Yo retiraré la denuncia que puse contra Sondre si tú retiras la tuya contra mí. Ten en cuenta que no es la primera que recibe tu primo, me consta —apunta con malicia—. Él tiene mucho más que perder que yo.

—No digas chorradas, Dahl. Lo que tú hiciste es mucho más grave que lo que te hubiera podido hacer mi hermano, aunque se hubiera ensañado...

—Me lo tengo que pensar —la interrumpo antes de que diga algo de lo que nos tengamos que arrepentir después. Menuda es Astrid: no usará los puños como su hermano, pero calza una mala leche...—, no solo por mí. ¿Sabes lo mal que me sentiría si retiro esa denuncia y tú agredes a otra chica la semana que viene? —digo, aunque tengo claro lo que voy a hacer.

—Te acabo de asegurar que no pensaba hacerte nada.

—Eso dices ahora. De todas formas, aunque acceda, no quiero que se te ocurra volver a acercarte a mí o a Sondre. ¿Te queda claro?

—Haré lo que haga falta, te lo juro, pero esa denuncia no puede llegar a mi casa, mi padre no puede saberlo. Me va a matar.

«Te tengo», es el pensamiento que surge en mi mente de inmediato. Una sensación de euforia me invade.

—Te informaré con lo que decida, no te preocupes. De todas formas, debo hablarlo con Sondre. No creo que a él le importe tanto como a ti recibir una notificación. Mis tíos no son muy de matar a sus hijos, ¿sabes?

Astrid y yo nos dirigimos a clase y lo dejamos de pie, en medio del patio. Parece desolado, y no me extraña: hacerlo sufrir un rato me compensará la decisión de retirar la denuncia.

—¿Le has dicho en serio que lo pensarás?

—No, ya lo he pensado. Voy a decirle que sí, que hay trato.

—Pero...

—No hay peros, Astrid. Tu hermano no merece que lo obliguen a hacer servicios comunitarios por culpa de ese gilipollas. Aunque sí se lo merecería por no controlar esa furia suya.

—En eso estoy de acuerdo... Pero no sé qué pensará Sondre.

—Que piense lo que quiera, no tiene ni voz ni voto en mi decisión. Además, creo a pies juntillas lo que ha dicho Erik. Estaba claro desde el minuto uno que solo me molestó para cabrear a tu hermano. Ahora que lo ha admitido, estoy segura de que no le hará lo mismo a ninguna otra chica, que es mi única razón de peso para no retirar la denuncia.

—Está bien, haz lo que quieras, pero tal vez no hace falta que se lo digas a Sondre.

Me paro en seco y miro a mi amiga a los ojos. «¿En serio?», le pregunto en silencio. No puedo. Ya estoy guardando demasiados secretos, no me da la gana. Además, menuda mierda de confianza tendríamos Sondre y yo si no se lo dijera, ¿verdad?

Esa certeza hace que el dolor que siento por no contarle a mi amiga que estoy saliendo con su hermano apriete un punto más la garra que retuerce mi garganta.

Abro la boca, con intención de contárselo todo. Nunca ha habido secretos entre nosotras, y ahora estoy ocultando el más grande que jamás he tenido, pero no logro emitir ni un solo sonido. Nunca había pensado que fuera tan cobarde.

—¿Qué quería el malnacido ese? —pregunta Marlon en cuanto aparecemos en el aula—. Os he visto hablar con Dahl en el patio.

Unos pasos apresurados nos hacen volver la cabeza. Sondre se dirige hacia nosotras como una locomotora sin control.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta. Ha estado a punto de abrazarme, aunque se ha frenado a tiempo; espero que los demás no lo hayan notado.

De todas formas, es imposible que la electricidad que me recorre el cuerpo les pase desapercibida a los que están a nuestro alrededor. Sin embargo, nadie parece percatarse de las ganas de tocarnos, de tranquilizarnos el uno al otro, que tenemos Sondre y yo ahora mismo.

—¿Estabais todos asomados a las ventanas o qué? —Intento quitarle hierro al asunto.

Marlon y Sondre no se dejan despistar. Ambos han adoptado la misma postura: brazos cruzados, piernas ligeramente abiertas y cara seria. ¿Desde cuándo estos cafres están tan bien avenidos?

—Os lo contaré después, ahora llego tarde a clase. —Sé que Marlon no va a opinar en cuanto se entere de qué va el asunto, pero temo la respuesta de Sondre. Debo sopesar bien lo que quiero decirle antes de hablar con él. No tiene que poder poner ninguna pega a mi decisión.

A la hora de la comida nos sentamos juntos en las mesas del exterior. Falta poco para que yo no pueda aguantar el frío de estar aquí fuera, así que aprovechamos los últimos días y, de paso, evitamos la aglomeración de la cafetería.

—¿Y bien? —Sondre no deja pasar ni un segundo antes de atacar. Se ha sentado a mi lado y nuestras piernas se rozan por debajo de la mesa. Me mata que eso sea lo máximo que pueda acercarme a él cuando mi cuerpo grita por tocarlo y demostrarles a todos estos que es mío, solo mío. ¡Vaya! Nunca me hubiese imaginado que fuese tan posesiva.

—Quiere que retire la denuncia que puse contra él y, a cambio, él retirará la que puso contra ti.

Adrian, que también se ha unido a nosotros, mira a Sondre de manera significativa. Me alegro de tenerlo de aliado. Le brindo una sonrisa de agradecimiento y sigo adelante con mi discurso:

—Pienso hacerlo, Sondre, no me disuadirás. Aunque quizás te merecerías que no la retirara, a ver si así espabilas y dejas de usar los puños de una vez. —Le hablo como la amiga, no como la novia, y su cara se entristece un poco.

Agacha la cabeza y deja su sándwich sobre la mesa. Parece un crío desvalido, y yo me muero de ganas de acariciarle el pelo y besarlo hasta que se le pase el disgusto. Joder, lo de disimular nunca se me ha dado bien.

—Muchas gracias, Gina. En serio que te lo agradezco, solo espero que no te arrepientas. —Eso sí que me ha dejado alucinada. Pensaba que se

opondría, pero mejor así: no me apetecía nada discutir con él.

Le doy una patada; hoy llevo las botas militares, así que algo debe de haber notado.

—Menos mal que estás en contra de la violencia: creo que acabas de triturarme el tobillo.

Nuestros compañeros de mesa se ríen y bromean sobre mi tamaño y el dolor que puedo haberle causado a alguien con la complexión de Sondre.

Noto que alguien me mira. Me vuelvo y veo a Erik junto a una de las entradas laterales del instituto. Asiento una sola vez con la cabeza; me entiende a la primera, y desde aquí percibo su suspiro de alivio. Yo también espero no tener que arrepentirme de retirar la maldita denuncia.



TJUEÅTTE (28)

Después de clase, Astrid nos trae a casa a Sondre y a mí en el coche. Parece ansiosa, como si no supiese dónde poner el huevo, así que le pregunto qué le pasa.

—Es que Marlon me ha pedido que vaya a estudiar a su casa. Estará solo hasta mañana.

—¿Pues a qué esperas? Aunque, lo que se dice estudiar, me da a mí que vais a estudiar poco.

—Es que me siento fatal, Gina. Tú has venido para pasar el año conmigo y yo estoy todo el tiempo con él...

—¿Quieres hacer el favor de no ser gilipollas? Anda que me iba a preocupar yo por dejarte sola si tuviera un maromo como ese esperándome. Ya lo hemos hablado varias veces, tía, no me hagas repetirme tanto, por favor. —En cuanto las palabras salen por mi boca, me arrepiento. No porque no sean ciertas, sino porque el ejemplo se hará realidad en cuanto ella se vaya a casa de Marlon. Cada día estoy más convencida de que no está bien esconderle lo que siento por su hermano, pero al mismo tiempo lo nuestro es tan mágico y tan excitante que no quiero compartirlo con nadie más por ahora.

Leer sus miradas cuando estamos rodeados de gente o que me guiñe un ojo cuando nadie lo ve; aprovechar cada segundo para rozarnos al cruzarnos por las escaleras o disimular mientras preparamos juntos la cena para toda la familia. ¡Qué difícil es encontrar el equilibrio entre lo que me gusta y lo que me parece correcto!

En cuanto Astrid se marcha, subo escopeteada a la buhardilla. Sondre lleva los cascos puestos y tiene la vista fija en el portátil. Está sentado en la cama, con el ordenador encima de las piernas. Levanta la cabeza cuando abro la puerta sin llamar y enarca las cejas con asombro, preguntándome sin palabras qué hago ahí.

Me deshago del portátil y me siento a horcajadas sobre él, sin darle ninguna información.

—Mi hermana se ha ido —afirma, pícaro, cuando suelto sus labios.

Asiento y vuelvo al ataque. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta, recorren mi espalda de arriba abajo haciendo que mi piel y mis pensamientos se incendien a la vez. Los besos se intensifican; nunca hemos estado solos en casa, ni casi en ningún otro sitio desde el domingo. Apenas hemos podido robarnos media docena de besos que, por escasos, nos han sabido a gloria. Por esa razón, esto equivale a estar en el paraíso.

Para variar, mi cabeza queda un poco más arriba que la suya: la postura es mucho más cómoda para mí que tener que andar estirándome, y me resarzo de todos los besos que él me ha dado, hundiendo mi lengua en su boca una y otra vez.

Las manos de Sondre abandonan mi espalda y se posan en mis nalgas. Me aprieta contra él y, cuando noto su miembro endurecido a través de la tela de los vaqueros de ambos, me quedo petrificada. Me acobardo, suelto su boca y paso mis manos de su pelo a sus hombros, todo en medio segundo.

Lo oigo tragar saliva, porque, por lo visto, también he cerrado los ojos: prefiero no ver su cara de decepción ante el frenazo brusco que he dado. Para mi asombro, coloca ambas manos en mi espalda y me acerca a él, recostándose en su pecho.

—Yo... Yo... lo siento —logro balbucear—. Pero es que nunca antes... Yo no... no he tenido relaciones sexuales —digo, al fin, sin pararme a coger aire—. No había hecho algo así jamás, quizás ha sido demasiado...

Sondre me retira el pelo que ha caído delante de mi cara y me da un beso muy suave.

—No hay por qué ir deprisa si no quieres. Además, mis padres o mi hermana podrían sorprendernos, y no veo peor forma de que se enteren de lo nuestro que esa.

—Es que me he lanzado encima de ti como una loca —digo, enrojeciendo al máximo—. No es de extrañar que te hayas puesto... te

hayas puesto...

La carcajada de Sondre me sorprende. Lo miro pretendiendo parecer enfadada, pero me acaricia la cara de forma tan dulce que olvido de inmediato el cabreo.

—Claro que me has puesto, pero ya casi ha pasado —alega con suavidad.

Vuelvo a besarlo, con mucha menos pasión esta vez. No es que no quiera hacerlo, sí que quiero, yo también me he puesto a mil, pero no esperaba que fuera tan rápido. Nada, que al final resultará que sí, que soy una mojigata.

Se oye un ruido en la escalera. Sondre me coge por la cintura y, en menos tiempo del que tardo en contarlo, me sienta a su lado y coloca el ordenador sobre su regazo. Dios, creo que estoy granate; como entre alguien ahora mismo, seguro que sospecha.

Me da un leve apretón en la mano y me obliga a mirar la pantalla. Soy lo peor a la hora de disimular; lo intento, lo juro, pero se me da fatal.

Al cabo de unos segundos, tía Ingrid entra en la habitación. Tampoco ha tocado a la puerta, pero no se lo voy a recriminar, no es la primera.

—¡Aquí estáis! Llevo media hora gritando por toda la casa para ver si había alguien, ¿no me habéis oído?

—No, estábamos concentrados en la peli.

—Yo no... no he oído nada —tartamudeo, a pesar de que no estoy mintiendo. Estaba tan concentrada en lo mío que ni me he enterado de su llegada.

—Vuelvo a salir enseguida, solo he pasado un segundo para recoger la ropa del gimnasio. ¿Vais a pasar la tarde aquí?

—A lo mejor salimos a saltar un poco dentro de un rato. ¿Te apetece, Gina?

¿Saltar? No, no me apetece nada. Prefiero pasar la tarde aquí dentro haciendo lo que hacíamos unos minutos atrás.

—Vale, pero sin la cama elástica —lo desafío.

Sondre cierra un ojo y arruga la nariz.

—*Really?*

—Es cierto, Gina —interviene tía Ingrid con una gran sonrisa—. Pensaba que querías buscar un gimnasio.

—Sí, pero está visto que tengo demasiadas asignaturas. A lo mejor puedo entrenar un poco en el jardín, al menos mientras no se llene de nieve.

—Ahora que dices lo de la nieve —me contesta—, al final Georgina ha convencido a todos para alquilar una vivienda en Navidad, así que espero encontrar algo que nos guste para los diez días que piensan estar por aquí. Tienen que sentirse en casa. Ojalá hubiesen llegado ya —dice, como una niña esperando su cumpleaños—. Venga, me voy, que llegaré tardísimo a la clase de zumba.

—Hasta luego —me despido. Sondre no dice nada, sino que me mira con una media sonrisa.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—Cuando hablé con ellos el fin de semana todavía no estaba decidido. —Le doy un besito suave—. Por cierto, mi padre quiere hablar contigo para que no me molesten los chicos en el instituto.

—¿Quién te está molestando? —pregunta, frunciendo el ceño y poniéndose serio de repente.

—Bueno, cuando él dice «molestar» se refiere a que quieran enrollarse conmigo, básicamente.

—¿Qué le has dicho? —Su cara de espanto hace que me ría con ganas.

—Si te preocupa que le haya contado quién se pasó el fin de semana mandándome mensajes que me hacían sonreír como una boba, no lo he hecho. Pero ya te aviso: piensa venir con la escopeta cargada.

Su nuez sube y baja: es tan cómico que tengo que reírme de nuevo.

Se tumba en la cama y tira de mí para que me recueste a su lado. Me coloco de costado para poder seguir viendo su cara. Entrelazamos los dedos de una mano.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Se lo contamos cuando estemos todos juntos cenando el día de Nochebuena?

—¡Dios, no! —me sobresalto—. Eso sería rarísimo. Prefiero ir contándoselo de uno en uno o de dos en dos como máximo. No sé si soportaría la que se puede armar si se lo decimos a todos de golpe.

—Gina..., yo... —Ya está, va a decirme que él necesita más de lo que yo puedo darle. Que no quiere a una inexperta como yo en su cama.

No es que me haya pedido que salgamos; aunque me presentó a Lukas como su novia, puede haber cambiado de opinión desde el domingo. Sé que ha tenido un montón de ligues. El otro día Julia y Leah comentaban el éxito del que gozaba entre las chicas del instituto, cosa que, por otra parte, no me extraña: está como un queso. ¿Quién no se enamoraría de un tío así?

No me atrevo a decir nada, ni a respirar casi. Enfoco mis ojos en su nariz para no enfrentarme a su mirada.

—Yo... Yo... —Carraspea, y a mí me tiembla la barbilla. De repente, retira la mano en la que sostenía la mía. Me queda claro: me pedirá que no digamos nada porque no hay nada que contar. Estoy a punto de levantarme de la cama cuando apoya los dedos en mi barbilla para que alce la cabeza y lo mire—. He tenido unos cuantos rollos —dice, clavando sus preciosos ojos en los míos—, pero nunca había sentido lo que siento cuando tú estás cerca de mí. Creo que me he enamorado, y me encantaría contárselo al mundo entero, pero pienso que nuestra situación...

—¿Perdona? —pregunto con los ojos llenos de lágrimas, aún no tengo claro si de miedo o de emoción. Seguramente un poco de ambas cosas.

Sondre echa la cabeza hacia atrás y suspira.

—Gina, probablemente estoy intentando decirte lo más difícil que le he dicho a una chica jamás en mi vida, y tú...

No le dejo que continúe: sí, había escuchado bien. No me está dando la patada, me está diciendo que se ha enamorado de mí. ¡De mí!

Me lanzo a su boca sin pensarlo, lo beso una y otra vez. Los besos se intensifican, como antes, y Sondre se gira para ubicarse encima de mí. Me sujeta los brazos junto a la cabeza y devora mi boca. Mi sangre hierve.

De pronto, se sienta. Apoya la cabeza en el cabecero de la cama y respira de forma acelerada.

—Creo que tendríamos que buscar otro lugar. La cama no es segura. Para nada.

El aire tampoco entra en mis pulmones como debería. Voy a demasiadas revoluciones por minuto.

—Ven, bajemos a la cocina; creo que será un sitio mucho más tranquilo para los dos. —Se pone en pie y tira de mí, pegándome a su cuerpo. Me despega del suelo y me besa otra vez como si no hubiera un mañana. No quiero que pare, pero al mismo tiempo sé que es lo mejor.

—No vuelvas a hacerme algo así nunca más —digo cuando consigo el oxígeno suficiente para hablar.

Roza mi nariz con la suya. Como todavía me sostiene, aprovecho para enroscar mis piernas en su cintura; nuestras caras están a la misma altura.

—¿Qué? —pregunta. Pega de nuevo sus labios a los míos.

—Hacerme creer que vas a dejarme y, acto seguido, declararte de la forma más tierna que podría haber imaginado.

—¿Dejarte? —Me aprieta con fuerza y frunce las cejas—. ¿Qué te hace pensar algo así?

—Yo qué sé. Tú lo has dicho: has tenido muchas novias, y yo, bueno... a la vista está mi inexperiencia, así que pensé...

Niega durante un rato, como si no pudiese creer lo que oye.

—Lo que intentaba decirte es precisamente eso. He tenido muchos ligues, pero nunca una novia, y no sé si estoy preparado todavía para presentársela a mis padres. Y mucho menos, siendo ella quien es.

Sonríó mientras lo beso de nuevo.

—Pues será mejor que me dejes en el suelo y que bajemos a la cocina, porque si sigues diciéndole cosas como esa, puedes estar seguro de que te van a pillar haciendo guarrerías con la mencionada novia.

Apoya su frente en la mía.

—¿Guarrerías?, ¿en serio?



TJUENI (29)

Es jueves y estoy comiendo con Storm, como ya es costumbre. Hemos elegido de nuevo las mesas del patio y estoy helada, pero tengo ganas de hablar con él a solas y por eso le he pedido que saliéramos de la cafetería. Necesito contarle lo mío con Sondre a alguien, y él es ahora mismo mi amigo más cercano después de Astrid.

—No te des la vuelta —me susurra cuando apenas llevamos dos minutos sentados—. Por ahí vienen «nuestros chicos» y parecen contentos. Creo que me voy a ahogar; la garganta se me ha cerrado tanto que no me pasa ni la saliva.

Sonrío pícaro; a mí la emoción también me está apretando el estómago. No sé qué hará Sondre cuando llegue a nuestro lado, pero no creo que disimule mucho: ya le he contado que Storm era el único que sabía lo mucho que me gustaba.

Al mismo tiempo que unas manos rodean mi cintura, los ojos de Storm se abren por el asombro. Sondre apoya la barbilla en mi clavícula después de depositar en ella un beso liviano, que he notado en la piel a pesar de las capas de ropa, y le sonrío a mi amigo (aunque no veo su expresión, no me hace falta para intuirlo: noto su felicidad en mi propio cuerpo).

—Pueden vernos desde las ventanas de la cafetería, por si no te habías fijado. —Es un comentario que no quiero hacer, pero debo.

—Ya lo sé, por eso le he pedido a Adrian que se ponga detrás de mí.

—Sí, pero no voy a pasarme todo el tiempo cubriéndote, machote. Empieza a ahuecar, que quiero sentarme —oigo la voz divertida de su

amigo a mi espalda.

Sondre me suelta y Adrian aparece en mi campo de visión para ir a sentarse al lado de Storm. Le sonrío travieso; a mi amigo casi le da un síncope, pero le devuelve una de esas sonrisas tan luminosas que me conquistan hasta a mí.

—Adrian, no te apoltrones, que íbamos a comer al parque. Además, si Gina no puede contarle lo nuestro a alguien, igual revienta.

Lo miro con los ojos entrecerrados y él me responde con una risa fresca que me hace olvidar mi enfado de golpe.

La mueca de decepción de Adrian me recuerda algo que comentó Sondre el otro día: «Tengo amigos gais y no veo ningún problema en ello». ¿Se referiría a él? Tendré que preguntárselo; eso sería genial. ¡Uy! Creo que se me acaba de ocurrir un plan digno de Celestina; ojalá mis sospechas sean ciertas.

Sondre roza apenas sus dedos con los míos a modo de despedida y me guiña un ojo antes de irse con Adrian hacia el parque.

—Si lo que tienes que contarme no es maravilloso, te mato. ¿Has visto lo cerca de mí que se ha sentado?

—Sí, lo he notado, y también cómo te ha sonreído.

—¡Cállate! No quiero pensar en eso, no puedo hacerlo ahora mismo. Primero tengo que saber desde cuándo —dice, aludiendo a lo que acaba de ver entre Sondre y yo.

—Supongo que desde el viernes. Me besó en el aeropuerto antes de que me subiera al avión.

—¿Delante de Astrid?

—¿Estás loco? No, le hizo creer a su hermana que me había dejado una bufanda en el coche y vino detrás de mí para besarme.

—¿Y no me lo has contado hasta hoy? ¡Han pasado seis días!

Inclino la cabeza hacia atrás, riéndome. Me siento tan feliz.

—No tenía muy claro si había un «nosotros» hasta ayer. De todas formas, queremos asegurarnos de cómo funciona esto antes de contárselo a la familia, que lo complica todo un poco. Lo de salir a escondidas es muy divertido cuando lo ves en la tele, pero en la vida real...

—Ya, me lo imagino. Creo que no deberíais llevarlo en secreto durante mucho tiempo. Pero solo es mi opinión.

—No, la intención no es esa, aunque la verdad es que ni sé cómo plantear el tema para que no se desencadene una hecatombe en nuestras

casas. Nos han criado casi como a hermanos...

—Hasta cierto punto. Sí que te has criado como si fueras una hermana de Astrid, pero, por lo que me contaste, llevabas muchos años sin ver a Sondre cuando os reencontrasteis aquí.

—Y tantos. Ni siquiera lo reconocí. Aunque él a mí sí, y... ¿Sabes qué me dijo? Que lo había vuelto loco desde el primer momento.

Storm niega con la cabeza mientras una sonrisa de emoción le ilumina el rostro.

—*Lucky fucking bitch*^[4]. Ya te dije que se notaba que estaba por ti.

—Ya, pero yo no me lo creía, o no me lo quería creer para no hacerme ilusiones, yo qué sé —suspiro—. A mí también me parece que hay *feeling* entre Adrian y tú y apostaría algo a que te niegas a creerme.

—¡Qué va a haber *feeling*! Es un chico majísimo y ya está. Es más, creo que es hetero.

«Pues yo no estaría tan segura», digo para mí, porque no me atrevo a pronunciarlo en voz alta hasta que haya hablado con Sondre.

Cuando llego a casa, encuentro a Astrid y Sondre en la habitación de mi amiga. Están planeando algo, y se callan en cuanto entro. Ladeo la cabeza y los miro.

—Si estáis preparando una fiesta sorpresa para mi cumple, ya podéis ir olvidándoos de ello.

—¿Cómo te has enterado?

—Me temo que Storm es un poco bocazas a veces.

—Yo lo mato. —Astrid coge el teléfono y teclea con rabia.

Sondre me mira con gesto de preocupación. Entiendo su temor: que pueda contarle lo nuestro a su hermana, pero no tiene nada que ver. Storm me ha confesado lo de la fiesta bajo coacción.

—A ver, no os enfadéis, él no tiene la culpa de nada. Lo que ha ocurrido es que le he dicho que teníamos que hacer una lista de gente a la que invitar a la fiesta de mi mayoría de edad y a él se le ha puesto cara de póker. Así que no le ha quedado más remedio que confesar que ya estabais organizándola vosotros dos.

Astrid suelta el móvil sobre la cama de cualquier manera. Parece una niña a la que le han robado un caramelo que estaba a punto de meterse en la boca. Quizás debería contarle por qué se me ha ocurrido que podría dar una fiesta, y que eso ha sido lo que me ha llevado a hablar de ello con Storm.

—Sondre —lo miro; sé que lo que voy a hacer no está muy bien, pero si no le pregunto, no puedo llevar a cabo mi plan—, ¿recuerdas cuando el otro día nos dijiste que tenías amigos gais?

Me mira intentando disimular una sonrisa. Este sabe más de lo que aparenta. Ahora me arrepiento de haber preguntado delante de Astrid.

El corazón me da un vuelco: Astrid es mi mejor amiga y empieza a no producirme ningún tipo de remordimiento esconderle cosas tan importantes en mi vida hoy por hoy. No se lo merece, y me siento fatal.

—Sí, un buen amigo mío es gay. Apostaría algo a que sabes quién es, y a que te has dado cuenta de quién le mola. ¿A que sí? —pregunta Sondre.

Astrid nos mira a ambos como si le molestara que habláramos en clave, así que trago saliva y la encaro para explicárselo todo:

—Astrid, no te enfades. No te había contado nada porque es un secreto que no me concierne, pero con lo que acaba de decir Sondre, creo que podría hacer de Celestina, y eso me encanta. ¿Me ayudarás?

—No sé si te lo mereces, pero bueno, ya sabes que mataría por un buen cotilleo. Si me cuentas lo que te traes entre manos, podría hacer un esfuerzo.

Sé que le prometí a Storm que no contaría nada, pero lo hago para beneficiarlo a él, así que...

—Storm está por Adrian.

—¿Qué? —La cara de Astrid es para partirse de risa—. ¿Storm es gay? —Yo asiento con la cabeza; de fondo oigo la risita autosuficiente de Sondre —. Tú tienes totalmente prohibido contarle nada a Adrian, ¿entendido?

La cara de decepción de Sondre es tan tierna...

—¡Qué aguafiestas! Solo quería restregarle por la cara que yo tenía razón y él no. Me di cuenta el día de la fiesta y se lo he dicho un millón de veces, pero él no ha querido escucharme.

—Ha sido por eso por lo que le he hablado a Storm de mi cumpleaños y de celebrar una fiesta. Me parece que si les proporcionamos a esos dos el ambiente adecuado, no necesitarán ni medio empujón para echarse uno en brazos del otro.

—Pues venga, únete a la juerga y ayúdanos a preparar tu fiesta «no sorpresa».

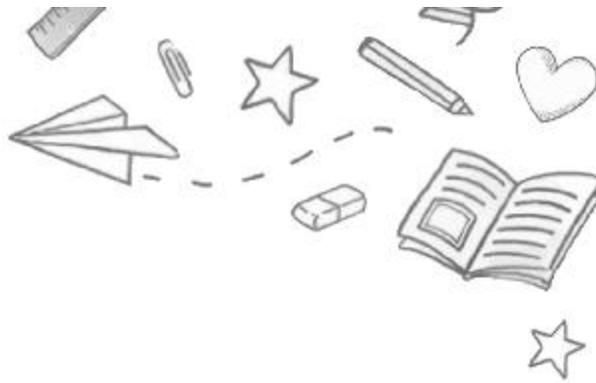
Me río porque la noto a punto de ponerse a patalear y está muy graciosa. La abrazo con fuerza.

—Muchas gracias por cuidar tan bien de mí —le digo con cariño.

—No me hagas la pelota, anda. De todas formas, creo que me gusta más la idea de que lo sepas. Eso de tener que actuar a escondidas de ti y no poder compartir contigo los preparativos, con la ilusión que me hace, no va nada conmigo. —Sorbe por la nariz, emocionada. Yo, en cambio, he notado que la puñalada traperera que le estoy dando la atravesaba a ella para después clavarse en mi pecho y, joder, cómo duele—. No me puedo creer que no me contaras lo de Storm. Ya te vale, yo no tengo secretos para ti.

—Te lo he dicho antes —contesto al separarme de ella—: no me correspondía a mí contártelo. Apenas hacía unos días que Storm se había confesado a sí mismo que era gay cuando decidió compartirlo conmigo. Me rogó que yo no lo difundiera. ¿Qué querías que hiciera?

Astrid asiente. Sé que me comprende, pero aun así sigue pensando que contárselo a ella no era, precisamente, difundirlo. La conozco demasiado bien como para no darme cuenta de eso.



TRETTI (30)

Al fin ha llegado el día de mi cumpleaños: ya soy mayor de edad. A partir de ahora podré conducir, votar y hacer todas esas cosas de mayores que tanto anhelaba. Solo faltan veinte días para Navidad, por lo que la ausencia de mis padres y del resto de mi familia no resulta tan triste. Sé que no queda mucho para que nos reunamos, y en cierto modo, compensa que no estén aquí hoy.

Mis tíos nos han prestado el garaje para celebrar la fiesta; aun así, han decidido ir a pasar el fin de semana a la cabaña para darnos intimidad. Son tan geniales como sus hijos.

El otro día fui de compras con Astrid y tía Ingrid. Vi un vestido que me encantaba y que me quedaba de lujo, pero que se salía por completo de mi presupuesto. La sorpresa ha sido encontrar una caja sobre la cama cuando he llegado del instituto. Tía Ingrid y tío Magnus han entrado en la habitación detrás de mí gritando «felicidades» y obligándome a abrirla. Sabía lo que contenía antes de hacerlo, y me he puesto a llorar como una boba por la emoción. Después me han instado a que me lo pusiera y he tenido que deleitarlos con un pase de modelos. Anda que no se han reído Sondre y Astrid con mis poses.

El vestido es una pasada, de color azul noche, cuello *halter* con un bordado de piedrecitas de colores y falda corta de tul. Incluso parece que me veo más alta. Me siento muy sexi, y eso no me sucede a menudo.

Me he peinado un moño flojo y me he calzado unos zapatos de tacón que rematan el conjunto de forma espectacular. Bajo la escalera en

dirección al garaje, y Sondre, que me espera en la sala, me mira como si quisiera comerme entera. Me pongo de un color rojo fuego, no tanto porque me dé vergüenza su mirada como por el calor que se acaba de instalar en la parte baja de mi estómago. Desvío la mirada para no encenderme más. Trago saliva; no sé si Astrid anda por aquí cerca, pero no logro reprimirme y me acerco a él cuanto puedo.

Sondre me coloca las manos en la cintura y deposita un beso leve en mi hombro.

—¿No habría alguna manera de convencer a Astrid para que se fuera a dormir a casa de Marlon esta noche? —me susurra al oído.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Lo que implica esa pregunta hace que las piernas me tiemblen de anticipación. Sin embargo, mi alegría se borra de un plumazo.

—Se podría intentar, pero lo veo muy difícil. Está entusiasmada porque él se quedará a dormir aquí hoy —explico, intentando no delatar mi desencanto.

Sondre tuerce el gesto, pero la decepción se esfuma de inmediato de su cara.

—Algo se nos ocurrirá. —Pasa las manos por mis brazos desnudos y la piel se me eriza bajo su tacto—. Estás tan guapa que no sé si podré resistir las miradas que te dedicarán todos esta noche.

—Sondre Jacob Spillum, ¿no me estarás diciendo que eres un chico celoso? —La voz me sale al mismo tiempo dulce y cargada de reproche.

—Claro que lo soy. Pero no pienso molestarte con eso, si es lo que te preocupa. No es tu problema, sino el mío.

—Creo que deberías hacértelo mirar, porque si no te has dado cuenta de que no tengo ojos para nadie más que tú en el mundo, es que estás ciego.

Sondre apoya las manos en mi espalda y me pega a él para besarme. Nuestros labios apenas se han rozado cuando un ruido en la puerta de la habitación de Astrid nos sobresalta. Nos separamos deprisa.

Astrid baja la escalera corriendo; a pesar de que también calza tacones altos, se sabe mover con ellos mucho mejor que yo. Se ha puesto un mono negro que deja un hombro al aire y está que corta el aliento.

—Estás guapísima, Astrid. Me encanta ese mono; qué pena que no pueda pedírtelo prestado.

—No seas tonta. Con esos tacones seguro que podrías llevarlo perfectamente. Ya lo hablamos para Nochevieja. —Me guiña un ojo.

Nos dirigimos al garaje, que ha quedado genial con las luces de colores con que lo hemos adornado y con el resto de decoración que compramos en un bazar. Hasta las pajitas de papel hacen juego con los adornos del techo.

Los primeros en llegar son Storm y Adrian. Parece que saltan chispas entre ellos; se miran y disimulan, se vuelven a mirar y bajan los párpados deprisa. ¡Me encanta! La sonrisa de Storm es infinita, y si no me equivoco, sus dedos se han rozado hace unos segundos. ¿Qué habrá pasado antes de que llegaran? Me muero de ganas de preguntar, pero no encuentro el momento apropiado.

Ha sido idea de Sondre que Storm recogiera a Adrian en su casa, para que tuvieran un rato a solas en el coche. Yo organicé una fiesta para ver si los juntábamos y conseguirlo era tan fácil como que Storm lo recogiera de camino. ¿Seré cortita?

Los demás invitados no tardan demasiado en llegar y la fiesta se anima. La gente bebe y baila y yo no paro de sonreír a uno y a otro, tan feliz que la cara me duele.

Sobre las diez de la noche, Astrid aparece con un pastel enorme lleno de velitas. Es una pasada: está recubierto de *fondant* y tiene forma de pila de libros. En los lomos están escritos los títulos de la saga de *Harry Potter*; encima de ellos hay plantada una *snitch* dorada con sus alas y todo, y al pie, unas gafas redondas y una bufanda con los colores de Gryffindor completan la estampa.

Lloro y río al mismo tiempo. Soy más boba... Me emociono enseguida.

—Pide un deseo —dice Astrid en mi oído después de abrazarme.

Sé lo que quiero: que la vida fluya como ahora mismo, que me sienta así de feliz durante mucho tiempo. Soplo las velas con fuerza y se apagan todas.

Es muy tarde cuando Adrian y Storm se marchan. Se han quedado hasta el final y nos han ayudado a recoger para que mañana la tarea no sea tan ardua.

—Astrid está como una cuba; no creo que se entere de nada en toda la noche. Marlon ha tenido que llevársela a la cama —me dijo Adrian, guiñándome un ojo, cuando la fiesta estaba en pleno apogeo.

Lo miré con el ceño fruncido. ¿Borracha? Pero si llevaba planeando esta noche toda la semana, incluso se había comprado ropa interior nueva. De repente, una chispa de entendimiento se abrió paso en mi mente.

—¡No! —exclamé, entre indignada y muerta de la risa—. ¿Ha sido cosa tuya?

La cara de Adrian mostró asombro.

—¿Mía? —Estaba tan serio que, por un segundo, logró convencerme de que no sabía de qué estaba hablando.

—Yo también he tenido algo que ver en eso —se sumó Storm a mi espalda. La sonrisa torcida que se dibujó en la boca de Adrian acabó de confirmar mis sospechas.

—Vamos, casi la tenía convencida de que Astrid lo había conseguido solita —se quejó Adrian, pero siguió mirando a Storm como si pretendiera comérselo allí mismo.

—Sois lo peor.

—Ya nos lo agradecerás mañana —soltó Storm colocándose al lado de Adrian. Le puso una mano en el hombro y me sonrió de forma enigmática.

Suspiro mientras nos dirigimos hacia el interior de la casa. Ahora que ya no queda nadie, Sondre no se reprime. Me agarra por la cintura y camina pegado a mi espalda mientras me llena el cuello de besos etéreos y deliciosos.

—No ha sido muy justo eso de que tus amigos emborracharan a Astrid. Se moría de ganas de pasar esta noche en casa con Marlon.

Se detiene y me hace volverme y mirarlo a la cara.

—También son tus amigos.

Sonrío y me estiro para besarlo. Los tacones hacen que no sea tan difícil como cuando solo llevo unas simples zapatillas.

—Quería que subieras a la buhardilla porque tengo un regalo para ti y no me apetecía dártelo delante de todo el mundo.

—¿Un regalo? Si son *skoleboller*, tendremos que guardarlos para mañana. He comido todas las porquerías que me puedo permitir en un solo día. Esa tarta estaba de muerte. Sobre todo la *snitch* dorada.

—No son *skoleboller* —me dice con la nariz arrugada, como si lo hubiera insultado.

Me coge de la mano y tira de mí escaleras arriba. Cuando pasamos frente la habitación de Astrid, escuchamos unos fuertes ronquidos. Pobrecita, mañana va a estar insoportable.

Una vez en su habitación, Sondre me insta a sentarme en la cama y él se sitúa a mi lado. Enchufa los auriculares al portátil e introduce uno de ellos en su oreja izquierda y el otro, en la mía derecha.

—Estaba preocupado porque quería regalarte algo bonito de verdad. Primero pensé en un colgante, pero llegué a la conclusión de que no te lo podrías poner o tendrías que contar muchas mentiras, y sé cuánto lo odias. Así que hablé con un amigo, que conoce a un amigo de un amigo de Alan Walker.

Entrecierro los ojos.

—¿Alan Walker? —No puedo contener un chillido y me obligo a taparme la boca.

—Ese mismo. Vive en Bergen, ¿lo sabías?

Mi corazón empieza a latir desbocado. Claro que lo sé: es uno de los dj que más suenan actualmente en Noruega, aunque yo lo conozco desde hace tiempo. Varias de sus canciones han llegado al número uno en las listas de las más escuchadas.

—Sí, algo había oído —contesto, aparentando calma.

—Cuando conseguí hablar con él, le expliqué nuestra situación y le pedí que compusiera una canción para nosotros.

La sensación que se adueña de mis piernas es tan extraña que no soy capaz de describirla: es una mezcla entre flojera, temblor y espasmo. Poco a poco se va extendiendo al resto del cuerpo, hasta el punto de que me cuesta tragar.

—¿Le has pedido a un dj conocido mundialmente que compusiera una canción para nosotros? —logro decir cuando recobro la capacidad de hablar.

—En realidad, le pedí que la compusiera para ti.

Pone el reproductor en marcha y de mis ojos resbalan dos gruesas lágrimas mientras la canción empieza a sonar. Es tan bonita como todas las que he escuchado de él.

Sondre me limpia la cara con los pulgares. No puedo dejar de mirarlo, alucinada. ¿Desde cuándo ha estado preparando esto? Este chico, «mi chico», que parece rudo, pero en el fondo es más romántico que yo. «¿Nunca dejará de sorprenderme?», me pregunto.

Una ternura tan grande me invade que no puedo dejar de sonreír. Nunca nadie había hecho nada semejante por mí. Y eso que me considero una chica querida, incluso mimada a veces. He recibido muchos regalos y también los he hecho, pero jamás algo de esta envergadura.

Me pongo en pie y me acomodo entre sus piernas. Le rodeo la cabeza con los brazos y lo miro desde arriba; las lágrimas siguen asomándose a mis

ojos, aunque sean de felicidad pura. Me acerco a su boca con lentitud. Sondre introduce las manos bajo mi falda y clava sus ojos en los míos como si me pidiera permiso para aventurarse más arriba. Asiento levemente, con los labios entreabiertos, y empiezo a temblar de la cabeza a los pies.

Atrapa mis labios con los suyos y, no mucho después, me empuja para que me siente a horcajadas sobre él. Inspiro con fuerza cuando siento su miembro duro, pero no me acobardo, como el otro día: tengo muchas ganas de que esto pase, así que voy a dejarme llevar.

Sondre vuelve a mirarme a los ojos cuando lleva las manos al cierre de mi vestido. Trago saliva y asiento; antes de que me dé cuenta, se ha deshecho de él y me ha tumbado en la cama. No es que sea brusco, al contrario; solo, quizás, un poco rápido.

—No tenemos por qué ir más allá si no quieres —dice al ver mi cara.

—Sí que quiero, solo que estoy un poco nerviosa. ¿Tú no lo estabas?

Saca su sonrisa maravillosa a relucir y mis músculos se relajan.

—A lo mejor nos lo estamos tomando con demasiada solemnidad.

—A lo mejor.

Se pone en pie y se quita la camiseta y los pantalones en un abrir y cerrar de ojos. Después se tumba a mi lado. Nos colocamos de costado para quedar cara a cara.

—¿Cómo te lo habías imaginado? —me pregunta.

—¿Con eso pretendes restarle solemnidad al tema?

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no?

Llevo una mano bajo mi cara y la otra sobre su pecho antes de responder:

—No había pensado mucho en ello.

—¿No? ¿En serio? ¿Cómo puedes? Yo hace meses que no pienso en otra cosa.

—¿Meses? —Me echo a reír, pero mi risa es más bien histérica—. Ahora sí que me has metido presión.

Sonríe de nuevo y se me retuerce el estómago, pero no por algo malo, sino de anticipación, de ganas.

Sondre sigue en su lado de la cama y, a pesar de que yo tengo una de las manos sobre su pecho, aún no me ha tocado. Parece que quiere que me acostumbre a estar cerca de él con poca ropa. Si es así, ¡fase superada! Estoy preparada para el siguiente nivel.

Cojo una de sus manos y la llevo a mi cadera. Me besa mientras la desliza hacia la espalda y, cuando nota que me relajo, tira de mí hacia él, poniendo toda mi piel en contacto con la suya.

Un escalofrío de placer me sacude de arriba abajo y se instala entre mis muslos. Gimo cuando siento de nuevo su miembro caliente tan cerca de mí. Sondre suspira y, después, un leve ronroneo surge de su garganta.

Mi piel se calienta ante ese sonido casi tanto como por el contacto, y mi cuerpo se estremece, fuera de mi control.

—¡Oh! —Es lo único que se me ocurre decir, y noto sobre mis labios la sonrisa de Sondre.

—¿Mejor ahora?

—Mucho mejor, ¿no lo ves?

Sondre suelta una carcajada que me hace temer que despertemos a su hermana, así que lo beso con fuerza para que se calle.

Su lengua se enreda con la mía y creo que empiezo a volar: todo es tan caliente, tan húmedo, tan... ¡no sé cómo explicarlo! que me abrumba y me enloquece de placer al mismo tiempo.

La mano de Sondre sube por mi espalda y llega a mi sujetador, que desabrocha con destreza. Lo miro con ironía. Él se encoge de hombros y me sonrío para volver a besarme mientras nos deshacemos de la prenda entre los dos.

Mis pechos están en contacto con su torso, y la sensación es tan placentera que me pongo como un tomate solo de pensar en cómo se sentirán sus manos sobre ellos. No me hace esperar mucho: se gira en la cama y me tumba sobre mi espalda. Con una suavidad exasperante, empieza a acariciar el hueco entre mis pechos.

—Eres preciosa —susurra con la voz ronca.

Intento transmitirle con la mirada que quiero más, no solo unos roces suaves que me calientan pero no me sacian.

Parece que mis ondas electromagnéticas han llegado a su destino, porque sonrío antes de coger uno de mis pechos en su mano y descender para lamer el pezón.

El latigazo de calor me hace respirar con fuerza. Le agarro la cabeza y tiro de él hacia arriba.

—No puedes torturarme así, vas a volverme loca.

Esta vez la sonrisa que me dedica es torcida, y sus ojos están tan fijos en los míos que ni siquiera me atrevo a parpadear.

—Esa es mi intención, ¿acaso lo dudas?

Se tumba sobre mí y encaja sus caderas en las mías, que se elevan buscando un contacto más íntimo.

—¡Oh! —repito cuando vuelvo a perder el control de mi cuerpo.

Sondre no dice nada esta vez, solo se separa un poco de mí y, con delicadeza infinita, se deshace de las prendas que todavía llevamos puestas.

Cuando su mano se dirige hacia mi centro mismo, inspiro con fuerza por la anticipación. Su roce es tan suave que empiezo a temblar. Lo miro con los ojos muy abiertos, incapaz de creer que alguien pueda proporcionarme más placer del que jamás me he proporcionado yo con ese simple contacto.

Ver su miembro erguido supone otra experiencia increíble. Me entran unas ganas tremendas de tocarlo, así que acerco mi mano despacio hasta la punta. Sondre coge aire entre dientes y después traga saliva, haciéndome sentir poderosa.

Los dos tenemos la respiración agitada. Sé que se habla mucho de los preliminares y tal, pero la verdad es que ahora solo puedo pensar en una cosa, y es en Sondre en mi interior. He oído hablar tanto de eso que quiero experimentarlo ya, no necesito esperar.

Sin embargo, todavía se entretiene un poco más en sus caricias. Al principio no me atrevo a pedírselo, pero cada vez estoy más excitada, así que no me corto un pelo y reclamo lo que quiero.

—Sondre, ponte un preservativo. —Vale, quizás no ha sido una petición muy sutil, pero le ha dejado claro lo que deseo, que es lo importante.

—¿Seguro?

—Segurísimo —contesto mientras sacudo la cabeza.

No se hace de rogar y, en pocos segundos, nuestros sexos entran en contacto. Entra en mí igual que ha hecho el resto de movimientos esta noche: con infinita dulzura y sin ninguna impaciencia. No puedo cerrar los ojos, tengo que mirarlo, grabar su cara a fuego en mi mente porque, si normalmente me parece el chico más guapo que he visto, ahora mismo supera todos los cánones de belleza universales.

No estoy muy segura de lo que pensaba que pasaría mi primera vez, pero después de haber leído sobre pinchazos, escozor, dolor (leve o no tanto) y demás descripciones que se leen en los libros, imaginaba que no iba a ser muy placentero, pero lo es. Mucho más de lo que la imaginación me ha dejado figurarme.



TRETTIEN (31)

Me despierto sobresaltada. Todavía es de noche y la habitación está a oscuras. Lo primero que noto son las sábanas calientes sobre mi cuerpo desnudo. Mis ojos se abren como platos en cuanto tomo consciencia de dónde estoy, al mismo tiempo que una sonrisa de felicidad genuina se dibuja en mi boca.

Me vuelvo despacio para no despertar a Sondre. Quiero observarlo un rato antes de salir corriendo hacia mi habitación, hacia mi cama. No me apetece nada de nada alejarme, quiero quedarme para siempre a su lado, sentirme así de feliz para el resto de mis días.

—¿No crees que deberías intentar dormir un poco? —me pregunta, volviéndose hacia mí a su vez y apoyando su mano en mi cadera.

—He dormido un montón. ¿Qué hora es?

—No has dormido más que media horita. Por la mañana estarás más hecha polvo que Astrid.

—Y tú, ¿qué?

—Yo también intentaré dormir.

—¿Por qué no lo haces ya?

—Porque tenerte tan cerca me quita hasta el sueño.

El pellizco que siento en el corazón me templea todo el cuerpo, no solo el pecho. Sondre tiene la voz tomada por el sueño. ¿Lo he despertado yo?

—Quizás va siendo hora de que me vaya y así podrás descansar.

—¿Irte? —¿Es tristeza lo que noto en su voz?

—Si no queremos que Astrid se dé cuenta de dónde he dormido, tendré que cambiar de cama en algún momento.

—Todavía no, quédate un rato más, por favor. —Ahora suena suplicante. Siento que estoy en el cielo. Aunque lo cierto es que, teniendo a este diablillo a mi lado, no me interesan para nada los angelitos.

—¿Sabes? Si fuera por mí, no saldría nunca más de esta cama.

Sondre se agita y, después, se pega a mi cuerpo. También está desnudo y muy despierto, por cierto. Me pongo colorada al notarlo tan cerca. Después de lo que hemos compartido en estas últimas horas, no puedo creer que aún me dé vergüenza, pero así es.

—¿Te quedarías aquí para siempre?

—Sí, sin apartarme de ti ni un milímetro.

—¿Eso significa que yo también debería permanecer en la cama y no salir nunca más? —Me besa en el cuello y una especie de calambre viaja por mi columna hasta los dedos de los pies.

—Por descontado —contesto en un susurro.

Sondre sigue besándome, su lengua alcanza mi barbilla y se desplaza hacia la oreja. Retira mi pelo con una mano para tener mejor acceso y, cuando ya estoy conteniendo el aliento, previendo lo que vendrá a continuación, un fuerte estruendo llega desde el primer piso.

Ambos damos un brinco. Estoy segura de que el susto nos ha despegado más de un palmo del colchón. Nos quedamos en silencio, escuchando para averiguar qué ha pasado, hasta que de repente se oye lo que parece el llanto de Astrid.

Sondre se levanta de prisa de la cama, se pone un pantalón de deporte y sale como una flecha. Yo me pongo el vestido, sin nada debajo, y corro tras él por las escaleras. Me asomo a la habitación de Astrid después de haber pasado por la mía y haberme puesto el pijama en cero coma un segundo. Mi amiga está en el suelo, llorando junto a su hermano.

—¿Qué pasa, cariño?

Sondre me mira alucinado cuando oye mi voz tan cerca de él y de Astrid. Estoy segura de que no entiende cómo he podido cambiarme tan rápido. Ese es uno de mis súper poderes: cambiarme de ropa a la velocidad del rayo.

—Me he caído de la cama —contesta Astrid abrazándose a mi cuello—. Lo peor es que no sé ni cómo he llegado a ella.

—Yo te traje. —Escuchamos la voz de Marlon desde el revoltillo de sábanas—. Te bebiste hasta el agua de los jarrones. Aunque yo no me quedé atrás. —Su voz pastosa corrobora esta última afirmación y, además, explica por qué no se ha levantado a socorrer a su novia.

—Por favor, dime que no estropeé tu fiesta.

—No, cielo, la fiesta fue perfecta. Una maravilla. Muchas gracias por ayudarme a prepararla. —Es una mierda pensar que, para que yo haya podido pasar la noche más mágica de mi vida, ella tenga que encontrarse tan mal ahora mismo. Soy lo peor de lo peor.

—Me alegro de que lo pasaras tan bien, pero siento mucho no acordarme de nada.

—No te preocupes. Miraremos las fotos y lo recordarás todo, ya lo verás.

Marlon se ha levantado de la cama, al fin, y nos ayuda a Sondre y a mí a auparla del suelo.

La metemos entre las sábanas, lo que no resulta tan complicado como pensaba, y después Sondre y yo salimos sigilosamente. Antes de llegar a la puerta de mi habitación, creo que la oigo roncar de nuevo.

Sondre se cuele en mi cuarto.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No hace ni diez minutos decías que no querías salir nunca más de mi cama y mira dónde estamos ahora.

—¿En el borde de la mía?

Mi chico sonrío y me abraza. Rodeo su cintura y aspiro con fuerza.

—Tengo que irme.

—Ya lo sé.

—Pero no quiero.

—También lo sé.

—¿Qué te parece si nos metemos en la cama y me voy en cuanto salga el sol?

—Me parece que nos arriesgamos demasiado. No sería la primera vez que tu hermana aparece por aquí de madrugada, cuando se despierta.

—Hoy no lo hará. Tiene a Marlon.

Me río flojito.

—Es cierto, pero estará deseosa de que le cuente lo que hizo anoche para pillar semejante pedal.

—¡Uf! Esperemos que nunca se entere de cómo fue.

—Sí. Creo que la salud de Storm y Adrian peligraría si la causa de la borrachera trascendiese.

Ahora quien se ríe es él.

—Tenemos buenos amigos —dice al cabo de un rato.

—¿Crees que anoche ocurrió algo entre ellos?

—No lo sé, pero no dudo de que tú estarás al corriente de todo en cuanto amanezca.

—Ya te lo contaré, no te preocupes —afirmo con condescendencia.

Se agacha para darme un beso tan dulce que estoy a punto de pedirle que se olvide de moverse de mi lado ni siquiera cuando salga el sol, pero me contengo. Hemos decidido que le contaremos lo nuestro a Astrid después de Navidad, para que no se le escape delante de toda la familia o, lo que es peor, lo suelte a propósito para vengarse de nosotros por no contárselo a ella desde el principio, que estaría en su derecho, o yo al menos lo veo así.

—Te quiero. —Sondre me susurra tan bajito que no estoy segura de haberlo oído bien. No me atrevo a pedirle que lo repita, pero necesito escucharlo más claramente—. Te quiero como no sabía que se pudiera querer a alguien. —Ahí está. Tengo los ojos llenos de lágrimas de nuevo; no sé cómo puedo ser tan pava.

Tiemblo de la cabeza a los pies, pero soy incapaz de decir nada, al menos de momento. De repente, recuerdo algo que vi en una película. Para asombro de Sondre, le tomo una mano y le dibujo las letras «TAS» en la palma. Al principio me mira de forma extraña, como si creyera que me he vuelto loca o algo así; después sonrío.

—Tendrás que darme alguna pista más.

—Vale —contesto en castellano—. Puedo cambiar de idioma y escribirlo en noruego, solo que en español nuestro código secreto será más difícil de descifrar.

—¿Código secreto?

—Ajá —respondo pícaro. Después deletreo en la palma de nuevo: JVAED (*Jeg vil alltid elske deg*). No quiero que se dé cuenta de que me muero de la vergüenza. No solo acabo de repetir sus palabras, sino que he apostado un poco más fuerte. Las siento, pero las veo un poquito grandes todavía para pronunciarlas en voz alta. Prefiero algo secreto, solo para nosotros.

—¿«Te Amaré Siempre»? —Sus ojos se abren desmesuradamente cuando se percata de lo que le estoy diciendo—. ¿Me amarás siempre? —pregunta, tan emocionado que me estremezco.

—*Forever.*

Amanece. Hace más de una hora que Sondre se ha ido de mi lado y no puedo dormir. Cojo el móvil para escribir un mensaje a Storm.

Yo: *Quiero que me cuentes todo lo que pasó anoche. ¿Hubo tema o no hubo tema?*

Enseguida comienza a escribir. Pensaba que aún estaría dormido, pero se nota que también le ha costado. ¿Será por la emoción?

Storm: *Esa pregunta debería hacértela yo a ti. Tenías muchas más posibilidades que yo de que lo hubiera después de que te allanáramos el camino.*

Yo: *Por mucho que te quiera, no esperes oír ni una sola palabra sobre eso de mi boca.*

Storm: *¡Ja! Lo sabía. Aunque la fama de Sondre lo precede, supongo que ha sido una noche memorable.*

Me sonrojo a pesar de que nadie puede verme. No sé cómo tomarme eso de la fama de Sondre, así que decido no pensar demasiado en ello.

Yo: *Ma-ra-vi-llo-sa. Y se acabó hablar de mí. Ahora quiero saber lo que te pasó a ti.*

Storm: *Ni lo pienses. Si tú no eres generosa, yo tampoco pienso serlo. Además, me hiciste esperar casi una semana para anunciarme que salías con Sondre.*

Yo: *¿Salir?*

Yo: *¿Has dicho «salir»? Yo estaba hablando de enrollarse, o algo así.*

Storm: *Te faltan casi siete días para saber si la respuesta a esa pregunta es sí o es no.*

Yo: *Eso es que sí; es que sí, seguro. Si fuese un poco más tarde, estaría gritando tan fuerte que podrías oírme desde tu casa.*

Estoy tan emocionada por Storm... Adrian le gusta mucho, lo sé. Para él ha sido difícil admitirlo. También fue difícil para mí asumir que me gustaba Sondre, y mucho más crearme que yo podía gustarle a él. Me resulta fácil ponerme en la piel de mi amigo, porque yo estoy viviendo algo muy parecido e igual de emocionante.

Yo: *¿No me vas a regalar ni un caramelito? Al menos dime qué te ha parecido besar a un chico. Porque os besasteis. No me cabe duda.*

Storm: *Eres muy estresante, ¿lo sabías?*

Yo: *Me han llamado cosas peores que eso. Y bien, ¿lo besaste o no?*

Storm: *Él me besó a mí.*

Yo: *Iiiiiiiiiiiiiiiii. Te he dicho que no puedo gritar.*

Storm: *Pues no lo hagas.*

Yo: *¿Cómo podría?*

Mi amigo se toma un tiempo para escribir el siguiente mensaje.

Storm: *Fue el mejor beso de mi vida, con diferencia sobre el segundo. Sé que estoy donde debería haber estado desde hace tiempo, y me siento muy feliz.*

Estoy a punto de romper a llorar. Debo de tener las hormonas alteradas, porque nunca había llorado tanto como en los dos últimos días. Bueno, sí, siempre he sido de lágrima fácil, pero esta semana estoy superando todos los récords.



TRETTITO (32)

Estamos en el aeropuerto. Al fin han llegado las vacaciones de Navidad y mi familia aparecerá por las puertas correderas de un momento a otro. Estoy emocionada y estresada a partes iguales. Si a Sondre y a mí ya nos ha costado que no se enteren de lo nuestro sus padres y su hermana, me gustaría saber cómo lo haremos para disimular delante de siete personas más.

La casa que alquilamos tía Ingrid y yo es muy grande, así que el abuelo Jacob y la abuela Mette se han agenciado una habitación en ella para estar más cerca de la familia durante los próximos diez días.

Creo que mi abuela y la abuela Mette planean celebrar una fiesta en Nochevieja con los dos hermanos de tío Magnus, sus mujeres y su caterva de hijos.

Seremos *tropemil*, o al menos lo parecerá, porque los primos de Astrid y Sondre son de la edad de Toni. Al que menos años le sacamos es a Eskild, que tiene once, pero vamos, les hemos hecho más de canguro que otra cosa en Betlem.

Storm quiere celebrar una fiesta en su casa ese día, después de cenar. Lo que más me atrae de la idea es que, como ya todo el mundo sabe que Adrian y él son pareja, la presencia de Sondre en ella no se le hará extraña a nadie. De todas formas, es raro el día en que tanto él como Adrian no se unen a nosotros para comer o para charlar entre clases.

Me encantaría poder mostrar nuestro amor al mundo, como hacen ellos dos, pero, por otra parte, cada día nos resulta más fácil disimular. No porque

tenga menos ganas de abrazar a Sondre a cada momento, o él a mí, sino porque hemos inventado toda una serie de códigos secretos que nos permiten comunicarnos como si estuviésemos a solas.

Ese es otro tema: poder robar minutos a los días para estar solos sí que es difícil. Algunas tardes vamos a casa de Adrian, con la excusa de jugar a algún videojuego, pero no nos gusta abusar de su hospitalidad ni de la de Storm; además, entendemos perfectamente que a ellos no les apetezca tener a alguien a su alrededor dando por saco.

El primero en aparecer en el vestíbulo de la terminal es Toni. Viene corriendo directo hacia mí con los brazos abiertos y gritando:

—Tata, tata, la abuela me ha dicho que podremos ver la nieve y un campamento vikingo, ¿es verdad? ¿Lo es?

—Hola, bichito —le digo cuando ya lo tengo colgando de mi cuello—. La abuela es un poco bocazas, pero sí, todo eso hemos planeado para estos días, ¿qué te parece?

—*Fantabuloso, tata, fantabuloso.*

Se desprende de mi cuello y se dirige a la abuela Mette casi con la misma efusividad. Es un niño inquieto y muy cariñoso, no se puede contener.

—Abuela Mette, ¿no han venido Eskild y Johannes?

—No, cielo, no han podido venir hoy, pero los vas a ver durante las fiestas, lo prometo.

—Jolín, qué pena. Tenía muchas ganas de que estuvieran aquí, ¿no ha venido nadie, ni siquiera Asta?

Asta es la más pequeña de las primas noruegas, aunque es solo un año menor que Toni. Por su tono queda claro que es a quien menos le apetecía ver, pero aun así, algo es algo, supongo.

En ese momento sale mi madre con cara de susto, y tras ella, todos los demás.

—Está aquí, con nosotros —la tranquilizo para que no siga buscando.

—Es un demonio. Me he despistado solo un segundo para colocar la maleta, lo juro, y ya no estaba. Toni, ¿qué te ha dicho mamá antes de salir de Palma? Si no te portas bien, compraré una cuerda y te la ataré para que no te alejes ni dos pasos de mí.

—Cuidado, cariño —le susurro en plan confidencial—. En Noruega está permitido llevar a los niños atados, y no creo que eso te gustara ni un poquito.

—¿Pero qué dices? —Astrid lo coge en brazos y lo llena de besos—. Te están engañando. Ni se les ocurrirá atarte, porque si lo hacen, llamaremos a la policía, ¿vale?

Mi madre y yo la miramos resentidas.

—¿Quieres encargarte tú de Toni durante los próximos diez días? —la amenaza antes de abrazarla—. Muchas gracias por cuidar tan bien de mi niña. —Aunque se lo dice al oído, puedo escucharla con claridad.

Después de repartir abrazos, apretones de manos y saludos, nos dirigimos en bloque hacia los coches. Tío Magnus se ha ocupado de alquilar una furgoneta grande para que quepamos en ella todos los que queramos ir de excursión. Sí, tienen las vacaciones organizadas por entero: él y mi padre son fanáticos de la planificación. Se entiende que siempre se haya llevado mejor con él que con el resto de sus hermanos, además de que son de la misma quinta, como Astrid y yo.

La abuela me coge de la mano y me pregunta bajito:

—¿Qué tal el tema de los novios, mi vida?

—¿Novios?, ¿qué novios?

—Cariño, soy una rata vieja. A lo mejor a los demás puedes engañarlos, pero yo he vivido demasiados años entre adolescentes como para no darme cuenta de cuándo una chica está tan enamorada como lo estás tú.

Mi abuela fue profesora de Literatura Española en un instituto de Palma durante más de treinta años, y si de algo presume es de conocer bien a los jóvenes.

Enrojezco; estoy segura de que me sale humillo por las orejas. Menos mal que Sondre no ha venido con nosotros a recoger a mi familia, porque mi mirada se hubiese dirigido a él sin remedio y habríamos quedado al descubierto de inmediato.

—Abuela, estás imaginando cosas. A ver si ya empiezas a chochear...

Se separa de mí y me da un cachete en un brazo.

—Estaré atenta, Gina. Te aseguro que no me iré de Stavanger sin conocer a ese chico, ¿te enteras?

—¿Qué pasa, Georgina? —La abuela Mette se ha acercado a nosotras y la amonesta con la mirada—. ¿Ya estás metiéndote en asuntos que no te incumben?

—Si sabes algo y no me lo has contado...

Me alejo de ellas antes de que el asunto vaya a más. Cojo a Toni de la mano y él me la aprieta. ¡Dios! Ha sido una idea pésima que mi familia

viniera a Noruega a pasar las vacaciones. Estar en la misma habitación que Sondre se va a convertir en un infierno. Como si lo viera.

Después de instalarse en la casa que hemos alquilado, las abuelas se ponen a preparar la cena. Ayer, tía Ingrid, Astrid y yo hicimos una compra cuantiosa, pero seguro que aun así no alcanza ni para dos días. Los abuelos se han sentado ante la tele y discuten sobre no sé qué partido de fútbol, mientras que mis padres y mis tíos están decidiendo si van a tomar una cerveza antes de cenar o no. Astrid se ha ido a buscar a Marlon porque quiere presentarlo a mi familia y a sus abuelos, que aún no lo conocen.

Toni ha sacado unos juguetes que ha traído en la maleta y está entretenido, no me presta la más mínima atención. Cojo el teléfono para mandar un mensaje a Sondre, pero él ha sido más rápido que yo:

Sondre: Ahora que todo el mundo está en la otra casa, ¿por qué no aprovechamos que la nuestra está vacía?

Yo: Estoy ahí en menos de diez minutos.

Sondre: Pensaba que me costaría más convencerte.

Yo: Si quieres, me hago de rogar.

Sondre: Para nada. Me encanta que te apetezca tanto como a mí. #TAS.

Me pongo en pie como si tuviera un resorte.

—Mamá, voy a casa. Ya que vosotros vais a tomar algo, yo aprovecharé para adelantar un trabajo que tengo que entregar justo después de las fiestas, ¿vale?

—Por supuesto, cariño, ve. Nos vemos a la hora de la cena.

Me despido de todos y me marcho a la velocidad del rayo.

Sobre las siete, y con el tiempo justo para ir a cenar, salgo de la buhardilla sin hacer ruido. No hay nadie en casa más que Sondre y yo, pero más vale prevenir.

Una vez en mi habitación, me doy una ducha rápida y me cambio de ropa. Me estoy poniendo los zapatos cuando Sondre llama a la puerta.

—Gina, será mejor que nos vayamos ya si no queremos que nos riñan por tardones.

Asomo la cabeza.

—¿Hay alguien? —susurro.

—Creo que no.

Me cuelgo de su cuello y me estiro para besarlo. No me canso nunca de hacerlo; menos mal que a él le gusta tanto como a mí. Yo, que solía pensar que Astrid y Marlon eran como lapas, creo que nosotros los ganamos por goleada.

—No mires a los ojos a mi abuela ni a la tuya —le digo por enésima vez cuando estamos a punto de entrar en la vivienda de alquiler—. Lo mejor sería que aparentáramos estar peleados. Si no, se van a dar cuenta, estoy convencida.

Me aprieta la mano con ternura.

—No te rayes, ¿vale? Si insinúan algo, les saldremos con lo de que somos muy buenos amigos. No notarán nada.

Él puede decir lo que quiera, pero yo estoy muy nerviosa. Estos diez días ya se me están haciendo larguísimos y aún no ha acabado el primero.

Cuando entramos, nos encontramos a todo el mundo de pie y a punto de sentarse a la mesa. Mi abuela es la primera en abrazar a Sondre.

—Dios mío, cariño, eres todo un hombre. Te hemos echado mucho de menos todos estos años. Espero que no se te ocurra privarnos ni un verano más de tu presencia.

Mi madre y mi padre son los siguientes en saludarlo. Se lo ve cohibido y me pregunto si estaría más relajado si no saliéramos juntos en secreto. Ahora entenderá por lo que yo paso a diario con sus padres. Aunque a lo mejor la comparación no es de lo más exacta: hacía muchos años que Sondre no veía a mi familia, por lo que a él deben de parecerle prácticamente extraños. Yo, en cambio, he visto a la suya de forma asidua, con lo que la relación que tengo con ellos es mucho más cercana.

—Vamos a sentarnos, que la cena se enfría —propone la abuela Mette. Por la expresión que tiene, ha notado la incomodidad de Sondre.

Como siempre, formamos dos bandos y nos sentamos los chicos con los chicos y las chicas con las chicas. Cuando Sondre pasa por detrás de mí para colocarse en su sitio, me roza levemente la espalda con un dedo. De inmediato me envaró y tengo que bajar la cabeza ante la mirada inquisitiva de la abuela Georgina.

Me voy a morir de un infarto. Mira que le he dicho que tenemos que disimular más que nunca, ¿para qué lo habré hecho?

—Sondre, muchacho, estás más alto que tu padre —le dice el abuelo Ramón en castellano. Es el que peor habla noruego, por no decir que no lo habla en absoluto—. Pensaba que ya te habrías cambiado el nombre; me acuerdo de cuánto lo detestabas.

Mi abuelo siempre tan carente de tacto. Lo quiero muchísimo, pero desearía que fuera un poco menos seco y tuviera algo más de filtro, sobre todo ahora mismo. Mi chico sonrío, aunque de forma un tanto forzada.

—¿Qué significa «detestar», abuelo? —Por supuesto, Toni no se ha perdido ni una sola palabra de la conversación.

—Significa que algo no te gusta, que casi lo odias.

—¿Odias tu nombre? —le pregunta el niño, para acabar de arreglar la situación, con los ojos muy abiertos.

Sondre le sonrío a Toni.

—Cuando era un poco mayor que tú, no me gustaba lo que significaba, pero ahora ya no me importa.

—¿Qué significa?

—«Venido del sur».

—Pues no me parece tan feo. La abuela me ha explicado en el avión que Mallorca queda en el sur y Noruega, en el norte. Así que el sur está guay, ¿no?

Mientras todos se ríen de la ocurrencia del pequeño, Sondre se vuelve hacia mí y eleva los hombros de manera imperceptible. Cuando mi hermano entienda por qué mis tíos le pusieron ese nombre a mi chico, seguro que será más discreto, pero aún es pequeño para entender todas las implicaciones que tiene y el porqué de que Sondre lo deteste.



TRETTITRE (33)

La Nochebuena y el día de Navidad ya han quedado atrás. Cada noche nos reunimos todos en la casa que alquilamos, ya que es mucho más grande que la de mis tíos. El día de Nochebuena vino uno de los hermanos del tío Magnus con sus hijos y su mujer; por supuesto, Toni fue inmensamente feliz.

Cantamos villancicos en noruego y en español y nos hinchamos a comer *ribbe*, unas costillas de cerdo muy típicas de la Navidad noruega, y muy difíciles de preparar, por cierto; tampoco faltó el *lutefisk*, una conserva de pescado que les encanta a los lugareños y a nosotros (porque la hemos comido desde pequeños, que si no...).

El día de Navidad fue un poco más tranquilo, aunque, para no perder la costumbre, volvimos a comer un montón. La abuela Georgina preparó sopa rellena (se trajo la pasta desde Mallorca porque, según ella, una Navidad sin magnolias no era una verdadera Navidad), y la abuela Mette preparó *pinnekjøtt*, que también son costillas, pero de cordero. Todo muy tradicional, mezcla de culturas, pero tradicional.

Hoy realizamos la primera excursión programada. La visita al campamento vikingo ha sido una pasada: Toni está que no se lo cree. Se ha entusiasmado tanto que quiere quedarse a vivir ahí para poder luchar todo el día con espadas, dice. Se nota que no tiene tanto frío como yo, que aún no me explico que todas esas personas puedan vivir sin calefacción, sin agua corriente y sin ninguna comodidad solo para emular a los auténticos vikingos. Hace falta ser muy apasionado, o eso me parece a mí. Incluso

hemos conocido a una chica francesa que vino atraída por ese modo de vida; se enamoró de uno de los habitantes del campamento y ya tienen tres hijos. Increíble. Eso sí, como atracción turística, no tiene precio.

En palabras de mi hermano, ahora solo nos falta ir a la nieve. En Stavanger llueve a menudo, pero no es habitual que nieve, así que los planes consisten en pasar un día entero en Stavtjorn, una estación de esquí cerca de casa. Bueno, cerca para los noruegos: para nosotros, los mallorquines, viajar una hora y media en coche no es que nos parezca, precisamente, ir a la vuelta de la esquina.

Los abuelos han preferido quedarse; en cambio, se han apuntado Storm y Adrian. Aun así, no cabemos todos en la furgoneta que hemos alquilado, por lo que habrá que añadir algún otro coche. Al principio Astrid se ofreció a llevar el suyo, pero a tío Marlon no le hacía mucha gracia la idea, así que será él quien conduzca su monovolumen.

Mientras que mis padres y mis tíos piensan esquiar, Astrid, Marlon, Storm, Adrian y Sondre van a llevar sus tablas de *snowboard*. Claro, de los noruegos se dice que nacen con los esquíes en los pies, pero yo, aunque no me considero patosa, tampoco soy muy fan del esquí; además, tampoco es que haya tenido oportunidad de practicar. Mis padres dicen que cuando vivíamos aquí íbamos con frecuencia a las pistas, pero yo no consigo acordarme. Así que Toni y yo planeamos quedarnos en la zona infantil y pasarnos el día tirándonos en trineo, hacer un muñeco de nieve, si nos dejan, y bebiendo chocolate caliente.

—¿En serio no vas ni a probar el *snowboard*? Mi hermano y Adrian son muy buenos. Estoy segura de que cualquiera de los dos estaría dispuesto a enseñarte —me dice Astrid mientras nos preparamos para salir. Apenas ha amanecido y yo estoy muerta de sueño. Preferiría mil veces quedarme en la cama y que me contasen la experiencia a la vuelta que salir de excursión ahora mismo, así que no estoy en condiciones de pensar en tablas de esquí, ni en aprender, ni en nada.

—No me estreses, Astrid. Ya lo veremos al llegar. De todas formas, le he prometido a Toni que me quedaría con él, y tampoco es cuestión de dejarlo tirado.

—¿Cómo vas a dejar al niño tirado? Se quedará con tus padres.

—Pues eso es precisamente lo que te quiero decir. Si no me quedo yo con él, los obligo a ellos a no poder esquiar, y les apetece de verdad; en cambio a mí me da igual. —Además, paso de que Sondre me agarre de la

cintura, o de donde sea, delante de todo el mundo. ¿Y si soy incapaz de resistirme a darle un beso? Que una no es de piedra, jolines. Esto no lo digo en voz alta, por supuesto.

—Algunas veces eres un muermo de los gordos, ¿lo sabías?

La miro con los ojos entrecerrados y niego con la cabeza.

—Y tú, muy desagradable cuando te lo propones, ¿te lo había dicho ya?

—Millones de veces, y no solo tú, por cierto.

Unos toquecitos en la puerta nos sacan de nuestra discusión de pacotilla.

—¿Estáis listas, chicas? —Es Sondre. Se lo ve muy excitado, en el buen sentido de la palabra. Este año todavía no ha ido ni una sola vez a la nieve, sospecho que en parte por mi culpa, y se nota que lo echa de menos—. Storm y Adrian están al caer.

—Sí, Marlon me ha mandado un mensaje para avisarme de que ya estaba listo y que nos espera en su casa.

—Pues venga, no os retraséis más. Si llegamos muy tarde, las pistas ya estarán machacadas, y no queremos eso, ¿verdad?

Por mucho que lo intente, no se me pega ni un poquito de su entusiasmo. Estoy segura de que Toni se siente igual. Ojalá a mí me hiciera la misma ilusión que a ellos, pero no sé por qué la nieve nunca ha sido santo de mi devoción. Mi padre piensa que siendo deportista no debería tenerle miedo, más bien al contrario, pero ya sabemos que los miedos no siempre son coherentes.

El camino se me hace corto. Todos los jóvenes nos hemos metido en la furgoneta y les hemos dejado el monovolumen a los carrozas; eso lo ha dicho Toni, y yo me he tenido que reír porque no sé de dónde ha sacado esa palabra.

Mi padre es quien conduce. Ha observado a todos los chicos con intensidad, como si intentara averiguar si alguno de ellos es mi novio, excepto a Sondre. Pobre, si supiera lo desencaminado que va... Estoy segura de que le dará un *parraque*, como a todos los demás, cuando se entere de lo nuestro, aunque confío en que, si todo va bien, ese día no será hoy.

Cuando llegamos a las pistas, Sondre se las ingenia para quedarse a solas conmigo y robarme un beso. Yo miro hacia todos lados para comprobar que nadie se ha dado cuenta.

—Vamos, no te preocupes tanto. Desde aquí no pueden vernos.

—Ya lo sé, pero empiezo a estar cansada de esconderme.

—No queda nada para que terminen las fiestas; cuando no estén todos juntos y no puedan montarnos un follón a lo bestia, será más fácil contárselo. ¿Te acuerdas de que ya lo hablamos?

Asiento, pero no puedo evitar sentirme triste. A mis padres no les va a gustar nada enterarse cuando ya estén de vuelta en Mallorca, y ahora que los tengo cerca, me parece que estoy cometiendo un acto de traición que no me parecía tan grave cuando no los veía a diario. Por una vez en la vida, tengo auténtica prisa de que acaben las fiestas.

El día transcurre de forma apacible y mucho más entretenido de lo que me esperaba. Aunque disfruto de pasar tiempo con mi hermano, no siempre es fácil batallar con un crío de su edad y que vive la vida con la intensidad con que lo hace él.

Sobre las cinco, estamos preparados para volver a casa. Ya hace un buen rato que ha oscurecido y aquí arriba el frío es mucho más intenso que en Stavanger. Yo que me quejaba si en la ciudad la temperatura casi nunca baja de los cero grados, y aquí debemos de estar a menos diez.

En el coche, Sondre se sienta a mi lado y aprovecha la oscuridad para cogerme la mano y empezar a dibujar tes, aes y eses en mi piel. Me imagino que debo de tener cara de boba, porque Storm me da un codazo en las costillas que me hace exclamar de dolor. Sondre, al oírlo, no tarda ni dos segundos en darle una colleja, y finalmente mi padre tiene que poner orden. Todos estamos perdiendo un poco los papeles.

Solo faltan dos días para que mis padres y los abuelos se marchen y ya los echo de menos. Y pensar que cuando llegaron creí que estos diez días se me iban a hacer eternos... Como las casas están tan cerca una de la otra, ni siquiera pensé en mudarme cuando ellos se instalaron aquí, pero a mi madre ahora le ha entrado la añoranza y, aunque no me ha pedido que me quede a dormir con ellos, sí me ha sugerido que pasemos una tarde de chicas, ella y yo solas, para prepararnos para la cena y la fiesta de esta noche.

Después de cenar, iremos a celebrar el Año Nuevo; ellos, con los amigos que aún conservan aquí después de tantos años, y yo, con los nuevos que he hecho. Está contenta y triste a la vez, como me pasa a mí.

—Cariño, lo que más me alegra es lo feliz que te veo. Se nota que te llevas de miedo con la gente a la que has conocido. No sabes lo dichosa que me siento por ti, porque al principio del curso no las tenía todas conmigo.

—¿Qué quieres decir? ¿Pensabas que no iba a adaptarme?

—No sé, creía que nos añorarías más. Pero me alegro mucho de que no sea así. Te lo juro. —Parece que quiere dejar claro que no me lo echa en cara. Aunque eso yo ya lo sabía, puesto que ella no es así.

La cena es mucho más agitada que la de Nochebuena porque los cinco nietos de los abuelos Mette y Jacob están aquí: sus padres también tienen fiestas a las que acudir y han aprovechado que la casa es grande para dejarlos, para disgusto de la abuela Mette, que pensaba que cenaríamos todos juntos. No tienen morro ni nada: en Betlem hacen lo mismo. Espero que sus hijos los traten igual cuando ellos sean mayores, se lo merecerían.

Sondre está espectacular: viste unos simples vaqueros, pero se ha puesto una camisa y una chaqueta elegante para la fiesta de después y no puedo quitarle los ojos de encima. Yo tampoco estoy nada mal: he elegido el vestido que estrené para mi cumpleaños, y no paro de evocar cómo me lo quitó la última vez que lo llevé puesto.

No se ha separado más de un metro escaso de mí desde que ha llegado y, para rematar, se ha sentado a mi lado durante la cena. Mi abuela no para de echarnos miraditas, y yo ya no sé cómo disimular.

Después de desear feliz año nuevo y dar besos a todo el mundo, nos dirigimos a casa de Storm. Va a ser el único rato que estemos solos de verdad, gracias a que Astrid está cenando en casa de Marlon y no hemos dejado que nuestros padres nos acompañaran en coche a la fiesta con la excusa de que nos iría bien tomar el aire tras ingerir tanta comida y tanto vino espumoso.

Paseamos con calma, cogidos de la mano.

—¿Me besarás cuando den las doce o tendré que buscarme a otra? —pregunta cuando estamos a punto de llegar.

—Pues quizás sería lo mejor si no queremos que Astrid sospeche, aunque no tengo nada claro que eso me haga la más mínima gracia.

—Me imagino que estará ocupada en lo suyo y no le dará importancia a que tú y yo nos besemos. Pensará que es lógico. Venga, Gina, yo tampoco quiero que beses a nadie que no sea yo. No se enterarán.

—De momento, bésame ahora mismo. Si por lo que sea después no podemos, esto que hemos adelantado.

Sondre sonrío y me estrecha entre sus brazos para darme un beso tierno y salvaje a la vez, como si pensara que no dispondremos de más

oportunidades. No han pasado ni dos microsegundos desde que ha retirado su boca de la mía cuando oímos la voz de Astrid.

—Feliz año, chicos. ¿Por qué no entráis?

—La pregunta debería ser: ¿qué haces fuera con ese minivestido? Vas a coger una pulmonía.

—Qué exagerada eres. —Se acerca a mí más tambaleante de lo que sería recomendable. Me coge entre sus brazos y me da un beso efusivo—. Qué aburrido ha sido cenar con los padres de Marlon; el año que viene pienso negarme.

Sondre y yo suspiramos. Sabemos que no es verdad, es el alcohol el que habla por ella.

—Venga, hermanito, entra. Tus amigos están esperándote desde hace un buen rato. Decían no sé qué de sacarse una foto hoy que estáis tan elegantes.

Sondre entra. Yo voy a seguirlo, pero Astrid me sujeta por un codo.

—¿Ya has averiguado quién es esa chica que lo trae loco?

Inspiro con fuerza. Está un poco bebida, pero no sé si tanto como para que no note mis mentiras.

—No tengo ni idea —digo con mi tono más alegre.

—Últimamente os veo mucho juntos y creía que te habría hecho su confidente, como hizo Storm.

—No me querrás decir que estás celosa de tu hermano. —Me río en su cara; soy lo peor.

Astrid tuerce la boca.

—Celosa no, pero un poco de envidia sí os tengo. Aunque Sondre y yo ya no estemos peleados, no hemos recuperado la confianza que teníamos antes; en cambio contigo...

—Dale tiempo, mujer. No es que te lo esté recriminando, pero lo cierto es que yo estoy más en casa que tú, y ahora que Adrian pasa más tiempo con Storm que con él, se ha apoyado en mí. —Menos mal que no creo en el infierno, porque si no, ahora mismo, me estaría condenando para toda la eternidad—. Ya sabes que te adora.

—No lo veo tan nervioso como antes de la pelea con Erik. ¿Crees que al final habrá pasado del consejo que le dimos y estará saliendo con la chica que nos comentó?

—No sé qué decirte, Astrid. —Contengo la respiración; de hecho, estoy a punto de confesar. No puedo más, es demasiado duro mentirle así.

Mi amiga se encoge de hombros y me mira con la cabeza ladeada.

—Con el sermón que le dimos, no me extrañaría nada que no se atreviera a contárnoslo. Tendré que hablar con él, pero no esta noche. Hoy vamos a pasarlo bien.



TRETTIFIRE (34)

Acabamos de dejar a mi familia en el aeropuerto. En el coche, de vuelta a casa, siento un vacío tan grande en el pecho que creo que voy a ponerme a llorar de un momento a otro. Sondre está sentado a mi lado y me mira con cara compungida; me coge la mano y me da ligeros apretones para animarme, pero yo solo puedo mirar por la ventana e intentar reprimir el llanto que pugna por salir.

Es la primera vez en mi vida que siento añoranza, y duele, duele de verdad. Además, me siento muy culpable. No les he contado lo de Sondre, por lo que se van a enterar cuando estén a muchos kilómetros de aquí. Ya sé que no soy la primera ni la última hija que no les cuenta a sus padres con quién está saliendo, pero esta situación es diferente a las demás. Encima, la abuela Georgina y la abuela Mette lo saben. No es que me imagine que lo sospechan, no: se han enterado de todo.

Ayer nos sometieron a un tercer grado antes de comer. Nos llevaron a la habitación que ocupaban la abuela Georgina y el abuelo Ramón con una excusa perentoria y entraron a degüello.

—¿Hay algún motivo por el que vosotros dos, tortolitos, estéis ocultando al resto de la familia que salís juntos? —Así, sin paños calientes ni nada.

Me puse blanca como la pared y tuve que sentarme en la cama.

—¿Nosotros? —Sondre aguantó el tipo apenas diez segundos más que yo.

—Sondre Jacob Spillum, aunque tenga que subirme a un taburete, sigo siendo tu abuela y puedo darte una colleja. No me tientes, que llevo diez días muriéndome de las ganas.

Levanté la cabeza con rapidez y vi que mi abuela me miraba a los ojos.

—Te dije en el aeropuerto que se te notaba a leguas de distancia. Me bastó ver la cara de Sondre para saber quién era la otra mitad de la pareja.

—Preferíamos estar seguros de que íbamos en serio antes de anunciar nada. Además, si vosotras nos estáis armando este follón, ¿qué creéis que dirán los demás? —comenté en voz muy baja.

—No dirán nada, ¿qué van a decir? Lo más probable es que al principio se sorprendan, pero después se alegrarán un montón.

—Yo no estoy tan seguro. Astrid nos dejó claro que era una pésima idea que nos liáramos...

—¿Tu hermana lo sabe? —lo interrumpió la abuela Mette.

—¡Qué va! Si es a quien más tememos.

—¿A Astrid? ¿Por qué?

—Porque cuando insinué que me gustaba la hermana de un amigo mío (para tantear el terreno), me dijo que tener un rollo con alguien cercano traía asociados daños colaterales. Que la amistad con mi amigo podía verse perjudicada y mierdas de ese tipo.

—Bueno, a lo mejor ella pensaba que tú estabas hablando de un rollo pasajero. —Mi abuela, tan actualizada siempre, incluso en el lenguaje juvenil—. Pero está claro que lo vuestro es algo más, que no se trata de un calentón.

—Abuela, por favor —intervine, con ganas de parar la conversación—, no les contéis nada todavía. Nosotros tenemos pensado hacerlo, pero queremos esperar.

—¿A qué vais a esperar? ¿A invitarlos a la boda? Me parece ridículo.

—No esperaremos tanto. —Sondre me echó un cable—. Lo sabrán antes de eso, pero todavía no.

—Está bien —accedieron las dos al unísono.

—Pero no tardéis demasiado: ya sabéis lo mal que se nos da a nosotras dos guardar secretos —concluyó mi abuela en tono admonitorio.

—Eso mismo —la apoyó Mette—. Además, con lo que nos ha costado que sucediera algo así...

—En eso tienes razón, Mette, no creí que fuera a ser posible. Aunque aún mantenía la esperanza de que Toni y Asta...

—Vaya par de conspiradoras tenemos aquí. —Sondre se rio y logró quitar un poco de hierro al asunto y que nuestras abuelas dejaran de reñirnos.

Esta mañana, en el aeropuerto, mi abuela me ha abrazado con fuerza y me ha dicho al oído:

—Creéis que estáis haciendo algo malo, y no es así. Además, aunque lo quiera mucho, tengo ojos en la cara, y me parece que eres una chica con muy buen gusto. El niño está para comérselo de la cabeza a los pies. Justo a la altura de una niña tan preciosa como tú.

Me he puesto colorada y le he dado un cachete en el brazo, lo que la ha hecho partirse de la risa.

Mañana se reinician las clases, así que hoy hemos quedado para dar un empujón a la decoración del *russbus*. Aún faltan cuatro meses para que nos montemos en él y vayamos de juerga en juerga durante tres semanas, pero mis amigos quieren tenerlo todo listo cuanto antes. No paran de repetir que llevamos mucho retraso.

Lo suyo es como una obsesión en plan: «Debemos tener el mejor *russbus* de todos». Por lo visto, hay gente que en primero ya comienza a ahorrar para ello. Me parece una locura el dinero que se gastan. De todas formas, el bus que hemos adquirido entre todos es demasiado pequeño para ser elegido como el mejor, o eso es lo que han dicho estos en multitud de ocasiones.

En realidad lo que tenemos no es un bus propiamente dicho, sino una furgoneta un poco grande, pero es que el grupo también es pequeño, somos siete en total: Astrid y Marlon, Julia y Arne, Leah, Storm y yo. Por supuesto, y aunque este no sea su último año, Adrian y Sondre se han unido. Pasan muchísimo tiempo con nosotros, y lo más probable es que estén invitados a la mayoría de las fiestas.

Al principio pensábamos que seríamos unos cuantos más porque algunos de los amigos de Storm y Marlon se apuntaron, pero después les ofrecieron participar en otro bus más grande que, según ellos, iba a estar repleto de tías buenas, y nos dejaron colgados. Leah se cogió un cabreo monumental, porque estaba por uno de ellos; ahora ha pasado a la fase del odio, así que su discurso se ha vuelto más sarcástico y nos reímos un montón con las barbaridades que llega a decir.

Están mucho más emocionados con el tema del *russ* (que es una abreviatura de «graduado») de lo que yo podré estarlo jamás. Es normal:

ellos han vivido las fiestas de los cursos anteriores, pero yo, que no he tenido la suerte o la desgracia, no me he emborrachado de su entusiasmo.

Hemos decidido ocultar el rótulo exterior de los anteriores dueños de la furgoneta y pintar encima un lema nuevo. Por lo visto, Arne es un maestro de los grafitis, y estamos eligiendo qué mensaje tiene que enviar al mundo nuestro *russbus*.

—Yo pondría: «Paz y amor». —«Y el Plus en el salón». La coetilla que mi padre añade de forma indefectible a esa frase estalla en mi cabeza. La idea de Julia no me gusta nada, pero creo que no hace falta que lo exprese en voz alta: los demás ya se han ensañado lo suficiente con ella.

—¿Qué tal: «*We are the best*^[5]»? —propone Marlon.

—Eso está muy visto —se quejan mis amigos, uno detrás de otro.

Permanecemos todos callados durante un rato, pensando cada uno en la frase ideal, y al final Sondre sugiere:

—*Reguladores mea caelum*.

—Mira quién está estudiando latín este año —se mofa Storm.

—¿Podrías traducir para los de ciencias? —interviene Arne.

—«El cielo es mi límite». Estuve un tiempo pensando en tatuarme esa frase; creo que debería hacerlo.

De repente, una idea se abre paso en mi mente. No me lo pienso.

—Chicos, se me acaba de ocurrir... Cuando llegué aquí en agosto, estaba tan alucinada con todo que os veía como descendientes directos de los vikingos.

—Es que lo somos —ataja Adrian mientras adopta una pose de guerrero digna del vikingo más fiero. Storm se ríe, lleno de admiración, mientras niega con la cabeza.

—Perdona, pero yo visité un campamento hace unos días y para nada os parecéis a la gente que vive ahí —me burlo.

—Como si esos fueran vikingos auténticos...

—Bueno, a lo que iba: cuando Sondre ha hablado del tatuaje, me ha hecho pensar en que yo estuve a punto de hacerme una runa vikinga. Al final lo deseché porque se parece demasiado al símbolo de Citroën y pasaba de tener que dar explicaciones.

—«Crea tu propia realidad» —dicen todos casi al mismo tiempo.

—Eso mismo. Si vosotros lo habéis pillado a la primera, los demás buses también lo harán, pero por si no queda claro del todo, podemos escribir debajo la frase.

Parece que mi sugerencia les gusta a todos en general.

—Yo creo que nos pega más algo vikingo que una frase en latín —
secunda Marlon—. Pero las dos me gustan. ¿Votamos?

—No creo que haga falta, me parece que estamos todos de acuerdo. Una
excelente idea, sí, señora —me defiende Astrid.

Arne coge un cuaderno y empieza a trazar un boceto. Mis amigos se
inclinan sobre él para aportar ideas y decidir en qué colores podría quedar
mejor. Yo permanezco en un segundo plano.

Sondre se coloca justo detrás de mí y me coge por la cintura mientras
mira por encima de mi cabeza. De vez en cuando deposita un levísimo beso
en mi pelo. Parece orgulloso de que mi concepto haya calado y percibo la
sonrisa en su cara.

Levanto la vista del dibujo de Arne y me topo con los ojos de Astrid
clavados en su hermano. Tiene el ceño fruncido, y cuando me mira a mí,
siento como si mi pecho se congelara. Dios, después de esto, ¿seguirá
pensando que Sondre y yo solo somos buenos amigos o le quedará claro de
qué vamos? Elevo los hombros y pongo cara de asombro, como si intentara
decirle que no es raro que dos amigos se abracen, pero no estoy segura de
haberlo logrado.



TRETTIFEM (35)

Storm y yo hemos conseguido mantener la costumbre de comer juntos los jueves, aunque ahora vamos a una cafetería próxima al instituto; para mí hace demasiado frío para permanecer sentada al aire libre. Cuando Adrian y él empezaron a salir, nuestra rutina casi se fue al traste porque «nuestros chicos» querían comer con nosotros, aprovechando el hecho de que estuviéramos los cuatro a solas, pero Storm y yo logramos imponernos y este día sigue siendo solo nuestro.

—Me veo empollando como una loca durante todas las vacaciones de Pascua.

—¿Por qué? Llevas el curso genial; en algunas asignaturas incluso tienes mejores notas que yo. No hace falta que te preocupes tanto, Gina, lo vas a hacer estupendamente.

—Pero las notas que necesito para entrar en la Universidad de Tromsø no son bajas. Te recuerdo que ese es el objetivo.

—¿Sigues con la idea de ir a Tromsø el año que viene?

Asiento con la cabeza. No puedo pensar mucho en ello porque me entra la pena. Sondre y yo estaremos a casi dos mil kilómetros de distancia. Mallorca está solo a dos mil cien; intentar imaginar eso es una locura.

—Es lo que tenía planeado desde hace años y me parece una incongruencia cambiar ahora. Lo amo muchísimo, pero me quiero más a mí, y esa es la universidad a la que quiero asistir.

—¿Lo has hablado con él?

—Lo sabe desde el principio del curso.

—Pero yo me refiero a si lo habéis comentado desde que estáis juntos. Niego mientras aprieto los labios.

—Yo he decidido que voy a tomarme un año sabático.

Levanto la mirada para concentrarme en su cara.

—Pensaba que tenías claro que querías estudiar Ingeniería.

—Sigo con la misma idea. Solo que, en vez de empezar este agosto, lo haré el siguiente.

—¿Para esperar a Adrian?

—Sí.

—Sé que aquí no es raro que al acabar el bachillerato os toméis un año para decidir qué queréis hacer con vuestra vida, pero me sigue pareciendo muy extraño.

—Los planes son alquilar un apartamento e irnos a vivir juntos.

Los ojos se me salen de las órbitas.

—¿Vivir juntos? Si no hace ni dos meses que estáis saliendo. ¿No te parece un poco precipitado?

—No sé qué decirte, Gina. Nos apetece probar; nunca he tenido una relación tan intensa —se interrumpe cuando ve mi cara de reproche—. Sí, es cierto que nunca antes había salido con un chico y que con las chicas no me lo tomaba tan en serio, pero eso era solamente porque no sabía que las mujeres no eran lo mío.

Chasqueo la lengua contra el paladar. No ha hecho más que señalar lo obvio, pero sigo viéndolo atropellado.

—De todas formas, no sería antes de final de curso, y si te ayuda a procesarlo, mis padres están de acuerdo. —Esa información sí que me deja alucinada—. Primero nos ofrecieron quedarnos en su sótano, pero después incluso ellos se dieron cuenta de que era mejor para nosotros que nos las arreglásemos solos.

—Me he pasado la vida entera pensando que mis padres eran más modernos que los del resto de mis compañeros de clase, pero está visto que, en este aspecto, incluso yo soy más anticuada que los tuyos.

—Supongo que mi padre y mi madre ven lo feliz que soy, el cambio que ha dado mi vida desde hace unos meses. Adrian es una de las mejores personas que he conocido nunca y además me quiere, Gina, está coladito por mí.

—Y tú por él, que parecéis dos lapas, todo el día pegados. No os cortáis ni un pelo. Aunque tampoco haría falta que anduvierais abrazándoos todo el

día: basta con ver vuestras caras, vuestros ojos, cuando os acercáis el uno al otro, para entender lo enamorados que estáis.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? No hay nada malo en querernos y demostrar nuestro amor, ¿no crees?

—Sabes perfectamente que no me refiero a eso, me refiero a... —Me callo cuando me doy cuenta de que me está tomando el pelo con esa pregunta retórica—. ¡Da igual, ya sabes lo que quiero decir!

—Lo que pasa es que ya no puedes aguantar las ganas de hacer lo mismo. —Frunzo la nariz, pero continúa con el sermón—: Dijisteis que se lo contaríais a todo el mundo después de Navidad y faltan tres días para entrar en febrero. ¿A la Navidad de qué año os referíais, exactamente?

—No hemos encontrado el momento oportuno.

—Nunca lo es. Por una cosa u otra lleváis retrasando el tema, ¿cuánto? Tres meses, ya —se contesta a sí mismo.

—Lo haremos, pero no me presiones, ¿vale?

—El otro día Astrid le preguntó a Adrian si sabía algo. Empieza a sospechar, Gina. Se supone que es tu mejor amiga...

Alzo la palma hacia él para obligarlo a callar. Solo está diciendo en voz alta lo que mi cerebro intenta esconder en algún rincón recóndito, y no me gusta.

—Astrid está muy rara últimamente, por eso no me he atrevido a decirle nada.

—No está rara, está al acecho. Y no me extrañaría que no fuera la única que sospechara. Si piensas que a Adrian y a mí se nos nota que nos queremos cuando estamos cerca uno del otro, deberías fijarte en las chiribitas que salen de tus ojos y de los de Sondre cuando os rozáis pensando que nadie se da cuenta. —Me llevo la mano a la boca, asustada—. Lo que me parece a mí es que os gusta demasiado la idea de que nadie lo sepa y creéis que los demás son gilipollas.

—Retira eso ahora mismo, sabes que no es cierto —le digo enfadada.

—No quiero decirte cómo tenéis que hacer las cosas, bastante tengo con lo mío, pero me parece que empieza a ser hora de que lo hagáis público si no queréis tener un disgusto.

Tomo aire y me miro las manos.

—Pareces mi abuela. Me ha llamado cada semana para darme el sermón desde Navidad.

—Pues si no soy el único que insiste, por algo será.

Mi cara debe de ser un poema, porque Storm alarga la mano para coger la mía.

—Vamos a cambiar de tema. Tengo algo mucho más divertido que contarte.

—Será lo mejor —digo, aún compungida.

—Ya que me cargué tu fiesta sorpresa, vamos a organizar una para Sondre en mi casa. Solo faltan quince días para su cumpleaños y, además, ya será mayor de edad. Eso se merece una buena celebración, ¿no?

Han fijado la fecha para la fiesta de Sondre cinco días antes de su cumple, para que no sospeche nada y porque es el fin de semana más próximo al gran día. No soy supersticiosa, pero leí en algún lugar que es de mal agüero celebrar el aniversario de uno antes de la fecha, y desde hace dos o tres días siento un cosquilleo en la garganta que no es muy agradable.

Es viernes. En cuanto salimos del instituto, Astrid anuncia que Marlon y ella se van a la cabaña de los padres de su novio a pasar el fin de semana; con todo lo que lo ha pregonado para despistar a Sondre, no me extrañaría que se hubiesen enterado hasta los vecinos de la otra calle.

La encuentro más feliz que de un tiempo a esta parte. No sé si soy yo, que veo fantasmas, o realmente ella está rara, pero me parece que nuestra complicidad ha decaído. Decido que ya pensaré en eso mañana: ahora tengo que concentrarme en que Sondre se cambie y acceda a llevarme a casa de Storm. Yo sabía desde el principio que esa misión no me supondría un gran esfuerzo, pero claro, era difícil explicar a los demás por qué estaba segura de ello sin destapar que el agasajado y yo salimos juntos.

—Storm me acaba de mandar un mensaje. Adrian y él están en su casa; nos invita a jugar un rato con la Play.

Sondre arquea una ceja.

—¿Y tú te has puesto tan guapa para estar sentada en el sofá del sótano de Storm?

—No, tonto. Le he dicho que podíamos jugar un rato, pero que después me apetecía salir a bailar o a tomar algo.

—Está bien. Voy a ponerme unos vaqueros, al menos.

Ya sabía yo que esto sería pan comido.

Vamos a pie a casa de nuestro amigo; no queda lejos, y yo no voy vestida para ir en el portabultos de una bici. Nos tomamos nuestro tiempo, como el día de Nochevieja, y disfrutamos del trayecto. Accederemos a la

casa por la puerta principal. Si fuéramos por la parte trasera, sería más fácil que Sondre se diera cuenta de que se cuece algo.

Yo: Estamos aquí, Storm. Ven a abrir.

Storm: Está abierto, entrad directamente.

Lo de los mensajes también estaba pactado. Nuestros amigos son un poco pelicularos, la verdad. Yo creo que no hacía falta, no me parece que mi chico sospeche de lo que le hemos estado preparando toda la semana.

Lo hago pasar delante de mí con la excusa de que la casa está prácticamente a oscuras. Cuando ya casi hemos llegado a la puerta del sótano, se vuelve y me coge entre sus brazos.

—¿Te he dicho que las escaleras se están convirtiendo en mis lugares favoritos del mundo?

—No, pero viendo que mi nariz queda a la altura de la tuya, puedo imaginar por qué.

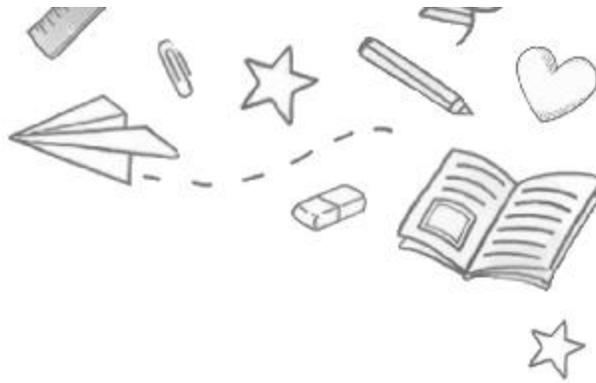
Atrapa mis labios entre los suyos y empieza a besarme. No pasa nada, pienso, que esperen medio minuto más. Podemos entretenernos un poco en esto ahora, ya que en toda la noche no podremos besarnos. Me entrego al mil por cien, intentando hacer de este un beso épico. Caigo en la cuenta de que ha sido una pésima idea cuando la puerta del sótano se abre y se escucha un «sorpresa» coreado por una veintena de voces.

Me quedo congelada en el sitio cuando el recibimiento se transforma en un montón de silbidos y varias expresiones del tipo: «¡Vaya, vaya!», «mira estos», «¡toma ya!».

Sondre apoya la cabeza en mi hombro, pero no me suelta. Lo siento suspirar.

—Bueno, al menos nos ahorraremos el tener que decírselo a nuestros amigos.

Yo soy incapaz de emitir palabra. Entre todos los rostros que nos observan destaca uno, el de Astrid. Jamás la había visto tan enfadada.



TRETTISEKS (36)

En cuanto entramos, comenzamos a recibir las felicitaciones de nuestros amigos. Yo estoy un poco cortada, pero muy contenta a la vez. Me había preocupado tanto la reacción de la gente a lo nuestro que no había pensado en lo bonito de darnos la mano y besarnos sin tener que vigilar nuestro entorno.

No obstante, el cabreo de Astrid puede distinguirse desde Mallorca. Sé que debería haberme dirigido a ella en primer lugar y explicarle los motivos por los que Sondre y yo hemos mantenido nuestra relación en secreto, pero no quiero dar un espectáculo delante de todo el mundo. Seguro que ya tendremos tiempo de hablarlo más tarde, cuando estemos solas.

Sondre no se separa de mí ni un momento, incluso me insta a sentarme sobre sus rodillas durante un rato. Yo me río y lo beso. Hacía mucho que la cara no me dolía de tanto sonreír, ¡estoy tan feliz!

Me escapo un momento al baño y, en menos de tres segundos, Leah y Julia están ahí para hacerme un tercer grado.

—Chica, qué escondido lo teníais.

—¡Con lo bueno que está! Después de lo que triunfó con las chicas de primero el año pasado, pensaba que ninguna sería capaz de cazarlo.

Llaman a la puerta antes de que haya tenido tiempo de contestar. Julia se acerca para preguntar quién es.

—Soy Astrid. Abre, Julia.

Nuestra amiga obedece, a pesar de que el baño no es muy grande y de que yo todavía no he terminado de hacer pis.

—¿Podéis dejarnos solas, por favor? —es lo único que dice cuando consigue colarse dentro del aseo. Con la cara que pone, Julia y Leah deciden hacer mutis por el foro.

Astrid solo me mira. No dice nada mientras termino y me subo las braguitas. Yo también la observo, pero no me atrevo a pronunciar palabra.

Me coloco a su lado para lavarme las manos. Ella se aleja de mí y se apoya en la puerta con los brazos cruzados. Tiene los ojos brillantes, no sé si de rabia, de pena o de ambas. También puede que haya bebido más de la cuenta; no se lo reprocharía si fuese así.

—¿Desde cuándo, Gina? —Su tono es tan hostil que me estremezco de la cabeza a los pies.

—Desde que viajé a Mallorca en noviembre. Cuando se apeó del coche para darme la bufanda que me había olvidado —contesto con la vista fija en mis manos. Me doy cuenta del tiempo que ha pasado desde entonces y me aborrezco un poco.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —escupe. Tiene la cara contraída. Sabía que el encontronazo con ella iba a llegar, lo llevo aguardando desde que nos han pillado *in fraganti*, y aunque esperaba cierta hostilidad por su parte, no imaginaba que podía llegar hasta este punto.

—Nos pareció una situación delicada. Preferimos mantenerlo en secreto hasta que nosotros mismos supiéramos si iba a ser algo duradero o no...

—¿Una situación delicada? Vale, puedo entender que no se lo quisierais contar a nuestros padres, pero ¿desde cuándo tenemos secretos tú y yo?

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—No los tenemos, pero...

—No hay peros, Gina. Yo siempre te lo he contado todo, ¿por qué me has escondido algo tan importante?

—No ha habido ocasión de...

—¡Oh, no, qué va! Ni siquiera te has dignado a acercarte a mí esta noche. Te has estado pavoneando por toda la fiesta agarrada a mi hermano sin preocuparte por lo mal que me ha sentado veros besándoos y darme cuenta de que era tan ajena a vuestra relación como todos los demás. —Respira agitada. Su enfado se va elevando y me avergüenzo un montón de mí misma—. Mira, prefiero que no me mientas y, sobre todo, que no me tomes por gilipollas. Has tenido un millón de ocasiones para decírmelo. Han pasado tres meses. Tres meses. Hostia, si hasta te he preguntado por su

supuesta novia en varias ocasiones. Y todas esas veces, me has mentido. A mí.

—Ya lo sé, Astrid, y lo siento mucho, de verdad, pero... —Tengo la cabeza gacha. No me atrevo a mirarla a la cara porque todo lo que dice es cierto. Me entran ganas de llorar como si fuera una niña pequeña.

—No lo entiendo, Gina. Además, ¿Sondre? ¿En serio? Si no os parecéis en nada, joder. —Se pone a gritar, y yo trato de interrumpirla antes de que esto vaya a más, pero no me deja meter baza—. Lo mejor que podrías hacer es cortar con él ahora mismo.

Se ha pasado con el alcohol. Si no, no entiendo a qué viene esto. Frunzo el ceño.

—¿Cortar con él?, ¿por qué?

—Primero, porque nos hemos criado como hermanos. Lo que estás haciendo no está bien, y lo sabes. Me temo que era por eso por lo que lo llevabais en secreto. Segundo, porque en unos meses te irás a Mallorca y después, cuando vuelvas, te instalarás en Tromsø, que, por si no te has dado cuenta, está en la otra punta del país. —Hasta ahora he aceptado sus reproches, incluso los tacos que nunca usa, avergonzada de mí misma y sin contestar, pero está empezando a tocarme las narices—. Además, sabías que él y yo estábamos retomando la amistad que perdimos hace tres años, que el nexo aún era frágil, pero no podías cortarte un poco, no: tenías que venir y meterte entre nosotros dos. Tú afán de protagonismo supera todos los límites.

—¿Perdona? —grito. A la mierda todo. Si quiere pelea, la tendrá—. Si no hubiese sido por mí, tu hermano y tú seguiríais sin hablaros. No era consciente de lo intransigente que puedes llegar a ser, pero ahora que lo veo, me pregunto si toda la culpa del enfado era de él, como te has pasado años queriendo hacerme creer. Y en cuanto a mi afán de protagonismo: deberías mirar la viga que tienes en el ojo antes de acusar a la paja del mío. Te estás poniendo en evidencia solo porque tu hermano y yo no te hemos contado un secreto. —Creo que incluso parezco más alta. Nunca había gritado a nadie de la manera en que lo estoy haciendo, pero lo cierto es que necesitaba el desahogo—. No es que tú fueras la única ajena: no lo sabía nadie.

—¿Ah, no? Pues por lo que tengo entendido, Storm y Adrian estaban al corriente.

Ahí me ha pillado. Y tendría que añadir que las abuelas también lo saben, pero decido no echar más leña al fuego.

—Es cierto, y fueron mucho más comprensivos que tú. No entiendo por qué tienes que ponerte de esta manera. Estoy saliendo con tu hermano, sí, pero eso no tiene nada que ver con nosotras dos.

—¿Cómo que no? Tiene todo que ver con nosotras: lo nuestro ya nunca podrá ser igual que antes. Es mi hermano, joder. ¿Cómo te sentaría a ti que yo saliera con Toni?

—¡Venga ya! No seas ridícula. Eres diez años mayor que Toni. No hay punto de comparación.

—Tú también eres mayor que Sondre.

—¡Dos meses! ¿No te das cuenta de lo ridícula que sueñas?

De nuevo se oyen unos golpes en la puerta. Se ve que nuestro escándalo se oye desde fuera y alguien debe de querer mediar paz.

—¿Podéis abrirme? —La voz de Sondre resuena seria desde el otro lado.

Astrid se vuelve, agarra el pomo y tira de él con ímpetu. Afuera, la música ha cesado y casi todo el mundo mira hacia el lavabo sin disimular la curiosidad por nuestra pelea.

La cara de Sondre refleja una pena infinita. Detrás de él, Storm y Marlon, que parecen sus guardaespaldas, tampoco se ven muy alegres.

Astrid niega con la cabeza. Aunque no sé qué expresión se refleja en su rostro, la puedo imaginar.

—No me esperaba esto de Gina, pero a ti, después de lo que nos ha costado volver a la normalidad, no te veía capaz de ocultarme algo así. —No grita, pero la rabia que destilan sus palabras me duele tanto o más que si lo hiciera—. No podéis seguir saliendo juntos, Sondre.

—No creo que eso sea algo que debas decidir tú o en lo que tengas siquiera derecho a opinar. —Está serio, pero no le ha hablado mal a su hermana.

—De acuerdo. Si no tengo derecho a opinar, como tú dices, os vais a quedar sin saber qué pienso durante una buena temporada. Creo que ya sabes cómo funciona eso, ¿no?

Observo las caras de los asistentes a la fiesta. Al mismo tiempo que una exclamación generalizada de asombro sale de sus bocas, sus rostros se ensombrecen. Marlon da un paso adelante; parece que quiere decirle algo a su novia, pero ella levanta la mano para impedirselo.

—¿Qué tontería es esa, Astrid? ¿Escuchas lo que estás diciendo? —le pregunta su hermano—. Creo que tampoco es para tanto. No te tomes la vida tan a pecho, joder.

Le pongo una mano en el hombro a mi amiga. Espero que recapacite y se dé cuenta de que ese ultimátum es absurdo. Puedo entender que se ha puesto un poco celosa y que yo he avivado el fuego gritándole como una posesa, cosa de la que me arrepiento muchísimo, pero ¿llegar al extremo de retirarnos la palabra? Eso escapa de mi comprensión.

Astrid se revuelve para que la suelte y echa a caminar hacia la salida sin mirar atrás.

Marlon la sigue, no sin antes decirme con los ojos cuánto lo siente.

Clavo la vista en Sondre, que parece tan hecho polvo como yo. Su boca es una fina línea blanca y su expresión es desoladora. Me acerco a él despacio. Nuestros ojos no se despegan; abre los brazos y me refugio en ellos.

—¿Qué vamos a hacer, Sondre?

—Vamos a darle tiempo. Quizás mañana vea las cosas de otra manera, ¿vale?

Asiento con la cabeza, pero sé lo testaruda que es Astrid. Intuyo que el enfado no va a durarle solo dos días. Lo único que espero es que nuestra amistad no se haya roto para siempre.



TRETTISJU (37)

Después de la pelea con Astrid, me paso la noche tiritando de puros nervios. Sondre se queda a dormir conmigo en su antigua habitación y me abraza con fuerza. No para de darme besos suaves en el pelo como si fuera un bebé; aun así, no hay manera de que me calme.

Hablamos en susurros durante mucho rato y decidimos que lo mejor que podemos hacer al levantarnos es contarles lo nuestro a mis tíos. Después llamaré a mis padres y también se lo explicaré.

—Solo espero que no se enfaden tanto como Astrid.

—No lo harán, no te preocupes, y mi hermana entrará en razón, ya lo verás.

—Pues como tarde dos años en volver a hablarme, como hizo contigo, el año que viene lo voy a pasar de pena en Tromsø. —Intento gastar una broma, pero la voz me sale tan triste que Sondre me mece entre sus brazos.

—¿Sigues pensando en ir a Tromsø el próximo curso?

—Sí, esa es la idea. ¿Por qué?

Sondre inspira unas cuantas veces sin decidirse a hablar; cuando finalmente lo hace, suena un poco distante.

—No sé, pensaba que podrías ir a la Universidad de Stavanger y que así podríamos seguir estando juntos.

—Pero mi ilusión y la de tu hermana ha sido siempre estudiar Ciencias del Mar cerca del Círculo Polar Ártico, por eso elegimos Tromsø.

—Ya lo sé, aunque nuestra universidad también goza de buena fama. No es necesario que te vayas tan lejos. Tromsø está a dos mil kilómetros de

aquí. No podremos vernos nunca.

Me giro en la cama para observar mejor su cara, a pesar de que él sigue estrechándose como si tuviéramos que despedirnos mañana mismo y no pudiera hacerse a la idea. Le dibujo una te, una a y una ese en la barbilla.

—Sabes que te quiero con locura y que te echaré muchísimo de menos, pero si me quedo aquí solo para que podamos vernos a diario, eso planeará siempre sobre nosotros. ¿Crees que vale la pena? Es solo un año.

—Cuando yo termine el instituto, podemos irnos juntos; ni siquiera hace falta que asistas a la universidad aquí si no quieres. Storm se cogerá un año sabático, y tú podrías hacer lo mismo. Después nos vamos a Tromsø al año siguiente.

—Y tu hermana, ¿qué?

—¿Mi hermana?

—Sí, Astrid, ¿te acuerdas de ella? El plan era irnos las dos, juntas. ¿Con quién se marchará a Tromsø? Si ahora ya está enfadada, imagínate cómo se pondrá cuando le diga que no me voy con ella. Además, el tema del año sabático vosotros lo tenéis muy arraigado, pero no sé qué pensarán de ello mis padres. Ya les cuesta un montón de dinero que yo estudie aquí.

—Pues más a mi favor: durante este año puedes trabajar y ahorrar para ayudarlos a pagar tu carrera.

—No lo sé, Sondre. Tengo que pensarlo. Debería hablarlo con todos primero, y tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos ahora.

Resopla flojito. Los dos somos unos cabezotas y, cuando decidimos algo, es difícil hacernos cambiar de opinión. Por otra parte, ninguno ha tenido pareja antes, y hay cosas en las que no nos gusta ceder. Para mí, mi futuro es una de ellas.

Astrid ha dormido en casa de Marlon, o eso es lo que me imagino cuando me asomo a su habitación y veo que la cama está hecha. Me doy una ducha rápida y me visto con ropa cómoda. Hoy voy a quedarme en casa estudiando, así que tampoco hace falta ponerse de punta en blanco.

Cuando salgo de mi habitación, Sondre está bajando las escaleras de la buhardilla. Entrelazamos nuestras manos y emprendemos el camino hacia la cocina. Justo antes de entrar, me da un apretón para infundirme ánimos. Yo inhalo.

Mis tíos están sentados a la mesa, terminando de desayunar. Cuando nos ven entrar con las manos unidas, ambos levantan las cejas.

—Tenemos algo que deciros —empieza Sondre, un tanto serio.

—No es nada malo —me apresuro a aclarar cuando veo sus caras alucinadas.

—Gina y yo estamos juntos. —¿Para qué andarse con rodeos cuando puedes arrancar la tirita de golpe y sin piedad?

Tía Ingrid cierra los ojos y frunce la cara antes de preguntar:

—*What?* Espera, ¿qué? —A continuación se echa a reír como si estuviera loca de alegría. Se levanta del taburete en el que está sentada y se acerca a mí con los brazos extendidos y con intención de darme un abrazo.

La que se queda a cuadros entonces soy yo. No tengo ni idea de cómo reaccionar. Pensaba encontrar algo de oposición, o al menos un: «Chicos, creo que deberíais tener un poco de sentido común», pero nunca imaginé que se agarraría a mi cuello para felicitar me tan efusivamente.

Tío Magnus es más comedido, pero palmea la espalda de su hijo mientras tía Ingrid me mece de izquierda a derecha con cariño.

—¡Guau! —Es lo único que se me ocurre decir cuando ya nos han felicitado los dos—. ¡Guau! Esto sí que no tiene nada que ver con lo que había pensado que sucedería cuando os lo contásemos.

—¿No? ¿Por qué? —pregunta mi tía con la cara más risueña que le he visto desde que en navidades estuvimos todos juntos.

—No sé, quizás por lo mal que se lo tomó Astrid, o porque pensaba que diríais aquello de que nos hemos criado como hermanos y tal.

—¿Astrid se enfadó? —pregunta tío Magnus con el ceño fruncido—. ¿Por qué?

—No lo sé, se puso como loca cuando se enteró anoche...

—La culpa es mía, creo —interrumpo a Sondre antes de que se le ocurra dejar mal a su hermana. Tampoco es plan—. Yo hubiese reaccionado más o menos igual que ella: el problema no es que salga con Sondre, sino el tiempo que lo hemos ocultado.

—¿Desde cuándo...? —Ahora sí, la cara de tía Ingrid es de preocupación, algo a lo que creo que puedo enfrentarme mejor.

—Desde noviembre —contesta Sondre alzando nuestras manos, aún entrelazadas.

Tío Magnus esboza una mueca muy divertida mientras tía Ingrid se lleva la mano a la boca.

—¿Tanto tiempo? ¿Qué le voy a decir a tu madre?

—No creo que Sofía te diga nada, te tiene enchufada, pero veremos cómo va a tomárselo Ignacio. Porque supongo que ellos tampoco están

enterados, ¿verdad?

—No os preocupéis, yo se lo diré ahora. Pensaba llamarlos enseguida.

—Habéis estado tres meses como pareja bajo el mismo techo que nosotros. —Tía Ingrid se sienta mientras se lleva la mano al pecho—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta de nada? Al veros entrar juntos pensé que se trataba de algo mucho más reciente.

—Es que queríamos estar seguros... —Empiezo con el mismo rollo, pero tía Ingrid no me deja seguir hablando.

—Lo entiendo, es vuestra decisión; no tenéis por qué contar algo así a vuestros viejos si no queréis. No es nada malo, y sé que los dos... —Mira a Sondre y frunce un poco el ceño, después le guiña un ojo—. Sé que Gina es lo suficientemente responsable como para tomar una decisión así. Pero, por otra parte, también puedo comprender por qué Astrid se lo ha tomado un poco mal.

Sondre abre la boca para protestar. Astrid no se lo tomó «un poco mal»: la noticia le cayó como un tiro.

—Sé lo que vas a decirme, cariño —lo interrumpe su madre—, pero ponte en su lugar. Piensa en tu amistad con Adrian, por ejemplo: no es ni una décima parte de lo antigua que es la suya con Gina y, aun así, estoy segura de que si Astrid y él llevaran tres meses saliendo juntos, no te haría ninguna gracia enterarte al mismo tiempo que todos los demás. ¿Qué pasó? ¿Se os ocurrió hacerlo público en la fiesta de ayer?

—Peor —digo, entendiendo un poco más a mi amiga—. Nos pillaron besándonos.

—Vale —interrumpe tío Magnus—. Ignacio no puede saber que os besáis, ¿queda claro?

—¡Magnus!

—¡Ingrid! —replica mi tío sin un ápice de diversión en la voz—. Le he oído repetir lo mismo desde que nació Gina: «Al primer chico que venga a casa con mi hija, voy a sentarlo en una silla y, mientras me doy golpecitos con un bate de béisbol en la mano, voy a decirle: ‘Está bien, chico, yo también he tenido dieciséis años y sé qué pensamientos rondan tu mente, así que esas manitas quietas’». —Imita a mi padre a la perfección y a mí me entra la risa, porque es cierto que siempre se enroca con lo mismo—. Nunca me ha dicho nada acerca del sermón que le echaría al padre del chico porque jamás nos planteamos la posibilidad de que pudiera ser yo.

—¿Nunca?

—¿Acaso Sofía y tú sí lo pensasteis?

—Claro que sí. Miles de veces.

—¿Miles de veces?

—Millones. En Navidad fue la última ocasión en que hablamos de ello.

—Otras como las abuelas —resopla Sondre. Sigue sosteniéndome de la mano, y cada cierto tiempo me la aprieta con más fuerza para que no se me olvide que está aquí, junto a mí.

—La abuela Georgina y la abuela Mette se dieron cuenta en Navidad de que algo pasaba entre nosotros y nos sometieron a un interrogatorio —explico con una sonrisa.

—Siempre han sido unas conspiradoras. —Tío Magnus se pasa las manos por la cara—. Estoy seguro de que hubiesen hecho lo posible por casar a tu padre conmigo, o con cualquiera de mis hermanos. Para su mala suerte, ninguno de nosotros resultó ser gay.

Me entra la risa floja mientras Sondre se lleva la mano libre a la frente y se la masajea. Seguramente, como estoy haciendo yo, se imagina a nuestras abuelas en plena acción, y no me extraña: las dos son tremendas.

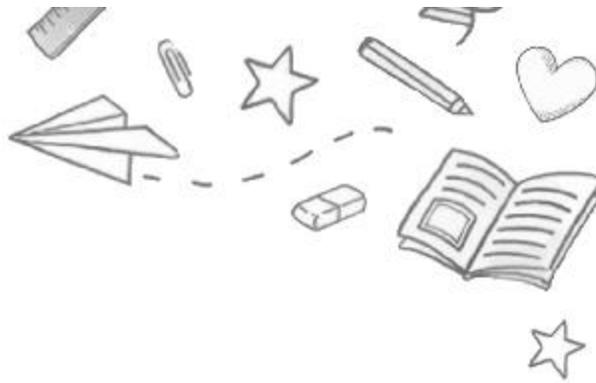
—Voy a llamar a mi madre. —Me dirijo a la habitación y tiro de Sondre para que me siga.

—Está bien, cielo. Pásamela en cuanto acabes de hablar con ella.

—¿No podrías esperar un poquito? Tu padre me va a poner a caldo y preferiría que fuera después de comer. —Tío Magnus tiene cara de estar cagado de miedo.

Sigo riéndome cuando la puerta de la calle se abre. Astrid entra, muy contenta, de la mano de Marlon. Su cara cambia de inmediato al vernos a su hermano y a mí también con los dedos entrelazados, delante de sus padres.

—Veo que ya se ha enterado todo el mundo. —El rictus de su boca cambia en cero coma un segundo; tiene los labios lívidos. Intento acercarme a ella para hacer las paces, pero niega con la cabeza y, sin hablar con nadie, tira de Marlon hacia las escaleras, pasando de todos nosotros.



TRETTIÅTTE (38)

Este año Pascua ha caído a finales de marzo, así que he pasado una semana en la isla y ahora ya estoy dentro del avión, de regreso. Echaba tanto de menos a mi familia que el primer día no me dio ni tiempo de añorar a Sondre, pero a partir del segundo, las cosas empezaron a cambiar. No podía dejar de pensar en él y en las ganas que tenía de verlo, de abrazarlo, de dormir a su lado. Sí, mis tíos han hecho la vista gorda y, desde el día en que les contamos que salíamos juntos, hemos pasado todas las noches en la buhardilla. Quiero decir que no les hemos pedido permiso: la primera noche, después de darme cuenta de que el enfado de Astrid no pasaría así como así, busqué refugio en la cama de Sondre, y hasta ahora.

Astrid sigue sin hablarnos a ninguno de los dos. No sé qué más decirle para que me perdone. Mis tíos, la abuela Mette, hasta Storm han tratado de interceder, pero nada ni nadie ha podido convencerla. Por lo que sé, Marlon también le ha dado la lata con lo de que hagamos las paces, pero el pobre ha dejado de insistir, frustrado.

Tía Ingrid no para de repetirme que le dé tiempo, que seguro que se le pasará, solo que, al igual que le cuesta mucho enfadarse, le cuesta mucho perdonar. Yo empiezo a dudar: han pasado casi dos meses y seguimos como al principio.

Julia y Leah van como pollo sin cabeza; pobres, estoy segura de que incluso han establecido turnos para que ni Astrid ni yo pensemos que se han puesto del lado de la otra, y reparten su tiempo entre las dos. Les estoy

inmensamente agradecida, porque no sé qué hubiese sucedido si ellas también me hubieran dejado de lado.

En cuanto a Storm, Marlon es su mejor amigo, así que también intenta mantener un equilibrio entre una pareja y otra. Adrian y él son tan dulces y están tan enamorados que suspiro solo de pensar en ellos. Lo mismo que cuando pienso en mi novio.

No me puedo creer que ya llevemos casi medio año juntos. Cada día descubro facetas nuevas de él que me gustan más y más. No es para nada el chico hosco que me miraba malhumorado el primer día de clase, al contrario: es tierno y me hace reír un montón.

Mi padre no le cortó la cabeza al tío Magnus, como este temía, pero me echó un supersermón antes de salir de casa. A él ni siquiera le he insinuado que Sondre y yo pasamos las noches juntos; estoy segura de que lo hubiese matado de un ataque al corazón, así que ¿para qué arriesgarme? A veces pienso que mi abuela, su madre, es mucho más moderna que él. ¡Hombres!

Cuando accedo al área de llegadas del aeropuerto, Sondre me espera con un ramo de flores multicolor y una sonrisa tan ancha como su cara. Me derrito por dentro y corro hacia él para colgarme de su cuello y comérmelo a besos.

—¿Has venido en el coche? —Se ha sacado el carnet de conducir en poco menos de dos meses. Yo ni siquiera he empezado a ir a clase, pero me da igual; lo usaré de chófer, ya se lo advertí, así que ahora no podrá quejarse.

—Por supuesto —contesta entre beso y beso—. Vamos a dejar la maleta en casa. Después hemos quedado con Adrian y Storm para ir al *pub* aquel que te comenté. ¿Te acuerdas?

—¿El que tiene karaoke?

—Justo ese. —No puedo separar mi boca de sus labios durante todo el camino hacia el coche.

—Me parece genial. Me apetece salir. —Mañana no hay clase; he vuelto un día antes, muy a pesar de mi padre. Menos mal que mi madre ha mediado por mí.

El *pub* está abarrotado de gente, pero encontramos una mesa libre con cuatro taburetes en una de las esquinas. Adrian se apropia del repertorio de canciones en cuanto nos sentamos.

—¿No pensarás cantar, verdad? —le dice Storm con cara seria.

—Claro que cantaré, y diré bien alto y bien claro a quién le dedico mi canción de amor.

—Mientras no elijas una de Gabrielle...

—¿Por qué no?

—Por favor, ¿Gabrielle? No me puedo creer que haya encontrado al hombre de mi vida y que le guste Gabrielle.

—¿Soy el hombre de tu vida?

Storm entrecierra los ojos y niega con la cabeza.

—Repítelo —dice Adrian mientras se lo come a besos.

—Eres el hombre de mi vida.

—Chicos, esto empieza a parecerse demasiado a aquella escena de *Skam*, ¿o solo son imaginaciones mías?

—Sondre, por Dios, con lo bonito que les había quedado. —Le doy un cachete en un brazo mientras me parto de la risa.

—Me moría de ganas de decirlo algún día. —Storm ríe feliz mientras mantiene la mano enredada en el pelo de su chico—. Podrían habernos contratado a nosotros para la dichosa serie, ¿a que sí?

—Sois igual de pegajosos que Isak y Even, si es a lo que te refieres —contesta Sondre.

—Mira quién fue a hablar. —Adrian no se queda atrás—. El que va a buscar a su novia al aeropuerto con un ramo de flores.

Me pongo como un tomate; menos mal que con las luces de ambiente no pueden distinguirlo. Ni quiero imaginarme cómo se habrá puesto Sondre. Aunque no lo parezca, es muy tímido.

—Se supone que no tenías que contárselo a nadie, Adrian, tío.

—Vamos, si los cuatro que estamos a la mesa lo sabemos. No pasa nada.

—«A nadie» significa ‘a nadie’.

—¿Cómo crees que no le iba a contar algo así a Storm? Solo para ver si coge ejemplo.

¡Son tan monos los tres! No puedo sentirme más feliz. Hago una foto mental del momento y la guardo donde atesoro los mejores recuerdos de mi vida. Este será uno de ellos por siempre jamás.

Adrian sale a cantar, tal como prometió hacer. Tiene una voz preciosa, y se me pone la carne de gallina mientras interpreta *Fallin' all in you*, de Shawn Mendes. Aplaudo como una loca cuando termina y vuelve a la mesa.

Grito «bravo» una y otra vez, y lo beso en la mejilla antes de que llegue junto a Storm y no lo suelte nunca más.

De repente, Sondre acerca su taburete al mío hasta que quedan completamente pegados. Me agarra de forma posesiva, ansiosa. Lo miro con el ceño fruncido y él me señala a un grupo de chicos que están montando follón al otro lado del local. Al principio no los reconozco, pero después uno de ellos mira en nuestra dirección y su sonrisa lobuna me eriza la piel. Es Lukas, y está con sus amigos. Yo también me pego más a Sondre, si cabe. Storm y Adrian se percatan del cambio en nuestra actitud y nos miran extrañados.

—¿Qué pasa, tío? No me digas que canto mal, porque no es cierto — dice un todavía sonriente Adrian.

—No es eso —contesta Sondre señalando una vez más en la dirección de sus antiguos amigos—. Esos no están aquí para cantar, han venido buscando lío. Me apostaría un millón de coronas.

Adrian los observa durante unos segundos y después fija los ojos en los de Sondre.

—No dejes que condicionen tu vida. Están aquí, vale, pero a lo mejor ni siquiera te han visto.

Justo en ese instante, Lukas alza la cerveza que tiene en la mano y hace un brindis en nuestra dirección.

—¡Qué va, no me han visto! —exclama Sondre con la voz cargada de sarcasmo.

—Y aunque lo hayan hecho, ¿qué pasa? No se acercarán a molestarnos. También apostaría un millón de coronas a eso. —Adrian parece muy tranquilo, pero Storm se muestra tan nervioso como yo. Se ve que sabe de quién se trata y no le hace ninguna gracia que se haya dejado caer por aquí.

—No, no lo harán, al menos mientras estemos aquí dentro.

—Entonces, listo. Esperaremos a que se larguen y ya está.

Sondre suspira por toda respuesta y el ambiente decae de forma rápida.

—Venga, voy a buscar una canción en español y os voy a deleitar con mi fabulosa voz —digo, para ver si consigo relajar los ánimos de nuevo.

—No hay muchas. ¿Cuál vas a elegir? —Adrian se da cuenta de lo que intento y no duda en sumar esfuerzos.

—La que sea. Todas van a sonar igual de horribles si las canto yo.

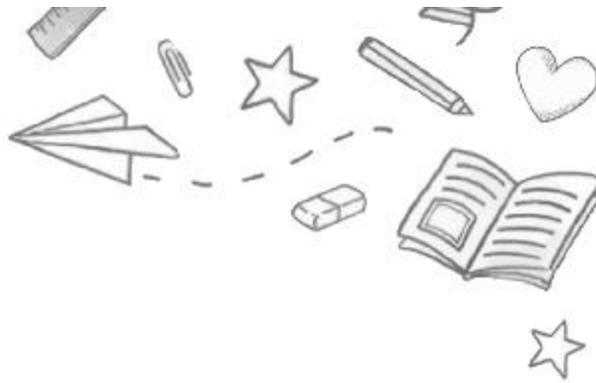
Media hora de tensión más tarde, Lukas y sus secuaces se escabullen hacia la puerta y todos respiramos más tranquilos, aunque nuestro humor no vuelve a su estado anterior.

—¿Quieres que nos marchemos? —me susurra Sondre al oído, pero yo me niego a dejarme arruinar una noche que estaba siendo espléndida. Además, prefiero esperar un rato más y que los idiotas esos se encuentren lo más lejos posible de aquí cuando salgamos del *pub*.

—Si todavía no he cantado —protesto—. Además, ahora que los trogloditas se han marchado, quiero que cantes conmigo. —Sondre me observa con gesto de súplica—. No me mires así. No te vas a salvar de hacerme los coros, así que ya puedes olvidar la idea de marcharte hasta que hayamos hecho nuestra actuación estelar.

—Yo quiero veros. Tenéis que estar divinos cantando juntos —se mofa Storm, a cuya cara parece que ya ha vuelto el color.

Sondre menea la cabeza, pero sonrío, y yo me siento tan reconfortada al atisbar ese destello de alegría en su rostro que el corazón se expande en mi pecho y no pienso en otra cosa que no sea él y su felicidad.



TRETTINI (39)

A las seis de la mañana, el teléfono de Sondre comienza a sonar de manera insistente. Doy un bote en la cama a causa del susto; el corazón me va a mil por hora cuando contesta a la llamada.

—Sí, soy yo —responde, muy serio—. ¿Cómo dice? ¿Está seguro de que se trata de ellos? Sí, por supuesto, enseguida voy.

Si antes el corazón me latía desbocado, ahora lo tengo en un puño. Por su cara, soy consciente de que algo grave ha pasado. Un remolino de posibilidades atraviesa mi mente, pero no soy capaz de dar forma a ninguna de ellas.

—Storm y Adrian están en el hospital.

—¿Qué? —Mi grito ahogado resuena en el silencio de la casa.

—Alguien les ha dado una paliza.

Si no estuviera en la cama, habría caído desplomada al suelo. Una paliza; como a Manu. La saliva se acumula en mi boca porque no puedo hacerla pasar garganta abajo. Me llevo las manos al pecho y los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Quién? —es lo único que consigo articular mientras las imágenes de mis amigos se entremezclan en la cabeza. Storm no es Manu, me repito una y otra vez.

—Homófobos. El que llamaba era un policía. Parece que Adrian ha reconocido al menos a uno de los agresores, y quieren hablar conmigo también —es la escueta respuesta de Sondre mientras se pone los vaqueros.

—¿Lukas? —pregunto, aún con la garganta apretada. Antes de que Sondre tenga ocasión de contestarme, me levanto de la cama corriendo y empiezo a vestirme.

—¿A dónde crees que vas? —me espeta.

—Al hospital, contigo.

—Eso ni lo sueñes.

—¿Por qué no? También son mis amigos. De todas formas, no voy a poder conciliar el sueño hasta que vuelvas. No me harás cambiar de opinión, tenlo claro. No creas que me quedaré aquí. —Tiemblo de la cabeza a los pies. No puedo permitirme entrar en *shock*, por lo que me obligo a respirar pausadamente, contando los segundos en cada fase de la respiración.

Sondre agacha la cabeza; no está contento, pero sé que no discutirá conmigo. Ha aprendido que siempre pueden surgir batallas más importantes en las que enzarzarse contra mí, aunque esta sea de las más gordas que se han planteado en mucho tiempo. Casi nunca cedo cuando estoy convencida de algo, eso ya lo ha aprendido. Estamos de acuerdo en que ni yo voy a hacerlo cambiar de opinión en ciertas cosas ni él va a conseguir que yo lo haga, así que cada uno se queda en su postura y listo.

Tía Ingrid se encuentra al pie de la escalera y nos interroga con la mirada; se ve que la ha despertado el ruido que hemos hecho.

—Han agredido a Storm y a Adrian. La policía acaba de pedirme que vaya al hospital por si puedo arrojar un poco de luz sobre quién puede haber sido.

Mi tía se lleva la mano a la boca y me mira con pena. Sé que está preocupada por mí, le consta que no es la primera vez que paso por esto, pero lee la resolución en mi mirada. Asiente y no emite ni media palabra, solo me aprieta la mano y después me deja marchar. Cuando ya hemos enfilado el siguiente tramo de escaleras, oigo su voz a mi espalda:

—Conduce con cuidado, hijo, por favor.

Sondre asiente levemente con la cabeza, no sé si su madre ha percibido el gesto siquiera. Está tan ofuscado que puedo ver los engranajes de su cerebro; tiene los puños rígidos y la ira dibujada en el semblante. Yo también estoy enfadada; no puede ser que de nuevo le pase esto a un amigo mío, pero la preocupación ocupa todo el espacio que debería ocupar la ira.

En cuanto subimos al coche, Sondre aferra el volante; está tan tenso que podría partirlo en dos. Poso una mano sobre su brazo derecho para intentar

que se calme, pero mi caricia no surte el efecto que esperaba. No se da cuenta de lo mucho que necesito su apoyo ahora mismo; la rabia lo envuelve. El semáforo al que nos acercamos, mucho más deprisa de lo que permite la ley, se pone en rojo, y Sondre suelta el volante para después golpearlo con fuerza.

—Mierda, mierda, mierda.

—Sondre, tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice, Gina? Todo esto ha sido culpa mía.

—¿Cómo va a ser culpa tuya? Ni siquiera sabes si los agresores han sido Lukas y su panda.

—Claro que han sido ellos. Si no, ¿por qué iba a llamarme la policía?

—Y aun en ese caso, ¿qué tiene que ver contigo? Hace mucho que no te relacionas con ellos.

—Por eso mismo. —Lo miro con el ceño fruncido; no entiendo de qué me habla. Me pone una mano sobre la pierna y parece apaciguarse un poco —. ¿Te acuerdas del día en que nos encontramos con Lukas en el parque? ¿Aquel cerca del mar?

«¿Cómo podría olvidarlo?», pienso, aunque no se me ocurre decirlo en voz alta. Esos chicos eran la viva imagen de los que agredieron a mi mejor amigo hace un año.

—Sí, claro.

—Pues después de eso los he visto tres o cuatro veces más.

—¿Perdona? —Sé que sueno irritada, pero es que no me lo puedo creer.

—No te lo dije para que no te preocuparas. Tú tenías razón: buscaban algo que me hiciera saltar y pelear contra ellos, mejor dicho, contra Lukas.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No quería inquietarte. A esos tíos las peleas les dan vida. No sé cómo explicarlo, pero es su forma de demostrar su valía...

—Sé muy bien de qué me hablas. Por si no te acuerdas, Manu cayó en manos de alguien como ellos.

Sondre asiente una sola vez.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos cuando nos encontramos en el parque aquel día. Yo... yo he crecido y estoy bastante más fuerte que cuando iba con ellos. Lukas no puede perder la ocasión de medirse conmigo, demostrar a los demás que sigue teniendo el poder de derrotarme.

—¿No puede o no quiere?

Sondre me mira con mala cara.

—¿Qué más dará? ¿No es lo mismo?

—No lo es, para nada. No poder es muy distinto a no querer.

—Pues no puede ni quiere, ¿mejor así?

—No hace falta que te pongas borde conmigo, Sondre, creo que no tengo por qué pagar tu mala leche. ¿Qué culpa tengo yo de que esos matones hayan pegado a nuestros amigos?

Lo oigo tomar aire casi hasta el límite de su capacidad pulmonar.

—Más de la que crees —murmura entre dientes, pero no lo suficientemente bajo como para que no pueda oírlo.

—¿Qué has querido decir con eso? —Ser borde es un juego al que pueden jugar dos. No pienso consentir que me eche la culpa de algo que no he hecho, y que no haría por nada del mundo.

—Si tú no me hubieses obligado a prometer que no me metería en peleas...

—¿Cómo? —Ahora sí que estoy cabreada—. No tienes derecho a decirme eso precisamente a mí.

Sondre agacha la cabeza. ¿No entiende la medida en que todo esto me afecta?

—Lukas ha estado apretándome las clavijas para que peleara contra él. Y yo le he dado esquinazo cada vez que ha venido a por mí.

—¿Y por eso han ido a por tus amigos, para hacerte saltar? ¿Eso es lo que piensas?

—Sí, estoy seguro. Además, está lo que te he dicho antes.

—¿Qué me has dicho?

—Son homófobos, racistas, xenófobos... Neonazis. Pegándoles a ellos han matado dos pájaros de un tiro. Estoy seguro de que anoche, cuando nos vieron en el *pub*, aplaudieron con las orejas ante la oportunidad que acababa de presentárseles. Solo espero que Storm y Adrian no estén muy mal, pero si han tenido que llevarlos al hospital...

Vuelve a golpear el volante, pero en esta ocasión no me siento con fuerzas para detenerlo. Manu y su habitación permanente en un hospital son lo único que ocupa mi mente. No puedo ceder a ese pensamiento destructivo, no quiero imaginar al grandote pero dulce Adrian postrado en una cama con moratones y heridas por todo el cuerpo, o a mi amigo Storm con una pierna o, lo que sería peor, la cabeza rota, «como Manu». Me aferro al cinturón de seguridad con ambas manos y suplico al universo que por

favor mis temores sean infundados y que mi imaginación se esté desbordando, pero que ellos hayan tenido más suerte. Por favor, por favor.

Sondre aparca el coche cerca de la zona de urgencias del hospital. Sale disparado hacia la recepción; antes de llegar mira atrás y extiende la mano para tirar de mí, que cada vez me siento más entumecida por el miedo de lo que nos podamos encontrar.

Veo por el rabillo del ojo a la madre de Storm y después a la de Adrian; tendrán aproximadamente la misma edad que la mía, o quizás son un poco mayores, pero no mucho más. Están sentadas una al lado de la otra, agarradas de la mano, unidas por el dolor.

Trago saliva y me zafo de Sondre para acercarme a ellas.

—Buenos días —saludo con un hilo de voz.

Ambas levantan la vista en mi dirección. La madre de Storm cierra los labios con fuerza, después se lleva un pañuelo a la nariz y empieza a llorar muy bajito. El corazón me da un vuelco. No puedo evitar que las lágrimas acudan de nuevo a mis ojos. La madre de Adrian alarga una mano para coger la mía e instarme a ocupar el asiento contiguo.

—¿Cómo están? —consigo articular.

—Los médicos dicen que se van a recuperar, pero están molidos. Storm está en la UCI.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿En la UCI? —«Por favor, que no tenga un derrame cerebral. Por favor, no».

—Sí, tiene contusiones múltiples en la cara; fractura de huesos propios, lo que sea que signifique eso, y cortes en los labios. Por lo visto sus respuestas eran confusas y, como ha vomitado sangre, porque también tiene el bazo dañado, quieren vigilarlo varios días. Si no vuelve a sangrar en setenta y dos horas, podrá pasar a una unidad de hospitalización —me dice su madre, y yo respiro un poco mejor, solo un poco, por primera vez desde que sonó el teléfono.

La rabia y la desesperación se apoderan de mí. ¿Siempre será así? ¿Viva donde viva habrá alguien dispuesto a acabar con la vida de otra persona solo porque no piensa del mismo modo? No puedo sumirme en la desesperación, mis amigos me necesitan entera, no debo derrumbarme ahora. Más tarde, cuando esté de vuelta en casa, ya veremos qué pasa, pero ahora no. Encierro a Manu y todos los recuerdos de aquel otro día lo más

hondo que puedo en mi mente. Los sacaré cuando me sienta con ánimos para ello.

Un médico sale y llama a la madre de Adrian, que se levanta de prisa y va tras el facultativo. Me acerco un poco más a la de Storm y le cojo la mano.

—¿Has podido verlo? —Asiente varias veces—. ¿Cómo está?

—Está muy sedado, así que apenas ha dicho nada. Los médicos me han explicado que, a pesar de que lo del bazo es grave, se suele resolver de forma favorable la mayoría de las veces.

—¿Y Adrian?

—También se ha llevado lo suyo: tiene varias costillas rotas y unos cortes muy feos en las piernas y en el pecho. —Clava sus ojos en los míos y, con voz lastimera, me pregunta—: ¿Por qué, Gina?, ¿por qué? Solo se estaban besando, ¿qué mal le hacían a nadie?

No puedo hacer otra cosa más que negar con la cabeza; yo tampoco tengo explicación para la barbarie. Me tiembla la barbilla; quiero ser fuerte, pero me está fallando la entereza. Dirijo la vista hacia Sondre, que habla con uno de los policías. Lo veo muy tenso, se lo noto en la línea del cuello y en la postura de los brazos. El policía toma notas en una libreta y después le da unos golpecitos en un hombro.

Sondre levanta la cabeza, buscándome. Cuando me localiza, se dirige hacia nosotras y saluda casi imperceptiblemente. No me gusta lo que leo en su expresión, pero no quiero hablar de ello delante de la madre de Storm. Ya tendré tiempo luego, en el coche, cuando volvamos a casa.

Casi en el mismo instante en que Sondre llega a nuestro lado, la madre de Adrian sale de la zona de urgencias.

—Me ha dicho el médico que va a permanecer ingresado al menos hasta mañana. Si queréis, podéis entrar unos minutos a verlo. Le he comentado que estabais aquí y me ha pedido que pasarais.

Sondre asiente. Yo me pongo en pie y vamos hacia la puerta por donde ha salido la madre de nuestro amigo.

Lo veo nada más traspasar el umbral, metido en un box, conectado a un suero y con cara de estar muy cabreado.

Sondre lo saluda apretándole son suavidad el antebrazo y él le corresponde. Yo me acerco a darle un beso en la mejilla.

—Voy a buscar a esos malnacidos y darles lo que se merecen, Adrian, lo prometo.

La voz de Sondre suena profunda pero serena; tiene los ojos clavados en los de su amigo y no titubea al pronunciar esas terribles palabras. Lo miro con el ceño fruncido. Estoy a punto de decirle que no va a hacer nada de eso cuando oigo la voz ronca de Adrian a mi espalda:

—Si esperas a que me den el alta, yo te acompaño.



FØRTI (40)

Las palabras de ambos me han dejado tan helada que no he sido capaz de reaccionar hasta que Sondre y yo estamos de vuelta en el coche.

—¿De verdad estáis tan locos como para querer ir a por más? —le pregunto con la voz cargada de rabia. Sé que quizás no es la mejor manera de dirigirme a él justo en estos momentos, que debería intentar calmarlo en vez de encenderlo más, pero no puedo evitarlo.

—Es lo que buscan desde hace seis meses: que me enfrente a ellos. Pues al fin lo han conseguido.

—Lo que dices es tan absurdo que no tengo ni idea de cómo interpretarlo. —Sondre frunce el ceño, pero yo no me dejo amilanar por su aspecto hosco—. Si sabes que lo que quieren es que te revuelvas contra ellos, lo mejor que podrías hacer es no prestarles atención.

—Eso es de cobardes, y yo no soy ningún cobarde. Si no me enfrento a ellos, no podré volver a mirarme al espejo nunca más.

—¡Idioteces! Si te dan una paliza como la que le han propinado a Storm, te quedarás varias semanas postrado en cama, igual que le pasará a él. Tampoco tendrás oportunidad de ver tu reflejo en el espejo, para el caso.

—Adrian y Storm son mis amigos, Gina. Han pegado a mis amigos por mi culpa, porque yo no me he querido enfrentar a esos malnacidos, por mantener la palabra que te di a ti.

—No puedes pensar eso de verdad. Esos tíos son unos neonazis, unos homófobos, tú mismo lo has dicho. De haberse encontrado a Storm y Adrian besándose en la calle en otras circunstancias, los hubieran atacado

igual, por mucho que tú hubieras accedido a enfrentarte a ellos con anterioridad.

—Y porque se supone que ese es su comportamiento habitual, ¿debemos consentirlo? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡Por supuesto que no! Estás tergiversando mis palabras y lo sabes. —Empiezo a sentirme tan encolerizada que casi grito. Estoy segura de que desde los coches que pasan por nuestro lado se puede oír mi voz chillona.

—Es mi obligación, Gina, ¿no lo entiendes?

—Y una mierda. Si acaso, es obligación de la policía, pero no tuya. ¿Qué clase de superpoder crees que posees como para darle una paliza a media docena de tíos que probablemente lleven armas blancas, si no de otro tipo? ¿No has oído los cortes de Adrian?

—Le han pateado la cara a Storm hasta que lo han dejado medio inconsciente, ¿eso no te subleva ni un poco?

—Por supuesto que me subleva, ¿crees que lo que ha pasado hoy no me asquea? Yo mejor que nadie sé qué significa que golpeen a alguien a quien quieres hasta dejarlo postrado en cama para siempre. Creo firmemente que la gente de la calaña de Lukas debería estar en prisión de por vida, y estoy tan indignada como puedas estarlo tú, pero también sé que lo que pretendes hacer te pone a su altura. ¿Es eso lo que quieres? ¿Ser un matón de tres al cuarto?

—No me compares con ellos, Gina, no tengo nada que ver —escupe entre dientes.

—Si vas en su busca para enfrentarte con la panda de Lukas, no serás mejor que ellos.

—Solo estás asustada, pero no tienes que preocuparte. No me harán daño, yo no soy Manu.

—Está claro que tú no eres Manu. Él no hubiese buscado pelea; no lo hizo, de hecho. Y ¿asustada? ¿Crees que estoy gritando como una histérica porque estoy asustada? No es así. Lo que me preocupa es que para ti sea tan fácil sacar los puños a pasear. Las cosas no se arreglan dándose de hostias con quienes actúan de forma diferente a ti. ¿Qué dirá tu madre cuando se entere de lo que pretendes hacer?

—Mi madre no lo va a saber. —Aunque su tono sigue siendo calmado, entiendo la amenaza implícita en esa sola frase.

—No creerás que la voy a mantener al margen de algo tan gordo como esto.

—No se lo dirás porque, si lo haces, yo... —No acaba la frase; no hace falta.

—¿Tú qué, Sondre? ¿Vas a cortar conmigo? ¿Acaso piensas que eso me preocupa más que tu integridad física ahora mismo? Dios, creía que me conocías mejor.

—Tú no lo entiendes. —Alza la voz y después se lleva las manos a la nuca. Toda la serenidad que aparentaba se derrumba con un solo grito. Tiene la respiración acelerada y parece fuera de sí.

—Lo entiendo demasiado bien. Eso es lo que pasa: que ya lo he vivido, y por eso sé que tu opción no es la correcta.

Llegamos a casa y aparca el coche frente a la entrada. Ninguno de los dos hace amago de bajarse. Me parece bien; con gritos o sin ellos, esto es algo que debemos resolver ahora.

Inspiro varias veces. Estoy perdiendo la razón al gritar como una loca.

—Antes no te he dicho la verdad: claro que estoy asustada, mucho. —Le hablo con el mayor aplomo que logro reunir para que vea que sí, que lo entiendo, pero que no comparto su manera de afrontar el problema—. Me preocupa que te hagan daño. Todas y cada una de tus heridas me dolerían como si me las hubieran infligido a mí, pero si grito no es por el miedo al dolor físico que una pelea te puede acarrear. Si he perdido los papeles ha sido porque siempre he pensado que las peleas embrutece el alma.

—Si es así, la mía ya está condenada. Te recuerdo que no será la primera vez que solucione mis problemas con los puños.

—Ahí es a donde quiero llegar, Sondre. —Le acaricio la cara con una mano y después lo obligo a bajar los brazos—. No tienes por qué convertir este problema, que es muy gordo, en tu problema. Deja que la policía lo resuelva.

—Si no voy a por ellos, Gina, seguirán metiéndose con la gente a la que quiero. Me buscaban, y al fin han dado con la fórmula para encontrarme. Me extraña que no se les hubiera ocurrido antes.

—No lo permitiré, Sondre. —A la mierda la calma precaria, ya estoy gritando otra vez.

—¿Por qué no puedes ponerte de mi lado?

—¿De qué lado crees que estoy? Si no estuviera del tuyo, me importaría una mierda con quién te dieras de hostias. ¿Aún no lo ves?

Se vuelve hacia mí y me mira como si hasta este preciso momento no hubiera reparado realmente en mi presencia.

—No hay nada que puedas hacer para detenerme, ni tú, ni mi madre, ni nadie. Será mejor que bajes del coche. No pienso dejar el asunto para mañana.

El corazón me da un vuelco tan grande que se me incrusta en la tráquea. Una sensación muy desagradable se adueña de mí.

—Cuando nos reencontramos, me pareció que había dos Sondres en uno. El que me encantaba y el que se ponía furioso y arreglaba sus problemas con puños y patadas, como un niño de párvulos. Durante un tiempo, no hemos tenido noticias del último, pero ahora me parece que ha vuelto por la puerta grande. No creo que me guste ese Sondre, no es el mismo al que conozco y amo.

—No me hagas chantaje, Gina.

—No te lo estoy haciendo, solo me reafirmo en lo que he dicho antes. No quiero estar con alguien dispuesto a destrozar la vida de otra persona a base de golpes. Por favor, no vayas, quédate conmigo. —Le cojo la mano y se la estrujo. Él me mira unos instantes y después fija la vista en la calle.

—Si me quedo contigo, Lukas me seguirá teniendo cogido por las pelotas. Ahora han sido Adrian y Storm, pero mañana puede ser Astrid o... tú. —Se vuelve y me mira—. ¿Crees que yo podría seguir viviendo si te pasase algo porque hoy no he sido lo bastante hombre como para enfrentarlos?

—Hostia, Sondre, lo has entendido todo al revés. La hombría no se mide por la fuerza con la que puedas golpear a otro. Eso es lo que te aleja de ella. ¿Por qué te niegas a escucharme? Te recuerdo que sé bien de lo que hablo.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas. Por favor, bájate del coche. No puedo perder ni un minuto más, tengo que ir a por ellos ya.

—No irás.

Sondre alarga el brazo y abre mi portezuela.

—¡Baja!

—Ni lo sueñes.

—He dicho que te bajes, Gina. No quieres verme enfadado, enfadado de verdad.

—Oblígame si te atreves.

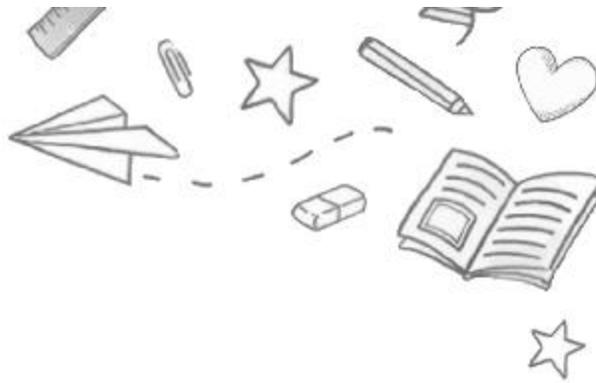
Se desabrocha el cinturón de seguridad con tal rabia que da miedo. Abre su puerta y rodea el coche. Me aferro al asiento con ambas manos, pero sé que tengo la pelea perdida de antemano; soy como una pluma para Sondre.

Me rodea por la cintura y me arranca del asiento para depositarme en la acera con mucha más delicadeza de la que hubiera imaginado.

—Sondre, si vas a por ellos, hemos acabado. No quiero saber nada de alguien que ve la violencia como una solución. —Estoy gritando y llorando a la vez. Pronunciar esas palabras es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida, pero son totalmente ciertas.

Sondre, que está dirigiéndose de nuevo a la puerta del conductor, se detiene durante medio segundo, pero ni siquiera mira en mi dirección. Mientras está de perfil, veo su nuez subir y bajar varias veces, pero no cambia de opinión. Se mete en el coche y sale disparado hacia el final de la calle.

Me pongo de pie, casi sin fuerzas. A continuación, una bombilla se enciende en mi cerebro y corro a casa: debo avisar a mis tíos. Tenemos que ir a por él antes de que Lukas y los suyos lo maten o, lo que es peor, sea él quien mate a alguien.



FØRTIEN (41)

Hemos estado dando vueltas por toda la ciudad, pero no ha habido manera de localizar a Sondre ni a Lukas y sus amigos. Hace algo más de una hora que hemos dejado de intentarlo, y casi cinco desde que se ha marchado.

Mi tía ha llamado a todos sus contactos en las unidades de urgencias de Stavanger, que no son pocos, para advertirlos de que si Sondre ingresaba en sus hospitales la llamaran de inmediato. Está hecha un manojo de nervios, pasea de arriba abajo por la casa con el teléfono en la oreja, mientras tío Magnus no para de repetirle que si no cuelga, nadie podrá avisarla de nada.

Astrid sigue buscándolo en su coche, acompañada de Marlon, y llama a mi móvil cada poco tiempo para saber si hemos averiguado algo. Es la primera vez que me habla desde hace dos meses y, a pesar de que la echaba mucho de menos, ojalá no hubiera sido esto lo que hubiera propiciado nuestro acercamiento.

—¿Tenéis noticias de él?

—Nada, de momento.

—Joder, empiezo a estar muy preocupada.

«¿Empiezas?», estoy a punto de reprocharle, pero me muerdo la lengua; no quiero echar más leña al fuego. He vuelto a mordirme las uñas y ya no queda mucho por devorar. Había estado aguantando desde antes de Navidad.

No les he contado la parte final de nuestra pelea, lo que le he dicho a Sondre antes de que volviera a subir al coche. Sé que, al menos Astrid,

aprueba la decisión de su hermano, y me temo que mi tío también. En el fondo, no es tan distinto de mi padre, que aplaudió que Sondre pegase a Erik en la fiesta de Storm a pesar de saber cuánto aborrezco la violencia. Mi tía es la única que está enfadada con él —aparte de preocupadísima por su estado— porque su mentalidad es semejante a la mía.

Que nos llamen desde un hospital es lo que menos me preocupa: lo que no puedo sacarme de la cabeza es la imagen de Sondre, ensangrentado y tirado en cualquier lugar donde no podamos encontrarlo a tiempo. A ratos, esa visión se entremezcla con la de Manu en esa maldita cama del hospital San Juan de Dios, de donde jamás podrá salir, y me pongo a temblar, de rabia, de miedo, de algo que no puedo definir y que me quema la garganta hasta darme ganas de vomitar.

Tía Ingrid ha soltado por fin el teléfono, pero no para de caminar: alrededor del sofá, alrededor de la mesa, alrededor de mí, que no puedo parar de llorar. Me abraza y me besa la cabeza en una de las ocasiones en que pasa por mi lado; yo me aferro a ella como un náufrago a una tabla. Estoy tan enfadada con Sondre que creo que empiezo a odiarlo. Me dan ganas de asestarle una patada en las pelotas, esas de las que tan orgulloso está como para ir a partirse la cara con Lukas. El mero pensamiento me enerva aún más. Me temo que estoy empezando a enloquecer.

El teléfono suena y todos nos lo quedamos mirando. Nadie se atreve a cogerlo. Al fin, mi tía da dos pasos, decidida, y descuelga.

—Sí, dígame. —Un largo silencio—. Entiendo, no se preocupe. Ahora mismo iremos.

Cuelga el teléfono y en su cara va apareciendo la ira al tiempo que se dibuja el alivio. Al menos su expresión consigue que el nudo que me impedía tragar se afloje un poco.

—Era la policía. Están en el hospital. Me han pedido que vayamos para allá; al menos sabemos que sigue vivo. —Se lleva las manos a la cara y se pone a llorar bajito contra las palmas.

Tío Magnus se levanta del sofá, donde lleva sentado un buen rato, y la abraza con fuerza. Parece que ella se relaja un poco entre sus brazos y yo ataco de nuevo mis uñas, que tengo ya como muñones. «Sabemos que sigue vivo» no es como para dar botes de alegría. Uno puede estar muerto en vida. Si no, que le pregunten a Manu.

Llamo a Astrid y le explico que al fin sabemos dónde está. Nos reuniremos en el hospital con ella y con Marlon.

El camino hasta la clínica se me hace eterno. Mi tía ha llamado a alguien a quien conoce y le ha pedido informes del estado de Sondre para saber qué nos encontraremos al llegar, pero todavía no le han contestado. Las lágrimas resbalan por mis mejillas sin que sea capaz de frenarlas; no pienso retirar lo que le he dicho a Sondre esta mañana, pero eso no quita que lo quiera con locura y que esté muerta de miedo por cómo de malparado habrá salido en esa pelea.

Cuando llegamos al hospital, mis tíos se precipitan a la zona de boxes y me dejan a mí a la espera, en la entrada de urgencias, sola. Al menos no lo estoy durante mucho tiempo. Astrid y Marlon llegan casi de inmediato. Mi amiga me abraza, para darme consuelo y también para recibirlo. Pegada a ella, no puedo dejar de llorar; tengo que acostumbrarme a que, desde esta mañana, Sondre y yo solo somos una especie de primos lejanos, ni siquiera tenemos por qué ser amigos. El corazón me duele muchísimo, más que si me hubieran dado una puñalada, pero no pienso dar ni un paso atrás, ni uno solo. He tomado mi decisión y Sondre la suya, y no hay nada que hacer al respecto. No me retractaré.

Mis tíos salen con los rostros blancos como la cal. Trago saliva con dificultad. No augura nada bueno.

—Ha tenido suerte, solo le han roto cuatro costillas y tiene una contusión pulmonar que requiere que se quede en observación unos cuantos días.

—Entonces, ¿a qué vienen esas caras? —indaga Astrid, que se ha dado cuenta, al igual que yo, de que sus padres están asustados.

—Lukas está mucho peor. Está en la UCI, en coma. Tiene una contusión en el cráneo y un derrame cerebral.

Una sensación de frío me trepa por las piernas, recorre todo mi cuerpo y se instala en mis hombros. Mis rodillas ceden, obligándome a sentarme.

Mi tía se acerca a mí, me abraza y rompemos a llorar las dos, esta vez sin contención, abriendo las compuertas bajo las que habíamos clausurado nuestros sentimientos hasta este mismo instante. Ella llora por su hijo, por lo que le ha sucedido y por lo que podría sucederle si Lukas nunca despierta. Lloro por mí, porque es tan empática que sabe perfectamente lo que siento en estos momentos. Yo he estado en el otro lado, en el de la familia y los amigos de Lukas. Ese es el lado de la incertidumbre, de tener

que esperar a que pasen los días para saber cómo evoluciona, de aguardar con el corazón en un puño que alguien a quien quieres despierte del coma y que no lo haga jamás. El lado de ver a tu mejor amigo convertido en un vegetal, sin saber siquiera si te reconoce cuando pasas tiempo a su lado, hablándole de cómo avanza tu día a día mientras él permanece congelado para siempre en el instante en que alguien decidió molerlo a palos.

Y yo ya no sé por qué lloro: supongo que lo hago de alivio, por saber que Sondre está bien; de pena, por la familia de Lukas, pero también por mí. Sé que he perdido lo que más quería en el mundo, a esa persona a la que le he dicho un millón de veces «te amaré siempre» con la punta de mis dedos. No me sirve la excusa de que estaba fuera de sí.

—Gina, ¿entras conmigo a verlo? —me pregunta Astrid al cabo de un rato.

Niego con la cabeza. No puedo, no soy capaz de mirarlo a la cara ahora mismo. ¿Qué le diría?

—Cariño, no te preocupes, se te pasará —dice mi tía. Estoy segura de que ha podido leer mis pensamientos.

Me muerdo el carrillo porque ya no quiero llorar más. Me pongo en pie y me dirijo a la salida.

—Me voy a casa. Necesito estar sola un rato.

Mi tía asiente y me da un último beso. Ya estoy en la calle cuando Astrid me coge del brazo y tira de mí.

—¿Y ahora qué pasa?

—¿Crees que hace falta que lo preguntes?

—Me parece que te equivocas, Gina. Él solo lo ha hecho para protegernos...

—Da igual por qué se haya peleado, la cuestión es que lo ha hecho.

—¿Piensas dejarlo solo? ¿Ni siquiera vas a entrar a comprobar cómo está?

—Tu madre ya me ha dicho todo lo que necesito saber, Astrid. Está bien, se recuperará. Al menos, de las heridas físicas —digo con un hilo de voz y la cabeza gacha.

—Se trata de Lukas. ¿Qué más da si se queda como un vegetal? Habrá un hijo de puta menos en el mundo. No me parece tan malo.

Levanto la cabeza y la miro a los ojos con rabia.

—Eso es lo que pensaban los de la banda de Gallito cuando dejaron a Manu en su estado. Es lo que gritó él mismo en el juicio cuando lo

declararon culpable —le espeto con un tono demasiado parecido al odio.

—Ya, pero en este caso será verdad.

—¿Crees que para Gallito no era cierto cuando gritaba mientras lo esposaban y lo conducían a la cárcel? Tu hermano tenía razón hasta el momento en que asestó el primer golpe. Entonces perdió toda la credibilidad y toda la fuerza que pudieran tener sus palabras, y no solo para mí. Para el mundo en general.

—¿Piensas cortar con él? Yo creía que lo querías tanto que perder mi amistad valía la pena con tal de tenerlo, pero se ve que no es así.

—Lo quiero muchísimo, pero me quiero más a mí.

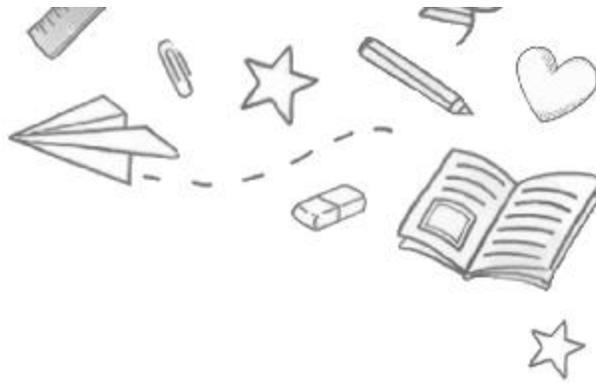
—¿Qué significa eso?

—Piensa un poco, Astrid. Hoy ha sido Lukas, pero si no deja de resolver sus problemas con los puños y se convierte en algo habitual, ¿quién te dice que dentro de un tiempo no sea yo la que esté en la UCI?

—¿Estás loca? Mi hermano sería incapaz de hacerte algo así. No sé por quién lo tomas, pero si hoy ha actuado de la manera en que lo ha hecho no ha sido más que para defender a sus amigos. Me parece que es algo diferente a lo que tú insinúas. Según mi manera de verlo, hoy Sondre ha sido muy valiente.

—Podría ser, pero yo pienso que hay muchas formas valientes de defender a los demás, y esta no me parece una de ellas.

Giro sobre mí misma y reemprendo el camino hacia la calle. Necesito caminar para desentumecerme, llamar a mi madre para llorar con ella. Lo que querría ahora mismo es poder refugiarme entre sus brazos y que me consolara, pero está tan lejos que lo único que haré será preocuparla y ponerla de los nervios. ¿Qué fue lo que me hizo creer que en Noruega estaría mejor?



FØRTITO (42)

Han pasado cuatro días desde que pegaron a Storm y a Adrian, y al fin van a sacar a mi amigo de la UCI para pasarlo a planta. Me ha escrito un mensaje pidiéndome que vaya a verlo, así que aquí estoy, en la puerta del hospital, sabiendo que Sondre está ingresado también en una habitación que no pisaré por decisión propia, y con el corazón hecho añicos al ver que mi gran amor no es como yo pensaba.

Él también me ha escrito varias veces, pero no he contestado a sus mensajes. Escuchó perfectamente las últimas palabras que le dije antes de que subiera al coche para ir en busca de Lukas y, aun así, no se detuvo. No tengo nada más que decirle.

Astrid no ha insistido más, sigue de morros. Resulta irónico: antes estaba enfadada porque yo salía con su hermano y ahora lo está porque no lo hago. Qué difícil es hacer lo que una considera correcto; nunca coincide con el gusto de los demás. Pero si algo me han enseñado en mi casa es que a la única persona a la que debo amar siempre, por encima de todo, es a mí, y eso intento hacer: respetar mi propia opinión por mucho que me duela lo que pierdo a cambio.

Toco a la puerta de la habitación de Storm y su madre acude a abrirme. Me abraza con vehemencia y entra delante de mí. Cuando veo a mi amigo, tengo que llevarme las manos a la boca. Aunque me he dicho mil veces que me contendría, estuviera como estuviera, no lo puedo evitar.

—¿Me parezco mucho a Frankenstein? —pregunta, arrugando la nariz justo antes de darse cuenta de que eso dolería.

No sé qué responder.

—Puedes decírselo, hasta Adrian lo ha hecho. Además, solo lo pregunta para que le cuentes una milonga y le hagas creer que no, porque él mismo se ha visto en el espejo y sabe qué aspecto tiene —contesta su madre mientras recoge el bolso—. Cielo, me voy a casa. Dentro de un rato vendrá tu chico a estar contigo, así que imagino que no volveré hasta mañana.

Me sorprendo, hasta que recuerdo que las costumbres nórdicas no son para nada parecidas a las nuestras en lo que a acompañar a un enfermo en el hospital se refiere. Si yo estuviera en sus circunstancias, seguro que mi madre se quedaría a dormir conmigo. Jolín, si la madre de Manu seguía quedándose con él hasta hace no mucho, a pesar de que sabía que estaba amorosamente atendido por el personal.

En cuanto su madre se va, Storm da unos golpecitos al colchón para indicarme que me siente a su lado. No puedo apartar los ojos de su cara. La primera vez que me fijé en él en la cafetería del instituto me pareció guapísimo, y ahora su rostro entero está coloreado con los distintos tonos que adquiere la piel a causa de un moretón, desde el negro más intenso hasta el verde grisáceo. Ni siquiera me atrevo a darle un beso. Tiene dos costurones, uno en la frente y otro cerca de la barbilla, además de un aparatoso vendaje en la nariz.

Meneo la cabeza mientras repaso todas sus heridas y me lamento para mis adentros. Sin embargo, ha tenido suerte: sigue vivo y, además, consciente.

—Todavía no has dicho ni «hola» —susurra. Parece asustado, así que fijo mis ojos en los suyos e intento sonreír, aunque no lo consigo, ni siquiera para animarlo.

—Lo siento, es que... —Trago saliva para no echarme a llorar como una idiota—. Tu cara, Storm...

—Ya lo sé, pero estarás de acuerdo conmigo en que yo soy mucho más que una cara bonita. No tenía pensado vivir de ella, ¿sabes? —Una pederreta se escapa de entre mis labios. Llorar y reír a la vez se me sigue dando bien—. Acércate y dame un abrazo al menos, ¿no?

Paso mis brazos alrededor de su cuello con cuidado y doy un beso al aire, cerca de su oreja. No pensaba que fuera a hacer algo así antes de llegar a vieja, pero me da demasiado miedo causarle daño. Cuando me separo de él, tengo los ojos llenos de lágrimas otra vez; en cambio, él esboza un amago de sonrisa.

—Venga, no empieces de nuevo. Si tengo que sonreír yo para animarte, me duele un huevo, en serio.

Me seco las lágrimas de un manotazo y dibujo en mi cara una mueca que quiere ser una sonrisa.

—Tía, para de hacer eso, que das miedo.

—Mira que me largo, ¿eh? Nada de lo que hago te va bien.

—Pues compórtate como siempre, como tú. Pareces un fantasma de ti misma.

Me encojo de hombros. Mi barbilla vuelve a temblar, pero hago lo imposible para guardar la compostura. Estos días en el instituto han sido un infierno, me he sentido más sola que nunca, a pesar de que Leah y Julia no se han separado de mí ni un instante. Tener a Storm enfrente y darme cuenta de que es el de siempre me proporciona un alivio tan grande que casi no me lo puedo creer.

—Me cuesta mucho, me parece que soy una persona diferente a la que volvió de Mallorca el otro día.

—Han pasado muchas cosas, sí. Pero las superaremos. Necesitamos estar más unidos que nunca, nada más.

—¿Sabes que Sondre y yo ya no estamos juntos?

—¿Quién no?

Arrugo la nariz.

—La noticia llegó hasta la mismísima UCI. —Pone los ojos en blanco, como si no pudiera creer que me siente mal su tono de mofa.

—¿Sabes por qué?

—Por lo que me ha dicho Adrian, tú te opones a la violencia y te esforzaste por todos los medios para que Sondre no fuera en busca de Lukas. —Me llevo un dedo a la boca para atacar a mi pobre uña, que ya está hecha un asco, pero por la que no muestro ningún tipo de compasión. Asiento levemente, con la vista clavada en la colcha de la cama—. También me he enterado de que un buen amigo tuyo lleva un año en cama por una paliza que le dieron.

Levanto la cabeza de golpe, todavía con el dedo en la boca, y miro a Storm a los ojos.

—¿Te lo ha contado Sondre?

—No, ha sido Adrian. No he visto a «nuestro vengador», todavía. —Pone de nuevo los ojos en blanco.

—¿Tampoco te parece bien lo que hizo?

—Para nada. —Se le frunce el ceño durante una milésima de segundo, después obliga al músculo a volver a su estado de reposo. Pobre, con lo expresivo que es, y sin poder mover la cara a causa del dolor—. Se empeña en que él tiene la culpa de que nos pegaran a Adrian y a mí. Pero hasta que se autodeclaró justiciero, yo no lo culpaba de nada. He visto a Lukas en la UCI, y a su familia. No son gente tan diferente a nosotros. Está allí, no se mueve, no habla, se lo tienen que hacer todo, hasta lo más básico. No mola nada de nada, Gina. ¿Y si se queda así para siempre?

—¿Con eso insinúas que ya lo has perdonado?

—Me considero una persona empática, y ni siquiera vi a los que me pegaron; suficiente tenía con intentar cubrirme la cabeza. Pero aun sabiendo que fueron él y su pandilla, pensar que puede quedarse en ese estado para siempre... —Tuerce el gesto. Ahora sí que no puedo detener mis lágrimas, que ruedan libres por mis mejillas.

—Así es como está Manu. No se ha despertado, ni lo hará, por lo que dicen los médicos. Sus padres ni siquiera tuvieron el consuelo de poder donar sus órganos porque no tiene muerte cerebral. Es capaz de respirar por sí mismo, reacciona al dolor, a veces incluso al tacto, pero todos los médicos que lo han evaluado están de acuerdo en que no es probable que salga de esa situación. Demasiado daño estructural, pero no el suficiente. ¿Conoces su historia?

—No me sé los detalles.

—¿Quieres que te la cuente?

—Si crees que va a ayudarte, estoy aquí para escuchar.

Tengo la necesidad imperiosa de hablar de Manu y de lo que le sucedió, no sé si porque quiero justificar mi odio a la violencia (qué incongruencia, la palabra «odio» no debería formar parte de mi vocabulario), o si porque quiero explicarle a Storm el porqué de mi ultimátum a Sondre. Solo sé que si no se lo cuento a alguien, voy a explotar.

—La novia del jefe de una banda parecida a la de Lukas iba a clase con Manu, y como este sacaba muy buenas notas, ella le pidió ayuda con algunas asignaturas. Yo pienso que quería poner celoso a su novio, o algo por el estilo, y ¡vaya si lo consiguió! El tío y sus compinches fueron a por mi amigo y lo golpearon hasta dejarlo en estado vegetativo. —Los ojos se me han llenado de lágrimas, ¿cómo no?

—Mientras estaba en la UCI he oído a los médicos de Lukas informar a su familia de que debían esperar unos días para saber cómo evolucionaría.

Me da tanta pena su madre, Gina... Es horrible.

—Sí, los primeros días son cruciales. Ya lo sé. Esperemos que despierte. No tengo ni idea de cómo es vuestra legislación, pero si no lo hace...

—¿Crees que Sondre tendrá problemas? Fue en defensa propia.

—¿Sabes cómo lo atacó para provocarle el traumatismo craneal?

—Creo que Lukas tenía una barra de hierro y, por alguna razón, la soltó. Entonces Sondre se hizo con ella y...

—... la pelea terminó.

—Sí. Algo así.

—¿Por qué no lo atacaron los demás? Los secuaces de Lukas.

—Habíamos hecho un pacto: solo él y yo. —La voz de Sondre, proveniente de la puerta de la habitación, me hace dar un respingo sobre la cama. La mirada que le dirijo a Storm es acusadora, pero él niega con la cabeza—. Storm no sabía que yo pensaba venir, Gina, no lo culpes.

—Ya hablaremos tú y yo cuando estemos solos —es la amenaza que Storm le lanza a Adrian, quien empuja la silla de ruedas en la que está sentado Sondre.

El traidor de mi corazón empieza a latir alegre en mi pecho después de cuatro días de llorar por los rincones. Miro a Sondre a la cara, alzo la barbilla para demostrarle no sé qué absurdez y me levanto de la cama.

—Creo que será mejor que me vaya.

—¿Ni siquiera puedes soportar estar en la misma habitación que yo?

—No pienso contestar a eso.

Le doy un beso a Storm y me dirijo a la puerta.

—En algún momento tendremos que hablar —dice Sondre. Alarga una mano en mi dirección cuando paso cerca de él para salir. En sus ojos leo tristeza, pero aún no he oído que se arrepienta de lo que hizo.

Salgo de la habitación. No puedo mirar atrás, tengo que recordarme a mí misma por qué ya no salgo con Sondre. No fui yo quien tomó la decisión, fue él, y eso me duele mucho más de lo que puedo soportar ahora mismo.



FØRTITRE (43)

Sondre volvió a casa tras cinco días ingresado. De eso ya hace una semana y todavía no le he dirigido la palabra. Él lo ha intentado en varias ocasiones, pero de momento parece que ha desistido. Me alegro de ello, porque no tengo ni idea de cómo reaccionaría yo si cayese en sus brazos aunque fueran solo unos segundos. Lo echo tanto de menos que no puedo concentrarme en nada. Cuando voy a clase y él no está, parece que me faltase el aire, pero no puedo ceder. No puedo ni quiero.

Él ha pasado casi todo el tiempo en la buhardilla: necesita seguir guardando reposo por las costillas rotas, aunque de la contusión del pulmón está casi recuperado por completo. Que no hable con él no significa que no me entere de las novedades. Mi tía me mantiene al día, y se lo agradezco un montón, porque lo peor de la situación es que sigo loquita por Sondre. No por el violento, eso está claro, pero sí por el chico que fue durante el tiempo que estuvimos juntos. No quiero mantenerme al margen de lo que le suceda.

Mis padres y mis tíos están tristes porque todo haya terminado entre nosotros, y ni qué decir mis abuelas. Sin embargo, todos, sin excepción, se han puesto en mi piel y no me han hecho el menor comentario. Eso es un consuelo, también, aunque no baste para eliminar la tristeza que me embarga.

Astrid se ha acercado un poco a mí. Con el paso de los días reconoce que su hermano no fue muy inteligente al tomar la decisión de pegarse con Lukas. Sobre nosotros sobrevuela la posibilidad de que no salga del coma, y lo cierto es que, aunque no lo hayamos hablado, estoy segura de que nos

aterra de la misma manera. Eso te hace reflexionar, así que ella también se ha puesto en mi piel; aun así, no parece que me haya perdonado del todo las ofensas anteriores.

Quien dudo de que pueda terminar el curso es Storm. La lesión en el bazo lo obligará a estar en cama al menos un mes más, por lo que, aunque las cosas hayan mejorado entre Astrid y yo, vago por el instituto como un alma en pena. Menos mal que Julia y Leah se pusieron enseguida de mi parte y se desviven por hacerme sentir mejor. No obstante, el día a día resulta muy duro.

Cierro el libro de Biología que tengo delante; ni siquiera veo las letras con claridad como para estar estudiando. Bajaré a la cocina y le preguntaré a tía Ingrid si puedo ayudar con la comida. Necesito hablar, estar con gente, no sé, algo que me saque de esta habitación que empiezo a odiar.

En la cocina, tío Magnus y tía Ingrid están mano a mano con la comida, así que no creo que me necesiten para nada, pero me siento cerca de ellos y cojo un trozo de zanahoria, que mordisqueo sin ganas.

—¿Qué pasa, cariño?

—Estoy cansada de estudiar y he bajado por si me necesitabas, pero veo que ya tienes ayuda.

Tío Magnus me guiña un ojo y se lleva el cuchillo a la sien a modo de saludo militar.

—¿Por qué no subes a hacerle compañía a Sondre? Creo que también está aburrido —dice como quien no quiere la cosa. El codazo que le da su mujer en las costillas lo hace gemir de dolor.

El teléfono suena y tía Ingrid se queda con las ganas de decirle a su marido cuatro cosas bien dichas, lo noto en su mirada amenazadora. No puedo evitar que mis labios se curven en una media sonrisa sin humor.

—¿Diga? —contesta—. ¿De verdad? ¡Gracias a Dios! —Después emite ruidos afirmativos en varias ocasiones—. Te agradezco mucho que nos hayas llamado. Ahora mismo se lo diré.

Tío Magnus y yo nos observamos intrigados. ¿Quién es y qué le habrá dicho para que se haya puesto tan contenta? La vemos teclear con frenesí en el teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? ¿A quién estás escribiendo? —se interesa mi tío.

—Les digo a los chicos que bajen. Tengo una cosa muy importante que contaros, pero mejor si estamos todos.

—¿Tienes que mandarles un wasap para que bajen?

—Claro, así me evito gritar al pie de las escaleras.

—Lo que hay que oír —se queja mi tío meneando la cabeza.

Astrid baja casi de inmediato. En cambio, Sondre lo hace mucho más despacio; sé por su madre que cada escalón hace que el dolor se le refleje en la caja torácica, por eso ha estado comiendo y cenando en su habitación y yo he tenido pocas oportunidades de verlo. Ha adelgazado un montón y parece más desmejorado que el día en que llegé, pero eso también puede deberse a que se ha pasado una semana encerrado en la buhardilla. Por merecido que tenga el encierro obligatorio, se nota sobre su piel.

Todo mi cuerpo me pide a gritos que vaya a abrazarlo, a consolarlo para que no muestre esa cara abatida. El pobre, además de tener que lidiar con la pena por nuestra ruptura, tiene la incertidumbre añadida de lo que sucederá con Lukas; sabe perfectamente que podría no despertar nunca, y eso debe de pesarle. Me siento una persona horrible por no estar a su lado en estos momentos, pero no puedo. No puedo hacerlo. Si lo hago, sé que volveré de inmediato con él, y no es lo que me conviene. Ni a él tampoco.

—Me acaba de llamar la madre de Lukas. —La cara de asombro de nosotros cuatro debe de ser para enmarcar—. No hace falta que me miréis así. He estado en contacto con ella desde el primer minuto. Nos conocemos, supongo que no lo habéis olvidado, y es una persona muy coherente. Además, yo podría ser la que se encontrara en su lugar, y eso es algo que ambas tenemos muy claro. La he apoyado durante este tiempo, como sé que ella habría hecho conmigo de estar en su situación.

—¿Qué quería? —El nerviosismo en la voz de mi tío es tan patente que me contagia.

—Lukas ha despertado. Ya no necesita respirador artificial, y parece ser que el sangrado intracraneal se ha absorbido casi del todo. De momento, no parece que haya daños estructurales en su cerebro, pero tendrá que seguir en la UCI al menos quince días más.

El suspiro que sale de nuestras gargantas quiebra el silencio posterior a la noticia. Astrid se pone a dar saltitos y palmas. Mi vista se dirige de inmediato a Sondre, que se ha llevado las manos a la cara y se la masajea. Creo que puedo oír un «*thanks, good God*» de boca de mi tío. Yo simplemente me siento tan feliz que necesito abrazar a alguien, así que agarro a Astrid, que es la que me pilla más cerca, y juntas nos ponemos a saltar, como en los viejos tiempos, como toda la vida hemos hecho. Parece que al menos con ella voy en el buen camino.

Tía Ingrid, tío Magnus y Astrid abrazan a Sondre por turnos, con cuidado, y después, como si lo tuvieran planeado, los cuatro miran en mi dirección, interrogándome con los ojos. Cierro los labios con fuerza. Esto no voy a poder eludirlo. Me acerco a él y apoyo la cabeza en su pecho; me da miedo rodearlo con los brazos, sé que sería demasiado para mi corazón roto.

—Me alegro muchísimo, Sondre. Es una excelente noticia para todos, pero especialmente para ti.

Al tiempo que posa sus manos en mis hombros, mis tíos y Astrid desaparecen como por arte de magia, dejándonos solos para que tengamos esa conversación pendiente.

—¿Me perdonarás ahora? —Elevó la vista y lo miro con el ceño fruncido—. Sé que estabas enfadada conmigo porque pensabas que a Lukas podía sucederle lo mismo que a Manu, pero ahora que sabemos que ha despertado...

—No, Sondre, no estoy enfadada contigo.

—¿Por qué no contestaste a mis llamadas, entonces? Ni respondiste a mis mensajes. No has venido una sola vez a verme desde... —Mientras habla, coloca sus brazos alrededor de mí y, por una milésima de segundo, estoy a punto de claudicar, hasta que una luz se enciende en mi cerebro. Me separo de él y me muerdo los carrillos antes de responder:

—Lo que estoy es muy decepcionada, pero ¿enfadada? Eso ya se me ha pasado, ahora solo me queda la desilusión.

La cara de Sondre se ensombrece y me mira con enfado.

—Fuiste tú quien quiso que cortáramos.

Niego con la cabeza.

—Yo pronuncié las palabras; tú fuiste quien montó en el coche y dio carpetazo a lo nuestro. Pusiste la venganza por encima de lo que teníamos. Ya te dije que no puedo, ni quiero, estar de acuerdo con tu manera de actuar.

—¿Quieres decir que no me perdonarás jamás?

—Te he dicho que no estoy enfadada.

—Está bien, estás desilusionada. ¿Qué puedo hacer para solucionar eso?

—pregunta, alargando una mano en mi dirección. Yo esquivo su contacto.

—Ahora ya, muy poco. Tendrías que haberlo pensado antes de pelearte con Lukas.

El dolor que veo en sus ojos es el mismo que siento en mi corazón, pero no pienso ceder. No lo haré. Si lo hiciera ahora, ¿cuántas veces más tendría

que hacerlo en el futuro?

—No quiero estar sin ti, Gina. El corazón me duele mucho más que cualquier herida que hayan podido causarme jamás. Cada segundo que no estás a mi lado es la misma muerte. No sé por qué no puedes perdonarme. Me dijiste miles de veces que me amarías siempre, y el primer bache que se presenta en nuestro camino hace que cortes con todo. Sé que me quieres tanto como yo te quiero a ti. Empecemos otra vez, como si nada hubiera pasado.

—Pero es que ha pasado, Sondre. Y ni una sola vez, ni en los mensajes que me has mandado, ni cuando has intentado hablar conmigo, ni siquiera ahora, he oído que te arrepintieras de lo que has hecho.

—Es que no puedo arrepentirme. Pegar a Lukas es algo que llevaré en mi conciencia, porque ya lo he hecho. Aunque pida perdón, no podré borrar lo que hice... Y tampoco puedo jurar que no volvería a hacerlo si se diera el caso.

—Si no aborreces la violencia después de lo que ha pasado, creo que deberías hacértelo mirar.

—No estoy loco, si eso es a lo que te refieres. Solo intentaba defender lo que más quería, aunque tuviera que hacerlo con los puños.

—Pues ahí está, tú mismo has respondido a tu pregunta. No creo que tengamos mucho más de que hablar. —Salgo disparada hacia la escalera. Quiero refugiarme en mi habitación y no ver a nadie, nunca más si es posible. Creía que mi corazón ya estaba hecho añicos, pero no pensaba que pudiera romperse en pedacitos aún más pequeños.

Acabo de decidir que en cuanto haga los exámenes finales, me iré a casa. No puedo estar ni un minuto más de lo necesario en Noruega. Ya no me siento conectada a este país como cuando llegué. Aunque tenga amigos aquí, también es donde más dolor ha sufrido mi corazón.



FØRTIFIRE (44)

Parece que últimamente todo son buenas noticias: Storm ha regresado a su casa, Lukas ya está en planta y Sondre está de nuevo en el colegio, aunque yo me quede lo más apartada que puedo de él. Faltan dos días para que empiece el *russ*, pero yo me he ido retirando disimuladamente del proyecto. No tengo ganas de juega desenfrenada, y tampoco quiero amargarles estas semanas tan importantes a mis amigos con mi perpetua cara de pepinillo en vinagre.

Astrid y los demás están ultimando los detalles del *russbus*. La ansiedad se palpa en el aire, y yo no hago otra cosa más que quedarme encerrada en mi cuarto, estudiando. Falta poco menos de un mes para los exámenes finales, que serán en mayo, y quiero sacar las mejores notas posibles. Ya no tengo tan claro como antes que quiera ir a la Universidad de Tromsø, pero no por ello tengo que esmerarme menos. Si quiero entrar en una buena facultad de Ciencias del Mar, aunque sea en España, necesito buenas notas, y ya que al fin he conseguido concentrarme en los libros, me he volcado en ellos al cien por cien.

De todas formas, esta tarde he decidido darme un descanso y visitar a mi amigo convaleciente, así que al acabar las clases emprendo el camino hacia casa de Storm. Cuando estoy a punto de llegar, alguien grita mi nombre un poco más atrás y me vuelvo para ver de quién se trata. Es Adrian, que pega un esprint para alcanzarme y que entremos juntos a casa de su novio.

—Hemos pensado lo mismo los dos —me dice en cuanto llega a mi lado.

—Debería haberme imaginado que tú tendrías más ganas de ver a Storm que yo. Quizás sería mejor que me fuera y volviera mañana.

—Mañana también estaré, y al otro, y al otro. —Me guiña un ojo—. No pienso separarme tan fácilmente del que dice que soy el hombre de su vida.

Sonríó al recordar esa noche, pero enseguida mi humor cambia. Al día siguiente, todo se fue a la mierda.

Adrian me pasa el brazo por los hombros y tira de mí. Me da un beso en la coronilla y me mece con suavidad.

—¿Por qué no lo perdonas? Se ve clarísimo que estás tan hecha polvo como él. ¿No crees que deberías daros otra oportunidad? Sé que también es el hombre de tu vida.

—No puedo, Adrian, y si vamos a hablar de esto, puedes estar seguro de que me largo ya.

—¿No puedes o no quieres? —Bufo por la nariz al darme cuenta de que yo también le pregunté eso a Sondre aquel fatídico día—. Lukas está bien, en unas semanas andará repartiendo hostias a pobres homosexuales como nosotros otra vez y no habrá cambiado nada.

—Me parece un comentario muy cínico para venir de ti. Pensaba que eras un chico amable y sincero.

—Creo que los cuatro hemos cambiado un poco desde aquel día, ¿no te lo parece? Además, alguien tiene que contrarrestar la pena que siente Storm por Lukas, que parece que ni se acuerda de que a él también lo dejaron inconsciente.

—Lo vio sufrir a él y a su familia, por eso es más empático, nada más.

—Lo ha perdonado, Gina; yo no creo que pueda hacerlo jamás. Tú no estabas allí, no viste cómo dejaron a Storm. Hasta que vinieron los de la ambulancia, pensaba que estaba muerto. —Mi cara debe de ser un poema—. Sé lo de tu amigo y lo siento muchísimo, Gina, pero es que precisamente nosotros hemos sufrido una agresión, como él. El malo en esta película es Lukas, aunque tú te empeñes en culpar a Sondre.

Inspiro con fuerza y lo miro a la cara.

—Lo estás tergiversando todo, Adrian. Además, no quiero hablar del tema. Yo solo venía a pasar un rato con Storm; quería verlo y hacerle compañía. Si no eres capaz de hablar de otra cosa, volveré cuando no estés.

—¡Venga ya! Sondre es mi mejor amigo, ¿cómo pretendes que no te hable de él? Está tan hundido que no creo ni que apruebe el curso. Está loco por ti, Gina, haría cualquier cosa para que volvieras con él.

Niego con la cabeza.

—Si eso fuera cierto, lo habría demostrado, pero sigue sin dar un solo paso para arreglar lo nuestro. Encima, presume de que se volvería a pegar con quien fuera si se diera el caso.

Adrian chasquea la lengua y, durante unos segundos, no dice nada. Después sonrío: se le ha ocurrido alguna respuesta descabellada, seguro.

—¡Pues mira, creo que debería ganar puntos por ser tan sincero! —Lo interrogo con un gesto—. Podría mentirte y decirte que no lo hará nunca más, y en cambio te dice lo que de verdad piensa. ¿Eso no se merece al menos que consideres volver con él?

Sonrío a mi pesar.

—Si la energía que gastas en defenderlo la usaras en admitir que lo que ha hecho Sondre está mal, nos iría mucho mejor a todos.

La madre de Storm nos ha servido café. Adrian se ha sentado en la cama y abraza a su novio, mientras que yo he ocupado la silla de estudio. Los miro y no puedo pensar más que dos cosas: que aquí lo único que hago es molestar a los tortolitos y que me muero de pena de que Sondre y yo no estemos como ellos.

—Sacad muchas fotos en el *russbus*. No puedo ir, pero eso no significa que tenga que perdérmelo.

—¿Ni siquiera los últimos días? Tenemos tres semanas por delante. Yo creo que a la fiesta de clausura sí que podrás ir —le dice Adrian tras darle un beso muy cariñoso.

—No sé, mi madre se ha puesto en plan protectora total. Dudo mucho que me deje salir de la cama antes de que cumpla los cuarenta.

Pongo los ojos en blanco y una risita escapa de entre mis labios. Storm es un payaso.

—¡Hombre! Al fin te veo reír; se agradece. Pensaba que moriría en esta cama sin volver a contemplar tu sonrisa.

—Mira que eres idiota —le digo, antes de atrapar al vuelo el almohadón que me lanza—. Yo tampoco iré, si te sirve de consuelo.

Ambos fruncen el ceño a la vez. Está decidido: debo largarme de aquí antes de que se me crucen los cables. Ahora mismo les tengo demasiada

envidia a estos dos.

—¿Cómo que no irás?

—Para empezar: no les pienso frustrar la fiesta a mis amigos con mi cara de amargada. Además de que tenemos exámenes inmediatamente después de que se acabe el *russ*. —Me miran con cara de querer decir: «¡Como ha sido siempre!»—. Después dirán de los desmadres de los estudiantes norteamericanos, pero vosotros no os quedáis atrás. Tres semanas de fiesta y, después, exámenes. Me parece una locura.

—Vamos a clase todos los días.

—Otra cosa que no entiendo. Por la mañana, al instituto, y por la noche, de juerga hasta las tantas. El cuerpo no puede aguantar ese ritmo tanto tiempo.

—Con el minibús que tenemos, tampoco creo que vayamos a desmadrarnos tanto. —Aunque a Adrian y a Sondre no les corresponde estar en el *russbus* hasta el año que viene, se han implicado tanto en el proyecto que lo consideran también suyo.

—Por último: Sondre estará allí y no quiero encontrarme con él en esa situación. No creo que pudiera controlarme.

—Te aseguro que él ni siquiera se ha planteado esa posibilidad. —El tono sarcástico de Adrian provoca que Storm y yo lo miremos con las cejas arqueadas—. ¿Qué? ¡No creeríais que el chico iba a dejar de intentar volver con Gina solo porque ella se ha cerrado en banda!

Me pongo en pie de un salto y amenazo a Adrian con un dedo.

—¿Qué piensa hacer Sondre?

Adrian aprieta los labios.

—No sé nada.

—¡Y tanto que lo sabes! ¡Desembucha! —Menos mal que Storm está de mi lado. A mí no me lo habría contado, pero si se lo pide su novio, seguro que Adrian canta como una soprano italiana.

—Piensa pedirte que lo perdones delante de todos, en el *russbus*.

—¿Y ya está? —pregunta Storm algo sorprendido.

—Claro, cree que la presión del grupo jugará a su favor...

—Es increíble que no me conozca ni un poco —digo al borde de las lágrimas—. ¿En serio piensa que solo porque me lo pida delante de nuestros amigos volveré con él?

—Igual no ha sido idea suya. Podría ser que alguien le hubiera sugerido que podría funcionar.

Storm y yo suspiramos al mismo tiempo.

—*Really?* —pregunta Storm a Adrian, que se ha puesto como un tomate después de la confesión.

—Yo solo pretendía ayudar. No pensaba que Gina tuviera el corazón tan duro. Creía que algo así ablandaría a cualquiera.

Storm me mira con la pena reflejada en el rostro, ese que era tan guapo y que ahora está todavía recuperándose de las heridas, pero mucho mejor que la primera vez que lo vi tras la agresión.

—Es una cuestión de principios, Adrian. Sentiría que me estoy traicionando a mí misma. Es lo que Sondre no quiere entender.

—Yo tampoco lo comprendo del todo, si quieres que te sea sincero.

—Porque tú sigues pensando que Sondre hizo bien al aplicar aquello de ojo por ojo, diente por diente. Joder, si hasta te ofreciste a acompañarlo.

La mirada que le dirige Storm hace que Adrian empequeñezca a ojos vista.

—¿Puedes explicarme eso, por favor?

—Tú estabas en la UCI, Storm. ¿Qué querías que le dijera? Claro que quería venganza. Si me hubiera esperado, habría ido con él.

—No me lo puedo creer. —Storm menea la cabeza acusadoramente.

La mirada que me dirige Adrian no es nada amistosa, pero me da igual.

—Me marchó, me parece que tenéis asuntos de los que hablar —digo, y me pongo en pie de nuevo.

—Sí, ahora que has tirado la piedra, huye. No te jode.

Me entra la risa al oír las palabras de Adrian, pero la verdad es que tengo más ganas de llorar que de reír. Parece que no hago nada más en los últimos tiempos: llorar y llorar. Aun así, mi corazón sigue roto y me duele lo mismo. Está claro que el llanto no cura. Solo el tiempo lo hará, supongo.



FØRTIFEM (45)

El último mes ha pasado tan deprisa que no he tenido tiempo ni de procesarlo. Las clases han seguido igual, con la diferencia de que los de tercer año asistían vestidos con sus monos de colores del *russbus*. Julia y Leah no han parado de repetir que yo debería estar ahí, con ellas, pero no me he dejado convencer. De lo que menos he tenido ganas este mes ha sido de salir de marcha y divertirme. Prefería quedarme encerrada en mi habitación con la música puesta para no oír a Astrid en el baño, preparándose para salir de juerga a diario.

Mi tía me ha hecho compañía unas cuantas tardes. Se acostaba a mi lado en la cama y guardábamos silencio las dos. Era casi como estar junto a mi madre, pero diferente al mismo tiempo.

—¿Tú también piensas que debería perdonarlo? —le pregunté una de esas tardes, en la que estaba especialmente hecha polvo.

—Cariño, esa es una decisión muy personal. Entiendo tus razones y las apoyo al cien por cien, aunque os veo a los dos deambular como almas en pena y eso me destroza el corazón. De todas formas, es algo que podía haberse previsto.

—¿El qué, que nos peleáramos?

—No tanto que os pelearais como que, si lo hacíais, sería una situación incómoda para todos.

—Ya. Lamento la tensión que se ha desatado en la casa por mi culpa durante estos meses, primero debido a mi distanciamiento de Astrid y ahora, de los dos.

—Gina, no tienes que disculparte por nada. Si he de decirte la verdad, pienso que mis hijos se han portado como unos verdaderos capullos. —Se me escapó una risita. Ya sé que tía Ingrid no se corta un pelo cuando habla, pero que critique a sus hijos no es habitual—. Ninguno de los dos tiene una razón para estar enfadado contigo, pero son tan orgullosos que no lo admitirán. Al menos de momento. También sabemos que, cuando lo hagan, se portarán como las personas sensatas que, a ratos, saben ser.

—Astrid ya no está tan enfadada como antes.

—Pero tampoco acabáis de ser las amigas que erais.

No tengo muy claro que volvamos a serlo nunca, aunque no he desistido del todo. El tema de Sondre es diferente: no seré yo quien le pida perdón, no retiraré ni una sola de las palabras que le dije, y él tampoco parece que tenga intención de retractarse, así que... será difícil que volvamos a hablar, cuando más, disculparnos.

Ayer terminamos los exámenes y mañana me voy a casa. Me quedan los de segundo, pero les he dicho a los profes que, si hace falta, volveré para pasarlos y listo. La profesora de Español me ha asegurado que no es necesario, que ya tiene mi nota puesta y que lo único que le molesta es que al final no hayamos colaborado como ella imaginaba a principios de curso. El de Educación Física ha dicho más o menos lo mismo, y el de Historia, bueno, ese es harina de otro costal. Hablé con el orientador para que lo convenciera, porque venir para un solo examen es un coñazo, y teniendo en cuenta mis notas en las demás asignaturas, creo que podrían mostrar esa pequeña deferencia conmigo. Para mi sorpresa, me he enterado de que ya pensaba hacer algo así, puesto que mis notas finales tienen que constar en el acta antes que las de los alumnos de segundo, para que pueda enviar las solicitudes de ingreso a las diferentes universidades, solo que no me lo habían dicho para que no me tomara las asignaturas de segundo a cachondeo.

Estoy preparando la maleta cuando Astrid entra en mi habitación.

—Parece que hace un millón de años que estábamos sacando todos esos trastos y colocándolos en los cajones —me dice. La miro a la cara; está triste.

—Sí. Tenía claro que este año me iban a pasar un montón de cosas, pero no podía llegar a imaginar que serían tantas.

—Y eso que te has perdido el fiestón del *russbus*.

Me río porque, por lo que sé, las «cuatro mil» fiestas *russ* a las que han ido mis amigos han sido un desmadre total.

—Nos lo hemos pasado de muerte. Tenías que haber estado ahí.

Me encojo de hombros en respuesta.

—Mañana te acompañaré al aeropuerto. No me puedo creer lo idiota que he sido de mantenerme lejos de ti. Aunque haya intentado arreglarlo en parte durante este último mes, sigo sintiéndome fatal.

Le dirijo una sonrisa triste.

—Las dos nos hemos comportado como idiotas este año. Espero que al menos nos haya servido para aprender algo.

Astrid me mira fijamente. Parece tener algo que añadir, me temo que algún comentario del tipo: «Ya os dije que no me parecía buena idea liarse con los hermanos de los amigos», pero, en lugar de hablar, suspira y se lleva las manos a la cara, escondiéndola en ellas. Después se acerca a mí y nos fundimos en un abrazo largo. La quiero tanto y la echaré tanto de menos que no sé cómo voy a vivir sin ella.

Ayer también fui a despedirme de Storm y, cómo no, Adrian estaba allí, con él. Si no fuera porque sé que su madre lo obliga a guardar reposo absoluto, estos dos ya vivirían juntos en casa de Storm.

—Te echaré tanto de menos, Gina —dice mi amigo mientras me abraza—. No hubiera dado ni una corona por nuestra amistad el primer día, cuando te vi en clase de mates. Me pareciste tan estirada como Astrid y sus amigas, pero a Marlon no había quien lo parase.

—Vaya, no sé cómo tomarme eso. Yo, en cambio, pensé que jamás había visto tal cantidad de chicos guapos reunidos en un mismo sitio, y ya ves, ahora tienes la cara como una patata.

La risotada de Adrian resuena por la habitación.

—Te ha llamado «cara de patata». A mí por menos de eso ya me habrías echado.

No es cierto que esté tan feo: su cara ha quedado mucho mejor de lo que cabía esperar. Aun así, todavía está a años luz de ser el de antes.

Ya solo faltan cinco minutos para que salgamos hacia el aeropuerto, así que me despido de mis tíos. Sé que a ellos los veré dentro de poco en Betlem, si es que me decido a ir este verano, porque tengo cero ganas. No

hay ni rastro de Sondre en la casa ni en los alrededores. ¿Qué esperaba? ¿Que viniera a decirme adiós? Pobre ilusa.

Desde que Adrian me contó que Sondre pensaba pedirme que volviera con él en el *russbus* y yo decidí que no pondría un pie en la furgoneta para evitar esa situación, no ha vuelto a hablarme. Casi ni nos hemos visto, diría. Nos hemos estado evitando el uno al otro. Yo, porque no puedo soportar tenerlo cerca sin que mi corazón se desgarre, y él, supongo que porque se ha cansado de correr detrás de mí. Ha sido lo mejor, porque no pensaba ceder por mucho que hubiera insistido. ¿Verdad que no? Bueno, ahora ya nunca lo sabremos. Aunque yo vuelva a Noruega, a la universidad, el año próximo, es poco probable que coincida con él. Tromsø está casi tan lejos de Stavanger como lo está Mallorca, así que hasta aquí lo que daba de sí lo nuestro. Si soy consciente de todo esto y, además, no paro de repetírmelo, ¿por qué duele tanto?

Marlon viene con Astrid para acompañarme, supongo que porque ha pensado que nosotras dos solas no nos apañaremos con mis maletones.

—Gina, el año que viene... —Ya sé qué va a decirme Astrid. Aunque no me lo haya insinuado hasta ahora, se veía venir. Marlon y ella apenas se separan, y él dijo desde el principio que le apetecía estudiar en la Universidad de Stavanger.

—No vendrás a Tromsø, ¿es eso?

—Lo siento mucho, pero es que quiero quedarme aquí con Marlon. Estamos pensando en tomarnos un año sabático, a ver si puedo convencerlo para que vayamos a Tromsø el próximo curso. Solo tendrás que estar un año sola. —Tuerce el gesto al pronunciar las palabras. Sabe que no me iré sola al norte de Noruega, pero tampoco se lo voy a recriminar; no es que tenga ganas de volver el año que viene. Y ahora, menos. ¿Qué haría en Tromsø sin conocer a nadie?

¡Bah! Estoy harta de darle vueltas a lo mismo en la cabeza. Espero que la distancia sea tan efectiva como la gente suele decir y haga que todo esto quede solo como una anécdota de la que dentro de un tiempo nos podamos reír. O no.

Como había imaginado, es Marlon quien carga con mi equipaje. Astrid me coge del brazo, como siempre hacíamos antes. Sigue siendo muy agradable.

—¿Vendrás a Betlem este verano?

—Todavía no lo sé. Marlon y yo queremos buscar trabajo para ahorrar y poder compartir piso. No puedo asegurarte nada todavía.

Después de facturar las maletas, no queda mucho por decir, así que le doy un beso a cada uno y me dirijo a las escaleras mecánicas, las mismas por las que me persiguió Sondre hace poco más de medio año. Parece que ha pasado una vida entera, creo que daría hasta para escribir un libro.

Me vuelvo para decirles adiós con la mano y me atraviesa un escalofrío tan intenso que casi me obliga a sentarme en uno de los escalones. Al lado de la puerta giratoria que da a la calle, está Sondre, con las manos en los bolsillos, la capucha puesta y los ojos clavados en mí.



FØRTISEKS (46)

—Mamá, ¿crees que podrías dejarme un rato en San Juan de Dios? Echo mucho de menos a Manu y necesito hablar con él.

Vamos de camino a casa, y como el hospital está cerca del aeropuerto, pienso que es mi oportunidad. Si no voy ahora, entre unos y otros me tendrán entretenida y no podré visitar a mi amigo hasta la semana que viene. Tengo muchas ganas de estar con él, aunque lo que me gustaría de verdad sería que me abrazara y poder llorar entre sus brazos. Sin embargo, eso ya no es posible, ni lo será nunca más.

—Claro, cariño —dice tomando el primer desvío de la autopista. Una vez que aparca en el lateral del hospital, me abraza—. Te recojo en dos horas, ¿va bien?

—Sí, claro.

—Vale, pues espérame arriba, que subiré a verlo. Hace tiempo que no charlo con él.

Asiento con las lágrimas ya aflorando a mis ojos. Joder, siempre he sido de lágrima fácil, pero esto no me venía de serie. Es algo que se me habrá roto dentro durante mi estancia en Noruega.

Las enfermeras de la planta ya me conocen; la plantilla no varía demasiado, y están acostumbradas a verme por aquí. Una de ellas, Marga, creo que se llama, me intercepta en el pasillo.

—Vaya, Gina, cuánto tiempo sin verte. La madre de Manu me dijo que estabas estudiando en el extranjero. ¿Ya has vuelto? ¿O es que tienes unos días libres?

—No, el curso ya ha terminado. He venido para las vacaciones de verano.

—Me alegro un montón. Manu es otro cuando vienes a pasar la tarde con él. Este invierno ha estado muy nervioso algunos días, y estoy segura de que se debía a que te echaba de menos.

—¿De verdad lo crees?

—Al cien por cien. Son muchos años en esta planta, y algunos detalles no pasan desapercibidos.

—Yo lo he añorado muchísimo.

—Pues ahí lo tienes: estas cosas son recíprocas. Te quiere un montón, eso seguro.

Con el ánimo mucho más alto, doy unos golpecitos en la puerta de la habitación y entro sin esperar a que me den permiso.

La madre de Manu le está dando un masaje en las piernas. Las tiene delgadísimas: después de un año en cama, por mucha fisioterapia que le hayan hecho, ha perdido prácticamente toda la masa muscular. Los pies empiezan a adoptar una forma rara, como si mi amigo fuese una bailarina y estuviese siempre de puntillas. Mi madre me explicó que se denomina «pie equino» y que es habitual en los pacientes que no se mueven.

—Manu, ¡mira quién está aquí! —Depositata la pierna con cuidado sobre el colchón y viene a abrazarme. Me rodea con los brazos, pero sin apoyar las palmas en mi espalda—. No quiero mancharte de aceite, cariño. ¿Cuándo has llegado?

—Hará media hora. Le he pedido a mi madre que me dejara aquí cuando salíamos del aeropuerto. De todas formas, ni Toni ni papá están aún en casa, y tenía tantas ganas de venir... —No puedo seguir porque ya me he vuelto a echar a llorar. Joder, tengo que hacer algo con esto, soy como un puñetero grifo averiado.

—Tu madre me ha contado por encima lo que ha pasado con el hermano de Astrid, Gina. No llores, cielo, no llores.

—No dejo de hacerlo últimamente.

—A ver si es que te falta calcio, o a lo mejor vitamina D. Allí arriba apenas les da el sol.

Manu se revuelve y, por una décima de segundo, parece clavar sus ojos en los míos; después los desvía de inmediato, como viene haciendo desde que los abrió por primera vez después del coma. No es capaz de fijar la vista en un punto. Tampoco sabemos si lo intenta.

—Vamos, que lo estaremos poniendo celoso. Has venido a verlo a él y te entretienes con la chocha de su madre.

Me limpio las lágrimas y me calzo mi mejor sonrisa antes de acercarme a la cama.

—Hola, Manu, ya estoy aquí. No sabes cuánto te he echado de menos. —Le cojo la mano y se la aprieto. Da un ligero respingo y después se calma de nuevo.

—Está muy contento de verte. Desde hace unas semanas parece reaccionar más al contacto. Quizás soy solo yo, que me hago ilusiones, pero me gusta creer que intenta decirnos algo. —Nos mira a ambos con las manos plegadas sobre la barriga y una sonrisa beatífica en los labios. Entonces le guiña un ojo a su hijo y quiero suponer que ella ha entendido su propio chiste, porque yo no—. Voy a aprovechar que has venido para irme más temprano. Seguro que tienes muchas cosas que contarle que yo no necesito escuchar.

Recoge su bolso y se acerca a la cama para besar a su hijo.

—Te quiero, cariño. Hasta mañana —se despide cuando ya sale por la puerta, y me parece que tiene la voz rota.

El tiempo al lado de Manu siempre me pasa volando. Le he contado todo lo que me ha ocurrido estos últimos meses y quiero creer que estaba atento a todas y cada una de mis palabras. Lástima que al final no pueda disfrutar de su opinión.

Le han traído la merienda hace un rato y me he ofrecido para dársela, pero la auxiliar que ha venido era muy joven, creo que incluso más que yo, y no me conocía de nada, por lo que ha preferido alimentarlo ella. Lo miraba con una cara de embobada que me ha hecho pensar que, si lo hubiera conocido antes, se hubiera convertido en la presidenta de su club de fans. Entre cucharada y cucharada, la imaginación me ha hecho creer que Manu le sonreía, y me he venido un poco abajo, aunque he conseguido mantener el llanto a raya por una vez. Cuando la chica ha salido de la habitación, le he limpiado bien la boca a mi amigo, como me enseñó su madre, y me he echado a reír.

—Eres un pillo de mucho cuidado. La tienes coladita por ti.

En mi cabeza han resonado las palabras que, estoy segura, Manu hubiera pronunciado de haber podido: «Ya será menos; es demasiado guapa para mí». El corazón me da un vuelco; hacía mucho tiempo que no podía

oír la voz de mi amigo, aunque solo fuese en mi imaginación. Lo miro mientras una sonrisa cargada de felicidad se expande por mi cara y, por una milésima de segundo, puedo jurar que él me corresponde con otra casi igual de radiante. Agito la cabeza de un lado a otro y lo miro de nuevo. La sonrisa ya no está ahí, pero a mí nadie me hará creer que no la ha dibujado en su cara para mí. Ni en un millón de años.

Mi madre entra y me encuentra abrazada a Manu, riéndome como una loca.

—¿Qué haces, hija?

—Mamá, Manu me ha sonreído. ¿Te lo puedes creer, mamá? ¡Me ha sonreído!

Mi madre se acerca a la cama y le alborota el pelo con la mano.

—Así que ya le has mostrado a Gina tus progresos, ¿eh, gamberro?

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Niega con la cabeza. Sé que no quiere hablarlo delante de él. Yo estoy convencida de que se entera de todo, ya lo he dicho en muchas ocasiones, pero es la primera vez que veo a mi madre actuar así.

Tiene, o tenía, la mala costumbre de hablar de él como si no estuviera presente, y eso me molestaba muchísimo, y a Manu también; aunque no lo dijera con palabras, yo lo percibía en la tensión de sus hombros y de sus brazos.

—Chaval, tengo que irme. A ver si este verano, que seguramente no iré a Betlem, me saco el carnet de conducir y puedo venir a verte yo solita. —Manu pone los ojos en blanco—. ¿Has visto eso, mamá?

—Ya lo creo que es una exagerada. Podría coger el bus tranquilamente, ¿verdad?

Esta vez la sonrisa de Manu dura más que una milésima de segundo. Doy un grito al tiempo que salto de alegría.

—¿Lo has visto, mamá, lo has visto?

—No había querido decírtelo por teléfono porque sabía que estabas muy sensible, pero ya hace unas semanas que deleita a su madre con sonrisas y con alguna que otra cara de mala leche.

—¿En serio? Pero si tú no te enfadas por nada. —Le doy un cachete en un brazo y, justo en ese momento, entra Marga.

—No le pegues a mi enfermo favorito, señorita, o te vetaremos la entrada en el recinto.

Abro los ojos como platos.

—Yo solo... Yo solo... —El pecho de Manu convulsiona durante un breve lapso y me asusto, hasta que me doy cuenta de que ¡ha sido una risa! —. Dios mío, no me lo puedo creer. —Ya estoy derramando lágrimas de nuevo, pero, por primera vez en mucho tiempo, son de alegría—. Hala, ya lloro incluso aunque esté contenta.

Manu pone de nuevo los ojos en blanco y es Marga quien se ríe.

—Esta noche vas a estar de juerga hasta las tantas. Tanta sobreexcitación no te va nada bien. Verás cuando llegue Bárbara lo contenta que se va a poner —lo riñe la enfermera.

Esa risita, parecida a la del perro Pulgoso, vuelve a hacer acto de presencia, y yo la secundo con una carcajada. Me aferro al cuello de mi amigo y le lleno la cara de besos. No he estado tan feliz en meses.

—Si tu madre y la mía me llegan a avisar de tus progresos, hubiese venido un fin de semana solo para verte. No sabes lo feliz que me has hecho hoy. —Me separo de él muy despacio—. Espera un segundo. No has dicho ni «mu» durante el tiempo que he pasado contándote mis penas. ¿Por qué?

—¡Uff! Debía de estar aburrido; se ha vuelto un poco maleducado el señorito.

La risita de Manu vuelve a brotar en su pecho y yo me río con él. Me importa muy poco que no me haya prestado atención, lo único que quiero es verlo reír una vez tras otra. Nada me hace más feliz.

—No creas que evolucionará mucho más —me advierte mi madre cuando ya estamos en el coche—. Seguramente esa será la máxima comunicación que podamos mantener con él. Pero algo es algo.

—No sabemos lo que pasará, mamá. Hace unos meses ni siquiera abría los ojos y ahora, ¡se ríe! —Nada podrá estropearme el día, y mucho menos que mi madre se ponga en plan agorero.

—Lo que quiero decir es que será como un niño pequeño, no podrás razonar con él. Por eso la enfermera ha dicho lo de la cara de mala leche... Por eso no te prestaba atención cuando le hablabas de temas que no lo divertían.

—Me importa un pito si solo puedo hablar con él de ciertas cosas, mamá. ¿Tengo que repetirte que se ha reído?

Mi madre me agarra la mano y sonrío. Sé que la estoy contagiando con mi alegría, pero no llega a estar tan contenta como yo.

—En cuanto pise Palma voy a ver a su madre. Mira que no advertirme cuando se ha ido...

—Por lo que sé, Manu no siempre se conecta con la realidad tanto como hoy. Como ha dicho la enfermera, estaba sobreexcitado, seguro que contento de que estuvieras ahí con él, y por eso sus demostraciones han sido tan floridas. Quizás otro día no sea capaz de tanto.

Chasqueo la lengua. Sé que mi madre me pone en aviso para bien de mi salud mental, pero me niego a que me contamine con su desánimo. Hoy, no.



FØRTISJU (47)

—Abuela, no me comas más la oreja, que no tengo ganas de ir. Para estar allí sola, pensando en que Astrid no va a aparecer, no voy. Me moriré de la pena. —Y le ahorro los detalles de que Sondre me había prometido ir este verano también, después de tantos años, porque paso de que me diga otra vez que soy «demasiado dura con el chico».

—¿Qué sola ni qué sola? ¿Acaso la abuela Mette y yo no somos nadie?

—Eso es chantaje emocional, abuela, y lo sabes.

—Venga, Gina, te echamos mucho de menos. Y los abuelos también. Y si eso no te ablanda el corazón, hazlo porque te apiadas de estas dos pobres viejas. Entre los gemelos; tu hermano; la niña, que vive perpetuamente enfadada porque los demás no le hacen caso, y Eskild, que está preadolescente total, no tenemos ni un segundo de respiro. Al menos, si vienes, puedes vigilarlos mientras estén en la piscina, y Mette y yo podemos descansar un rato en la calita.

—Lo que no entiendo es que todos los veranos los tíos le encasqueten sus hijos a la abuela Mette y tengáis que batallar con ellos las dos como esclavas todo el día.

—Los otros veranos, como Astrid y tú estabais aquí, no nos dábamos tanta cuenta, pero este año es el infierno. Además, Mette y yo ya vamos a cumplir setenta y siete. Que parece que no es nada, que uno pronuncia «setenta y siete» e incluso suena bien, pero lo triste es cuando piensas: «Joder, que me quedan nada más que tres para los ochenta», y eso suena fatal.

—Chantaje, abuela. Te has vuelto a tirar de cabeza al chantaje.

—Dime que vendrás, anda.

—No lo sé, ya te he dicho que no me apetece estar ahí sola.

—Dentro de un mes te irás a Tromsø y no te veré hasta Navidad. No me hagas ir a buscarte, porque no quieres verme enfadada.

—Ya no estoy tan segura de querer ir a Tromsø, te lo dije el otro día, lo que pasa es que no me escuchas. He echado la solicitud para la Universidad de Vigo; lo más seguro es que me quede en España. Nos veremos un montón este invierno, no será lo mismo que el curso pasado.

—Eres más testaruda que tu padre, Georgina Ripoll. Deja de autocompadecerte y levántate ahora mismo de la cama. El bus de Palma a Artà sale en menos de una hora. No lo pierdas, porque como tenga que coger el coche e ir a por ti a Palma, no querrás oírme.

Me alejo el auricular de la oreja. Joder, y después la testaruda soy yo.

—Que sepas que vas a tener que aguantarme de mala leche todo el fin de semana. No pienso ni poner buena cara, por pesada.

—Eso ya lo veremos —dice, y me cuelga sin despedirse ni nada.

¿Cómo sabía que estaba tumbada en la cama? Siempre está al tanto de lo que hago, como si me viera por una cámara en tiempo real. A veces me asusta.

Mientras introduzco ropa de playa en la bolsa de deporte que pienso llevar, recibo un mensaje.

Abuela: *Cuando salgáis de Manacor, llámame y el abuelo irá a buscarte a Artà. ¿Estamos?*

Ni me digno a contestarle. Cuando se pone en este plan, no la soporto.

Miro con tristeza la ropa que he metido en la bolsa. Es toda del año pasado, ni siquiera he tenido ganas de ir de compras. ¿Para qué? No tenía intención de pisar Betlem en todo el verano. Tampoco es que haya salido mucho de casa. Lo del carnet lo he dejado para el año que viene. Me daba una pereza enorme ponerme a estudiar; bueno, más que pereza, lo que he tenido desde que volví de Stavanger ha sido apatía. Me he pasado los diez últimos días de mayo, todo junio y los diez días que ya han volado de julio en mi habitación, menos las tardes en que he ido a ver a Manu, claro.

Lo que se rio su madre cuando me vio llegar la primera noche, después de que mi amigo se partiera la caja a mi costa. Ha resultado que la mía tenía razón y no siempre está igual de conectado. Es como si tuviera un cable que le hace cortocircuito, pero el cabrito está mucho más activo cuando el tema

le interesa, véase: chicas, motos (no sé de dónde ha salido esa afición, y de la que yo no tengo ni idea) y animales. Esa sí es su pasión desde pequeño. Desde que su familia y él se mudaron al adosado contiguo al nuestro, le oí decir que quería ser veterinario.

Excepto los ratos que he pasado con Manu o con Toni, el resto del tiempo he vagado como un alma en pena. ¿Que el tiempo lo cura todo? ¿Cuánto tiempo se necesita para que sane un corazón roto? Porque el mío no se recupera. Me duele tanto que algunas noches, incluso, me despierto con la respiración agitada, como si me faltara el aire. He llorado muchísimo; cualquiera diría que ya no tendrían que quedarme lágrimas, pero oye, las sigo produciendo. Increíble.

Antes de salir de casa, quemo mi último cartucho y escribo un mensaje en el chat conjunto que tenemos mis padres y yo.

Yo: La abuela me obliga a ir a Betlem. Dice que me necesita porque ella y Mette ya no soportan a vuestros hijos, así que voy a coger el bus antes de que venga ella a arrastrarme de una oreja.

Mamá: Estar allí unos días te hará bien. Además, seguro que te diviertes. Vindrás más contenta de lo que te marchas, ya lo verás.

Yo: No pondría la mano en el fuego por eso.

Papá: Es que tu abuela es la hostia. Después tiene la santa cara de decir que el abuelo y yo somos testarudos. ¿Tendrá morro?

La estación de autobuses no queda precisamente cerca de casa, así que tengo que correr para no perder el último bus que sale hacia Artà esta mañana. En la calle, un calor húmedo me roba el aliento, y en menos de dos minutos estoy empapada en sudor. Los veranos en Palma son lo peor. Me río de mi propia ironía, y un niño que pasa por mi lado, agarrado a la mano de su madre, me mira como si estuviera loca.

Durante el trayecto, y porque soy masoquista, me dedico a repasar las fotos de este invierno, cuando mi mundo aún no se había venido abajo. Sondre sonrío en la mayoría de ellas. Esas imágenes no tienen nada que ver

con la última que conservo de él, en la puerta del aeropuerto, con los ojos fijos en mí.

Hay una que me gusta especialmente y que me sé de memoria. Es un selfi que nos sacamos en su fiesta de cumpleaños, antes de que Astrid brotara. Estamos haciendo el tonto, con la lengua fuera y el ceño medio fruncido. No es una foto de esas para enmarcar; sin embargo, cuando la miro, pienso que si lo hiciera quizás podría recuperar aunque fuera un ápice de la felicidad que destilaba por cada uno de mis poros en aquel momento.

Apago el móvil de un manotazo y lo tiro al interior del bolso para no caer en la tentación de mirar la foto de nuevo. Intento concentrarme en el paisaje por el que transitamos. Este verano todo me parece triste: en lugar de admirar cómo la luz del sol se filtra entre las ramas de los pinos, solo soy capaz de ver las hierbas a sus pies, quemadas por ese mismo sol, como un castigo al que nos somete la naturaleza desde finales de mayo hasta bien entrado septiembre. Nunca me había molestado el calor y, sin embargo, este año no lo soporto.

En cuanto dejamos atrás Manacor, le mando un mensaje a la abuela.

Yo: Dile al abuelo que ya puede ponerse en camino. Llegaré en menos de veinte minutos.

Abuela: Ay, qué bien, ahora mismo lo aviso. Qué feliz estoy de que al final hayas recapacitado. Sabía que lo harías.

Resoplo mientras vuelvo a tirar el teléfono en el interior del bolso de mala gana. «Cualquiera se atreve a desobedecerte», rezongo para mí.

En cuanto llegamos a la rotonda a la entrada del pueblo, me levanto de mi asiento. El bus no para lejos de ahí, así que no tardará ni medio minuto en frenar para que bajemos. Recojo la bolsa de deporte del asiento contiguo y me agacho para mirar a través de la ventana, en busca del abuelo.

No lo localizo, pero creo que distingo el Renault Laguna color granate del abuelo Jacob. Seguro que es el suyo; ya no deben de quedar muchos como ese en toda la isla. Es más viejo que yo, pero como solo lo usa en verano, está casi intacto.

Me bajo del bus y me pongo la mano en forma de visera en la frente. Aunque lleve las gafas de sol, esto parece el lejano oeste, del calor que hace. Me fijo en un grupo de tres chicos y una chica sentados en una

cafetería cercana. Algo en ellos me resulta conocido; lo más seguro es que sean guiris, y todos parecen iguales cuando llegan a la isla. Blancos como la cal y con ganas de juerga. Sigo escrutando la calle en busca de mi abuelo o de Jacob, pero entonces la chica del grupo se levanta de la mesa y hace aspavientos en mi dirección.

Me vuelvo para comprobar si está saludando a alguien a mi espalda, pero no hay nadie. Enfoco bien la vista. Parece que me saluda a mí, aunque no me lo creo del todo. «Debe de haberse equivocado», pienso, y prosigo con mi búsqueda.

De reojo veo que los chicos que la acompañan, altísimos los tres, se levantan de la mesa. «Parecen vikingos», me digo, hasta que me doy cuenta de que lo son. Son vikingos auténticos y me están saludando a mí. Noto que me fallan las rodillas.

Astrid me alcanza y me abraza, impidiendo que me caiga.

—Lo siento, lo siento, lo siento tantísimo. ¿Me perdonas? —me dice al oído.

—Hace tiempo que lo hice, ¿y tú a mí?

—Ni lo dudes.

El corazón se detiene en mi pecho. Solo he reconocido a Marlon entre sus acompañantes, aún no he visto lo suficientemente bien el rostro de los otros dos como para saber de quiénes se trata. En cuanto se vuelven, una sensación agrídulce se apodera de mis entrañas. Son Storm y Adrian. Claro que estoy alucinada y feliz de que hayan venido, pero, para mi desgracia, ninguno de ellos es Sondre.



FØRTIÅTTE (48)

—Menuda sorpresa. Veo que tu madre te ha dejado salir al fin de la cama —le digo a Storm mientras lo abrazo. Ya tiene la cara recuperada casi al cien por cien, aunque en la nariz le ha quedado un bultito que me recuerda muchísimo a otro que conozco bien. Un pinchazo de ansiedad en el estómago me obliga a coger aire.

—Ya era hora —contesta Adrian—. Un poco más y se queda ahí para siempre.

—Estoy aquí con la condición de que no haga ningún esfuerzo. Me quiere sano y salvo en casa el lunes.

—¿Solo os vais a quedar a pasar el fin de semana?

—¿Te parece poco? Yo ni siquiera creía que lo dejaran venir —se mete Astrid—. No veas lo que nos ha costado convencer a su señora madre.

Marlon me guiña un ojo. Como siempre, es el menos elocuente, pero con ese breve gesto consigue reconfortarme.

Nos apretujamos en el coche del abuelo Jacob y Astrid se pone en marcha hacia Betlem.

—No creía que tu abuela fuera capaz de convencerte para venir. He estado a punto de cogerle el teléfono de las manos y dar al traste con la sorpresa. ¿Sabes lo testaruda que te has puesto? —me pregunta, mirándome con fijeza a través del espejo retrovisor. Le saco la lengua. Parece que hemos vuelto a la normalidad. Al menos eso me alegra el corazón, mucho más de lo que hubiera imaginado, he de decir.

—Hombre, es que cuidar de mi hermano y tus primos, un ratito está bien, pero ¿todo el fin de semana? Aunque ya llevaba unos días insistiendo en que viniera, ahora entiendo por qué.

—Yo solo he estado unas horas con ellos y te comprendo perfectamente —dice Storm, que no tiene hermanos y no está acostumbrado al jaleo de una familia numerosa.

No me queda más remedio que reírme. Estoy sentada entre él y Adrian, pero eso no les impide tocarse todo el tiempo: ahora un hombro, ahora una pierna. Claro, yo ocupo tan poco espacio, en comparación con ellos, que es como si no estuviera. Menos mal que el trayecto es corto: en menos de diez minutos llegaremos a casa.

No me atrevo a interrogarlos acerca de Sondre, pero su presencia sobrevuela nuestras cabezas. Abro la boca en unas cuantas ocasiones, pero soy incapaz de pronunciar las palabras. De todas formas, no sé cuál es la manera adecuada de hacerlo sin que nadie se sienta incómodo, o al menos no se me ocurre.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Esta madrugada —contesta Storm—. Pienso echarme una siesta al sol que lo flipas.

—Jolín, siento no haberme dejado convencer antes para venir a Betlem.

—Bueno, ahora has venido, que es lo importante. Tenemos tanto que contarte —dice Astrid desde la parte delantera.

—¿Ni siquiera vas a preguntar por Sondre? —¿De qué me preocupaba exactamente? Adrian está aquí: solo era cuestión de tiempo que sacase el tema, haciendo gala de su aclamada falta de tacto.

Trago con fuerza, pero enseguida veo a Astrid poner morritos. Estoy segura de que, de poder, ahora mismo estaría aquí atrás propinándole una colleja al bocazas de Adrian. Storm y Marlon chasquean la lengua con desaprobación.

Sonrío por dentro. Me los imagino durante todo el viaje. Son un cuarteto imposible, unido por más lazos de los que se dan comúnmente en estas pandillas. Seguramente eso evita que se peleen, pero las situaciones que se habrán generado tienen que haber sido divertidas de cojones; yo misma puedo asegurar que son muy graciosos, tanto juntos como por separado.

Me entra la risa floja, para nada histérica, solo alegre. Hace mucho que no disfrutaba de ella y poco a poco me voy imbuyendo a mí misma de

alegría. En menos de nada, se me están saltando las lágrimas. Marlon y Storm me secundan, y al final Astrid tiene que detenerse en el arcén para reír también. El único que no lo hace es Adrian, que nos mira a todos con asombro.

—¿Qué parte de mi pregunta os ha parecido tan graciosa? —pregunta con cierto enfado.

Solo logra que nuestras risas se intensifiquen; la mía, hasta el punto de golpearme la rodilla con la palma de la mano. El pobre, a duras penas, debido a la falta de espacio, se cruza de brazos y frunce el ceño.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, inspiro para serenarme. Tomo dos o tres bocanadas más para afrontar la primera pregunta que me ha formulado Adrian. Astrid pone de nuevo el coche en marcha.

—¿Cómo está?

—No parece el mismo, Gina. No te lo creerías si lo vieras.

—No entiendo que puedas ser tan ansias, Adrian. Habíamos decidido contárselo con calma durante el fin de semana, pero tú, no. Tú a la primera de cambio tenías que soltarlo de golpe —le recrimina Astrid.

A Adrian le llueve una colleja. Storm esta vez no se ha conformado con chasquear la lengua.

—¡Ay! Se supone que nos estamos convirtiendo en antiviolencia. ¿A qué ha venido eso?

Astrid me mira a través del retrovisor y aprovecho para sondearla con un gesto. ¿Antiviolencia?

Astrid pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Cuando te fuiste, estábamos hechos polvo. Tanto Sondre como yo nos reprochábamos lo que había pasado contigo, así que a mi madre no se le ocurrió otra cosa más que animarnos a prestar voluntariado en una clínica para pacientes con lesiones cerebrales.

Levanto las cejas todo lo que dan de sí.

—¿Os presentasteis todos?

—No, al principio solo fueron ella y Sondre. Pero él se emocionó tanto que nos ha hecho pasar a todos por allí; hasta a Storm, que lo único que podía hacer era sentarse y leer en voz alta —se queja Adrian.

—Eso es muchísimo en ocasiones. —Le cojo la mano a mi amigo y le doy un leve apretón.

Astrid aparca el coche frente al chalet de mis abuelos, pero seguimos todos dentro, apretujados y sin bajarnos.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —pregunto, un poco decepcionada.

—En la clínica hay dos chicos que se han quedado en estado vegetativo por golpes derivados de una paliza. Es con los que más se ha volcado Sondre. Se ha dado cuenta de todo lo que le dijiste y de la ansiedad que debió de generarte la pelea en su momento, y después.

—Eso no me explica por qué. ¿Qué pasa, ya no quiere saber nada de mí? —pregunto, mordiéndome el labio.

—No, no, no es eso. —Hablan los cuatro casi al unísono. Después se quedan en silencio, mirándose los unos a los otros, tanteando cuál será el primero en ofrecerme una explicación.

—Está demasiado avergonzado —dice al fin Adrian—. Piensa que es lógico que no quieras perdonarlo jamás. Ha empezado a acudir al psicólogo.

—Lo de dar información en pequeñas dosis durante el fin de semana es un concepto que no entiendes, Adrian. —Marlon suena tan sarcástico que se me escapa el aire por la nariz.

—Me muero de calor —alega Storm antes de abrir la puerta y apearse del coche. Marlon hace lo mismo, pero Adrian y Astrid se quedan conmigo. Son los que más quieren a Sondre, aparte de mí, claro.

—Tendrías que verlo. Yo no pensaba que alguien tan grandote como él pudiera tratar a la gente con tanta dulzura. —Eso sí lo sabía, me veo tentada de decirle a Adrian, pero me fuerzo a mantenerme en silencio y que siga hablando—: Se pasa horas allí dentro, y nunca parece cansado. Me hace pensar que, de alguna forma, ha visto la luz. Y nos ha arrastrado a todos con él, ya te lo he dicho antes.

Astrid, totalmente virada hacia nosotros en el asiento delantero, asiente con la cabeza y me agarra la mano.

Respiro hondo antes de preguntar:

—Entonces no ha venido, ¿no?

Ambos niegan con la cabeza.

Aunque no lo haya dicho en voz alta, hasta el último segundo he albergado la esperanza de encontrármelo en casa de mis abuelos, esperándome.

—Ni siquiera intenté persuadirlo. Está tan seguro de que no piensas perdonarlo nunca que no hubiese aceptado venir.

Una idea disparatada se abre paso en mi cabeza. Estoy a punto de compartirla con Astrid y Adrian cuando la portezuela del coche se abre y la

abuela Georgina y la abuela Mette se sientan en los sitios que han dejado libres Marlon y Storm.

—¿Puede saberse qué hacéis todavía aquí dentro con este calor? —Mi abuela siempre directa al grano.

—Abuela, cállate. Creo que ella sola está llegando a la conclusión que nos ha costado tanto alcanzar a los demás —le espeta Astrid.

Entrecierro los ojos y miro a mi amiga fijamente, preguntándole su opinión en silencio.

—Eso es lo que tienes que hacer. Ni siquiera es necesario que esperes a mañana. Hazlo hoy mismo, si es lo que te apetece.

Cierro los ojos durante unos segundos y mi mente se pone en acción.

—¿Seguro que no te importa? Acabáis de llegar.

—Para nada. No te necesitamos aquí. Lo que queremos es que lo perdones de una vez.

—Vale, vale —digo mientras asiento con la cabeza—. Vosotros tres, fuera del coche, ¡ya! Tienes que llevarme al aeropuerto, Astrid. Ahora.



FØRTINI (49)

¿Os suena esa típica escena de película en la que la protagonista llega al aeropuerto y de inmediato consigue un billete para el destino al que quiere volar, y encima el avión despegar justo a tiempo para que ella lo coja? Pues no son idioteces.

La vida real no suele ser así, para nada, pero hoy me ha tocado el Gordo de la lotería. Ni siquiera he tenido tiempo de comprar un poco de ropa en las tiendas del aeropuerto, como me hubiera convenido hacer.

Cuando Astrid ha dejado el coche en el *parking*, las dos estábamos convencidas de que no saldría ningún vuelo a Stavanger hasta mañana, y por eso no nos hemos apresurado. De hecho, pensábamos ir a mi casa y preparar una maleta con la ropa adecuada para pasar el fin de semana en Noruega (la que elegí para el calor de Betlem dudo mucho que me sirva allí...), pero no ha sido posible.

La azafata de la compañía aérea me ha informado de que podía subir al avión si me daba prisa y estaba en la puerta A52 en menos de diez minutos. Inmediatamente, Astrid se ha puesto a dar saltitos para meterle prisa, mientras yo devoraba tres de mis uñas antes de que la señora hubiese imprimido siquiera la tarjeta de embarque. La abuela me dijo que no me preocupase por el precio del billete, que ella se hacía cargo, y menos mal, porque menudo palo les hubiese dado a mis ahorros.

He subido las escaleras mecánicas de dos en dos y, a codazos, le he «pedido permiso» a todo el mundo para adelantar en la cola del control de

seguridad. He llegado a la A52 justo un segundo antes de que cerrasen las puertas, casi sin resuello.

Ahora estoy sentada en el avión, otra vez, golpeteando el suelo con un pie, con unos *shorts* y una camiseta corta nada apropiados para el clima de Stavanger, ni siquiera en julio. En cuanto se me pase el sofoco de correr por todo el aeropuerto, estoy segura de que necesitaré pedirle a la azafata una mantita.

No me creo la locura que acabo de cometer. Casi ni les he pedido permiso a mis padres. Durante la hora de trayecto desde Betlem al aeropuerto de Palma telefoneé a mi madre y le expuse la situación, pero no le di opción a que se negara.

Mi padre me llamó pocos segundos después de que colgara mi madre y solo me preguntó:

—¿Estás segura, hija?

—Sí, papá. Más segura que nunca.

—Entonces, adelante, no te detengas.

Astrid aprovechó para ponerme al día de lo ocurrido durante los meses en que yo no he estado en Noruega y qué los llevó a ellos cuatro a viajar a Mallorca este fin de semana.

—Cuando nos dimos cuenta de los cambios que se estaban produciendo en mi hermano, decidimos hacer algo por vosotros. Estaba claro que él no quería «presumir» ante ti de lo que había avanzado, pero podíamos hacerlo nosotros en su lugar.

—Parece que no me conocéis. Si me hubieseis llamado para contármelo, habría bastado.

—¿Estás segura? Porque nosotros no lo teníamos nada claro. Además, aquellos tres tenían muchas ganas de visitar Mallorca, aunque fuera solo durante dos días. —Hice una mueca con la mejilla. Me siento culpable por no quedarme con ellos hasta el lunes, pero no puedo esperar. Por lo demás, podría ser que sí, que hubiera volado a Stavanger de haber sabido que Sondre estaba cambiando, como también podría ser que no lo hubiera hecho; como ha dicho mi abuela esta mañana, soy bastante testaruda—. De todas formas, no te estreses mucho si no conseguimos un vuelo para el fin de semana. Entre los cuatro te compramos un pasaje para que el lunes vuelvas con nosotros a Noruega.

—¿El lunes? Estamos a viernes, no puedo esperar hasta el lunes.

—Te estoy acompañando al aeropuerto, ¿no? *It was just in case*^[6].

—¿Te parece bien que desperdicie ese pasaje?

—Gina, si mi hermano y tú hacéis las paces, me parecería bien llevarte todo el camino a caballito. No puedes imaginar lo mal que lo ha pasado desde que te fuiste. Estoy segura de que mi madre nos propuso el voluntariado solo porque estaba acojonada de que volviera a las peleas. Era imposible hablar con él, solo gruñía y mordía a diestro y siniestro.

—¿Se calmó cuando empezó el voluntariado?

—Muchísimo. De un día para otro, parecía un chico diferente. Como ha dicho Adrian, parece un iluminado, alguien que ha visto la luz.

A la llegada a Stavanger, me espera tío Magnus. Me da un beso leve y corremos juntos hasta el coche.

—Pensaba que a esos cuatro les costaría mucho más convencerte, pero veo que te has rendido rápido. Ingrid y yo no te esperábamos hasta el lunes.

—¿Vosotros también sabíais que Astrid y los chicos estaban en Mallorca para que yo recapacitase?

—Cielo, lo sabía todo el mundo, menos Sondre y tú.

—Vaya panda de conspiradores.

Mi tío se ríe y me revuelve el pelo. Eso me hace pensar que ni siquiera sé el aspecto que tengo. Bajo la visera del techo y me estudio en el espejito de cortesía. Por Dios, estoy hecha un adefesio y no tengo ni un triste peine que llevarme a la cabeza. Me aliso el pelo con las manos y chasqueo la lengua. Tío Magnus abre la guantera y extrae un neceser repleto de maquillaje, cepillos y utensilios por el estilo.

—No me mires así: tengo dos mujeres tardonas en casa. Acostumbro a ir preparado.

Sonrío y me pongo manos a la obra. El resultado no es espectacular, pero me veo, y me siento, mucho mejor que hace cinco minutos, así que me conformo.

Llegamos a un edificio bajo, de solo dos plantas, con frondosos jardines a su alrededor. Mi tío aparca para que yo pueda bajar y, antes de que lo haga, me aprieta una mano y me guiña un ojo.

—Todo saldrá bien, cariño.

—Eso espero —susurro, más para mí que para él. Me apeo del coche con el corazón en un puño y la garganta tan rígida que me cuesta tragar.

Doy mi nombre en la recepción y le explico a la administrativa a quién busco. Sonríe cuando oye el nombre de Sondre, y me indica que suba a la

segunda planta, que seguramente estará en la habitación doscientos diecinueve con Alfred.

Subo los escalones a la carrera. El vestíbulo de la segunda planta es grande y de él salen tres pasillos con habitaciones a lado y lado. Me dirijo con decisión hacia la doscientos diecinueve y, cuando solo me faltan unos cuantos metros para llegar a mi destino, oigo una carcajada de Sondre, tan fresca que me roba el aire.

Me asomo a la habitación y lo veo con un chico que no puede ser mucho mayor que nosotros; me imagino que es el tal Alfred. Sondre le está colocando unos almohadones y sonrío mientras el chico intenta articular unas palabras, con lentitud pero decisión. No sé qué le está diciendo; sea lo que sea logra que Sondre vuelva a reír ruidosamente. Se agacha un poco y deja la vista despejada, por lo que Alfred se da cuenta de que yo estoy ahí, observándolos sin perder detalle.

No se parece para nada a Manu, pero me lo recuerda tanto al mismo tiempo... Fija sus ojos en mí durante tanto rato que Sondre se vuelve con curiosidad.

Me retiro del vano de la puerta y me apoyo en la pared del pasillo con el corazón en la boca. He venido tan deprisa que no tengo ni idea de qué es lo que voy a decirle ahora.

Se ve que no he sido todo lo rápida que pretendía en desaparecer de su vista, porque desde la habitación oigo la voz de Sondre:

—¿Gina? —Después, le sigue un silencio—. Alfred, espera un momento, enseguida vuelvo.

Sondre sale de la habitación y gira hacia la derecha, hacia el *hall* y el control de enfermería. Tiemblo tanto que tengo que seguir apoyada en la pared; ni un solo sonido sale de mi garganta, me he quedado sin habla. Estoy tan nerviosa que siento la boca y las mejillas como si fueran de corcho. Lo veo dudar unos segundos antes de volverse hacia mí. En cuanto sus ojos se posan en los míos, reúno toda la entereza que puedo y digo:

—Hola, Sondre. Alguien me ha dicho que podía encontrarte aquí.



FEMTI (50)

El rostro de Sondre es indescifrable. No puedo decir si está contento de verme o solo sorprendido. No sé qué esperaba yo, pero al menos alguna respuesta por su parte, no esa expresión que ni entiendo ni soy capaz de ubicar.

Me da la espalda y entra en la habitación. Oigo cómo se despide de Alfred y sale de nuevo. No me mira, sino que se dirige hacia el control de enfermería. Mi garganta se estrecha por segundos. Soy incapaz de procesar lo que está sucediendo. Ni siquiera me ha preguntado por qué estoy aquí, ni a qué he venido, ni cuándo. Nada, nada de nada. En cuanto me ha visto, ha huido.

Quizás he sido tan orgullosa que ahora me detesta. Aunque no me ha parecido ver odio en su mirada. Lo más triste es que en ella no había nada, en todo caso, indiferencia; para nada lo que yo esperaba encontrar.

«¿Qué te habías imaginado, idiota?, ¿que solo con verte se derretiría, se arrodillaría a tus pies y te pediría perdón? ¿No te parece que ya le has dado suficientes calabazas para una vida entera?», me sermoneo justo antes de que una lágrima resbale por mi mejilla.

Cuando Sondre llega al final del pasillo, se da la vuelta y me mira. Frunce el ceño, interrogante. ¿Qué coño quiere? No entiendo nada.

—Vamos, será mejor que no te quedes ahí. Acompáñame.

¿Perdona? ¿Cómo se supone que debía adivinar que quería que lo siguiese? Nunca antes se había comportado de esta manera. Troto tras él y le doy alcance cuando está a punto de bajar las escaleras. Descendemos en

silencio hasta el *hall* principal. Se despide de la administrativa que me ha recibido a mi llegada. La mujer nos sonríe y nos dice adiós con la mano mientras en su cara se dibuja una sonrisa genuina. Yo lo sigo, alucinada. Salimos del recinto y Sondre gira a la derecha, hacia un bosquecillo cercano al hospital. No se detiene hasta que llegamos a un pequeño lago circundado por árboles, donde no hay nadie.

Se sienta en un solitario banco de piedra, que ha vivido mejores tiempos, y me mira con tristeza antes de apoyar los codos sobre las piernas y hundir la cara entre sus manos.

Me acerco a él despacio, como si temiera asustarlo, y entierro la mano en su pelo. La bajo despacio hacia su cuello y, cuando llego a la piel descubierta de su brazo, escribo con la yema del dedo índice: TAS.

Levanta la cabeza con rapidez y me mira directamente a los ojos, pero no como si estuviese enfadado, sino como si no entendiera qué ocurre. Yo tampoco tengo muy claro qué está pasando, pero mi corazón me dice que ahora tengo que sonreír, así que lo hago.

Sondre tira de mí y me sitúa entre sus piernas. Apoya la mejilla justo en el trozo de mi piel que la camiseta no cubre, me estruja entre sus brazos e inhala. Al cabo de un rato, dibuja con un dedo en mi espalda: TAS. Se me eriza hasta el último folículo de pelo. La felicidad se abre paso por todo mi cuerpo.

Se aparta un poco para mirarme a la cara.

—Pensaba que habías venido a decirme que no tenía derecho a estar al lado de Alfred. Que no me lo merecía porque había estado a punto de mandar a Lukas a este mismo hospital, y me he asustado mucho.

—¿Cómo has podido pensar eso? —Siento una necesidad apremiante de acariciarle la cara, así que no me reprimo.

—No lo sé. Cuando te he visto, asomada a la puerta, no me podía creer que realmente fueras tú, y después, en el pasillo, estabas tan seria...

—Yo he pensado que me pedirías que me marchara, que ya no me querías.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir esa tontería? Nunca en la vida dejaré de amarte.

—Me has mirado con tanta indiferencia que creía que habías conseguido pasar página, y después te has ido sin decir ni una sola palabra.

—No sabes cuánto me ha costado controlarme. Me he puesto tan nervioso que hubiese querido romper algo.

Río.

—Pues si has podido dominarte es que la terapia está funcionando.

—¿Cómo sabes que voy a terapia? O, espera, ¿cómo sabías dónde encontrarme?

—Tu padre me ha traído desde el aeropuerto.

—¿Mi padre?

—Sí, estaban todos compinchados.

—¿Quiénes?

—Ya te lo contaré luego. Ahora hay una cosa más urgente que quiero hacer.

Tiro de su pelo hacia atrás y lo obligo a mirarme a la cara. Lentamente, muy lentamente, me acerco a él. Su nuez sube y baja, y me muerdo el labio inferior con anticipación. Mi boca se posa sobre la suya con suavidad, primero; después, cuando su estupor queda atrás y decide participar en el beso, se pone en pie sin permitir que nuestros labios dejen de tocarse y me besa con pasión, con anhelo, casi con furia, y yo decido no quedarme atrás.

Está oscureciendo cuando salimos del bosquecillo cogidos de la mano. Debería estar aterida de frío, pero me siento tan a gusto que ni siquiera noto la brisa de la noche. No estamos lejos de casa, así que en el coche apenas hablamos. Algunas de las frases que intercambiamos la última vez que estuvimos juntos aquí dentro resuenan en mi cabeza, pero me obligo a empujarlas a un lugar recóndito de mi mente, de donde no puedan salir nunca más.

La casa está a oscuras: mis tíos nos han dejado una nota diciendo que iban a cenar por ahí. Sondre sonrío y se encamina a la cocina.

—¿Quieres un sándwich?

—Estaría bien. Creo que no he comido nada desde anoche, ahora que lo pienso.

—Entonces con un bocadillo no será suficiente.

—Pues haz dos.

Sondre meneaba la cabeza mientras saca lo necesario de la nevera. Lleva un pantalón corto con bolsillos a los lados y una camiseta blanca que resalta su piel dorada. Mirarlo siempre me hace bizquear.

—Tendrás que explicarme eso de que estaban todos compinchados.

—¿Sabes que Storm, Adrian, Astrid y Marlon están en Betlem?

El paquete de pan que sostenía en la mano se le cae al suelo.

—¿Qué?

—Yo tampoco lo sabía hasta esta mañana. Mi abuela me ha obligado a ir al chalet, quejándose de que tus primos y mi hermano les estaban dando demasiado trabajo a ella y a la abuela Mette. He tenido que coger el bus, porque mis padres estaban en el trabajo, y cuando me he bajado, me he encontrado a los cuatro esperándome.

—¿Por qué yo no sabía nada de eso? —dice con una sonrisa torcida.

—Por lo mismo que yo, supongo. Por lo visto, el plan era pasar el fin de semana intentando convencerme de lo mucho que tú habías cambiado, y se suponía que tenía que venir con ellos el lunes.

Sondre levanta las cejas con cara de alucinado.

—Pero, gracias a Dios, parte del plan ha fallado, ¿no?

—Más que algo, diría alguien: Adrian. Ha soltado toda la información de golpe, en el coche, antes de llegar a Betlem.

La risa de Sondre es tan auténtica que me acerco a él y me estiro cuanto puedo para besarlo. Él me rodea por la cintura y me levanta del suelo. No había olvidado lo bien que estoy entre sus brazos, pero recordar es muy distinto a sentir.

—Es verdad que he cambiado, Gina. Lo juro. Conocer a Alfred y a todos los demás me ha abierto los ojos. Entiendo lo que querías decir: he visto lo que los hombres son capaces de hacerles a otros hombres y me he asustado de mí mismo. —Su voz es apenas audible, como si toda la confianza en sí mismo de la que suele hacer gala se escurriese entre sus dedos como el agua.

Sonrío sin fuerza.

—He jurado que nunca volvería a pegarme con nadie. Mientras Lukas permanecía en el hospital, inconsciente, solo podía pensar que se lo merecía. Por eso estaba tan disgustado contigo, porque creía que no te dabas cuenta de que yo lo había hecho bien. Le había dado su merecido. Después despertó y salió del hospital, y no le di más importancia.

Me aprieta contra su pecho.

—Yo sabía a qué podía enfrentarse Lukas, por eso lo compadecía —apunto con un hilo de voz.

—Ya lo sé, me contaste lo de Manu y pensaba que él era más importante para ti que yo. En esos días, hasta sentí celos. Pero es muy distinto que te cuenten algo así a que lo veas con tus propios ojos. Hasta que no conocí a los chicos, no fui consciente del todo del daño que había hecho en el pasado.

Se separa de mí y termina de preparar el sándwich. Tengo una pregunta en la punta de la lengua que no me atrevo a formular. Sin embargo, no quiero que esta noche quede nada por decir:

—¿Por eso decidiste ir al psicólogo?

Tuerce el gesto.

—Joder, sí que le ha cundido a Adrian.

—Ya lo conoces —justifico antes de dar el primer mordisco al bocadillo. En cuanto la mezcla de sabores entra en contacto con mis papilas gustativas, suspiro. ¡Qué hambre tenía!

—Sí. Pensé que tú llevabas razón cuando decías que debía buscar ayuda. —Agacho la cabeza, un tanto avergonzada; esas palabras fueron un golpe bajo por mi parte—. Cree que con que aprenda unos cuantos ejercicios para dominar la ira me bastará. Por lo visto, ya he recorrido gran parte del camino gracias a los chicos del hospital.

Cuando termino de comer, me levanto de la silla y me siento en las rodillas de Sondre.

—¿Sabes algo de Lukas?

—Sí. Su madre y la mía hablaron: está completamente recuperado y no parece que le hayan quedado secuelas de ningún tipo. De hecho, ha vuelto a las andadas.

—¿Sí?

—¡Ajá! —Roza mi cuello con la punta de su nariz—. Tiene unas ideas muy radicales, y sus amigos también. Es difícil hacer cambiar de opinión a alguien así.

—Pues me alegro mucho de que tú sí lo hayas hecho, y de que te guste trabajar con Alfred y los demás chicos. Estás haciendo un gran trabajo con ellos, por lo que me han comentado Adrian y tu hermana. Además, los pocos minutos que te he visto con Alfred me ha parecido que erais grandes amigos.

—Es un *crack*. A pesar de encontrarse en ese estado, es la viva imagen de la positividad. —Me besa una y otra vez sin dejar de mirarme a los ojos—. Por cierto: ¿has hecho las paces con mi hermana?

Asiento mientras con los labios esbozo un amago de puchero.

—¿Qué te ha dicho?

—Cuando me fui, no es que estuviéramos peleadas, aunque ambas éramos conscientes de que algo se había roto entre nosotras. Pero al

encontrármela en Artà... No sé, ha sido como si nos hubiéramos visto ayer mismo y no hubiese pasado nada. No ha hecho falta hablar sobre ello.

Sondre me besa en la mejilla, en la sien; cuando llega a la oreja, un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—¿Sabes? —susurra en mi oído—. Las cerezas de tu camiseta me están volviendo loco. Me apetece comérmelas todas, una a una.



FEMTIÉN (51)

Después de ese día, nos quedamos casi una semana entera en Noruega. Nuestros amigos volvieron de Betlem quejándose de que no habíamos podido estar todos juntos en la isla, pero descansados y un poco quemados (que no morenos).

Mis padres se alegraron tanto como mis tíos y todos los demás al saber que Sondre y yo habíamos arreglado lo nuestro, y, como me lo había prometido, le pedí que viniera conmigo a Mallorca cuando me marché de Stavanger.

Hace una semana que estamos aquí y mi abuelo no lo deja tranquilo ni un solo segundo. Primero lo hizo podar unos arbustos de la parte trasera del jardín que creo que nadie había mirado nunca; después le pidió que lo ayudara a colgar unos cuadros que mi abuela pintó durante la temporada en que se aficionó a las acuarelas, y que no le gustan a nadie más que a ella; inopinadamente se le ocurrió que tenía que arreglar una silla que llevaba un porrón de años rota y olvidada en la cochera, y emplearon una tarde entera para ello. Mi abuela resopla y no dice nada, pero la conozco y sé que no tardará en tomar medidas.

Estoy en la piscina, tumbada en una de las hamacas y vigilando de reojo a la caterva de niños que se reúnen aquí en verano, cuando Sondre se agacha a mi lado.

—Creo que le he dado esquinazo a tu abuelo. ¿Qué te parece si nos escabullimos un rato a la cala? No sé si seré capaz de seguir ejerciendo de «manitas» un día más.

—Me parece una idea estupenda. Espera a que se lo diga a la abuela y nos vamos. Coge las toallas mientras tanto.

—Si se entera, no me dejará ir. Estoy seguro de que todos esos trabajos que inventa son para que no nos quedemos a solas.

—Vaya, te ha costado darte cuenta, chaval. —Me río, y Sondre me mira indignado.

—No me hace ninguna gracia. Y mi abuelo, en lugar de echarme un cable, se ríe y cabecea. Vaya par.

—No te preocupes. —Le guiño un ojo—. Me consta que las abuelas están de nuestro lado.

Me besa con suavidad en los labios.

—Si consigues quitármelo de encima, serás mi heroína.

Me pongo en pie y me ato el pareo a la cintura. Tampoco es cuestión de que mi abuelo me vea solo con el bikini y se acuerde de que tiene que emprender algún otro arreglo absurdo en la casa.

La abuela Georgina y la abuela Mette están tomando un té helado en la terraza delantera del chalet de los Spillum.

—Abuela —le digo mientras apoyo los brazos en sus hombros—, Sondre y yo nos vamos un rato a la calita.

Asiente al tiempo que, con la mirada, busca a mi abuelo. En cuanto lo localiza, le hace un gesto con la cabeza, que él pretende no ver. Se levanta de la tumbona en la que está sentado y dice:

—Pues iré con vosotros. Esta hora es buenísima para pescar. ¡Voy a por la caña!

Mi abuela cierra un ojo. Mala señal; él debería saberlo mejor que yo, pero en lugar de darse por advertido, sigue caminando con decisión hacia su chalet.

—Ramón Ripoll, ni se te ocurra dar un paso más. Vuelve a sentarte donde estabas y no hagas de viejo chocho.

Mi abuelo me echa un vistazo y después se acerca a nosotras. Mi abuela me despide con la mano y entro en la casa. Pobre abuelo, parece que no sabe la que le va a caer, después de tantos años. Me escondo donde no puedan verme para escuchar la reprimenda.

—Georgina, ¿no ves lo que pretende el chico? Porque yo sí: he tenido su edad, y tengo muy claros los pensamientos que anidan en esa cabecita suya.

La risa de Mette resuena por toda la terraza, y me parece oír la de Jacob también. A mi abuela, en cambio, no se la oye ni respirar.

—¿Tengo que recordarte las veces que me hiciste ver aquella película dichosa?

—¿Cuál?

—*Los héroes de no sé dónde.*

—*Del Telemark* —apostilla mi abuelo. ¿Suena avergonzado? Ahora sé por qué me sonaba esa película.

—Siete veces, fuimos siete veces. Y que me maten si vi dos segundos seguidos de lo que pasaba en la pantalla.

—Pero, Georgina...

—¡Que te calles, digo! Deja a los chicos tranquilos, leñe, que ya pareces tu padre.

Oigo al abuelo refunfuñar mientras se aleja. Sé que mañana volverá al ataque, pero esta tarde, al menos, Sondre y yo disfrutaremos de un rato para nosotros dos.

Cuando vuelvo a la piscina, Sondre está terminando de sacar a todos los niños de ella.

—Nada de meteros de nuevo en el agua si no están aquí la abuela Mette o la abuela Georgina, ¿entendido?

Todos asienten muy concentrados. Sus primos lo veneran, y mi hermano no se queda atrás.

De camino a la caleta, suena su teléfono, y Sondre descuelga. Lo oigo hablar en noruego. Desde que estamos aquí nadie le ha permitido hacerlo, la regla es clara y todo el mundo debe respetarla: «En España, en español y en Noruega, en noruego».

Cuando cuelga, me alza en volandas y me hace dar dos o tres vueltas en el aire.

—Te acabo de encontrar un compañero de piso para cuando vayas a Tromsø.

¡Tromsø! Con el jaleo, casi lo había olvidado. No hemos hablado más de ello, y con lo que ha ocurrido ni me había preocupado. Lo miro sorprendida.

—Aún piensas estudiar Ciencias del Mar allí, ¿no?

—Lo cierto es que hice la preinscripción para la Universidad de Vigo y me han aceptado.

—También lo han hecho en Tromsø, ¿cierto?

—Sí, pero Astrid va a quedarse en Stavanger. No conoceré a nadie allí, y no sé si me apetece mucho ir sola.

—¿No has oído que te he encontrado un compañero de piso?

—Ya, Sondre, pero no es tan fácil compartir un piso con alguien a quien no conoces...

—¿Acaso conoces a alguien en Vigo?

—No, pero...

—Pues no pongas excusas. Sueñas con estudiar en Tromsø desde hace mucho tiempo. —Se agacha para besarme, y lo hace con tanta dulzura que tengo que agarrarme a su camiseta para no caerme. No sé cómo lo consigue, pero siempre me hace temblar de la cabeza a los pies.

—Me lo pensaré.

—No puedes. Debo darle una contestación a este chico de inmediato, si no, se buscará a alguien más.

—Eres un manipulador, que lo sepas. ¿De quién se trata? —pregunto con hastío.

—No sé si lo conoces, se llama Sondre Jacob Spillum.

—¿Perdona?

Me levanta del suelo de nuevo y damos vueltas como un molinillo. Me entra la risa y, a pesar del mareo, consigo besar a Sondre y que me suelte.

—¿Te parece bien vivir con un alumno de segundo de bachillerato? —pregunta mientras me acaricia el pelo.

—¿Segundo? —Frunzo el ceño.

—Sí, he suspendido unas cuantas, y si quiero ir a la Universidad de Tromsø en el futuro, debo repetir todo el curso, pero si a ti no te importa, a mí tampoco.

—Por supuesto que no me importa, pero tú vas a perder un año entero. Si te quedaras en Stavanger, seguro que podrías aprobar tercero y las asignaturas de segundo, como hice yo.

—¿Crees que eso tiene la más mínima importancia? ¿Qué es un año frente a la vida entera?

Sus palabras me llegan al fondo del corazón y lo miro a los ojos. No puedo dejar de hacerlo. ¿Quién lo hubiese dicho hace solo quince días? En este instante decido que sí, que quiero pasar todo el tiempo que pueda junto a Sondre, que es el mismo de siempre, pero, a la vez, alguien totalmente

diferente. Le cojo ambas manos y me encaramo a una roca del camino para besarlo.

A los pocos minutos, nos ponemos en marcha de nuevo. El sol está cerca del agua, a punto de ponerse, y la calita refleja sus tonos rojizos y dorados, enmarcados por el añil del mar. No nos entretenemos y nos tiramos de cabeza. Yo emerjo primero y después lo hace Sondre, muy pegado a mí. Me besa como si no hubiera un mañana y yo me río entre contacto y contacto.

—Mi plan solo tiene un punto débil —comenta con su boca pegada a la mía.

—¿Cuál?

—Te va a tocar a ti contárselo a tu abuelo —dice riéndose antes de sumergirse en el agua.

EPILOG

Estamos en el aeropuerto. Mi primita Asta ha decidido estudiar el bachillerato aquí, en Mallorca, y hemos venido a recogerla. Astrid vendrá con ella, porque tenía unos días libres y le apetecía vernos.

En realidad, Gina y yo llevamos poco tiempo en la isla. A mí se me ocurrió presentarme a unas oposiciones del IBSalut, el servicio de salud de las Islas Baleares, y en unos días empiezo a trabajar en un hospital de Palma.

Lo de presentarme al examen fue una vía de escape para la tristeza que me causó la muerte de Alfred. Cogió una infección tonta que no pudo superar, o que nosotros no supimos curar. Lo he pasado realmente mal, porque, a pesar de su situación, nunca dejó de ser esa persona positiva que conseguía contagiar a los demás sus ganas de vivir. Hasta el último momento fue así. ¡Uf! No puedo pensar en él sin sentir ansiedad; aunque haya aprendido a controlarla con los años, no es nada agradable vivir con ella. Menos mal que Manu sigue aguantando y dando la lata. No ha avanzado mucho desde que lo conocí, aquel verano en que vine con Gina después de tantos años sin pisar Betlem, pero un poco de comunicación es mejor que nada, y se nota que quiere un montón a mi novia y lo mucho que se alegra de verla cada vez que vamos.

Que ahora vivamos en la isla no quiere decir que vayamos a instalarnos en Mallorca de forma definitiva, pero a mí me apetecía probar. Además, es injusto para tío Ignacio y tía Sofía que Gina se quede para siempre en Stavanger. Ella no ha dicho nada, pero sé que le encanta la idea de pasar aquí una larga temporada después de diez años en Noruega.

Storm y Adrian se han casado hace nada, pero no se han molestado mucho por el hecho de que los abandonáramos: están pensando en adoptar una niña, y eso les roba casi todo el tiempo que les queda libre. A nosotros nos parece que quieren ir demasiado deprisa, ya que ni siquiera hemos cumplido los treinta, pero ellos tienen esa idea en la cabeza y no hay manera de hacerlos cambiar. Verás cuando se den cuenta de lo que significa cuidar a un bebé: se van a cagar.

Ambos son ingenieros y trabajan en una petrolera, en la misma que mi padre, por cierto. Les ha ido muy bien y siguen tan pegajosos como en los primeros tiempos. Aunque Astrid no para de repetir que no nos quejemos, que Gina y yo hacemos lo mismo.

Mi hermana y Marlon lo dejaron; lo de vivir juntos no les fue nada bien. Es una pena, porque me caía bien el tío. Lo seguimos viendo en casa de Adrian y Storm, pero no tan a menudo como antes. Ninguno de los dos ha tenido una pareja estable desde que rompieron, hace ocho años. ¿Quién sabe? Quizás ahora que han madurado un poco se llevarían mejor. Me extraña que no se le haya ocurrido a nadie intentar juntarlos de nuevo. Tendré que hablarlo con Adrian, que es un capo para estas cosas.

—Tata, no sé para qué me has hecho venir a recoger a Asta. Ella y yo nos llevamos fatal; además, no entiendo qué necesidad hay de que se quede en nuestra casa. Podría instalarse en la vuestra, al fin y al cabo, es prima de Sondre —se queja Toni, que está casi tan alto como yo, y en plena adolescencia.

—Chaval, si tú tuvieras una novia guapísima como tu hermana y pudieras dormir todas las noches en su cama, ¿querrías que tu prima pequeña se pasara el día revoloteando a tu alrededor, o preferirías que se fuera a vivir con sus otros tíos?

—¿Quién te dice que ese no es mi caso?

Alzo una sola ceja y le pregunto:

—¿Lo es?

—No, pero podría serlo —protesta.

Gina me da un codazo porque ve que estoy a punto de meterme con Toni. Me encanta provocarlo. Se cabrea y pone cara de ofendido. Eso me hace pensar que yo a su edad me sentía muy mayor, como si ya hubiese llegado al culmen de la experiencia. Joder, no estaba equivocado ni nada, ¡y lo que me queda por aprender!

Toni y mis primos están tan unidos como lo estuvieron en su día Astrid y Gina, que, gracias a todos los dioses, después de la pelea tonta por lo nuestro, son tan amigas como siempre. Sin embargo, a la pobre Asta la han dejado siempre de lado por ser chica, y no es que no hiciera méritos para ser tan gamberra como los otros cuatro, pero pasaban de ella. Supongo que se cansó de correr tras los chicos sin que le prestaran la más mínima atención, como me había pasado a mí unos años antes, y dejó de ir a Betlem. Por eso nos sorprendió a todos cuando anunció que quería estudiar el bachillerato

en Mallorca. Su intención es hacer Bellas Artes en Barcelona y, como pensó Gina en su momento, cree que tendrá más posibilidades si lo cursa aquí.

Pensar en estas cosas me recuerda todo lo que vivimos Gina y yo, así que, sin cortarme un pelo, me pego a su espalda y, antes de empezar a repartir besos en el cuello y en la oreja, con la yema le dibujo TAS en un hombro. Gina se vuelve y nos besamos. Sigo alucinando igual que el primer día. Me tiene loco, siempre ha sido así, desde que mis ojos se clavaron en ella en el patio del Edvard Munch Videregaende Skole hace diez años.

—¿Podéis buscaros un hotel, por favor? Menudo espectáculo estáis dando, joder. Astrid tiene razón: parecéis siameses —se queja Toni cuando se da cuenta de que su hermana y yo nos estamos devorando vivos delante de todo el mundo.

—Esto es un aeropuerto, aquí la gente se besa.

—Sí, pero no de la manera en que lo hacéis vosotros.

—¿Qué manera es esa, bichito? —pregunta el amor de mi vida.

—Como si protagonizarais una peli porno. Y, por favor, Gina, no me llames «bichito». Que ya no tengo edad.

Mi chica me mira y rompemos a reír a carcajadas. Lo dicho: el mocoso este se ve tan adulto como nosotros cuando éramos como él.

Toni suspira con fuerza y se aleja de nosotros para dar a entender que no viene con nosotros.

Casi de inmediato, las puertas se abren y aparece una rubia de infarto. Alta, con un cuerpazo de aúpa y con una sonrisa tan bonita que tira de espaldas. Me vuelvo para mirar a Toni y, como imaginaba, está boquiabierto. No es para menos. Tras ella viene mi hermana, que sale corriendo hacia Gina y la abraza mientras ambas dan saltitos. Creo que es hora de que dejen de hacer eso, resulta un poco ridículo a estas alturas.

La rubia despampanante se acerca a mí y me da dos besos. Después se vuelve hacia Toni y niega con la cabeza mientras eleva un poco el labio superior. Le da un beso a Gina; yo abrazo a Astrid.

—Sondre, ¿en serio tengo que vivir con ese troglodita? —me susurra al oído.

—Será mejor que hagas lo que han planeado tus padres y las abuelas, cariño, ¿o acaso quieres que nos convoquen para regañarnos a todos?

—Empiezo a pensar que ya chochean, Sondre. En serio, míralo.

Toni se acerca a nosotros. Parece que se ha caído de un árbol. Ha cerrado la boca, menos mal, pero los ojos se le salen de las órbitas.

—¿Te acuerdas de Asta, Toni?

Traga saliva, se estira y saca pecho.

—Claro que me acuerdo de ella. Tampoco es que haya cambiado tanto desde que no nos vemos —dice en tono arrogante.

Mi prima resopla y se agarra del brazo de Gina, que me mira con una sonrisa pícaro en los labios. Las tres chicas se adelantan, cotorreando, y yo me quedo un poco rezagado con Toni.

—Chaval —apoyo una mano en su hombro—, será mejor que escuches todo lo que tengo que contarte. Hace diez años...

AGRADECIMIENTOS

Cuando llega la hora de agradecer a todos los que han hecho posible que este proyecto saliera adelante, me entra el estrés. Y no es la primera vez que lo digo.

Tengo amigos que me apoyan en casa y en la distancia, y no me quiero olvidar a nadie, así que eso siempre mete mucha presión.

Vamos a ver.

Primero de todo, tengo que agradecer a Érika Gael sus maravillosas correcciones y sus apuntes para que la novela quede mejor de lo que yo haya podido imaginar nunca. Por favor, no me abandones ni de noche ni de día...

En segundo lugar, mis compis del trabajo, las que están a mi lado a las duras y a las maduras: Fina, Laura, Raquel y Rosa. Muchas gracias por vuestro apoyo y vuestra ayuda; sin duda sois las más grandes.

Hay una serie de mujeres valientes que se han labrado un hueco en mi corazón y en mi vida: ellas pertenecen al grupo *Céntrate y escribe*. Cada día hacen que me ría de veras; además, nunca me dejan en la estacada, y aguantan estoicamente mis quejas cuando me vengo abajo. Con su apoyo, sé que siempre puedo mandar a quien se lo merezca a «cagar al bancal».

A mis lectoras cero, que en esta ocasión han sido algunas más: Maria, Apo, Maite, Sara, María, Luisi y... Marien, que, además de leer la historia por partes, a medida que se iba construyendo, me ha aportado tantos detalles (ya tú sabes), y se ha enamorado de Sondre y Gina hasta el punto de que los ha convertido en «sus niños» y les ha dedicado esa portada de la que me enamoré a primera vista. Millones de gracias, chicas, vuestras aportaciones han sido fundamentales.

Siempre dejo para el final a los que más quiero: Jeroni, Andreu y Maria. Sin vuestro amor y vuestro apoyo infinitos, nunca hubiese llegado tan lejos. Gracias eternas, sois mi mayor tesoro. Os quiero muchísimo.

Pero, sobre todo, a ti, lectora (o lector), que has llegado hasta la última línea de este libro. Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo lo hice mientras lo escribía. Mil millones de gracias.

-
- [1]. Estudiante española jodidamente caliente.
 - [2]. ¡Ya te lo había dicho!
 - [3]. Es un demonio.
 - [4]. Jodida perra afortunada.
 - [5]. Somos los mejores.
 - [6]. Era solo por si acaso.